Oraciones de los primeros cristianos

PATMOS

LIBROS DE ESPIRITVALIDAD

63

La colección PATMOS pone en manos los lectores de habla española esta re- pilación de oraciones de la Cristiandad imitiva que es, en el fondo, un doble re- rno a las fuentes: participar en el impulso blime que llevó a las primeras generacio- es cristianas a conquistar por la sangre y s lágrimas el mundo para Cristo, y recibir mismo tiempo la fe en su mismo manan- al al penetrar y ordenar los dogmas.

Existían ya obras extranjeras consagra- as a este tema, pero de dos tercios apro- imadamente de los textos que se recogen n este volumen no había ninguna traduc- ión, todos estaban esparcidos en gran nú- mero de libros, revistas y publicaciones científicas, algunas en lenguas casi inac- cesibles. Es, pues, la primera vez que se ha reunido una selección tan abundante.

Estamos seguros de que el cristiano de hoy admirará en esta obra la riqueza del con- junto, la variedad de la Iglesia y gozará descubriendo gritos sublimes y admirables fragmentos litúrgicos que resucitan aquí.

70 ptas.

ORACIONES
DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS



PATMOS, LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Colección dirigida por JOSE ORLANDIS

1. Eugenio Zolli: *Mi encuentro con Cristo.* (Segunda edición.) Prólogo de Francisco Cantera Burgos.
2. Raymond-Léopold Bruckberger, O. P.: *El valor humano de lo santo.* (Tercera edición.) Prólogo de Miguel Siguán.
3. Gustave Thibon: *El pan de cada día.* (Tercera edición.) Prólogo de Raimundo Pániker.
4. Jacques Leclercq: *El matrimonio cristiano.* (Quinta edición.) Precedido de la Encíclica "Casti Connubii" de S. S. Pío XI. Prólogo de Francisco Marco Merenciano.
5. Reginald Garrigou-Lagrange, O. P.: *La vida eterna y la profundidad del alma.* (Tercera edición.)
6. Jesús Urteaga Loidi: *El valor divino de lo humano.* (Sexta edición.)
7. Nicolás Cabasilas: *La vida en Cristo.* (Segunda edición.) Traducción directa del texto griego y estudio preliminar de los PP. Luis Gutiérrez Vega, C. M. F. y Buenaventura García Rodríguez, C. M. F.
8. Un Cartujo: *La vida en Dios (Introducción a la vida espiritual)* y *Sermones capitulares.* (Tercera edición.) Prólogo de Juan Bautista Torelló.
9. Josef Pieper: *Sobre la esperanza.* (Segunda edición.) Prólogo de Joan Baptista Manyá.
10. Eugene Boylan, O. Cist. R.: *Dificultades en la oración mental.* (Tercera edición.)
11. Jerónimo Savonarola: *Ultima meditación.* (*Sobre los salmos "Miserere" e "In te, Domine, speravi"*) (Segunda edición.) Traducción y prólogo de Antonio Fontán.
12. Josef Holzner: *El mundo de San Pablo.* (Segunda edición.)
13. Anselm Stolz, O. S. B.: *Teología de la mística.* (Segunda edición.)
14. Jean Guitton: *La Virgen María.* Prólogo de Raimundo Pániker.
15. Johannes Pinsk: *Hacia el Centro.*
16. Michael Schmaus: *Sobre la esencia del Cristianismo.*
17. Gustave Thibon: *Sobre el amor humano.* (Segunda edición.) Prólogo de Miguel Siguán.
18. Emmanuel Cardenal Suhard, Arzobispo de París: *Dios, Iglesia, Sacerdocio (Tres Pastorales.)* (Segunda edición.) Prólogo de Carlos Santamaría.

19-20. Dietrich von Hildebrand: *Nuestra transformación en Cristo.* (Segunda edición.) (Dos volúmenes.)

21. Reginald Garrigou-Lagrange, O. P.: *La santificación del sacerdote.* (Segunda edición.)
22. P. Philippe, O. P., A. Journet, O. P., etc.: *De la vida de oración.*
23. Josef Cardenal Mindszenty, Primado de Hungría: *La madre.* (Segunda edición.)
24. Jacques Leclercq y Josef Pieper: *De la vida serena.*
25. Sigrid Undset, Peter Wust, Max Jacob, etc.: *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones.*
26. Gertrud von Le Fort: *La mujer eterna.*

27-28. Eugene Boylan, O. Cist. R.: *El Amor supremo.* (Dos volúmenes.)

29. Franz Jantsch: *José de Nazaret.* Prólogo de Angel María García Dorronsoro.
30. Romano Guardini: *Vía Crucis.* (Segunda edición.)
31. Jean Abd-el-Jalil, O. F. M.: *Cristianismo e Islam.*
32. Jacques Leclercq: *Siguiendo el año litúrgico.*
33. Un Cartujo: *La Trinidad y la vida interior.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fray José López Ortiz, O. S. A., Obispo de Túy.
34. Salvador Canals Navarrete: *Institutos seculares y estado de perfección.*
35. Francisca Javiera del Valle: *Decenario al Espíritu Santo.*
36. Josef Pieper-Heinrich Raskop: *Catecismo del cristiano.*

37. Joseph-Marie Perrin, O. P.: *La Virginidad.* Precedido de la Encíclica "Sacra Virginitas", de S. S. Pío XII. Prólogo de Juan Bautista Torelló.

38-39. Romano Guardini: *El Señor.* (Segunda edición.) (Dos volúmenes.)

40. Dorothy Dohen: *El mandamiento nuevo.*

41. Georges Chevrot: *Nuestra Misa.*

42. Jacques Leclercq: *Santa Catalina de Siena.*

43. Joseph-Marie Perrin, O. P.: *El misterio de la caridad* (*I. El amor sin medida*).

44. Romano Guardini: *Sobre la vida de la fe.*

45. Adolphe Tanquerey: *La divinización del sufrimiento.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Francisco Javier Lauzurica, Arzobispo de Oviedo.

46. Charles Hauret: *La despedida del Señor* (*Juan, XIII-XVII*).

47. Robert de Langeac: *La vida oculta en Dios.*

48. Franz M. Moschner: *La oración cristiana.*

49. Joseph Lécuyer, C. S. Sp.: *Nuestro padre Abraham.*

50. Thomas Merton: *La senda de la contemplación.*

51. Reginald Garrigou-Lagrange, O. P.: *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima.*

52. Abadía de la Pierre-qui-vire: *Monjes.* Prólogo de Fray Justo Pérez de Urbel.

53. Georges Cardenal Grente: *Padre nuestro.*

54. Thomas Merton: *San Bernardo, el último de los Padres.*

55. Ronald A. Knox: *El torrente oculto.*

56. Georges Chevrot: *Simón Pedro.*

57. Franz Joseph Peters: *Espiritualidad sacerdotal.*

58. Stéphane Piat, O. F. M.: *El evangelio de la pobreza.*

59. Georges Chevrot: *Las Bienaventuranzas.*

60. Federico Suárez: *La Virgen Nuestra Señora.*

61. Stanislas Fumet: *Mikaël ¿Quién como Dios?*

62. Ronald A. Knox: *Ejercicios para seglares.*

63. *Oraciones de los primeros cristianos.* Introducción de Daniel-Rops.

EN PREPARACION:

Perfección y Laicado, por José M.ª Hernández de Garnica.

El cuerpo místico, por Eugene Boylan, O. Cist. R.

Las parábolas del Reino de los Cielos, por Franz M. Moschner.

ORACIONES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

SELECCION DE A. HAMMAN, O. F. M.
INTRODUCCION DE DANIEL-ROPS

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID, 1956

La versión francesa de esta obra fué publicada
por la Librairie Arthème Fayard, París 1952.

Sucs. de Rivadeneyra, S. A.—Onésimo Redondo, 26.—Madrid

Al publicar las ORACIONES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS *los autores creen poner en manos de los creyentes un tesoro casi desconocido. Existían ya obras consagradas a este tema, pero de dos tercios aproximadamente de los textos que siguen no había ninguna traducción, y estaban todos esparcidos en gran número de libros, revistas, publicaciones científicas en todas las lenguas, casi inaccesibles. Es la primera vez que se ha reunido un florilegio parecido, si no completo, al menos tan abundante.*

La iniciación del libro y de la selección fué decidida en colaboración por el R. P. Adalberto Hamman y Daniel-Rops; este último escribió la Introducción general y el P. Hamman hizo las selecciones definitivas y redactó las introducciones particulares.

No era cosa de encerrar el torrente de estas oraciones en un marco exageradamente rígido. Se ha seguido, en términos generales, el orden cronológico, pero dentro de él se han hecho grupos por temas. Indices muy detallados permiten al lector utilizar mejor esta recopilación, sea para acompañar la liturgia o para nutrir su piedad personal. Con seguridad será admirada la asombrosa riqueza

de este conjunto, la variedad de la Iglesia. ¡Cuántos gritos sublimes y admirables fragmentos litúrgicos, desconocidos de los cristianos de Occidente, resucitan aquí! En este libro se ha querido realizar un esfuerzo de ecumenismo al mismo tiempo que de fidelidad.

De este modo los autores esperan haber trabajado en este "retorno a las fuentes", que es, a la vez, una de las exigencias y una de las características del cristianismo de nuestro tiempo.

INTRODUCCION

POR

DANIEL-ROPS

Pronto hará dos mil años que existe el Cristianismo; tiempo bien corto en las perspectivas de la Providencia, largo para nuestras vidas prometidas a la muerte. Sin embargo, cuanto más se aparta en el tiempo de los días sobrenaturales de sus orígenes, más parece hacerse sentir en el Cristianismo la necesidad de volver al lugar mismo de donde le viene el agua viva de que se alimenta; más fuerte es en sus hijos la exigencia de volver a encontrar, guiados por la Tradición de la Iglesia, los antecedentes inmediatos de su fidelidad.

Retorno a las fuentes. Si hubiera de caracterizarse con una frase lo esencial de las fuerzas interiores que se manifiestan en el Cristianismo del siglo XX, ninguna convendría, sin duda, mejor que ésta. El mismo movimiento que lleva a los católicos a conocer, a meditar, a amar los textos del Antiguo Testamento, que para tantos de ellos eran ayer todavía letra muerta, conduce también hacia estas inagotables reservas de fervor que generaciones de cristianos acumularon y que la ignorancia de sus descendientes abandonó durante tanto tiempo. Tal vez porque la Iglesia de Cristo se siente en nuestros días amenazada de nuevo,

porque se pone en entredicho lo que ella es, lo que hace, lo que enseña, sea por que experimenta la necesidad de seguir los pasos de aquellos que en otro tiempo triunfaron, por el sufrimiento y por la sangre, de muchas otras amenazas e hicieron prevalecer la Verdad que es Vida. Que se reedite hoy la *Didaché* o San Ignacio de Antioquía, Orígenes o San Agustín son hechos cuya importancia no se puede subestimar; y no es cosa nueva —la Historia nos lo enseña—que para una sociedad humana amenazada de vejez el mejor fermento de rejuvenecimiento es el ejemplo del pasado, la Tradición viva.

Los cristianos de hace dieciséis, diecisiete, dieciocho siglos han rogado al Señor como nosotros le rogamos, pero, más próximos que nosotros a aquellas horas luminosas en que sobre las colinas rubias y rojas de Palestina la voz sobrenatural llamaba a los hombres a vivir según el amor, tenían todavía en sus palabras, en sus frases, una especie de eco directo de las palabras de Cristo. Todo lo que el tiempo, al transcurrir, trae al alma de rutina y de conformismo, lo ignoraban aquellos cristianos de los primeros tiempos. Espontánea, libre de tono, menos atada que la nuestra por ritos y fórmulas, su plegaria parece proceder de esa virtud de la infancia que nos ha sido predicada como ejemplar. Aquellos hombres sabían que hay que hablar con una confiada simplicidad al Dios que quiso estar tan cerca del hombre que se hizo hombre Él mismo.

Pero también se ha dicho que Dios responde al que le llama y que los corazones sencillos, las almas sinceras no le encuentran jamás silencioso.

Al orar, los cristianos de los primeros tiempos, iluminados por aquella gracia que imploraban con voz tan ferviente, descubrían en la enseñanza y en el ejemplo del Maestro muchos datos esenciales ocultos en la brevedad de las fórmulas o en el arcano de los símbolos. Las relaciones de las diversas partes del divino mensaje se les mostraban más claras porque el impulso místico, reemplazando las funciones de la inteligencia, les lanzaba de lleno en la luz del Espíritu Santo, y personajes que en los textos parecían permanecer reservados se revelaban a las miradas del amor como esenciales y determinantes. *Lex orandi, lex credendi* es uno de los axiomas de la Iglesia que los cristianos de los primeros tiempos ponían ya en práctica; orando, aprendían a creer mejor; tal como oraban, creían.

Buscar las plegarias de aquellos antiguos testigos, releerlas y meditarlas es, pues, participar en el impulso sublime que llevó a las primeras generaciones cristianas a conquistar por la sangre y las lágrimas el mundo para Cristo, y es, al mismo tiempo, coger la fe en su mismo manantial, penetrando y ordenando los dogmas. Doble retorno a las fuentes, dos veces fecundo.

* * *

La oración de los cristianos, como su liturgia y su moral, nace en el seno de Israel. Pueblo admirable de orantes fué el pueblo elegido. A todo lo largo de su historia se le vió "con los brazos levantados como para la ofrenda de la tarde", multiplicando las ocasiones de alabar a Dios y de

rogarle, y desarrollando a la vez la plegaria colectiva envuelta en una noble liturgia y la oración personal brotada del fondo más secreto del corazón. En su libro inspirado, la oración ocupaba un importante lugar y era tan bella, tan plena de riqueza espiritual que la Iglesia cristiana ora en una gran medida según los términos de la misma Biblia hebraica, cantando los salmos que de allí tomó.

Hijos de Israel, fieles a esta Ley que Cristo vino "no a derogar, sino a cumplir", los primeros cristianos continuaron, pues, en sus oraciones las tradiciones de sus padres. Jamás las rechazarán, y cuando Marción, el hereje, denuncia al Dios del Antiguo Testamento como un monstruo horrible, responsable de todas las desgracias del hombre, la Iglesia de Cristo le condenará. Siendo fieles, querrán serlo hasta el máximo, y los *Hechos de los Apóstoles* dan testimonio de que causaban la admiración de todos por su piedad.

En las primeras oraciones cristianas la marca israelita es, pues, muy clara. La liturgia conserva—y lo conserva todavía—las lecturas, los cantos de salmos, la homilía que eran usuales en la Sinagoga. Las fórmulas mismas de las oraciones están modeladas con reminiscencias judías, tan evidentes en las que nos da el Evangelio: el *Magnificat*, el *Benedictus*, incluso el Padrenuestro; tan claras en los textos cristianos posteriores, como la gran oración de San Clemente romano, por ejemplo, o como el *Sanctus* repetido tres veces, que viene directamente de Isaías, o como la *Didaché*, el *Pastor de Hermas* y tantos otros.

Pero la oración cristiana, desde que existe, se distingue de la judía por un rasgo fundamental:

se dirige a Dios, pero por la intercesión de Cristo. Este es el Mediador por el que nos ha sido dada la Salvación, y es, al mismo tiempo, el Sumo Sacerdote por el que debe ser ofrecido todo sacrificio. Son innumerables los ejemplos que podrían citarse de este recurrir a Cristo; se encuentra ya manifiesto en la sobria y sublime plegaria del diácono Esteban moribundo, como se encontrará en la *Didaché*, en San Clemente, en San Ignacio de Antioquía, en los labios de los mártires y en todos los textos de los Padres de la Iglesia. Las fórmulas podrán continuar próximas a las de los judíos, pero la fe nueva, al transformar la vida, transforma también la oración. Cerca de un Dios misericordioso que en adelante osan llamar "Padre" Cristo, Dios hecho hombre, es el abogado del hombre y su valedor.

Por otra parte, ¿no es Él, Cristo, el que ha enseñado a los hombres a orar? Les ha dado su oración propia, la que es modelo de todas, la "dominical". Les ha mandado orar según los términos que les ha enseñado, y la Iglesia se ha sometido amorosamente a este mandato. La *Didaché*, la *Doctrina de los Apóstoles*, muestra que desde mediados del siglo II se establece el uso de rezar el Padrenuestro tres veces al día, seguido de la doxología que ciertas Iglesias han conservado: "pues tuyo es el Poder y la Gloria por los siglos de los siglos". La liturgia cristiana se apodera de estas sobrias y decisivas fórmulas. Y cuando se ordene la ceremonia característica del cristianismo, la Misa, el Padrenuestro será en ella pieza fundamental. Cuando se desarrolle el pensamiento cristiano el Padrenuestro le proporcionará tema inagotable: Tertuliano, San Cipriano, Orígenes, San

Cirilo de Jerusalén, San Gregorio de Nisa, San Agustín, lo comentarán. Contra los errores doctrinales, contra las desviaciones de todas clases, el texto dictado por Jesús será la salvaguarda; y no por casualidad, aun en nuestros días, es el que más frecuentemente sube a los labios de los creyentes.

En el Nuevo Testamento el Padrenuestro no es la única fórmula de oración. ¿No esmaltó el mismo Cristo su enseñanza con otras oraciones sublimes? La de la Eucaristía, la gran oración sacerdotal pronunciada en el Cenáculo, sobrecogedora aceptación, en dos líneas, en el jardín de Getsemaní, y aquellas imploraciones entrecortadas, fulgurantes, que brotaron de sus labios en la Cruz. Los cristianos aprendieron a repetirlas, a releerlas, así como todas las que el texto santo les ofrecía: el *Magnificat*, canto de gratitud y de gloria de María; el *Benedictus*, cántico de acción de gracias de Zacarías; el conmovedor *Nunc dimittis*, que el santo anciano Simeón murmuró con inefable felicidad al reconocer al Niño Dios. Estos textos los utilizó la Iglesia inmediatamente para dirigirse al Padre en el lenguaje más bello que pudiera oír. A fines del siglo IV, las *Constituciones Apostólicas* muestran el *Nunc dimittis* empleado en la oración de la tarde como todavía lo es hoy en las Completas.

De esta manera los propios textos inspirados ofrecían al cristianismo el medio de orar con fórmulas que le fuesen propias. Había otras, muchas otras, fuera del Evangelio: oración de los fieles después de la liberación de los Apóstoles, oración del diácono Esteban que se lee en los *Hechos*, oraciones de las *Epístolas* de San Pablo, aquel magnífico orante que, dirigiéndose a sus

amigos de Efeso, sabe tan bien aconsejarles la oración. Múltiple incesante oración que viene del corazón, oración de todas las demás *Epístolas*, oración del *Apocalipsis*, libro de liturgia, gigantesca oración, donde tan a menudo estalla en invocaciones gloriosas al Santo, en imploraciones tiernas al cordero, el entusiasmo del alma exaltada por el Espíritu.

Entusiasmo, fervor, impulso del ser hacia Dios, estas palabras deberán repetirse sin cesar para caracterizar lo que va a ser en adelante y durante siglos la oración cristiana. Da la impresión de que estas fórmulas han brotado realmente de lo más profundo del alma bautizada con una libertad y una intensidad de la que, sin duda, los cristianos de hoy no tienen apenas idea. ¿No era éste el tiempo en que el misterioso "don de lenguas" manifestaba un contacto inmediato de los inspirados con el Espíritu mismo? "Tenga cada uno su salmo, tenga su instrucción, tenga su revelación, tenga su discurso en lenguas, tenga su interpretación, pero que todo sea para edificación", decía ya San Pablo a los cristianos de Corinto (*Cor.*, XIV, 26). San Justino, a mediados del siglo II, describiendo la liturgia del domingo, informa que el celebrante, después de haber tomado el pan y el vino, "hace subir al cielo plegarias y acciones de gracias según su gusto", y Tertuliano, en el siglo siguiente, habla de aquellos cánticos que cada cual elevaba "al seno del Señor, bien según los términos de las sagradas escrituras, bien de su propio fondo". Oraciones improvisadas de las que son, sin duda, traducción fiel las que leemos en los textos, como, por ejemplo, la

gran oración de San Clemente, tan cercana al estilo oral en que fué concebida.

La oración de los primeros cristianos se encuentra, pues, constituída por varios elementos: fondo bíblico y escriturístico procedente de la tradición judía, elementos nuevos tomados del Evangelio, y, sobre todo, un nuevo impulso y una nueva intención; posiblemente también, usos tomados de los paganos, como el de las "aclamaciones" rituales en el culto de los emperadores y dirigidas en adelante más juiciosamente a Aquel Unico que merece ser glorificado: Dios. Y, finalmente, fórmulas improvisadas, suscitadas por el fervor; por el mismo fervor que reúne en un solo haz todos estos elementos y los dirige irresistiblemente hacia el Padre. Oraciones a la vez profundas y centelleantes, fecundas en hallazgos y llenas todas de emoción.

Es preciso aquí acordarse de los datos de la Historia y evocar las condiciones en que oraron estos cristianos de los primeros siglos. Los trescientos años que, aproximadamente, separan la muerte de Jesús en el Calvario del momento en que el Imperio, sintiéndose amenazado, se apoya sobre la cruz, constituyen el momento más asombroso, más admirable de la historia de la Iglesia. Invirtiendo punto por punto la situación, haciendo de un puñado de vencidos los árbitros del mundo y más tarde los salvadores de la civilización, se realizaba la Revolución de la Cruz en una especie de explosión de júbilo, de emulación en el esfuerzo y en el sacrificio. No puede sorprender que esta joven Iglesia, audaz conquistadora, en sazón de cambiar las bases de un mundo, de promover una "nueva raza", como dirá San Agustín, haya rezado con un fervor excepcional y con palabras sublimes. Entre las ideas y la acción de los que a ella apelaban no había ninguna fisura, sino una maravillosa y total identidad.

Esto se nota especialmente en el hecho que domina esta época: el *martirio;* hecho a la vez histórico y místico, que es como la síntesis de la intención de los cristianos y de su eficacia. Históricamente el martirio es la inesperada dificultad contra la que chocará el mundo pagano y que le obligará a reconocer la victoria de Cristo. *Sanguis martyrum semen christianorum.* Místicamente el martirio es el acto supremo por el que el fiel se une a su maestro y participa de su gloria al participar en su oblación; es un acto sacramental que resume y realiza toda la virtud de los sacramentos.

La fe ardiente que estalla en aclamaciones y hace surgir de los labios fórmulas siempre nuevas es la misma que empuja a los mártires a enfrentarse con los jueces, a mantenerse firmes, a desear la muerte; es de la misma esencia, de la misma calidad. Cuando San Ignacio de Antioquía exclama: "Ya no encuentro gusto en el alimento material ni en los placeres de la vida; lo que quiero es el pan de Dios, que es la carne de Cristo, hijo de David, y como bebida quiero su sangre, que es el amor incorruptible", frases semejantes pueden oírse en el plano místico, pero de hecho eran también para el que las pronunciaba un compromiso concreto, una aguda conciencia de la suerte que le esperaba y en la que, como él mismo decía, "trigo blanco de Cristo" se iba a convertir en harina "al ser triturado por los dientes de las fieras".

De este modo las plegarias de los tres primeros

siglos llevan la marca interior del sacrificio siempre posible y, para muchos fieles, inmediato y presente. ¿Miden los cristianos de hoy lo que sería su oración si estuvieran en todo momento bajo la más terrible amenaza, y si la fe que proclaman con los labios en fórmulas frecuentemente rutinarias debiera ser confirmada por el supremo sacrificio? Abrir los libros de Orígenes, por ejemplo, es suficiente para sentir esta presencia constante del pensamiento del martirio: de niño vió, ante él, morir a su padre; luego él mismo es encarcelado durante la terrible persecución de Decio; al fin es tan cruelmente torturado que muere de sus heridas; ¿cómo extrañarse de que en tales circunstancias sus oraciones den la impresión de estar escritas con su sangre?

Así son todas estas oraciones de los mártires: simples, auténticas, radiantes de esperanza en Cristo y de abandono a la voluntad del Padre: oración de San Policarpo en la hoguera, oración de San Ignacio conducido a Roma para ser devorado en el anfiteatro; oración en dos palabras de San Cipriano, que, antes de recibir el golpe de la espada, dice simplemente: *Deo gratias;* oración de San Félix, que es como el honrado resumen, hecho ante Dios, de una vida cristiana; oración de arrepentimiento de San Ginés, el antiguo cómico convertido después de haber insultado tantas veces en escena a la Cruz y a Cristo; y oraciones de tantos otros, obscuros, casi desconocidos; ninguno hubo que no supiera encontrar las palabras exactas, las palabras patéticas y sobrias que, en el instante en que todo discurso es vano, lo dicen todo.

Pero la Iglesia de Cristo, al mismo tiempo que operaba por la sangre de los mártires la más asombrosa revolución histórica, realizaba otra empresa no menos decisiva sobre otro plano. El pensamiento cristiano se hacía profundo, se ordenaba, se enriquecía sin cesar con nuevos elementos. Paso a paso, los apologistas defendiendo el cristianismo contra los ataques paganos, los escoliastas y los pensadores de Alejandría o Antioquía, confrontando la doctrina evangélica con la filosofía griega, ensanchaban el campo de la inteligencia cristiana. Pero este esfuerzo intelectual, no estando dirigido en beneficio propio, sino apuntando exclusivamente a la gloria de Dios, se encuentra forzosamente ligado al impulso místico, unido por la misma intención.

También la literatura cristiana primitiva, la de los Padres de los cuatro primeros siglos, está forjada con oraciones que se encuentran allí en gran cantidad. Es un enriquecimiento perpetuo, una especie de crecimiento orgánico. El pensamiento movido por la fe escruta los datos de la Revelación, profundiza en los dogmas, los aprehende cada vez mejor, y al mismo tiempo este conocimiento de los dogmas proporciona elementos nuevos a la piedad y la exalta. Hay figuras—el ejemplo más significativo es el de la Virgen María—que la devoción de las primeras generaciones no coloca todavía en primera línea, y, a medida que se conocen mejor y que su papel se define mejor en el curso de las luchas ideológicas, van siendo objeto de un fervor creciente. Cuando Nestorio ataque a la Madre de Dios provocará hacia ella, en reacción conmovedora, ese torrente de amor que ha llegado hasta nos-

otros. Esta unión profunda del esfuerzo intelectual y del impulso místico es lo que da a las oraciones de los Padres su resonancia única. Aquellos hombres cuya vocación fué "conocer" a Dios no olvidaron jamás el gran principio de todo conocimiento religioso, aquel que uno de sus lejanos sucesores, Guillermo de San Thierry, formulará en estos términos: "El amor se adelanta y penetra allí donde la ciencia nada puede". Así son las oraciones de los Padres griegos. de San Atanasio, de San Gregorio Nacianceno, tan sabias y tan humanas; las de su hermano San Gregorio de Nisa, que anuncian las de San Juan de la Cruz, y las de aquel Sinesio de Cirene, curioso personaje tan influído por la filosofía alejandrina que tomó de ella el lenguaje de los poetas helénicos para cantar al Señor. Oraciones de los Padres de Siria y de Egipto, conscientemente redundantes, enfáticas como abandonadas al flujo de una inspiración generosa en hallazgos verbales. Oraciones sobrias, bien dibujadas, de fórmulas significativas de los Padres latinos, San Hilario de Poitiers, San Ambrosio de Milán, cuyos himnos, como el *Aeterne rerum conditor*, se cantan todavía; el exquisito Prudencio, de quien la Iglesia tomará también páginas, singularmente aquella que dedica a los Santos Inocentes, y San Sidonio Apolinar y San Paulino de Nola. Hasta los más teólogos oran en el seno de sus tratados, como San Agustín...

Hay, por fin, un tercer sector en que la oración es abundante y hermosa: la Liturgia. Cuando Plinio el Joven, tratando de hacer comprender a Trajano lo que eran los cristianos, decía de ellos: "Tienen costumbre de reunirse en días fijos, antes del alba, y cantar en coros alternados himnos en honor de Cristo" no se equivocaba. La liturgia para los cristianos no es otra cosa que una oración en común solemne y prolongada. Las ceremonias y los ritos están unidos y subordinados a ella. Una oración había sido el medio por el que se realizó el acto litúrgico por excelencia, aquel por el cual Cristo transformó el pan en carne y el vino en sangre. Por tanto, al hacerlo en memoria de Cristo los fieles oran, y la Misa que se constituye en torno a la base fundamental del sacrificio repetido no es, en suma, sino una serie de oraciones. El Canon se llamará *Prex Magna*, la gran Oración. Ciertos momentos que indican el carácter de cada Misa, su intención particular, y que subrayan su sentido de conmemoración, estarán especialmente señalados por la oración: la Colecta, el Prefacio, la Secreta y las Comuniones son los principales. Estas fórmulas, especialmente los Prefacios, escritas con sobriedad y claridad muy latinas, nos impresionan todavía por su poder de evocación y su oportunidad. Fijadas a fines del siglo IV, estas fórmulas litúrgicas han atravesado los siglos hasta nosotros sin mostrar el menor signo de envejecimiento.

Oraciones de las Escrituras, oraciones de los Padres, oraciones de los mártires, oraciones litúrgicas, tales son las cuatro grandes secciones en que se capta el alma cristiana primitiva en su mismo impulso hacia Dios. Y no es esto todo. Para completar el cuadro ha de tenerse en cuenta el múltiple testimonio dado por las que podrían llamarse oraciones de la vida cotidiana, tal como son recogidas de un sitio y otro: en la inscripción vo-

tiva de una Iglesia, en una lápida de una catacumba, en las tumbas y hasta en los fragmentos de papiros o en esos humildes cacharros de alfarería en que fieles desconocidos escribieron conmovedoramente el testimonio de su fe. Estas oraciones, llamémoslas casuales o de rechazo, reflejo a veces de las oraciones oficiales, a menudo también simples gritos improvisados y articulados torpemente, desprenden una fe tan ferviente, tan simple, tan espontánea, que verdaderamente, por ellas, se capta el alma misma de estas generaciones para las que creer fué el asunto más importante de la vida, el *alfa* y el *omega* de todo.

* * *

¿Cómo no han de ser bellas estas oraciones, así nacidas en un impulso de fervor tan admirable? Cuando el corazón del hombre deja escapar de sí lo más puro, exigente y singular que posee, ¿cómo no han de encontrarse de acuerdo fondo y forma asociados en una obra maestra?

Considerando el conjunto de estas oraciones primitivas, lo que sorprende primero es la extraordinaria extensión del campo que cubren, o, dicho de otro modo, las dimensiones de su teclado. Algunas son de una simplicidad casi infantil—a los niños les fué prometido el Reino—, compuestas de palabras modestas y cotidianas. Pero hay también algunas de altura mística tal que no parece que en el curso de los siglos haya podido ser sobrepasada; algunos pasajes de Orígenes, tales como: "el Amor me ha herido" o "mi Amado es mío", llegan a la cumbre. Y, sin embargo, entre estas medita-

ciones sublimes y las simples confesiones de una fe en cierto modo elemental se comprueba de manera flagrante una similitud de intención total, una auténtica fraternidad. Todos estos espíritus son de la misma familia y nacieron de una misma sangre.

También son variadas estas plegarias en cuanto a su forma, su *tempo*, su desarrollo. Las hay modestas, contenidas, de palabras utilizadas con discreción y que hacen pensar en la estricta perfección de las inscripciones romanas; hay otras, en cambio, que recuerdan el estruendo de un coro en el que se escucha el ritmo de una multitud clamante. Compárese la carta de San Clemente y el librito de la *Didaché* ¡Qué diferencia! En la primera, gravedad, mesura, sobria majestad; en el libro siríaco, intensidad de vida y vibración que evoca el tono de los Profetas. La misma variedad, ya se ha visto, entre los Padres griegos, latinos, siríacos o coptos. Semejante diversidad también en la oración litúrgica; entre la Misa oriental y la de Occidente existen notables diferencias en cuanto la forma exterior: el tono mismo del rezo es diferente. Se percibe, leyendo en conjunto un gran número de estas oraciones primitivas, que la Iglesia ha sido como una planta que ha crecido en todas las direcciones con una savia de vigor prodigioso, con una magnífica variedad en la creación; pero, al mismo tiempo, también aquí a esta impresión se asocia otra: que se trata, desde luego, del mismo árbol, de la misma savia; variedad y unidad a la par.

Y es que estas oraciones están, en su gran mayoría, concebidas dentro de la misma perspectiva: se ruega a Dios por la intercesión de Cristo. En

esto estaba, como hemos visto, el carácter propio de la oración cristiana, lo que la diferenciaba en sus comienzos de la oración judía; este carácter sigue siendo flagrante durante los cuatro primeros siglos. La Iglesia ora a Dios, al Todopoderoso, a Aquel que "está en los cielos y cuyo nombre debe ser santificado", según las palabras mismas del Padrenuestro, pero le ruega con una confianza y una ternura filial verdaderamente nuevas. Orígenes se preguntaba si, buscando en todo el Antiguo Testamento, se "encontraría en alguna parte una oración dirigida a Dios como Padre".

Esta especie de acercamiento, de humanización del Dios trascendente y terrible de la Biblia, es el resultado de la Encarnación. También se acusa cada vez más el recurso a la intercesión de Cristo. Se manifiesta de década en década una evolución muy clara; cuanto más pasa el tiempo y más se escudriña y profundiza en el mensaje cristiano, el lugar de Cristo en la oración va siendo más grande. Basta comparar la gran oración de San Clemente, que data del año 96, con cualquiera de los magníficos gritos de amor de los siglos III o IV para ver la diferencia; por un lado exalta e implora al Creador, al Altísimo, al Santo, al Dios de todo lo creado, y si bien Cristo le está indisolublemente unido no ocupa en el texto sino un lugar reducido; por el contrario, en las oraciones posteriores es a Cristo a quien se evoca, alaba e implora como verdadero medio de llegar a Dios, Dios mismo, como el único que puede doblegar la justicia y obtener la misericordia.

Él es el ejemplo único, el "pedagogo" de que habla Clemente de Alejandría; Él es el cordero sin

mancha, el "sumo sacerdote" y, al mismo tiempo, la víctima; es el testigo del hombre ante el Padre, y su intercesor. Incluso Orígenes, tan cuidadoso de referir todo homenaje al Padre, principio de la Creación, dirige a Cristo una oración de fervor ejemplar. Para expresar la dulzura de su amor se encuentran fórmulas exquisitas: "Oh Cristo Jesús, tú eres la leche celeste de los dulces pechos de una joven esposa, de las gracias de tu sabiduría..."; es éste ya lenguaje de los más altos místicos. Para implorar su piedad, el hombre pecador deja brotar de su alma herida acentos desgarradores y sinceros, como los que se oyen en San Gregorio Nacianceno. Los diversos aspectos bajo los que se conoce al Dios hecho hombre suscitan igualmente oraciones: así San Efrén, al dirigirse a Cristo doliente en términos tan conmovidos, abre ya la ruta que será la de San Bernardo y la de San Francisco de Asís.

Tal es el carácter más destacado de esta oración primitiva: el ser cristológica. La tercera Persona de la Santísima Trinidad no es evocada casi nunca como Espíritu igual al Padre y al Hijo; si aparece en las oraciones es, sobre todo, como don de Dios. Entre Cristo-Dios hecho hombre y el hombre no se siente la necesidad de tener intermediarios; los santos y los mártires son venerados, pero el lugar que ocupan en la oración puede decirse que es insignificante si se piensa en lo que llegará a ser en épocas posteriores, a partir de los siglos V y VI. La Virgen María incluso, a la que los cristianos de hoy están tan habituados a invocar como mediadora cerca de su Hijo, ocupa aún en la oración un lugar ex-

tremadamente reducido; su papel de Madre de Cristo es perfectamente conocido, según el Evangelio, y glorificado, por ejemplo, en determinada plegaria anónima encontrada en un papiro de Egipto. Pero sólo con cierta reserva va abriéndose paso la devoción mariana en la oración común de la Iglesia; aparece en la maravillosa antífona que se transmitirá hasta nosotros en la forma del *Sub tuum praesidium*, y pronto, en un Oriente agitado por la herejía antimariana de los nestorianos. San Cirilo líricamente exaltará a la *Theotokos*.

Estas oraciones añaden, al carácter esencialmente cristológico que se ha señalado, otro conmovedor: se las percibe profundamente comunitarias. Esto se explica fácilmente por las mismas condiciones históricas que hemos evocado. En aquella Iglesia conquistadora y amenazada, los fieles tenían un sentimiento de interdependencia, de fraternal codo con codo. En nuestros días la oración tiende a ser personal, íntima, replegada sobre sí, diríamos, si el término no pareciese contradictorio con la noción misma de oración. (Y he aquí precisamente una tendencia contra la que reacciona ese retorno a las fuentes a que hemos aludido.) Por el contrario, la oración cristiana primitiva es visiblemente la oración de una Comunidad. ¿No evoca acaso el *Apocalipsis* esa gran asamblea de fieles del Cordero que todos juntos reinarán sobre la tierra? La *Didaché* repite la misma imagen, la liturgia primitiva marca fuertemente este carácter, la Eucaristía es una comida en común; la Misa está precedida de un cortejo (cuyo recuerdo se conserva en nuestra "colecta"), que muestra visiblemente a los cristianos reunidos. "Que sean uno", había dicho Cristo. ¡Cuántas de las más hermosas oraciones, como aquella de San Clemente que ya hemos citado, lo repiten! Una de las más emocionantes es aquel fragmento litúrgico usado desde muy antiguo que se llama "oración por el pueblo", y en el que es también la cristiandad quien, dirigiéndose al "Dios que ama a los hombres", le suplica que haga surgir de esa masa de pecadores "hombres nuevos".

Todo esto constituye la base misma de estas múltiples oraciones; hay que añadir, además, que un buen número de ellas demuestra calidades formales de primer orden. Todo se une en este vasto conjunto: la frescura de sensibilidad, la delicadeza de expresión, el sentido poético del mundo y, al mismo tiempo, la impetuosidad, la fuerza y el ardor. Hombres que parecen únicamente de acción o de pensamiento se convierten en poetas cuando oran, como Orígenes al pedir al Señor en una oración por la paz que conceda a cada hombre "reposar a la sombra de su viña, de su higuera, de su olivo". Gentes humildes y anónimas como aquellas cuyas oraciones nos muestran los papiros encuentran acentos tan fuertes, tan oportunos que se adivina en ellos la mano de un gran escritor. Ya hemos hecho alusión al encantador himno de Prudencio en honor de los Santos Inocentes; pero hay muchos otros igualmente conmovedores y delicados. Trátese de los Padres griegos o de los latinos, se encuentran en todos oraciones innumerables, cuya perfección formal hace de ellos verdaderos trozos de antología.

Todos los motivos son buenos para orar. Se

ruega por uno mismo y por los otros, se ruega por los enfermos, por los viajeros, por los agonizantes, por las almas de los difuntos, por los jefes de la Iglesia, los obispos y los sacerdotes. Se ora con fórmulas particulares en cada fiesta, Pascuas, Navidad, y en cada hora destacada del día: el alba y el crepúsculo son ocasión de admirables oraciones, una exaltando al Señor, que se manifiesta en la gloria del astro naciente; otra invocando la paz de la tarde y la protección de la misericordia. Se ora incluso por los objetos humildemente cotidianos (hay oraciones exquisitas por el aceite, el agua e incluso el queso), a fin de que los bienes de la tierra sirvan para la ascensión del hombre hacia el Cielo. Nada o casi nada de lo que el alma cristiana puede pedir a un libro de oración falta en este conjunto establecido por las primeras generaciones: sus necesidades espirituales eran exactamente las nuestras, y en el esfuerzo que aquellos antepasados hacían para elevarse hacia Dios reconocemos nuestros mismos esfuerzos.

Y ahí está lo que hace tan conmovedoras estas oraciones de los primeros tiempos para nosotros, lectores del siglo XX. Las vemos lejos ya de nosotros en el transcurso de los siglos, pero las sentimos suavemente cercanas a nuestro corazón. ¡Cuántas palabras de las que encontraron en el fervor de su fe aquellos fieles de aquella Iglesia primitiva están todavía en nuestros labios! Sería imposible citar todas las oraciones de los primeros días que la Iglesia ha conservado y repite todavía: el admirable *Tedéum*, ese sobrenatural himno de gloria que compuso quizá a fines del siglo IV

Nicetas, obscuro obispo de Remesiana en la actual Servia; ese *Sub tuum praesidium*, la antífona mariana que ya hemos evocado; esas antiquísimas fórmulas de Consagración (o anáforas) que todavía se encuentran en uso en la Iglesia abisinia o Copta, y esos dos himnos de origen griego a que acabamos de hacer alusión para la mañana y para la tarde, que se han convertido el uno en el *Gloria*, de uso en toda la Cristiandad en su misma forma, excepto en insignificantes matices, y el *Fos Hilarion*, "luz gozosa de la Gloria", que no le cede en nada en cuanto belleza y que la Iglesia oriental repite todas las tardes. No sabríamos señalar todos los puntos por los que estas oraciones de los primeros cristianos nos llegan directamente al corazón, por los que nos hacen sentir la esencial fidelidad cristiana, una permanencia que desafía al tiempo. Leyéndolas no se siente ninguna sensación de extrañeza ni de desorientación arqueológica. Aquellos hombres y aquellas mujeres que oraban hace dieciséis o dieciocho siglos no son sino nosotros mismos, cristianos de todas las generaciones a los que anuncian y enseñan. Oramos con ellos con las fórmulas sencillas y nobles que brotaron de su alma. Somos los guardianes del mensaje que ellos trajeron. Recuperando estos bellos textos de la noche del olvido hacemos algo más que satisfacer una piadosa curiosidad, recibimos un alimento fuerte, un agua más pura, aquella de la que se prometió a la Samaritana que quien bebiera de ella no volvería a tener sed.

DANIEL-ROPS

I. LA ORACION INSPIRADA

I

LAS ORACIONES DEL EVANGELIO

La oración del Señor [1].

Así, pues, habéis de orar vosotros:

1 Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre;
venga a nos el tu reino,
hágase tu voluntad, así en la tierra como en
[el cielo.

---

[1] San Lucas, 11, 1-4, nos proporciona una versión más corta del Padrenuestro, precisando que Jesús dió esta oración a los discípulos a petición de éstos. El "Padrenuestro", como lo atestigua la carta de Policarpo a los filipenses, VI, 6, a principios del siglo II es familiar para los primeros cristianos. La *Didaché* nos informa de que recitan tres veces al día [8]. Desde el siglo IV se encuentra intercalado en la liturgia eucarística y bautismal. De este uso litúrgico proviene, sin duda, la doxología,

Pues a Ti pertenecen, por los siglos de los siglos, el reino, el poder y la gloria.

Para los comentarios antiguos del Padrenuestro. ver la cuarta parte.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy
y perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros perdonamos a nuestros
y no nos pongas en tentación, [deudores;
mas líbranos del mal [2].

Otras oraciones de Jesús.

Al regreso de la primera misión de los discípulos.

En aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo:

2 Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de
[la tierra,
porque has ocultado estas cosas a los sabios
y las revelaste a los pequeños; [y prudentes
es, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito.

En la tumba de Lázaro.

Y Jesús, alzando los ojos al cielo dijo:

3 Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que Tú me has enviado [3].

---

[2] Los Padres griegos traducen: del Maligno.

[3] Estas dos oraciones de Jesús manifiestan el lugar predominante de la acción de gracias, que será un elemento esencial de la oración antigua.

La institución de la Eucaristía [4].

San Lucas.

Y tomando el pan, dió gracias, lo partió y se lo dió diciendo: "Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria de mí". Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros".

San Marcos.

Y mientras comían tomó pan, y bendiciéndolo lo partió, y se lo dió, y dijo: "Tomad, éste es mi cuerpo". Y tomando el cáliz, después de dar gracias, se lo entregó y bebieron de él todos. Y les dijo: "Esta es mi sangre, de la alianza, que es derramada por la muchedumbre".

San Mateo.

Mientras comían Jesús tomó pan, y bendiciéndolo lo partió y, dándoselo a los discípulos, dijo: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo". y toman do un cáliz y dando gracias, se lo dió, diciendo: "Bebed de él todos porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados".

Oración sacerdotal de Jesús en la hora de la despedida [5].

5 Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que Tú le diste les dé Él la vida eterna.

---

[4] Aunque los diversos relatos de la institución de la Eucaristía no precisan cuáles fueron los salmos y las bendiciones pronunciadas por Jesús y sus discípulos, parecía del mayor interés dar la narración evangélica. En torno a este núcleo esencial, como veremos más adelante, se edificará toda la liturgia eucarística, corazón de la plegaria cristiana.

[5] La oración de despedida de Jesús tiene por objeto la glorificación del Señor y la unidad de los Apóstoles, así como de todos los que, en el desarrollo futuro de la Iglesia, creerán en Él. Se la llama "Oración por la unidad" o, aún más frecuentemente, "Oración sacerdotal". Esta última denominación alude a los versículos 17-19, en los que Jesús anuncia el sacrificio del día siguiente.

Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando al cabo la obra que me encomendaste. Y ahora Tú, Padre, glorifícame cerca de Ti mismo con la gloria que tuve, cerca de Ti, antes que el mundo existiese.

He manifestado tu nombre a los hombres que me has dado de este mundo. Tuyos eran, y Tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora saben que todo cuanto me diste viene de Ti; porque yo les he comunicado las palabras que Tú me diste, y ellos las recibieron y conocieron verdaderamente que yo salí de Ti, y creyeron que Tú me has enviado. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que Tú me diste; porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y yo he sido glorificado en ellos. Y yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a Ti. Padre santo, guarda en Tu nombre a éstos, que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, yo los conservaba en Tu nombre a éstos que me has dado, y los guardé, y ninguno de ellos pereció, si no es el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpliese. Pero ahora yo vengo a Ti, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado Tu palabra, y el mundo les aborreció; porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo,

como no soy del mundo yo. Santifícalos en la verdad, pues Tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo. Y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados por la verdad.

Pero no ruego solamente por éstos, sino por cuantos crean en mi por su palabra, para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mi y yo en Ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que Tú me has enviado. Y yo les he dado a ellos la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a estos como Tú me amaste. Padre, lo que Tú me has dado quiero yo que donde yo esté, estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que Tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que Tú me has enviado, y yo les di a conocer Tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.

Oración de Getsemaní.

6 Abba [6], Padre, todo te es posible; aleja de

[6] *Abba* es una palabra aramea que significa Padre. Expresa la disposición filial respecto de Dios. Pascal, en el *Mystère de Jésus*, ha comentado esta escena: *Jesús ora en la incertidumbre de la voluntad del Padre y teme la muerte.* La

mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú.

En la Cruz.

Y Jesús decía:

7 Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Jesús gritó con voz fuerte:

Eloy, Eloy, lamma sabactani?

Que quiere decir:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Y Jesús, dando una gran voz, dijo:

Padre, en tus manos entrego mi espíritu.

LOS PRIMEROS HIMNOS

Cántico de María: el Magnificat [7].

8 Mi alma magnifica al Señor,
y salta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Sal-
[vador.
porque ha mirado la humildad de su sierva,

---

petición del Padrenuestro que Cristo está viviendo toma aquí un relieve trágico.

[7] San Lucas es el evangelista que más habla de la oración y es también el que ha conservado los tres cánticos de acción de gracias de María, de Zacarías y de Simeón.

y por eso todas las generaciones me llamarán
[bienaventurada,
porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso,
y cuyo nombre es santo.
Y su misericordia de generación en genera-
sobre los que le temen. [ción,
Desplegó el poder de su brazo,
y dispersó a los que se engríen con los pen-
[samientos de su corazón.
Derribó a los potentados de sus tronos
y ensalzó a los humildes.
A los hambrientos llenó de bienes,
y a los ricos despidió vacíos.
Acogió a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia. [dres,
Según lo que había prometido a nuestros pa-
Abraham y su descendencia para siempre.

Cántico de Zacarías: el Benedictus [8].

9 Bendito el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
y levantó en favor nuestro un cuerno de sal-
vación.

Cuajado de fórmulas bíblicas, el *Magnificat* es el himno por excelencia a la benignidad de Dios. La Iglesia lo canta en las *Vísperas*, la hora en que Cristo ofreció, en la cruz, *el sacrificio de la tarde.*

[8] El cántico del sacerdote Zacarías señala las grandes fases de la historia judía en que se inscribe el designio de salvación de Dios. En la liturgia romana el *Benedictus* es el cántico de la aurora, a *Laudes*.

en la casa de David, su siervo,
como había prometido por la boca de sus santos profetas desde antiguo,
salvándonos de nuestros enemigos
y del poder de todos los que nos aborrecen,
para hacer misericordia con nuestros padres,
y acordarse de su alianza santa,
el juramento, que juró a Abraham nuestro padre darnos,
para que, sin temor, libres del poder de los enemigos,
le sirvamos, en santidad y justicia en su presencia, todos nuestros días.

Y tú, niño, serás profeta del Altísimo,
pues tú irás delante del Señor
para prepararle sus caminos,
para dar la ciencia de la salud a su pueblo,
con la remisión de sus pecados,
por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
en las cuales nos visitará naciendo de lo alto,
para iluminar a los que están sentados
en tinieblas y sombras de muerte
para enderezar nuestros pies
por el camino de la paz.

El Cántico de Simeón: el Nunc dimittis [9].

10 Ahora, Señor puedes dejar ir a tu siervo
en paz según tu palabra;
porque han visto mis ojos tu salud,
la que has preparado ante la faz de todos los pueblos,
luz para la iluminación de las gentes,
y gloria de tu pueblo, Israel.

[9] El cántico de Simeón hace resaltar el universalismo de la salvación. Ya las *Constituciones apostólicas*, a fines del siglo IV, utilizan el *Nunc dimittis* en una oración de la tarde. Hoy todavía la Iglesia romana engasta este himno de acción de gracias en el oficio de *Completas*.

11

LAS ORACIONES EN LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

Al lado de la oración judía, a la que permanecen fieles (Hechos, 2, 46 y 31), *los primeros cristianos se reúnen "y perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la unión en la fracción del pan y en la oración"* (Hechos, 2, 42). *Alaban a Dios con alegría recordando su resurrección en espera de su retorno.*

Oraciones de los fieles tras la liberación de los Apóstoles [10].

11 Señor, Tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay, que por boca de David, tu siervo, dijiste:

[10] La primera oración que conservamos de la comunidad primitiva se mueve todavía en una atmósfera judía. Se invoca a Dios como soberano Señor de todas las cosas. El elemento nuevo y específicamente cristiano es que la oración pasa por Jesús.

¿Por qué braman las gentes
y los pueblos meditan cosas vanas?
Los reyes de la tierra han conspirado
y los príncipes se han federado
contra el Señor y contra su Cristo.

En efecto, juntáronse en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel para ejecutar cuanto tu mano y tu Consejo habían decretado de antemano que sucediese. Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos hablar con toda libertad tu palabra, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios, por el nombre de tu santo siervo Jesús.

La última oración del diácono Esteban [11].

Y mientras le apedreaban, Esteban oraba diciendo:

12 Señor, Jesús, recibe mi espíritu.

Puesto de rodillas gritó con fuerte voz:

Señor, no les imputes este pecado.

[11] La emocionante plegaria de Esteban, que recuerda a la de su Maestro, es la primera que encontramos dirigida a Cristo Jesús. Más tarde los mártires invocarán en la hora suprema al Hombre-Dios, que antes que ellos había sufrido el martirio de la cruz. Les parece más cercano, en el momento en que van a reunirse con Él.

III

LAS ORACIONES EN LAS EPISTOLAS DE SAN PABLO

Desde su conversión Pablo conoce el cerco del Espíritu que es alma de su oración y que grita en nuestros corazones: ¡Abba, Padre! (Gálatas, 4, 6). *El Apóstol confiesa que no se cansa de orar. Esta necesidad interior es tan intensa que aflora a lo largo de todas sus cartas, esmaltadas de oraciones, formales o implícitas y particularmente en la* Epístola a los efesios.

La acción de gracias por los beneficios de Dios es una parte esencial en ellas. Se prolonga, como en la oración judía, en adoración. Esta voluntad de adorar se hace particularmente clara en las doxologías y en las bendiciones. Se repite a menudo la plegaria de petición, por necesidades personales o más frecuentemente por su apostolado.

La oración se dirige habitualmente al Padre de quien viene toda gracia, regla que seguirá la Iglesia. Cristo desempeña el papel de mediador y raramente se dedica a Él directamente la oración.

Al lado de esta oración personal, las cartas de San Pablo nos ofrecen elementos de himnos y de aclamaciones de la liturgia primitiva. En adelante los cánticos nuevos alternan con los salmos de la espera.

"Llenaos—dice el Apóstol—del Espíritu, siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre. en nombre de Nuestro Señor Jesucristo" (Efesios, 5, 19, 20).

EPISTOLA A LOS ROMANOS

Himno a la sabiduría divina.

13 ¡Oh profundidad de la riqueza
de la sabiduría y de la ciencia de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios
y cuán inescrutables sus caminos!
Porque ¿quién conoció el pensamiento del Se-
O ¿quién fué su consejero? [ñor?
O ¿quién primero le dió,
para tener derecho a su retribución?
Porque de Él y por Él y para Él son todas las
A Él la gloria por los siglos. Amén. [cosas.

Súplica por los hermanos.

14 Que el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un unánime sentir en Cristo Jesús, para que unánimes, a una sola voz,

glorifiquemos a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.
Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo. El Dios de la paz sea con todos vosotros. Amén.
El Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesús sea con vosotros.

Doxología.

15 Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo—según la revelación del misterio [12] tenido secreto en los tiempos eternos, pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dió a conocer a todas las gentes para que se rindan a la fe—, al Dios solo sabio, sea por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

EPISTOLA A LOS CORINTIOS

Acción de gracias.

16 La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre y de Jesucristo. Doy continuamente

[12] El misterio es un término frecuente en San Pablo y cuya riqueza exige muchos matices. Significa aquí el plan divino de la salvación; por Cristo, Dios quiere salvar a todos los hombres y hacer de ellos su pueblo.

gracias a Dios por la gracia que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, porque en Él habéis sido enriquecidos en todo; en toda palabra y en todo conocimiento, a la medida en que el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros. Así no escaseéis en don alguno, mientras llega para vosotros la Manifestación [13] de nuestro Señor Jesucristo, que a su vez os confirmará plenamente para que seáis hallados irreprensibles en el Día de nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a participar con Jesucristo, su hijo y Señor nuestro.

Himno al amor.

17 Si hablando lenguas de hombres y de án-
[geles, no tengo caridad,
soy como bronce que suena o címbalo que re-
Y si teniendo el don de profecía. [tiñe.
y conociendo todos los misterios y toda la
[ciencia
tuviere tan gran fe que trasladase los montes,
si no tengo caridad, no soy nada.
Y si repartiere toda mi hacienda,
y entregare mi cuerpo al fuego;
no teniendo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna;
no es envidiosa, no es jactanciosa,

[13] Manifestación y Día son términos sinónimos para designar el retorno glorioso de Cristo en el fin de los tiempos.

no se hincha;
no es descortés,
no es interesada,
no se irrita, no piensa mal;
no se alegra de la injusticia,
se complace en la verdad;
todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera,
[todo lo tolera.

La caridad no pasa jamás;
las profecías tienen su fin,
las lenguas cesarán,
la ciencia se desvanecerá.

Al presente, nuestro conocimiento es imper-
[fecto
y lo mismo la profecía;
cuando llegue el fin
desaparecerá eso que es imperfecto.
Cuando yo era niño, hablaba como niño,
pensaba como niño, razonaba como niño.
Cuando llegué a ser hombre dejé como inúti-
[les las cosas de niño.

Ahora veo por un espejo
y obscuramente,
entonces veremos cara a cara.
Al presente conozco sólo en parte,
entonces conoceré
cómo soy conocido.
Ahora permanecen estas tres cosas:
la fe, la esperanza, la caridad;
pero la más excelente de ellas es la caridad.

Bendición.

18 Sea con vosotros la gracia y la paz de par-
te de Dios nuestro Padre y del Señor Jesu-
cristo.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar nosotros con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.

EPISTOLA A LOS EFESIOS

Bendición.

19 Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor
Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad para alabanza y gloria de su gracia. Por esto nos hizo gratos en su Amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por éstas nos dió a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las

cosas, las de los cielos y las de tierra, en Él, en quien hemos sido heredados por la predestinación [14] según el propósito de Aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria.

En Él también vosotros [15] que escuchasteis la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, rescatando la posición que Él se adquirió para alabanza de su gloria.

Por lo cual yo también, conocedor de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestra caridad para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros y de hacer de vosotros memoria en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria os conceda espíritu de sabiduría y de consolación en el conocimiento de Él, iluminando los ojos de vuestro corazón. Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud, que Él ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos por encima de todo pricipado [16].

[14] Se trata de los judíos que fueron providencialmente llamados los primeros.
[15] Los cristianos venidos del paganismo.
[16] La Iglesia, para el Apóstol, es una obra a cuya perfección tiende la acción de todos. De aquí la insistencia sobre las nociones de esperanza, de promesa.

Oración.

20 Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior [17] por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y profundidad [18], y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén.

EPISTOLA A LOS FILIPENSES

Acción de gracias.

21 Siempre que me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios; siempre en todas mis oraciones pidiendo con gozo por vosotros, a cau-

[17] El hombre renovado por el bautismo y que se desarrolla sin cesar bajo la influencia del Espíritu Santo.
[18] Se trata de las dimensiones del plan de Dios.

sa de vuestra comunión en el Evangelio, desde el primer día hasta ahora. Cierto estoy de que el que comenzó en vosotros la buena obra la llevará al cabo hasta el día de Cristo Jesús. Así es justo que sienta de vosotros, pues os llevo en el corazón, y en mis prisiones, en mi defensa y en la confirmación del Evangelio, sois todos vosotros participantes de mi gracia. Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús. Y por esto ruego que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción. para que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irreprensibles para el día de Cristo [19], llenos de frutos de justicia por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

EPISTOLA A LOS COLOSENSES

Oración.

22 Por esto, también desde el día en que tuvimos esta noticia, no cesamos de orar y pedir por vosotros; para que seáis llenos del conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual y andéis de una manera digna del Señor, procurando serle gratos en todo, dando frutos de toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios corroborados en toda virtud por el poder de

[19] El día del Retorno, en el que se manifestará Cristo, está constantemente en la perspectiva del Apóstol.

su gloria, para el ejercicio alegre de la paciencia y de la longanimidad en todas las cosas, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en el reino de la luz.

El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados [20].

Himnos o cantos líricos conservados por San Pablo.

23 Despierta, tú que duermes,
y levántate de entre los muertos,
y te iluminará Cristo [21].

24 Al Rey de los siglos
inmortal,
invisible,
único Dios,
el honor y la gloria
por los siglos de los siglos [22].
Amén.

[20] Las intenciones que motivan la oración del Apóstol son aquellas que deben expresarse en primer lugar en nuestras peticiones, como nos lo enseña el Padrenuestro.

[21] Teodoreto nos enseña que varios de sus antecesores veían aquí un fragmento de un himno primitivo, especialmente oportuno para las ceremonias del bautismo, plenamente penetradas del simbolismo de la muerte y de la resurrección.

[22] La Iglesia ha insertado esta magnífica doxología en la oración litúrgica de la hora de *Prima*.

25 Y sin duda que es grande
el misterio de la piedad:
que se ha manifestado en la carne,
ha sido mostrado a los ángeles,
predicado a las naciones,
creído en el mundo,
ensalzado en la gloria.

26 Al bienaventurado
y solo Monarca,
Rey de reyes
y Señor de los señores;
el único inmortal,
que habita una luz inaccesible,
a quien ningún hombre vió
ni puede ver,
al cual el honor y el imperio eterno.
Amén.

27 Que si padecemos con Él,
también con Él viviremos.
Si sufrimos con Él,
con Él reinaremos.
Si le negamos,
también Él nos negará.
Aun si no le fuéramos fieles, Él permanecerá fiel,
que no puede negarse a Sí mismo.
Y por Él decimos amén,
para gloria de Dios en nosotros [28].

[28] San Pablo hace aquí alusión al Amén litúrgico, que de la Sinagoga ha pasado a la Iglesia para expresar el asentimiento a la acción de gracias.

EPISTOLA DE SAN JUDAS

28 A Aquel que puede guardaros sin pecado y haceros ante su gloria irreprensibles con alegría, el solo Dios, Salvador nuestro por Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la magnificencia, el imperio y la potestad desde antes de los siglos, ahora y por todos los siglos. Amén.

LOS CANTOS DEL "APOCALIPSIS"

El Apocalipsis[24] *se desarrolla en el marco del culto cristiano. El vidente sitúa sus visiones en el "día del Señor",* 1, 10, *es decir, en el momento en que la comunidad se reúne. El culto de la Iglesia es para el escritor como la anticipación de la liturgia celeste: de uno a otra hay correspondencia y continuidad en la realización.*

Por esta razón el Apocalipsis *está sembrado de reminiscencias litúrgicas, de himnos y de oraciones, desde la doxología de la introdución,* 1, 6, *hasta el Maran ata, "Ven, Señor Jesús", que cierra el libro,* 22, 20. *Los cinco primeros capítulos parecen seguir el desarrollo de la celebración litúrgica.*

Doxologías.

29 El que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre.

[24] Apocalipsis significa Revelación.

Y nos ha hecho un reino y sacerdotes[25] de
Dios, su Padre.
A Él la gloria y el poder por los siglos de los
siglos. Amén.

Los cuatro vivientes tenían cada uno de ellos seis alas, y todo en torno y dentro estaban llenos de ojos y no se daban reposo día y noche diciendo:

30 Santo, Santo, Santo es el Señor
Dios todopoderoso,
el que era, el que es y el que viene[26].

Cantos al cordero.

Los veinticuatro ancianos caían delante del que está sentado en el trono, y se postraban ante el que vive por los siglos de los siglos y arrojaban sus coronas delante del trono, diciendo:

31 Digno eres, Señor Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque Tú creaste todas las cosas,
y por tu voluntad existen y fueron creadas.

[25] La promesa hecha al pueblo judío, *Exodo*, 19, 6, se realiza en la Iglesia, Israel verdadero: un pueblo cuyo rey es Dios y cuyos miembros, unidos a Cristo-Sacerdote, ofrecen a Dios el universo en sacrificio de alabanza.

[26] La doxología Sanctus, inspirada en *Isaías*, 6, 3, y utilizada quizá desde la edad apostólica, acaba el Prefacio de la Misa desde el siglo IV.

Y cantaron un cántico nuevo que decía [27]:

32 Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios
hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación,
y los hiciste para nuestro Dios, reino y sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Y vi y oí la voz de muchos ángeles en rededor del trono, y de los vivientes, y de los ancianos; y era su número de miríadas de miríadas, y de millares de millares, que decían a grandes voces [28]:

33 Digno es el Cordero, que ha sido degollado,
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza,
el honor, la gloria y la bendición.

Y todas las criaturas que existen en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto hay en ellas, oí que decían:

Al que está sentado en el trono
y al Cordero
la bendición, el honor, la gloria y el imperio
por los siglos de los siglos.

---

[27] El cántico nuevo, sustituyendo al de Moisés, corresponde al orden nuevo y definitivo instaurado por Cristo.

[28] Volveremos a encontrar este tema de la reunión universal a partir de la *Didaché*, 9, 4.

Y los cuatro vivientes respondieron:

Amén.

El cántico del Cordero.

Y cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo:

34 Grandes y estupendas son tus obras,
Señor Dios todopoderoso;
justos y verdaderos tus caminos,
Rey de las naciones.
¿Quién no te temerá, Señor,
y no glorificará tu nombre?
Porque Tú sólo eres santo,
y todas las naciones vendrán
y se postrarán delante de Ti,
pues tus fallos se han hecho manifiestos [29].

Canto de triunfo.

Después de esto oí una fuerte voz como de una muchedumbre numerosa en el cielo, que decía:

---

[29] El cántico de Moisés era la acción de gracias por la liberación del pueblo elegido de la servidumbre egipcia. El *Exodo* lleva en sí el signo de la futura salvación; el cordero pascual anuncia el sacrificio de Cristo.

En la noche en que fué entregado Jesús dió su vida para arrancarnos del poder de las tinieblas y transferirnos al reino de Dios. Por esta razón los elegidos cantan con una misma voz, el cántico de Moisés y el del Cordero. Y existe una admirable continuidad en el designio divino de salvación: el cántico del Cordero está compuesto de versículos bíblicos, tomados del Antiguo Testamento, como para subrayar esta correspondencia.

35 Aleluya, salud, gloria, honor y poder a nuestro Dios,
porque verdaderos y justos son sus juicios,
pues ha juzgado a la gran ramera,
que corrompía a la tierra con su fornicación
y en ella ha vengado la sangre de sus siervos.

Y por segunda vez dijeron:

Aleluya.
Y el humo de la ciudad sube por lo siglos de los siglos.

Y cayeron de hinojos los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes y adoraron a Dios que está sentado en el trono, diciendo:

Amên, aleluya.

Y del trono sàlió una voz que decía:

Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos,
y cuantos le teméis pequeños y grandes.

Y oí una voz como de gran muchedumbre, y como voz de muchas aguas, y como voz de fuertes truenos, que decía:

Aleluya,
porque ha establecido su reino
el Señor Dios todopoderoso;
alegrémonos y regocijémonos,
démosle gracias,
porque han llegado las bodas del Cordero,

y su Esposa está dispuesta,
y fuéle otorgado vestirse de lino brillante, puro [30].

Oración de la espera.

Y el Espíritu y la Esposa dicen:

36 Ven.

Y el que escucha diga:

Ven.

Dice el que testifica estas cosas:

Sí, vengo pronto. Amén.
Ven, Señor Jesús [31].
La gracia del Señor con todos los santos.
Amén.

[30] En violento contraste con las infidelidades de Babilonia, comparadas con los pecados de la ramera, la visión del pueblo definitivamente unido a su Dios se compara con el matrimonio de Cristo y la Iglesia. La imagen, familiar en los profetas, Oseas y Jeremías sobre todo, y desarrollada por San Pablo, encuentra aquí su realización.

[31] El "maran atha", repetido en el curso de las asambleas litúrgicas *(I Cor.,* 16, 22, y 11, 26) era la llamada de los cristianos a Cristo que debía volver como Señor: lo volveremos a encontrar en la *Didaché* [10] más adelante, número 155.

II. LA ORACION DE LAS PRIMERAS GENERACIONES CRISTIANAS

I

LOS PRIMEROS TESTIMONIOS

La Iglesia tiene conciencia de ser el verdadero Israel, la heredera de todos los valores divinos del pasado judío. Posee en los salmos, que repite sin cesar, la herencia de sus padres, la oración de su infancia y hasta en las nuevas fórmulas pueden volverse a encontrar en filigrana las reminiscencias bíblicas.

La novedad es la mediación de Cristo, bisagra de los dos Testamentos. En adelante todas las oraciones pasan por Él e incluso a veces se dirigen directamente a Él, si bien, generalmente, es al Padre a quien la Iglesia ofrece sus alabanzas, sus acciones de gracias y sus súplicas, tal como Cristo lo había enseñado. Orígenes confiesa haber buscado en el Antiguo Testamento, sin encontrarla, *una oración osando dirigirse a Dios y llamándole Padre (De la oración, 22, 1)*.

También las doxologías se dirigen en primer

lugar al Padre; a veces se le asocia el Hijo, y el Espíritu Santo aparece en ellas en el siglo III.

Vamos a descubrir por caminos convergentes la génesis de la oración de las primeras generaciones cristianas.

CLEMENTE DE ROMA

San Clemente es uno de los primeros sucesores de San Pedro en la sede de Roma. Como tal interviene en los asuntos de los fieles de Corinto. Les dirige una carta hacia el año 96, cuya autoridad fué tal que se encuentra transcrita a continuación de las epístolas de los Apóstoles.

Se contiene en ella la más antigua oración cristiana fuera de la Escritura. Esta se encuentra todavía próxima a las dieciocho bendiciones judías que los israelitas recitaban todos los días. Da una idea de lo que fué la oración improvisada en la celebración litúrgica primitiva.

Abarca intenciones universales; su emoción contenida, grave y majestuosa, anuncia la liturgia romana: "bíblica, tradicional, respetuosa, y enamorada del pasado y al mismo tiempo vibrante de los nuevos gozos y esperanzas".

Oración universal.

37 Que el Artífice del universo
conserve, inviolado sobre la tierra,
el contado número de sus elegidos,
por su Hijo amado Jesucristo.

Por Él nos ha llamado de las tinieblas a la
[luz,
de la ignorancia al conocimiento de la gloria
[de su nombre.
En Ti ponemos nuestra esperanza,
principio de toda la creación.
Tú has abierto los ojos de nuestros corazones
a fin de que te conozcan
a Ti, el solo Altísimo en los cielos,
el Santo que reposa entre los santos,

Tú abates la insolencia de los soberbios,
Tú desbaratas los planes de las naciones,
Tú ensalzas a los humildes
y derribas a los poderosos;
Tú das la riqueza y la pobreza,
Tú tomas y das la vida.
Unico bienhechor de los espíritus,
y Dios de toda carne;
Tú escrutas las profundidades,
Tú vigilas las obras de los hombres,
¡Auxilio en los peligros!
¡Salvador de los desesperados!
¡Creador y Guardián de todo espíritu!
Tú multiplicas los pueblos de la tierra
y de entre todos has elegido a los que te aman,
por Jesucristo, tu Hijo amado:
por Él, Tú les has enseñado, santificado y hon-
Te lo rogamos, oh Todopoderoso [1], [rado.
sé nuestro amparo y nuestro defensor.

---

[1] Esta petición preludia la letanía del diácono que formula las intenciones universales, y que encontramos en todas las liturgias antiguas (vid. más adelante, núms. 47, 170 y 183).

Salva a los oprimidos,
ten piedad de los pequeños,
levanta a los que han caído,
muéstrate a los necesitados,
cura a los enfermos,
recoge a los que de tu pueblo se han extra-
alimenta a los que tienen hambre, [viado,
libera a nuestros prisioneros;
endereza a los débiles,
conforta a los pusilánimes;
y que todos los pueblos reconozcan
que sólo Tú eres Dios,
que Jesucristo es tu Hijo,
que nosotros somos tu pueblo y las ovejas de
tu rebaño.

Tú has manifestado por tus obras
la eterna ordenación del mundo;
Tú, Señor, creas la tierra,
Tú que permaneces fiel en todas las genera-
justo en tus juicios, [ciones,
admirable en tu fuerza y magnificencia,
sabio para crear,
prudente para hacer tus obras duraderas,
bienhechor en las cosas visibles,
fiel a los que tienen confianza en Ti,
misericordioso y compasivo;
perdónanos nuestros pecados y nuestras in-
[justicias,
nuestras caídas y nuestras negligencias.

No enumeres las faltas de tus servidores,

pero purifícanos con la limpieza de tu verdad
y guía nuestros pasos en la santidad del co-
[razón,
a fin de que hagamos lo que es justo y agra-
[dable
a tus ojos y a los ojos de nuestros príncipes [2].
Sí oh Dueño soberano[3], muéstranos tu faz,
para hacernos gustar en paz los bienes,
protegernos con Tu mano poderosa,
liberarnos de todo pecado por Tu brazo so-
[berano,
y salvarnos de aquellos que nos odian injustamente.

Da la concordia y la paz
a nosotros y a todos los habitantes de la tie-
como la concediste a nuestros padres, [rra,
que te rogaban en la fe y en la verdad,
sometidos a tu omnipotencia y a tu santidad.

Eres Tú. Dueño soberano,
quien ha dado poder y realeza,
a los príncipes y a nuestros jefes en la tierra,
por tu poder maravilloso e inefable,
a fin de que, reconociendo la gloria y el honor
que les has otorgado,

[2] Esta oración, escrita durante las persecuciones de Domiciano, no expresa sino sumisión, y ruega por aquellos que son los depositarios del poder de Dios

[3] La palabra δεσποτής, soberano, no significa el dueño tiránico, sino el dueño bueno y benévolo.

permanezcamos a ellos sumisos
por no contrariar tu voluntad.
Concédeles, Señor,
la salud, la paz, la concordia, la seguridad,
para que ejerzan sin error
el imperio que les has otorgado.
Pues eres Tú en verdad,
Dueño celeste y Rey de las edades.
quien dispensa a los hijos de los hombres
honor, gloria y poder
sobre las cosas de la tierra;
dirige, Señor, su juicio, conforme al bien,
según lo que es agradable a tus ojos,
de suerte que ejerzan con piedad,
en la paz y la mansedumbre,
el poder que les has dado,
y reciban tus favores.

Tú, únicamente, puedes realizar estas cosas [4]
y conseguirlas mayores todavía.
Gracias te damos por el sumo sacerdote
y protector de nuestras almas, Jesucristo.
Por Él te sea dada gloria y magnificiencia
ahora,
de generación en generación
y por los siglos de los siglos. Amén.

IGNACIO DE ANTIOQUIA
(† 107 aproximadamente.)

Las cartas de San Ignacio no encierran plegarias propiamente dichas, sino aspiraciones o de-

[4] La doxología se dirige al Padre, solo, por Jesucristo.

seos del alma, dirigidas al Padre o a Cristo. Dios no es aquí tanto el Señor como el Padre que es invocado por medio de Jesús. Sus invocaciones, del todo espontáneas, son el primer testimonio de la oración personal, en lo que ésta tiene de vivaz y de íntimo.

El canto al Padre.

38 Vuestro presbiterio[5] está unido a su obispo como las cuerdas a la lira; por eso Cristo Jesús es celebrado en vuestra concordia y en la armonía de vuestra caridad. Y todos juntos os habéis convertido como en un coro, que, acordado al unísono, traduce el canto de Dios; juntos lo entonáis a una sola voz, por Jesucristo en dirección al Padre, a fin que os oiga y os reconozca en vuestras buenas obras como los miembros de su hijo.

La oración cristiana.

39 Regulad todos vuestra conducta según la de Dios: respetaos los unos a los otros y no miréis a vuestro prójimo con los ojos de la carne, mas amaros siempre los unos a los otros en Cristo Jesús. No toleréis entre vosotros nada que pueda dividiros, sino que vuestra unión con vuestro obispo y vuestros jefes sea una imagen y una lección de vida eterna.

[5] "Presbiterio" significa el colegio de los sacerdotes, agrupado alrededor del obispo.
Al final del volumen se inserta un léxico de términos técnicos o dificultosos.

No creáis que separadamente podáis hacer nada bueno; no hay bueno sino lo que hacéis en común. Una misma oración, una misma súplica, un mismo espíritu, una sola esperanza en la caridad, de la que gustaréis en alegría inocente; todo esto es Cristo y nada hay más bello.

Acudid a reuniros en el único Templo de Dios, en torno al único Altar que es el único Jesucristo, único salido del Padre, permaneciéndole unido y volviendo a Él[6].

Oración.

40 Trigo soy de Dios; sea yo triturado por los dientes de los animales para convertirme en pan puro de Cristo.

Las pasiones están en mí crucificadas, ya no hay fuego carnal que me queme, sino que ha brotado en mí una fuente que murmura y me dice desde dentro: Ven junto al Padre[7].

Invocación.

41 Ahora es cuando empiezo a ser un discípulo.

Que ninguna criatura, visible o invisible,

[6] Esta insistencia sobre la unidad recuerda a la epístola de San Pablo a los efesios, 4, 4-5; unidad de Dios, unidad de Dios y de Cristo, unidad de los cristianos con Cristo y entre ellos.
[7] Volvemos a encontrar la ardiente espera entrevista en el *Apocalipsis*, orientada aquí hacia el Padre.

trate de arrebatarme la posesión de Jesucristo. Fuego y cruz, manadas de bestias, laceraciones descuartizamientos, dislocaciones de huesos, trituración de todo el cuerpo y los peores azotes inventados por el diablo caigan sobre mí, con tal que yo encuentre a Jesucristo.

De nada me servirán los encantos del mundo ni los reinos de este siglo. Bueno es para mí morir por poseer a Jesucristo; más que reinar sobre los confines de la tierra. A Él busco, al que ha muerto por nosotros; a Él quiero, al que ha resucitado por nosotros. Siento ya los dolores del parto. Evitadme, hermanos, no me impidáis vivir, no busquéis mi muerte; no entreguéis al mundo y a las seducciones de la materia a aquel que quiere pertenecer a Dios; dejadme conquistar la pura luz; cuando llegue a ella seré un hombre. Permitidme imitar la pasión de mi Dios. Si alguno lleva a Dios consigo, que comprenda lo que quiero, que compadezca, puesto que la conoce, la angustia que me acucia [8].

IRENEO DE LYON
(† 202 aproximadamente.)

Nacido en Esmirna, discípulo de San Policarpo, que conoció a San Juan, obispo después de Lyon, San Ireneo es uno de los testigos más expresivos de la fe. A los sistemas gnósticos opone,

[8] San Ignacio se dirige indiferentemente a Jesús o a su Padre. Cristo aparece aquí como el Hombre-Dios.

ante todo, la tradición apostólica conservada por la Iglesia infalible.

Como en San Pablo, y más tarde en Orígenes, la oración se encuentra a flor de texto. Es tradicional, dirigida a Dios, animada por su amor a la iglesia y a las almas.

Oración a Dios.

42 Yo te invoco, Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob y de Israel, Tú que eres el Padre de nuestro Señor, Jesucristo. Oh Dios, en tu misericordia infinita has querido que aprendiéramos a conocerte; Tú has hecho el cielo y la tierra, Tú eres el soberano Señor de Todas las cosas, sólo Tú eres el Dios verdadero encima del cual no existe otro.

Por nuestro Señor Jesucristo y los dones del Espíritu Santo, concede a todos mis lectores que te conozcan, pues sólo Tú eres Dios; confírmales en Ti y desvíales de toda doctrina herética e impía de la que Dios está ausente [9].

Oración por la conversión de los herejes.

43 Por nuestra parte rogamos a fin de que no permanezcan (los herejes) en la fosa que ellos

[9] La oración de Ireneo se dirige al Padre, manifestado ya en la antigua Ley. Esta continuidad del plan de salvación es una idea predilecta para nuestro obispo.
Ireneo pide al Padre los dones del Espíritu.

mismos horadaron; que no se separen de su Madre, que abandonen el abismo, que se alejen del Vacío y huyan de Ogdoada[10]; que sean engendrados legítimamente, convitiéndose a la Iglesia de Dios, y que Cristo se forme en ellos. Que reconozcan como sólo creador y obrero de este universo al único Dios verdadero y Señor de todas las cosas. Este es el voto de nuestra caridad; dirigiéndolo a Dios, nuestro amor es más útil que aquel con que ellos creen amarse; y como es sincero, será eficaz si responden a él. Se parece a un remedio doloroso: arranca la carne muerta de la herida, desenmascara su orgullo y su hinchazón. Probemos también nosotros con todas nuestras fuerzas, y sin cansarnos, a tenderles la mano. Tenemos la intención, en el próximo libro, de traer las palabras del Señor; ojalá les convenzan y les desvíen de todo error y de toda blasfemia respecto a su Creador: Él sólo es el Dios Verdadero y el Padre de nuestro Señor, Jesucristo. Amén.

HIPOLITO DE ROMA
(† 235)

Era Hipólito posiblemente de origen oriental. En Roma, donde fué sacerdote, se opuso al Papa Calixto. Reconciliado con la Iglesia, murió deportado en Cerdeña por la persecución de Maximiano.

Además de la "Tradición apostólica", de la que

[10] Alusiones a las lucubraciones de los sistemas gnósticos.

hablaremos más adelante, Hipólito compuso un tratado "Sobre la Pascua", que inspiró las homilías pascuales de las que tomamos dos himnos.

Himno pascual.

I

44 Es la pascua,
la pascua del Señor, clama el Espíritu.
Es la pascua, no figurada, sino real;
no es ya la sombra,
sino la pascua del Señor en toda verdad.
La sangre vertida es un signo,
un signo de la verdad que debía venir.
Es la primera figura del Espíritu,
la imagen de la gran unción:
"Veré la sangre y os protegeré".

En verdad, Jesús, Tú nos has protegido
contra un desastre sin nombre,
has extendido tus manos paternales,
nos has abrigado bajo tus alas,
has derramado la sangre de un Dios sobre la [tierra,
para sellar la sangrienta alianza,
en favor de los hombres que amas.
Has alejado las amenazas de la cólera
y nos has devuelto la reconciliación de Dios...

¡Oh Tú, único entre únicos, todo en todos,
tengan los cielos tu espíritu y tu alma el pa- [raíso,
pero que tu sangre pertenezca a la tierra...

¡Oh corifeo de la danza mística! ¡Oh fiesta
[del Espíritu!
¡Oh pascua de Dios que desciende a la tierra
[del cielo
y que vuelve a subir al cielo de la tierra!
Solemnidad universal y nueva,
asamblea de toda la creación.

¡Oh gozo universal, honor, festín, delicias:
tinieblas de la muerte disipadas,
vuelve la vida a todos
y se abren las puertas de los cielos!

Dios se ha hecho hombre
y el hombre se ha hecho Dios.
Él ha roto la presa del infierno
y los hierros que oprimían a Adán.
El pueblo de los infiernos resucita de la muerte,
por mostrar a la tierra las promesas cumplidas.
Y los cantos han sido devueltos a la tierra.

¡Oh Pascua de Dios! El Dios del cielo, en su
[liberalidad,
se ha unido a nosotros en el Espíritu,
y la inmensa sala de las bodas se ha llenado
[de convidados:
todos llevan el vestido nupcial,
y ninguno es arrojado fuera por no haberlo
[revestido.
¡Oh Pascua, luz de la nueva claridad,
esplendor del cortejo virginal!
Las lámparas de las almas no volverán a apa-
[garse.

En todos arde el fuego de la gracia de mane-
[ra divina,
en el cuerpo y en el espíritu,
pues lo que arde es el aceite de Cristo.

También te rogamos, Dios soberano, Cristo,
Rey en el espíritu y la eternidad,
que extiendas tus grandes manos sobre tu Igle-
[sia sagrada,
y sobre tu pueblo santo que sigue pertenecién-
[dote;
defiéndele, guárdale, consérvale,
combate, da la batalla por él,
somete todos los enemigos a su poder,
hasta el aplastamiento de las fuerzas invisibles,
que marchan ya en derrota.
Alza ahora tu estandarte sobre nosotros
y concédenos
poder cantar con Moisés el canto triunfal.
Pues tuya es la victoria
y el poder por los siglos de los siglos.
Amén.

II

45 Venga a gustar el gozo de esta fiesta
el piadoso, el que ama al Señor.
Entre alegre, en la alegría de su Maestro,
el servidor fiel.
Venga a cobrar ahora su denario
quien soportó el peso del ayuno

El que trabajó desde la hora primera
recibirá hoy el justo salario;

el que llegó a la tercera
se regocijará en acción de gracias;
y el que llegó pasada ya la sexta hora
puede acercarse sin temor, no será perjudi-
si alguno se retrasó hasta la hora nona [cado;
podrá venir sin vacilación;
el obrero de la hora undécima
no sufrirá por su retraso.

Pues el Señor es liberal:
recibe al último como al primero;
concede el reposo al obrero de la hora undé-
[cima
como al que desde el alba comenzó su trabajo.
Gratifica al último y colma al primero;
da a éste sin olvidar a aquél;
no mira solamente la obra,
sino que ya penetra la intención.

Entrad todos en la alegría de vuestro Amo:
primeros y segundos, recibid la recompensa;
ricos y pobres, cantad a coro;
abstinentes u ociosos, festejad este día;
hayáis o no ayunado,
regocijaos hoy.

Está listo el festín; venid, pues, todos.
El ternero cebón está servido; todos serán sa-
[ciados.

Comed con delicias en el banquete de la fe
y tomad las riquezas de la bondad.
Nadie llore su pobreza:
el reino está abierto para todos;

nadie deplore sus pecados:
el perdón se ha levantado de la tumba;
nadie tema a la muerte:
la del Señor nos ha hecho libres;
Él la derribó cuando le tenía encadenado:
sumió en el terror a los que habían tocado su
[carne.

Isaías lo había previsto, gritándolo a todos
[los vientos:
fué consternado el infierno cuando lo encon-
consternado porque fué derribado; [tró;
entristecido porque fué burlado.
Tomó un cuerpo el infierno y se encontró ante
[Dios;
tomó la tierra y se encontró con el cielo;
cogió lo visible, para caer en lo invisible.
Muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está,
[Muerte, tu aguijón?

Cristo ha resucitado,
y tú has sido derribada.
Cristo ha resucitado,
y los demonios han caído;
Cristo ha resucitado,
y están alegres los ángeles;
Cristo ha resucitado,
y los muertos todos abandonan la tumba.
Si Cristo ha resucitado entre los muertos,
como primicia de los que duermen.

A Él, gloria y poder por los siglos de los si-
Amén. [glos.

CIPRIANO DE CARTAGO
(† 258)

Pertenecía Cipriano a familia rica y pagana. Siendo en Cartago brillante "retor" fué tocado por la gracia. Hubo de dirigir, como obispo, la Iglesia durante la terrible persecución de Decio. Escribió para realizar su función pastoral. La oración que brotaba espontáneamente de su pluma tiene el ritmo y la densa sobriedad de la liturgia romana. Damos más adelante su comentario a la "oración del Señor".

Oración universal.

46 Supliquemos al Señor con corazón recto y de común acuerdo, implorémosle con gemidos y lágrimas, como deben implorar los que se encuentran entre desdichados caídos que se golpean el pecho y fieles que temen sucumbir a su vez; entre una multitud de heridos acostados y unos pocos que se mantienen de pie. Pidamos que nos sea devuelta pronto la paz, que venga rápidamente el socorro que disipe nuestras tinieblas y nuestros peligros, que se produzcan los cambios anunciados a sus servidores: la restauración de su Iglesia, la seguridad de nuestra salvación; tras las tinieblas la luz y una dulce serenidad después de las tormentas y las tempestades.

Pidámosle que su afecto paternal venga en nuestro socorro, que opere los prodigios de su

poder, a fin de que sean confundidas las blasfemias de los perseguidores, que sea más regular la penitencia de los que han caído y que la firme y constante de los que perseveran sea glorificada.

Oración letánica.

47 Roguemos por los que han caído,
para que se levanten.
Roguemos por los que están de pie, para que no sucumban ante la prueba.
Roguemos por aquellos cuya caída conocemos:
que reconozcan la enormidad de su falta y comprendan que ésta exige más que una enmienda corta y superficial.
Roguemos para que el perdón concedido sea eficaz y seguido por la penitencia,
a fin de que comprendan que son culpables y hagan prueba de paciencia, esperando;
que no agiten una Iglesia todavía poco firme;
que teman provocar una persecución intestina, y colmar su culpabilidad, mostrándose incapaces de permanecer tranquilos.

Conviene la modestia, sobre todo a aquellos cuyas culpas provienen de sentimientos extraños a la modestia. Que llamen a la puerta, pero que no la rompan; que se acerquen al umbral de la Iglesia, pero que no lo franqueen; que monten la guardia a la puerta del campamento celestial, pero armados de humildad, reconociendo con ello que fueron desertores.

Que vuelvan a tomar la trompeta de la oración pero no para tocar bravuconamente. Ármense de humildad y del escudo de la fe, que el miedo de la muerte les hizo abandonar, y que lo tomen de nuevo, armados ahora contra el demonio y no ya contra la Iglesia que se aflige todavía por su caída. Les será de gran provecho una oración modesta, una petición respetuosa, una paciencia activa. Que envíen como embajada sus lágrimas, que los gemidos arrancados de su corazón sean sus intercesores, que prueben el pesar del crimen cometido y la vergüenza sufrida por él.

Oración por la paz.

48 Rogamos y suplicamos a Dios, a quien los enemigos de la Iglesia no cesan de provocar e irritar, se digne dulcificar sus corazones; que depongan su furor y vuelvan a la calma del espíritu; que sus corazones, obscurecidos por las tinieblas de sus pecados, reconozcan la luz de la penitencia, y que soliciten la oración del obispo en vez de disponerse a verter su sangre.

Oración por la perseverancia.

49 Ya que vuestras plegarias tienen en este momento mayor eficacia y que en medio de las persecuciones se obtiene más fácilmente lo que se pide, pedid con insistencia a la divina bondad que consigamos todos llegar a confesar su nombre y salir indemnes y gloriosos de las

tinieblas y las trampas de este mundo. Unidos a vosotros por los lazos de la caridad y la paz, juntos y en pie para hacer frente a las injurias de los herejes y a las persecuciones de los paganos, ojalá nos regocijemos también con vosotros en el reino de Dios.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA
(† antes de 215)

Desde fines del siglo II *existe en Alejandría una escuela dirigida por la autoridad eclesiástica, con el fin de preparar para el bautismo a los jóvenes de las familias más cultas de la sociedad griega. Clemente y Orígenes enseñan alternativamente en esta ciudad. El primero a título privado; el segundo, en la escuela oficial, creando en ella cursos superiores.*

Pagano de origen, Clemente posee, con una cultura helénica, un profundo conocimiento de la Escritura. El libro del pedagogo pretende introducir a los jóvenes convertidos en la escuela del maestro único, Cristo. Concluye con el célebre himno a Cristo que ha sido, posiblemente, el canto de la "escuela de Alejandría" (Altaner). Himno entusiástico, inspirado en la Biblia y en Platón, y precedido por una oración al Salvador que, en la doxología final, asocia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Oración al divino Pedagogo.

50 Sé propicio, oh divino Pedadogo, a tus hijitos, oh Padre, guía de Israel, Padre e Hijo a la vez, Señor. Concédenos que, siguiendo tus preceptos, alcancemos el parecido con la Imagen, y que, según nuestras fuerzas, experimentemos la bondad de Dios y no la vindicta del Juez.

Concédenos a todos vivir en tu paz, pasar por tu ciudad, atravesar con calma las aguas del pecado pacíficamente llevados por el Espíritu Santo, tu Sabiduría inefable. Danos el cantarte un cántico de acción de gracias, día y noche y hasta el último día. Recibe nuestra alabanza, oh único Padre e Hijo, o Hijo y Padre, Hijo, nuestro Pedagogo y Maestro, con el Espíritu Santo [11].

[11] Tenemos aquí una de las primeras fórmulas de doxología trinitaria, en los primeros escritores cristianos. El Espíritu Santo aparece en ella unido al Padre y al Hijo, pero su presencia es menos constante en la oración.

Clemente expresa aquí toda su ardiente fe y su reconocimiento respecto al Hijo y al Padre.

El mismo entusiasmo impetuoso vuelve a encontrarse en una oración contemporánea que los *Hechos de Pedro* (apócrifos) ponen en labios del Apóstol en el momento de morir:

Eres para mí un padre, eres para mí una madre, eres para mí un hermano, un amigo, un servidor, un intendente;

Tú eres el todo y el todo está en mí; Tú eres lo existente, y nada existe sino Tú sólo.

También vosotros, hermanos, refugiaos junto a Él; si conocéis que sólo en Él existís se realizará para vosotros la promesa: "Ni el ojo lo vió, ni el oido lo escuchó, ni el corazón del hombre lo ha imaginado".

Te pedimos lo que has prometido darnos, oh Jesús sin

Todo es del Unico, en el que todo es, por el que todo es uno, por quien existe la eternidad, del que todos nosotros somos los miembros. Todo es del Dios bueno, del Dios bello, del Dios sabio, del Dios justo.

Gloria a Él ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Amén.

Himno a Cristo Salvador.

51 Freno de indomados potros,
ala fiel de pájaros tranquilos,
seguro gobernalle de las naves,
pastor de los corderos reales,
reúne la grey
de tus hijos puros;
para que alaben santamente
y canten con sinceridad,
con labios sin malicia,
a Cristo que conduce a sus hijos.

Soberano de los santos,
oh Verbo invencible
del Altísimo Padre,
príncipe de sabiduría,
apoyo del trabajo,
eterna alegría:

mancha. Te alabamos, te damos gracias y reconocemos, tributándote gloria, aunque seamos débiles hombres, que Tú sólo eres Dios y que no existe otro.

Gloria a Él ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Oh Jesús, Salvador
de la raza mortal,
pastor, labrador,
freno y gobernalle,
ala hacia los cielos
de los santos juntos.
Pescador de hombres,
vienes a salvarlos;
de la mar del vicio
sacas los peces puros;
del hostil remolino
les conduces a la vida bienaventurada.
Guía tu rebaño
de ovejas de sabiduría;
conduce, oh Rey,
tus irreprochables hijos.
Las huellas de Cristo
son el camino del cielo.

¡Oh eterno Verbo,
edad sin límite,
luz inmortal,
fuente de misericordia,
operario de la virtud,
vida venerada
por los que cantan a Dios!

¡Oh Cristo Jesús,
eres la leche celestial
de los dulces pechos
de una joven esposa,
de las gracias de tu Sabiduría.
Nosotros, niñitos
cuya tierna boca

acaba de refrescarse en ellas,
saciamos nuestra sed
con toda castidad
en el raudal del Espíritu.

Cantemos juntos
cánticos puros,
himnos leales
a Cristo soberano,
precio sagrado de la vida
que su voz nos da.
Celebremos con corazón simple
al Hijo todopoderoso.
Nosotros, que hemos nacido de Cristo,
formemos el coro de la paz;
pueblo de la sabiduría,
cantemos todos juntos
al Dios de la paz.

ORIGENES
(† 253)

Orígenes es, indudablemente, el hombre más representativo de la "escuela de Alejandría". Nace en esta ciudad de padre cristiano que muere mártir. Muy joven, recibe la dirección de la escuela catequística; su enseñanza es notable por lo brillante. A las cualidades más admirables de la inteligencia se agregan en él una fe profunda y un entusiasmo místico que le llevarán al martirio.

Orígenes es el teólogo más importante de la Iglesia griega: discutido durante su vida, lo fué aún más tras su muerte, y hoy día es muy estu-

diado. A su singular conocimiento de la Escritura unió una amplia cultura profana, como se trasluce en sus escritos.

Establece el texto crítico de la Biblia y después lo comenta buscando su sentido alegórico o espiritual.

Además de su tratado "De la oración", del que daremos amplios extractos, sus comentarios y homilías terminan en oración. La plegaria aflora en el curso del comentario y se dirige a menudo a Jesús, con una nota muy personal de piedad afectiva y de devoción a Cristo que es nueva y anuncia a Bernardo de Claraval y a Francisco de Asís. Al lado de lo caduco, la parte esencial de su obra nos parece asombrosamente actual.

CONCLUSIONES DE HOMILIAS [12]

El arca de Noé y el diluvio.

52 Rogamos de la misericordia de Dios todopoderoso que haga, no solamente que escuchemos su palabra, sino que la pongamos en práctica. Que derrame sobre nuestras almas el diluvio de sus aguas, que destruya a su gusto en nosotros lo que haya que destruir y que igualmente vivifique lo que haya que vivificar, por Cristo nuestro Señor y por su Espíritu Santo.

[12] Las doxologías, al final de las homilías, se refieren lo más a menudo a Cristo, a veces al Padre y raramente al Espíritu Santo o a la Trinidad.
Estas homilías fueron pronunciadas en Cesarea.

Gloria a Él por la eternidad y por los siglos de los siglos. Amén.

La Circuncisión de Abraham, signo de Alianza.

53 Que el Señor nos conceda creer con el corazón, profesar con la boca, manifestar con nuestras obras, que la alianza de Dios está en nuestra carne, a fin de que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos, por Jesucristo nuestro Señor, a quien corresponde la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Los ojos de Agar se abren.

54 Velemos, pues, y digamos con el Profeta: *No concederé el sueño a mis ojos, ni el descanso a mis párpados, ni el reposo a mi cabeza hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob.*

Gloria y poder a Él por los siglos de los siglos. Amén.

Dios dice a Jacob: José pondrá sus manos sobre tus ojos.

55 Ojalá el Señor Jesús ponga también sus manos sobre nuestros ojos, para que comencemos a ver no ya las cosas que se ven, sino las que no se ven.

Que nos abra los ojos para que éstos se de-

tengan no sobre las cosas presentes, sino sobre los bienes por venir; que nos desvele la mirada del corazón que contempla a Dios en espíritu, por el mismo Señor Jesucristo de quien son la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

El entendimiento espiritual de la Ley de Dios.

56 Roguemos al Señor, roguemos al Espíritu Santo [13] para que se digne apartar toda nube, toda tiniebla que por el hecho de nuestros pecados, pudiera obscurecer nuestra vista; que nos dé un entendimiento espiritual y maravilloso de la Ley según las palabras del que escribió: *Abre mis ojos y contemplaré las maravillas de tu ley* [14].

El conocimiento de la Escritura.

57 Meditemos, día y noche, perseveremos en la oración, siempre vigilantes; roguemos al Señor se digne por sí mismo darnos el conocimiento de la Escritura, y que la pongamos en práctica para merecer la gracia espiritual ilustrados por la ley del Espíritu Santo, en Jesucristo nuestro Señor, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

[13] Vemos aquí el importante papel que desempeña el Espíritu Santo en la teología y en la oración de Orígenes. Es el primer testimonio explícito de este culto en Oriente.

[14] Excepcionalmente hemos incluído aquí una oración que se encuentra no al final, sino al comienzo de la homilía.

El entendimiento espiritual de la Escritura.

58 Pidámos al Señor nos dé un entendimiento más claro de sus demás profecías; abra más nuestros sentidos a la verdad; podamos considerar en el Espíritu lo que ha sido escrito por el Espíritu, expresando en términos de espíritu las realidades del espíritu, según Dios y el Espíritu Santo, y hacernos comprender lo que ha inspirado en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien pertenecen la gloria y el poder. Amén.

Por el reposo del alma.

59 Pidamos que Jesús reine sobre nosotros; que nuestra tierra sea liberada de la guerra, y nosotros libres de los asaltos de nuestros deseos carnales, pudiendo así cada uno reposar a la sombra de su viña, de su higuera, de su olivo.

Al resguardo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo reposa el alma que ha encontrado la paz de la carne y del espíritu.

Gloria al Dios eterno por los siglos de los siglos. Amén.

Acoger a Jesús.

60 Preparemos en nosotros un corazón sin mancha, para que el Señor Jesús pueda entrar con alegría y gratitud en el mundo de

nuestro corazón y pedirnos hospitalidad. Gloria a Él y poder por los siglos de los siglos. Amén.

Fidelidad en las pruebas.

61 Roguemos a Dios con todo nuestro corazón, que luchemos con esfuerzo de alma y cuerpo y hasta el fin, por la verdad. Si le es grato probar nuestra fe (pues nuestra fe se prueba en los peligros y en las persecuciones como el oro en el crisol), incluso en caso de persecución, que nos encuentre listos, no sea que nuestra morada se hunda en el invierno o nuestra casa sea barrida por la tempestad como si estuviera construída sobre la arena. y cuando soplen los vientos del Demonio, es decir, del peor de los espíritus, que nuestras obras permanezcan, ya que hasta ahora se han mantenido—suponiendo que no estén secretamente minadas—, y que mientras tanto manifestemos la caridad que tenemos por Dios en Cristo Jesús, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén [15].

[15] No puede releerse sin emoción esta oración de Origenes, obsesionada por el pensamiento del martirio. Su vida toda está marcada por las persecuciones. Su padre muere mártir, y él mismo, encarcelado durante la sangrienta persecución de Decio, sufre atroces torturas y muere a consecuencia de sus heridas en Tyro, fiel a su oración.

El ejemplo de Simeón.

62 Mantengámonos también nosotros de pie en el Templo, tomemos en nuestros brazos al Hijo de Dios y, teniéndole bien estrechado, hagámonos así dignos de ser puestos en libertad y de partir hacia bienes mejores. Oremos al Señor todopoderoso, oremos también al propio niño Jesús, al que deseamos sostener y llevar en nuestros brazos.
A Él la gloria y el Imperio por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIONES SACADAS DE LOS COMENTARIOS

¿Quién, pues, me purifica; quién lava mis pies?

63 Jesús, ven, tengo los pies manchados. Hazte por mí esclavo. Echa agua en tu lebrillo, ven, lava mis pies. Yo sé que lo que digo es temerario, pero temo la amenaza que sale de tu boca: *Si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo*. Lávame, pues, lo pies para que tenga parte contigo. Pero, ¿qué digo? ¿Qué me laves los pies? Eso pudo decirlo Pedro, que tenía necesidad de que fuesen lavados solamente sus pies, pues todo entero estaba limpio. Yo, en cambio, una vez que haya sido lavado, tendré necesidad de ese bautismo del

que el Señor ha dicho: *En cuanto a Mí, con otro bautismo debo ser bautizado*[16].

Volved, hijos rebeldes, y perdonaré vuestras infidelidades[17].

64 Observad cómo nos exhorta, cuando volvemos, a llegar hasta el fin de nuestra conversión. Nos promete a nuestra vuelta curar nuestras heridas por Jesucristo. En cuanto a nosotros, que ni diferimos ni retrasamos la salvación, como Israel, respondemos diciendo: *He aquí tus siervos.*

Dios había dicho: *Volved, hijos rebeldes, y perdonaré vuestras infidelidades.* Y las naciones responden: Henos aquí, tus siervos; antes no lo éramos; al contrario, servíamos a los demonios y a las potencias enemigas.

Cuando distribuiste las naciones, oh Soberano todopoderoso, no fuimos nosotros tu nación elegida, no fuimos con Jacob la parte de tu herencia, sino que fuimos el lote de los otros. Incluso a nosotros, que fuimos la parte de los otros, Tú has dicho: *Volved, hijos rebeldes, y perdonaré vuestras infidelidades.* Y nosotros respondemos: Esto es lo que esperábamos: tu llamada y ninguna otra. No como aquellos que

[16] Esta oración, dirigida a Jesús, es tanto más asombrosa cuanto que Orígenes está más preocupado de referir al Padre, como principio de la divinidad, todo homenaje y toda oración. *De la oración,* 15, 16.

[17] Tenemos aquí una muestra del género literario de Orígenes, constelado de citas bíblicas,

oyeron la llamada y la despreciaron. Pero nosotros, nosotros no queremos sustraernos. Según la parábola del Evangelio, entre aquellos que fueron llamados los primeros, el uno decía: *Acabo de casarme, dame por excusado.* Y el otro: *He comprado cinco parejas de bueyes y quiero probarlas, dame por excusado.* Nosotros, que somos llamados del paganismo, no queremos dar la misma respuesta. ¿Por qué? ¿Qué bueyes a prueba podemos aducir? ¿Qué mujer podemos invocar? ¿A qué otra cosa podemos dedicarnos?

Dios nos ha dicho: *Volved, hijos rebeldes, y perdonaré vuestras infidelidades.* Considerando nuestras infidelidades y la promesa de perdón respondemos en seguida y decimos: He aquí que somos tuyos porque Tú eres el Señor nuestro Dios. Y sometidos decimos: Somos tuyos.

Recordemos que estamos sometidos a Dios diciéndole: Somos tus siervos, y repitámosle: Somos tuyos; no tenemos otro dueño. No somos tributarios del espíritu de cólera, ni del espíritu de tristeza, ni del espíritu de la pasión, ni del demonio, ni de uno de sus ángeles, sino que hemos oído el llamamiento y respondemos: Henos aquí, tuyos somos.

Probemos por nuestra conducta, nosotros que nos pretendemos suyos, que no tenemos otro dueño y digámosle: Tú eres, Señor, nuestro Dios. A decir verdad, no reconocemos ningún otro; no reconoceremos al vientre, como los glotones cuyo vientre es su dios. No reconoceremos al dinero, como los codiciosos,

pues la avaricia es idolatría. No queremos ningún otro Dios ni adorar ninguna otra criatura, sino que nuestro Dios es el que está encima de todos, con todos, en todos y no estamos atados sino a la caridad que nos liga a Él. Sí; la caridad nos une a Dios. Y volvemos a decir: Henos aquí, somos tuyos, porque Tú eres el Señor, nuestro Dios.

El Amor me ha herido [18].

65 ¡Qué bello, qué glorioso es recibir la herida del amor! Uno recibe la herida del amor carnal, otro el de cualquier otra pasión terrena.

En cuanto a ti, desnuda tus miembros y ofrécete a los dardos maravillosos: Dios es el arquero.

Escucha la Escritura que habla de esta flecha y si aún quieres que crezca tu admiración, escucha a la misma flecha, pues habla y dice: *Ha hecho de mí una flecha de elección y me ha refugiado en su aljaba; me ha dicho: Grande es para ti ser llamada servidor mío.*

Escucha bien lo que te dice esta flecha y cómo Dios la ha escogido. Cuán dichosa es la suerte de los que son heridos por esta flecha. Fueron heridos por ella los que se decían unos a otros: *¿No estaba nuestro corazón ardiendo dentro de nosotros cuando Él nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*

[18] Damos este texto y el siguiente a título de ejemplo, aunque sean más bien elevaciones que oraciones propiamente dichas.

Mi amado es mío.

66 He aquí, en efecto, cuáles son las palabras del Rey: *Habitaré en ellos y en ellos me pasearé.* Se trata seguramente de los que abren bastante ampliamente su corazón al Verbo de Dios, para que pueda decir que se pasea en ellos, es decir, en los espacios agrandados por una inteligencia y un conocimiento más extenso.

La Escritura dice igualmente que el Rey se acuesta en el alma de la que el mismo Señor habla por el profeta: *¿En quién descansaré sino en el hombre humilde y tranquilo que tiembla a mi palabra?* Este Rey, que es el Verbo de Dios, tiene, pues, su lecho en esta alma que se acerca ya a la perfección, ya que, por lo menos, no tiene defectos, sino que, por el contrario, está llena de santidad, llena de piedad, de fe, de caridad, de paz y de toda virtud. Entonces, en efecto, el Rey se complace en hacer en ella su yacija y en reposar allí. De esta alma decía el Señor: *Yo y mi Padre, vendremos, cenaremos con ella y en ella fijaremos nuestra morada.* ¿Dónde, pues, cena Cristo con su Padre? ¿Dónde fija su morada? ¿Dónde reposa?

¡Dichosa amplitud la de esta alma: dichosos cojines los de este espíritu, donde el Padre y el Hijo, y, yo no lo dudo, el Espíritu Santo con ellos, se acuestan, cenan y establecen su morada! ¿Con qué riquezas y con qué bienes son nutridos tales convidados? La paz es su

primer alimento, la humildad se les sirve con la paciencia, la mansedumbre con la dulzura y lo que es para ellos la más alta suavidad: la pureza del corazón. La caridad tiene el primer lugar en este banquete.

METODIO DE OLIMPIA

(† 311 aproximadamente.)

Metodio de Olimpia (Asia Menor) es un personaje poco conocido. Fué adversario de Orígenes. Entre sus obras la mejor conservada es "El banquete de las diez vírgenes", que celebra la virginidad. El título, lo mismo que el género literario, es una imitación de Platón. La obra termina con un himno entusiástico, en el que las vírgenes rinden a Cristo y a su esposa inmaculada, la Iglesia, el homenaje de su pureza.

Cántico de las Vírgenes a Cristo.

Antífona.

67 Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 1.

¡Oh vírgenes! En lo alto de los cielos
ha sonado una voz que despierta a los muer-
[tos.

Marchad juntas al encuentro del Esposo,
con vuestros blancos vestidos y las lámparas
del lado del Sol Naciente. [en la mano,
Despertad, antes de que el Rey haya fran-
[queado el umbral.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 2.

He huído de la miserable felicidad de los
[hombres
de la vida de placer, del amor insensato;
busco refugio en tus brazos, que dan la vida,
y deseo contemplar sin fin tu belleza; ¡oh
[Bienaventurado!

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 3.

He abandonado el lecho de las uniones hu-
[manas
y sus casas, por Ti, el más rico de los reyes,
y he venido con mi vestido inmaculado
a franquear el umbral de las dichosas moradas
y quedarme allí contigo.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 5.

He olvidado mi patria porque deseaba,
oh Verbo, tu gracia;
he olvidado los coros de las vírgenes de mi
el orgullo de mi madre y de mi raza. [edad,
Tú, Cristo, lo eres todo para mí.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 6.

Oh Cristo, choregio [19] de la vida, yo te sa-
¡oh luz indeclinable! [ludo,
Acepta estas aclamaciones
que te dirige el coro de las vírgenes
Flor de perfección, Amor, Alegría, Inteligen-
Sabiduría, ¡oh Verbo de Dios! [cia,

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

[19] Véase vocabulario inserto al final del libro, entre los índices.

Salmo 7.

Abre las puertas, oh Reina del deslumbran-
recíbenos en la cámara nupcial, [te aderezo,
esposa del cuerpo inmaculado,
de la magnífica victoria, del perfumado aliento.
Vestidas con el mismo aderezo, rodeamos a
[Cristo
para celebrar tus bodas, retoño bendito.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 11.

Abel era en otros tiempos, figura de tu sa-
[crificio.
Lleno de sangre, levantó los ojos al cielo y
[exclamó:
Muero a manos de un hermano cruel,
¡oh Verbo!, recibe mi alma.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

Salmo 17.

El Precursor que bautizaba a la multitud
en las aguas purificadoras

fué llevado al martirio por defender la cas-
Mientras su sangre bañaba el polvo [tidad.
de la prisión, exclamaba:

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a [tu encuentro.

Salmo 18.

Y tu madre, la Virgen llena de gracia,
que te llevaba en su seno,
inmaculada, en medio de las sospechas
que atormentaban el sueño de su esposo
exclamaba:

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a [tu encuentro.

Cántico a la Iglesia.

Salmo 20.

Feliz prometida de Dios, nosotras,
las compañeras de tus bodas,
te glorificamos ahora en nuestros himnos,
oh Virgen inviolada,
Iglesia del cuerpo blanco como la nieve,
de los negros rizos,
inmaculada, amable y sin reproche.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a [tu encuentro.

Salmo 21.

Ha desaparecido la corrupción
y las enfermedades que hacen sufrir y llorar,
la muerte no existe, se ha desvanecido toda [locura;
muerta está la tristeza que roe a los hombres
de pronto ha brillado de nuevo
el gozo de Dios sobre los humanos.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a [tu encuentro.

Salmo 23.

He aquí que, cantando el cántico nuevo,
el coro de vírgenes te lleva a los cielos,
oh Reina de luz:
su frente está coronada de blancas flores de [lis
y llevan en la mano lámparas resplandecientes.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a [tu encuentro.

Salmo 24.

Oh Bienaventurado que habitas las puras
[moradas de los cielos,
Tú que no tienes principio
y que gobiernas todo por tu eterno poder,
henos aquí: recíbenos también, oh Padre, con
[tu Hijo
en el interior de las puertas de la vida.

Antífona.

Pura me guardo para Ti y, con la lámpara
encendida en la mano, marcho, Esposo mío, a
[tu encuentro.

II

LAS ORACIONES DE LOS MARTIRES

Los *Hechos de los Apóstoles* nos relatan la última oración del primer mártir de la Iglesia. Las *Cartas* de San Ignacio expresan el amor más puro en el momento en que va a dar testimonio con su sangre. Las *Actas de los mártires*, a su vez, han conservado para nosotros, con fidelidad a veces literal, las invocaciones de los cristianos a la hora de su muerte, sobre todo durante las grandes persecuciones de Diocleciano y de Decio.

Las oraciones de los mártires, tanto más auténticas cuanto más cortas, se dirigen al Padre; a menudo también, como lo había hecho el diácono Esteban, a Cristo, el primer mártir, el único mártir verdadero, o, como dicen los confesores de Lyon, el único Testigo de Dios.

Al lado de la alabanza y de la acción de gracias, las plegarias de los testigos de la fe claman por el socorro de Dios en esta hora decisiva. Le piden que olvide sus pecados, que perdone a sus

verdugos, que reafirme la fe de los hermanos y después ponen su alma en manos de su Padre.

Oraciones conmovedoras, pues expresan, cara a la muerte, el testimonio más puro de una fe rubricada con la sangre.

Policarpo de Esmirna.

(† 156 aproximadamente.)

San Policarpo muere sobre la hoguera a los ochenta y seis años. La carta de la Iglesia de Esmirna a los fieles de Filomelion nos relata, en la narración del martirio de su obispo, las palabras de su suprema invocación.

Plegaria solemne, nutrida en la Escritura, dirigida a Dios Padre, por Cristo, "su amado hijo". Contiene numerosos rasgos juánicos y conoce ya acentos que anuncian la gran doxología del "Gloria".

De pie en la hoguera Policarpo volvía a ver el sacrificio ofrecido en medio de sus sacerdotes; su oración parece florecida de reminiscencias litúrgicas.

Oración en la hoguera.

No le clavaron, pero le ataron. Ligado al poste, las manos tras la espalda, Policarpo parecía un carnero de elección, distinguido en el

gran rebaño, en vista al sacrificio. como holocausto agradable a Dios. Entonces, levantando los ojos dijo:

68 Señor, Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, tu hijo amado y bendito, por el que te hemos conocido, Dios de los ángeles y de las potestades. Dios de toda la creación y de toda la familia de los justos que viven en tu presencia.

Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y de esta hora [20], digno de ser contado entre el número de tus mártires y de participar en el cáliz de tu Cristo, para resucitar la vida eterna del alma y del cuerpo en la incorruptibilidad del Espíritu Santo.

Pueda yo hoy, con ellos, ser recibido en tu presencia, como oblación preciosa y bienvenida: Tú me preparaste para ello, Tú me lo mostrastè. Has guardado tu promesa, Dios de la fidelidad y de la verdad. Por esta gracia y por todo. te alabo, te bendigo, te glorifico por medio del eterno y celestial sumo sacerdote, Jesucristo, tu amado hijo.

Por Él, que está contigo y con el Espíritu Santo, gloria te sea dada ahora y por los siglos venideros. Amén.

[20] La mención del día y de la hora recuerda *Juan*, 12, 27.

Carpus, Papylus, Agathoniké [21].

En la hoguera, Papylus elevó los ojos al cielo y dijo:

69 ¡Señor Jesucristo, recibe mi alma!

Y expiró.

Carpus fué atado. Como el fuego le quemara dió un fuerte grito y dijo:

Bendito eres, Señor, Hijo de Dios, pues, a pesar de mis pecados, me has juzgado digno de tu herencia.

Y diciendo estas palabras expiró.

Agathoniké en la hoguera, a su vez, dijo:

¡Señor, Señor, Señor, ven en mi socorro: es a ti a quien recurro!

Luciano y Marciano [22].

70 Señor Jesucristo, insuficientemente te damos gracias por habernos arrancado, miserables e indignos, de los errores del paganismo; por

[21] Carpus era obispo; Papylus, diácono; Agathoniké, madre de familia. Fueron martirizados en Pérgamo, en Asia Menor, bajo Marco Aurelio. El relato proviene de testigos oculares.

[22] Dos mártires que fueron prendidos durante la persecución de Decio y martirizados en Nicomedia de Bitinia. en Asia Menor, hacia 250.

habernos encaminado, a causa de tu nombre, a esta pasión augusta y suprema, y por hacernos compartir la gloria de todos los santos.

¡Alabanza a Ti, gloria a Ti! En tus manos ponemos nuestra alma y nuestro espíritu.

Pionius de Esmirna [23]

Pionius y Metrodoro volvieron los ojos y el corazón hacia Oriente. Después Pionius cerró los ojos y en una oración silenciosa pidió a Dios el descanso: luego contempló el fuego y con una inmensa alegría en el rostro dijo:

71 ¡Amén!

Y luego:

¡Señor, recibe mi alma!

72 Cipriano de Cartago.

Después de los considerandos, el procónsul leyó su sentencia en las tablillas: Tascio Cipriano sería muerto por la espada: así lo ordenamos [24]*. Y el obispo Cipriano dijo:*

¡Deo gratias!

[23] Culto sacerdote de Esmirna. Murió mártir de edad bastante avanzada, con Metrodoro, el 25 de febrero de 250.

[24] Poseemos el acta de los dos interrogatorios que preparan la condena a muerte del obispo Cipriano. Para las oraciones de Cipriano véase números 46-49.

Rogaciano y Donaciano de Nantes.

El bienaventurado Rogaciano se contristaba de haber sido prendido sin haber recibido todavía la gracia del bautismo [25]*. Pero en su fe creyó que el beso de su compañero cristiano le serviría de bautismo. El bienaventurado Donaciano, cuando lo supo, dirigió a Dios esta plegaria por su hermano:*

73 Señor Jesucristo, que escuchas los deseos generosos; basta la intención cuando su cumplimiento no depende de nuestra voluntad; Tú nos has permitido escoger, reservándote la ejecución. Que la fe plenamente pura valga a tu servidor Rogaciano de bautismo. Y si mañana, por orden del gobernador, morimos bajo la espada, que la efusión de la sangre sea para él el crisma sacramental [26].

Euplus [27].

74 Te doy gracias, oh Cristo: guárdame porque sufro por Ti. Adoro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Adoro a la Santísima Trinidad; no hay otro Dios que ella. Perezcan los ídolos que no hicieron ni el cielo ni la tierra, sino que los habitan...

Te doy gracias, ¡oh Cristo! Ven a mi so-

[25] Donaciano y Rogaciano eran hermanos.

[26] Alusión a la unción que se daba en el momento del bautismo.

[27] Euplus era diácono. Murió mártir hacia el 304, en Catania, Sicilia.

corro, ¡oh Cristo! Es por Ti por quien sufro, ¡oh Cristo!

Lleno de espíritu, cantaba diciendo:

¡Grande es tu gloria, Señor, en los servidores que te has dignado llamar a Ti!

Y oraba por todos los que le seguían, diciendo:

Señor, asiste a tus servidores hasta el fin y que glorifiquen tu nombre por los siglos de los siglos.

Apresuraba sus pasos como si fuera a su coronación y, elevando las manos hacia el cielo, dijo:

Te doy gracias, Señor Jesucristo: tu fuerza ha sido mi consolación y no has permitido que mi alma perezca con los impíos, concediéndome la gracia de tu nombre. Confirma ahora lo que has operado en mí, a fin de confundir la desvergüenza del Adversario.

Y mirando al pueblo, dijo:

Amados hermanos, escuchadme. Orad a Dios y temedle de todo corazón, pues Él se acuerda de los que le temen antes de que abandonen este siglo. Y, cuando lo han abandonado, los ángeles vienen a su encuentro y les conducen a la ciudad santa de Jerusalén.

Cuando hubo pronunciado estas palabras se puso de rodillas, presentó la nuca y fué decapitado.

Teodoto de Ancira y las siete vírgenes [28].

75 Señor Jesucristo, Tú has creado el cielo y la tierra, no abandones a los que ponen en Ti su esperanza.

Te doy gracias por haberme juzgado digno de llegar a ser ciudadano de la ciudad de los cielos y de compartir tu reino.

Te doy gracias por haberme permitido vencer al dragón y aplastar su cabeza.

Da el descanso a tus siervos y desvía sobre mí el furor de los enemigos.

Da la paz a tu Iglesia [29] y arráncala de la tiranía del demonio. Amén.

Ginés de Roma [30].

Extendido en el caballete de tortura, desgarrado largamente por las uñas de hierro, quemado incluso por las antorchas, perseveró en la confesión de su fe. Decía:

[28] Teodoto fué martirizado con siete vírgenes, hacia el 302, bajo Diocleciano, en Ancira, Asia Menor.

[29] Puede verse en los mártires la preocupación constante por la Iglesia, por sus hermanos en primer lugar y por la comunidad universal después.

[30] Ginés había sido en Roma comediante. Representando la parodia de un martirio, fué alcanzado por la gracia. Fué ejecutado bajo Diocleciano, hacia 285.

76 No hay otro Rey que el que yo he visto. A Él adoro. a Él rindo homenaje. Aun cuando me mataran mil veces por su culto, le permanecería siempre fiel como ahora. El nombre de Cristo está en mi boca, Cristo está en mi alma y las torturas no podrán arrancarlo. Me arrepiento de mis errores pasados; me arrepiento de haber maldecido antaño este santo nombre en los hombres santos. Me arrepiento de haber llegado tan tarde, como soldado orgulloso, a adorar al verdadero Rey.

Félix de Thibiuca [31].

El prefecto pronunció la sentencia: Muerte a Félix por la espada.

Félix dijo con voz clara:

77 Te doy gracias Señor, que te dignas liberarme.

Llegado al lugar de su suplicio, el obispo Félix elevó los ojos al cielo y dijo con voz clara:

¡Oh Dios, gracias te sean dadas!
En el siglo tengo cincuenta y seis años. He guardado la virginidad, he seguido el Evangelio, he predicado la fe y la verdad. Señor, Dios del cielo y de la tierra, Jesucristo, te

[31] Félix era obispo de Thibiuca, Africa. Murió mártir hacia el 304.

ofrezco mi nuca en sacrificio; Tú permaneces para siempre.
Para Ti la claridad y la magnificencia por los siglos de los siglos. Amén.

Ireneo de Sirmium [32].

El santo mártir de Dios dió gracias diciendo:

78 Te doy gracias, Señor Jesucristo, por haberme dado resistencia en las pruebas y en los diferentes tormentos y por haberme juzgado digno de compartir tu gloria eterna.

Y, elevando las manos hacia el cielo, oró, diciendo:

Señor Jesucristo, te has dignado sufrir por la salvación del mundo: abre tus cielos para que los ángeles puedan recibir el espíritu de tu siervo Ireneo, que sufre estos tormentos por tu nombre y por el pueblo que crece en la Iglesia católica de Sirmium. Pido e imploro tu misericordia para que te dignes acoger y confortar a los otros en la fe.

Los mártires de Abitina [33].

Thelica se ofrece alegremente al martirio. Desgarrado por las uñas de hierro exclama:

[32] Obispo de Sirmium, en Hungría. Mártir bajo Diocleciano, hacia el 304.
[33] Abitina es una ciudad de Africa del Norte. Nuestros mártires murieron allí sobre el 304.

79 ¡Deo gratias, Cristo, Hijo de Dios, en tu nombre liberta a tus servidores!

Y con su sangre derrama sus oraciones. Pide perdón para sus verdugos y reprocha a éstos y al procónsul sus crueldades:

Obráis injustamente, desgraciados; obráis contra Dios.

¡Oh altísimo Dios, no se lo tengas en cuenta! Nosotros guardamos los preceptos del Dios soberano. Vosotros, desgraciados, obráis injustamente, desgarráis a los inocentes. Nosotros no somos homicidas, no cometemos fraude.

¡Oh Dios, ten piedad! Dame, Señor, la paciencia en tu nombre. Te doy gracias. Libra a tus siervos de la cautividad de este mundo. Te doy gracias, nunca te daré bastantes.

Y cuando la sangre corría le decía el procónsul: Comienzas a probar lo que tienes que sufrir.

Respondió él:

Para gloria de Dios. Doy gracias al Dios de los reinos. Aparece el reino eterno, el reino incorruptible. Señor Jesucristo, somos cristianos, te servimos; Tú eres nuestra esperanza, la esperanza de los cristianos; santísimo Dios, altísimo Dios, Dios todopoderoso, ofrecemos alabanzas a tu nombre.

Después de Thelica le toca al senador Dativo. No cesa de repetir:

Señor Cristo, ¡haz que no sea confundido!

En medio de los sufrimientos más crueles no cesa de repetir:

Te pido, ¡oh Cristo!, no ser confundido.

Estando Dativo sobre el caballete, no atendía a los dolores del cuerpo, sino que rogaba al Señor:

Ven a mi socorro, te lo ruego, ¡oh Cristo!, sé clemente, guarda mi alma. No sea yo confundido. Te lo suplico, Cristo, dame paciencia.

El sacerdote Saturnio sufre horriblemente con sus huesos al descubierto. Y mientras se ensañan los verdugos repite:

Te lo ruego, Cristo, acógeme. Te doy gracias, ¡oh Dios! Ordena que sea decapitado. Te suplico, Cristo, ¡ten piedad de mí! ¡Hijo de Dios, ven en mi auxilio!

Emérito, durante tormentos semejantes, repite las mismas invocaciones:

A Ti me dirijo, Cristo; a Ti las alabanzas. Libérame, ¡oh Cristo!, en tu nombre. El sufrimiento es corto y soy feliz de sufrir, ¡oh Cristo!; haz que no sea confundido.

También Ampelio decía:

¡Oh Cristo!, te dirijo mis alabanzas. Acógeme, ¡oh Cristo!

Y el joven Saturnino:

Dame paciencia, ¡oh Cristo!, te lo suplico. Tú eres la esperanza de la vida.

Afra de Augsburgo [34].

80 Señor Dios todopoderoso Jesucristo, que has venido a llamar a la penitencia no a los justos, sino a los pecadores...

Tu promesa se ha revelado como verdadera; te dignaste decir: *En el momento mismo en que el pecador se arrepiente de sus faltas, en ese mismo momento, no recordaré ya sus pecados...* Acoge esta hora de mi martirio en señal de penitencia, y por este fuego material preparado para mi cuerpo líbrame del fuego eterno que quema a la vez el alma y el cuerpo.

Te doy gracias, Señor Jesucristo, por haberte dignado aceptarme como víctima para gloria de tu nombre, Tú, que fuiste ofrecido como víctima en la cruz por la salvación del mundo entero: el justo por los criminales, el bueno por los malvados, el bendito por los malditos, el inocente por los pecadores.

[34] Poco sabemos de esta auténtica mártir, que murió bajo Diocleciano, sobre el 303. Según su *Pasión*, bastante posterior, se trataba de una pecadora convertida a la fe después de una desordenada vida.

Ofrezco mi sacrificio a Ti, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Bonifacio de Tarso [35].

81 Señor, Señor todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ven en auxilio de tu servidor; envía tu ángel y recibe mi alma en paz para que el odioso dragón que muerde no pueda entorpecerme el camino ni engañar mi alma con su malicia, ni desfigurarla con sus artificios.

Concédeme el reposo eterno en el coro de tus santos mártires. Salva también a tu pueblo de las asechanzas de los impíos. Pues tuya es la gloria y el poder, con tu Hijo único y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Severo de Tracia [36]

82 *Se puso de rodillas y oró al Señor en estos términos:*

Tú eres el puerto tranquilo de todos los que
se agitan entre las olas, Tú das la esperanza a los que desesperan;

[35] De Tarso, Asia Menor, patria de San Pablo. Murió en 306.

[36] Sacerdote en Heraclea, Tracia. Murió sobre 304. Esta oración ha podido ser recogida de un antiguo ritual. No fué de hecho pronunciada en esta forma.

eres la salud de los enfermos, el apoyo de los míseros, el guía de los ciegos;
ejerce tu misericordia con los amenazados por el castigo; eres el sostén de los débiles, la claridad en las tinieblas, el creador de la tierra, el dueño del océano;
por tu palabra Tú dispones los elementos, el cielo, los astros; todas las cosas son perfectas;
perseveraste a Noé y colmaste de bienes a Abraham; libraste a Isaac y preparaste una víctima para sustituirle;
empeñaste con Jacob una lucha de generosidad e hiciste salir a Lot de Sodoma, la tierra maldita;
te apareciste a Moisés y volviste cuerdo a Jesús Navé;
quisiste ponerte en camino con José y hacer salir su pueblo de Egipto para conducirle a la tierra de Promisión;
viniste en auxilio de los tres jóvenes en la hoguera; el rocío de tu majestad impidió que las llamas los tocaran;
cerraste las fauces de los leones y concediste la vida y el alimento a Daniel;
no toleraste que Jonás pereciera o fuese herido en las profundidades del mar o por la mordedura del terrible tiburón;
armaste a Judit y salvaste a Susana de las manos de los jueces inicuos;
diste el triunfo a Ester e hiciste perecer a Amán;
nos condujiste de las tinieblas a la luz eterna, Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; Tú eres la luz invencible y nos diste el signo de la cruz y de Cristo.

No me juzgues indigno, Señor, de esta pasión, cuyo sufrimiento obtuvieron mis hermanos; concédeme más bien compartir su corona y que esté unido en la gloria a los que han sido mis compañeros de cautividad.
Obtenga yo el descanso junto a aquellos con quienes confesé tu nombre glorioso.

Simeón y los mártires persas [37]

I

Simeón se puso a orar y dijo:

83 Concédeme, Señor, la corona, Tú sabes cómo la deseo, pues te amo con toda mi alma y mi vida. Me regocijo de verte y me darás el descanso; en adelante no viviré ya en esta tierra y no tendré que ver por más tiempo el sufrimiento de mi pueblo, las iglesias devastadas, los altares arruinados, tu clero probado en todas partes, los débiles mancillados, los pusilánimes desviados de la verdad y mi pueblo, tan numeroso, diezmado por la persecución.

No veré ya a mis numerosos amigos hacerse, en sus corazones, enemigos y asesinos

[37] Simeón bar Sabbae era obispo de Seleucida, Persia. Murió con otros compañeros durante la persecución de Sapor II, entre 339 y 344.

míos, ni a los amigos de un tiempo arrebatados por la prueba mientras los verdugos se burlan y se levantan en su soberbia contra nuestro pueblo.

No obstante, quiero perseverar en mi vocación con heroísmo y mantenerme con valor en el camino trazado para permanecer como un ejemplo para el pueblo de Oriente. Habiendo comido en el primer puesto, quiero morir a la cabeza de mis hermanos y dar mi sangre con ellos; quiero recibir con ellos la vida que no conoce cuidado, ni pena, ni angustia, perseguidor ni perseguido, opresor ni oprimido, tirano ni víctima; allí no veré más las amenazas de los reyes ni los terrores de los prefectos, nadie que me cite a su tribunal para hacerme temblar, nadie que me violente o me aterrorice.

Los errores de mis pasos serán curados en Ti, ¡oh Camino de verdad!; las fatigas de mis miembros encontrarán en Ti el descanso, ¡oh Cristo!, óleo de nuestras sagradas unciones [38]. Desaparece en Ti la tristeza de mi alma, Tú eres el cáliz de mi salvación; se secarán las lágrimas de mis ojos, ¡oh consolación y alegría nuestra!

II

El día de Jueves Santo Gustazad, jefe de los eunucos del rey, apóstata al principio y

[38] Hay un juego de palabras intraducible, basado en que la palabra "Cristo", en sus formas griega y hebrea, significa "el que ha recibido la unción".

después arrepentido, es martirizado. Llegado al lugar del suplicio, se puso de rodillas vuelto hacia Oriente y dijo:

84 A Ti confieso, Señor Jesús; Tú has rescatado la oveja perdida que se había apartado de la majada; gracias a mi pastor Simeón me has vuelto a encontrar.

Has venido a buscarme para ponerme entre el número de las ovejas cebadas, a fin de que yo sea hijo de los apóstoles y hermano de los mártires que han sido coronados en Occidente y un ejemplo para tu pueblo de Oriente.

Haz que no se aparten de la verdadera fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, Ser de verdad, Rey de gloria y a quien todos los adoradores de la santa Trinidad confiesen en el cielo y sobre la tierra, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

III

A la noticia del martirio de Gustazad el rostro de Simeón se transfiguró y asemejó a una rosa bermeja. Dijo a todos: "Mañana, el día de la Pasión de Cristo, seré ejecutado".

Después:

85 En pie, venid, cantemos al Señor; alabemos a nuestro Dios, celebremos al Salvador, porque ha salvado de la muerte y librado del infierno a su siervo Gustazad. Confesémosle

en su presencia, pues le ayudó prestamente con su gracia, le liberó del poder del error, le arrancó de la mano del demonio y de las tinieblas de Satán, conduciéndole a la luz que viene de Ti, al reino de tu Hijo Jesús que había perdido: ha recibido la parte de los santos en el país de la luz.

"*Venid—dijo el obispo Simeón—y celebremos su memoria con alegría, unamos su pascua*[39] *a la de Cristo; participemos en la alegría en el cuerpo y la sangre del cordero de vida que quita los pecados del mundo; Él nos ha comunicado en sus misterios el misterio de su oblación. Su cuerpo es inmolado, pero no ya por los judíos, sino por los santos servidores en las iglesias.*" *Celebró los santos misterios, diciendo:*

Que el misterio del cuerpo del Señor amado nos acompañe hasta el día en que se manifieste a nosotros, cuando venga sobre las nubes del cielo con el ejército de sus santos ángeles; entonces nuestras almas volverán a encontrar sus cuerpos resucitados del polvo y subiremos con él al cielo para contemplar su rostro, compartir su gloria y gozar la alegría eterna del reino, por los siglos de los siglos. Amén.

[39] Alusión al sentido etimológico de la palabra "pascua", que significa "paso". El martirio de Gustazad, como el de Cristo, es "paso" de la tierra a la vida eterna.

Plegaria de Simeón antes del martirio.

86 Señor Jesús, que oraste por tus verdugos y que nos enseñaste a orar por nuestros enemigos; acogiste el alma de tu diácono Esteban, que oró por los que le apedreaban; acoge también las almas de mis hermanos y la mía con todos los testigos que fueron coronados en Occidente, los santos apóstoles y los santos profetas. No imputes el pecado a los perseguidores de tu pueblo y asesinos de tu cuerpo[40], antes bien concédeles que se conviertan y reconozcan tu divinidad y su señorío.

Bendice, Señor, los pueblos y ciudades de Oriente que me confiaste. Guarda a los fieles de este país como a las niñas de tus ojos. Cobíjales bajo las alas de tu protección hasta el fin de estas inquietudes. Permanece con ellos hasta la consumación del mundo, según tu promesa.

Bendice también esta ciudad de Karka, donde fuimos presos y coronados. Guárdela tu cruz en la verdadera fe, ahora y siempre y por eternidades. Amén.

[40] Se trata, al parecer, del pueblo judío.

Oraciones a los mártires [41].

I

87 ¡Oh valerosos y bienaventurados mártires! Vosotros fuisteis escogidos y elegidos para la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Quien le magnifique, le honre y le adore debe leer estos nuevos ejemplos para la edificación de la Iglesia, porque no son menos bellos que los de otros tiempos. Dan testimonio de que el único y mismo espíritu obra siempre, lo mismo que Dios todopoderoso y su Hijo Jesucristo nuestro Señor, a quien corresponden la gloria y el poder soberano por los siglos de los siglos. Amén.

II

88 ¡Oh bienaventurados mártires, que, como el oro precioso, habéis sido probados en el crisol del fuego!; vosotros os revestisteis con la coraza de la fe y con el casco de la salvación y habéis sido coronados con la diadema y la

[41] Añadimos algunas oraciones extraídas de las mismas *Actas de los mártires* porque expresan la fe, la confianza y el muy antiguo culto que los cristianos testimonian a los confesores de la fe. La primera, debida posiblemente a Tertuliano, es interesante a causa de su doxologia trinitaria. Cfr. P. DE LABRIOLLE, "Tertullien auteur du prologue et de la conclusion de la Passion de Perpétue et de Félicité", *Bull. anc. litt. arch. chrét.*, 3 (1913), 126-132.

corona imperecedera porque habéis aplastado la cabeza del demonio.

¡Oh bienaventurados mártires!, habéis merecido una morada de honor en los cielos, en pie, a la derecha de Cristo, donde bendecís a Dios Padre todopoderoso y a nuestro Señor Jesucristo, su Hijo.

El Señor ha acogido a sus mártires en la paz a causa de su testimonio.

A Él gloria y honor por los siglos de los siglos. Amén.

III

LAS ORACIONES CONSERVADAS POR LOS PAPIROS Y LAS VASIJAS

En 1708 Montfaucon declaraba no haber visto jamás papiros. Desde el siglo XIX las excavaciones han descubierto cantidades de ellos, a veces rollos completos y a menudo fragmentos. Cierto número de estos documentos ha venido a enriquecer nuestro conocimiento del pasado cristiano y a aportar elementos de los escritos bíblicos y de libros de oración [42].

También recogemos piadosamente estos testimonios anónimos de los primeros tiempos cristianos que nos informan sobre la oración litúrgica y personal, sobre la fe y la vida cristiana de los orígenes. En su conjunto parecen muy antiguas,

[42] El precio relativamente elevado del papiro hacía que los menos afortunados recurrieran a los *ostraka* o vasijas de alfarero.
Los papiros han conservado oraciones cuya ortodoxia no es siempre segura.

escalonándose del siglo III al VI. Muy frecuentemente, apenas puede determinarse la fecha de composición de estas oraciones: todo lo más, la edad del manuscrito (que permite fijar el tipo de escritura) proporciona una fecha límite.

Podemos, sin embargo, deducir algunas notas características. La oración es de inspiración bíblica y las fórmulas litúrgicas y la devoción privada se apoyan en la Escritura. La oración se dirige, ya a Cristo, ya al Padre. Su estructura está determinada para la piedad, por la liturgia: la eucaristía, los misterios del año cristiano. Se desarrolla el elemento personal, sobre todo en la petición de perdón. Aparece la devoción a la Virgen en un contexto bíblico.

ORACIONES DIRIGIDAS A DIOS [43]

Oración de la mañana.

89 Bienhechor de todos los que hacia Ti se [vuelven,
luz de todos los que están en las tinieblas,
príncipe creador de todas las sementeras,
jardinero de todo crecimiento espiritual,
ten piedad de mí, Señor,
y haz de mí un templo irreprochable.
No consideres mis pecados:
pues, si pones atención en mis faltas,

[43] Para simplificar, clasificamos las oraciones de los papiros por temas. En el índice de referencias precisamos, en lo posible, fecha y origen. Los puntos suspensivos indican deterioros del papiro.

no podré ya sostener tu presencia,
mas por tu inmensa misericordia
y tu compasión infinita,
borra mis manchas por nuestro Señor Jesu-
tu único hijo, santísimo, [cristo,
médico de nuestras almas.
Por Él te sea dada toda gloria,
poder, honor y magnificencia,
por edades y edades que no envejecen
ni terminan. Amén [44].

Otra oración.

90 Santo es el Dios que ya en mi juventud
me ha mostrado la vida y la luz,
santo es el Dios, el Padre de todo lo que
[existe,
santo eres Tú, Tú, que eres desde el prin-
[cipio;
santo es el Dios que cada uno conoce...
santo eres Tú, Tú, que has creado todo por
[tu Verbo;
santo eres Tú, Tú, no empañado por la natu-
[raleza;
santo eres Tú, Tú, cuya naturaleza...
santo eres Tú, Tú, más fuerte que toda fuerza;
santo eres Tú, Tú, que eres más grande...
santo eres Tú, Tú, más alto que las alabanzas.

Recibe las palabras que de mi alma
y de mi corazón suben hacia Ti,

[44] Oración individual, dirigida a Dios por medio de Cristo, con una doxología al Padre.

¡oh Inefable!, ¡oh Inexpresable!, que hablas en
Te suplico me hagas conocer [el silencio.
nuestra naturaleza profunda,
inclínate hacia mí y hazme fuerte.
Y yo irradiaré esta gracia
en caridad sobre mis hermanos que son tus
[hijos.

Mi espíritu es del Espíritu Santo
y por eso creo y confieso mi fe,
de la que recibo vida y luz.
Digno eres de alabanza, ¡oh Padre!;
el hombre, tu criatura, busca en Ti la santi-
según el poder que Tú le has dado. [dad,

A Ti gloria, ahora y siempre
y por los siglos de los siglos. Amén [45].

Oración a Dios, llamada de Pedro y de los demás apóstoles.

91 Santo eres Tú, Señor, Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
el paraíso de la dicha,
el cetro real,
el amor suntuoso,
la esperanza segura,
la fe...
Tú eres santo, Señor Dios,

[45] La oración es, ante todo, un homenaje a la santidad de Dios, "que habla en el silencio". Continúa con una dedicatoria indirecta al Espíritu, y luego al Padre, hacia quien se dirige la doxología final.

Tú eres Rey de reyes y Señor de los señores [46]:
sólo Tú posees la inmortalidad,
habitas una luz inaccesible,
que nadie jamás vió.
Tú resides sobre Tronos y Querubines,
Tú te paseas sobre las alas de los vientos
y has creado el cielo, la tierra y el mar
y todo lo que ellos encierran...
haces de los vientos tus mensajeros
y del ardiente fuego tu servidor,
formaste al hombre a tu imagen y semejanza,
mediste el cielo con la palma
y la tierra entera con el dedo de tu mano;
sí, muy bellas son tus obras en tu presencia.

Llamada de auxilio.

92 Dios todopoderoso, que hiciste el cielo y
y todo lo que ellos encierran; [la tierra
ven en mi auxilio, ten piedad de mí,
perdona mis pecados;
sálvame en el tiempo presente y por venir,
por nuestro Señor y Salvador Jesucristo:
Por Él te sean dadas gloria y poder
por los siglos de los siglos. Amén.

Acción de gracias [47]

93 Te invoco, Dios del cielo y de la tierra...
la plenitud de la vida.

---

[46] Son numerosas aquí las reminiscencias bíblicas.
[47] Tenemos aquí un himno dirigido al Padre. Presentado en forma de anáfora, recorre las etapas de los misterios de Jesús y utiliza el Trisagio de la liturgia.

...que vino al mundo, rompió los lazos de la
vino por Gabriel, al seno de María, [muerte,
la Virgen,
nació en Belén, fué criado en Nazaret,
fué crucificado;
por quien el velo del templo se desgarró,
fué puesto en una tumba,
resucitó el tercer día, apareció en Galilea,
subió a las alturas de los cielos,
a su izquierda están innumerables miríadas de
[ángeles,
a su derecha, igualmente, innumerables mi-
[ríadas de ángeles:
cantan como con una sola voz, tres veces re-
[petida:

Santo, Santo, Santo es el rey del mundo,
llenos están los cielos de su divinidad.
Marcha sobre las rutas de los aires
viene el Dios de la misericordia,
el que subió al séptimo cielo,
que llegó a la derecha del Padre,
el Cordero bendito; por su sangre fueron li-
[beradas las almas,
por Él las puertas de bronce se abrieron solas,
Él rompió los cerrojos de hierro, liberó a los
[prisioneros
de las tinieblas, hizo estéril a la muerte.
Encadenó al Enemigo apóstata, que fué pre-
en su estancia solitaria. [cipitado
Los cielos estaban alegres
y la tierra exultaba de gozo...

El enemigo había sido alejado, y Cristo de-
[volvió la libertad
a la creación que suspiraba tras su soberano.

Él es la voz que perdona los pecados
cada vez que invocamos su nombre sagrado.
Los dueños, las potestades
y los señores de las tinieblas
—sea un espíritu impuro,
un dardo demoníaco al mediodía;
sea una fiebre fría,
ardiente o intermitente,
sea la malicia de los hombres
o el poder del enemigo—
son impotentes frente al Icono [48] (la imagen)
formado por la divinidad.
Sí, tuyo es el poder... que reinas sobre los
[siglos!

Oración del sábado [49]

94 Te invocamos, Señor Dios;
Tú sabes toda cosa, nada se te escapa,
¡oh Dueño de la verdad!
Tú has creado el universo y velas sobre todos
[los seres.

[48] Se trata de Cristo, llamado por San Pablo la imagen de Dios invisible. *Colosenses*, 1, 14.

[49] Bella oración que parece acabar la semana y que se reza, sin duda, por la tarde, la hora de la acción de gracias. Se prolonga en petición de que las almas permanezcan fieles.
El plural empleado parece indicar que nos encontramos ante una oración litúrgica y comunitaria. Se dirige al Padre e incluye la mediación del Hijo en la doxología trinitaria.

Tú guías por el camino de la verdad
a los que están sentados en las tinieblas,
a la sombra de la muerte.
Quieres salvar a todos los hombres
y hacerles conocer la verdad.
Todos juntos te ofrecemos
nuestras alabanzas y nuestros himnos de ac-
[ción de gracias,
en esta hora, para glorificarte
de todo corazón y con toda nuestra voz.
Te has dignado llamarnos,
instruirnos y adiestrarnos,
concedernos sabiduría e inteligencia,
en la verdad para la vida eterna.
Nos has rescatado,
por la sangre preciosa e inmaculada
de tu Hijo único,
de todos nuestros extravíos y de la esclavitud.
Tú nos has liberado del demonio,
y concedido gloria y libertad.
Estábamos muertos
y nos has hecho renacer por el Espíritu
en nuestras almas y en nuestros cuerpos.
Estábamos mancillados y Tú nos has devuel-
[to la pureza.

Te rogamos, pues, ¡oh Padre de la misericor-
y Dios de toda consolación!: [dia
danos firmeza en nuestra vocación,
en la adoración y en la fidelidad.
Nos consagramos a tus palabras divinas
y a tu ley santa;
nosotros, que hoy queremos acercarnos a Ti.

Haz luminosas nuestras almas,
para que podamos conocerte y servirte.

Te rogamos, Señor, nos des la fuerza
de realizar los santos deseos,
y no recuerdes los pecados
que hemos cometido
y que continuamos cometiendo.
Olvida las faltas de que nos hacemos culpa-
de día y de noche. [bles,
No nos tomes en cuenta
nuestros incumplimientos, voluntarios o no.
Recuerda, Señor,
que caemos fácilmente:
tus hombres son débiles
en su naturaleza y en sus medios.
Nuestros males están ocultos...

Confórtanos, ¡oh Dios benevolente!, con tu
[fuerza.
Ilumina nuestras almas con tu consolación.
Haznos dignos de los dogmas de la fe,
predicados por tus santos apóstoles,
y de las maravillosas enseñanzas
de los Evangelios de nuestro Salvador Jesu-
no sólo en palabras, [cristo,
sino también en nuestras acciones
y en toda nuestra conducta.
Así nuestras obras serán dignas de recom-
[pensa.

Concédenos mirar, buscar
y contemplar
los bienes del cielo y no los de la tierra.

Así por la fuerza de tu gracia,
será dada gloria al poder omnipotente,
santísimo y digno de toda alabanza,
en Cristo Jesús, el Hijo amado,
con el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Oración de una cristiana.

95 Apresúrate a protegerme contra la garra del perro y los cuernos de los unicornios ante mis hermanos, en medio de la asamblea te cantaré, Dios mío.

Con la ayuda de tus mártires Sabatios, Propatios, Kyriakos, guarda a tu sierva, ¡oh Dios de bondad! Líbrala de todas las enfermedades de su alma.

Sí, en el nombre del Señor, el Dios vivo, está la salvación.

Ya que muchos emprendieron el redactar una historia de los acontecimientos que sucedieron entre nosotros...

Genealogía de Jesucristo.

Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios [50].

¡San Focas, San Mercurio, proteged a vuestra sierva! [51].

---

[50] Comienzos del Evangelio, según Lucas, Mateo y Juan, respectivamente.

[51] Por dos veces, la cristiana recurre a la intercesión de santos y mártires.

Absolución.

96 ¡Oh Dios eterno, para quien nada está [oculto,
que conoces todo antes de que suceda,
Tú no quieres la muerte de los pecadores,
sino que se conviertan y se salven:
fija tu mirada en la bajeza
de tu miserable y culpable pecador! [52].

Oración jaculatoria.

97 ¡Oh Dios de las cruces
que se nos aproximan,
protege a tu servidor
Apfunas!
Amén.

Doxologías.

98 Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu [Santo,
¡oh Dios santo inmortal y fuerte!;
ten piedad de nosotros, sálvanos.
¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

98ª Que todas juntas
de Dios las admirables creaciones
no callen de día ni de noche.
que no callen tampoco los astros luminosos,
las montañas más altas, los abismos del mar,

[52] Esta oración preparaba posiblemente al celebrante para la Misa.

ni las fuentes del río caudaloso,
mientras cantamos en nuestros himnos:
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
Que respondan los ángeles del cielo:
¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!
¡Alabanza, poder y gloria eterna a nuestro Dios,
único donador de toda gracia!
¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!

MISTERIOS LITURGICOS Y ORACIONES A CRISTO

Himno de Navidad.

99 Hijos de los hombres
¿habláis verdaderamente de justicia?
Habitantes de la tierra,
¿juzgáis según la equidad?
Confesamos inquebrantablemente
al Dios que una Virgen concebió
y que se hizo hombre.
Antes de las edades un Padre impenetrable
lo había engendrado; ahora adoramos al que
se encarnó en el seno de una Virgen
Él ha creado todo
y permanece, sin embargo, invisible y distinto.
Por eso decimos:
en Ti está la misericordia, Señor; gloria a Ti.

¡Oh Dios santo!,
te dignaste nacer, niño pequeño, de una virgen.
¡Oh Dios santo y fuerte!,
quisiste reposar en brazos de María;
¡oh Dios santo e inmortal!,
viniste a retirar a Adán de los infiernos [53].

¡Oh Virgen inmaculada, Madre de Dios llena de gracia!:
el Emmanuel que tú llevaste es el fruto de tu seno.
Tu pecho maternal ha alimentado a todos los hombres.
Estás por encima de toda alabanza y de toda gloria.
¡Sálvame, Madre de Dios, alegría de los ángeles!
Tú sobrepasas en plenitud de gracia las predicciones de los profetas.
El Señor es contigo,
has dado a luz
al Salvador del mundo.

Liturgia de Navidad.

100 En Belén los pastores pasaban la noche en los campos.

[53] Encontramos aquí la triple invocación de la liturgia oriental, que ha pasado a la de Viernes Santo del rito latino (cfr. núm. 142). Aplicada a Cristo es una confesión formal de su divinidad.
Ver Liturgia de los jacobitas de Siria, BRIGHTMAN, 77; para los coptos, 155.

El ángel del Señor les anunció
el nacimiento de Emmanuel.
La gloria del Señor iluminó a los pastores.
Y el ángel les dijo: No temáis.
Les anunció entonces una gran alegría
para ellos y para todo el pueblo;
hoy, Cristo, rey y Dios Salvador,
ha nacido en la ciudad de David.
Así, pues, cantemos con los ángeles,
gloria a Dios en lo más alto de los cielos
y paz en la tierra a los hombres que ama.

Antífona para la Epifanía.

101 El que nació en Belén
fué educado en Nazaret
y vivió en Galilea;
hemos visto una señal en el cielo;
los pastores que velaban admiraban el astro [brillante;
arrodillados dijeron:
¡Gloria al Padre, aleluya!;
¡gloria al Hijo, aleluya!;
¡gloria al Espíritu Santo, aleluya![54].

Al dorso:

El 5 Tybi [55]. Ilustre y santo Juan Bautista,
que predicó la penitencia a todo el mundo,
por la remisión de nuestros pecados.

[54] Repárese en esta bella doxología trinitaria, terminada por el Aleluya.
[55] El 5 Tybi es el 5 de enero. Nuestra liturgia conmemora todavía hoy, en el día de la Epifanía, el bautismo de Jesús en el Jordán de manos de San Juan.

Himno pascual.

102 Glorifiquémosle cantando: ¡Gloria al Señor!
Cristo ha nacido del Espíritu Santo
para darnos la vida.
Se dignó habitar entre nosotros.
Venerémosle diciendo: ¡Gloria al Señor!

He aquí que la Virgen ha traído al mundo a
Ha descendido de los cielos, [Emmanuel.
ha salvado de Egipto [56] al pueblo extraviado.
Glorifiquémosle diciendo: ¡Gloria al Señor!

Ha querido darnos la victoria sobre el ene-
hizo su morada en la Virgen María: [migo;
El Invisible se hizo visible en la carne.
Adorémosle diciendo: ¡Gloria al Señor!

Nacido de mujer siempre virgen,
el Verbo de verdad resucitó por nosotros,
exaltemos al Señor
diciendo: ¡Gloria al Señor!

Luz de la luz, resucitó por nosotros,
Cristo nuestro Rey.
Salvo nuestras almas de la tierra de Egipto,
cantemos al unísono: ¡Gloria al Señor!

---

[56] Alusión a la servidumbre de los judíos en Egipto. Moisés, que les salvó de ella, fué siempre visto como una imagen de Cristo.

Liturgia eucarística.

I

103 Anunciamos, Señor, tu muerte
y cantamos, ¡oh Cristo!,
tu gloriosa resurrección.
Hemos sido juzgados dignos del banquete
e inefable; [místico
participemos con alegría en los dones espiri-
que Tú nos ofreces, [tuales
y cantemos con los ángeles
el cántico de la victoria. ¡Aleluya!
El Verbo que está en el seno del Padre
se ha encontrado hoy en la cruz
por su propia voluntad;
ha querido ser enterrado como un simple mor-
pero ha resucitado al tercer día [tal;
y nos ha dado gracia con su gran misericor-
[dia [57].

II

104 ¡Oh Tú que hablabas antaño a Moisés
sobre el monte Sinaí!
Has recibido ahora de una virgen inmaculada,
una carne pura de todo pecado.

---

[57] Oración cantada posiblemente durante la comunión. Nótese la asociación de los dos misterios de la Pasión y la Resurrección. Ver *La Rédemption et l'histoire du monde*, segunda edición, Paris, 1951, 87-114.

Antes Tú alimentabas a Israel,
ahora Tú te alimentas de leche de una madre
que no ha conocido hombre.
¡Oh maravilla!

Antes Tú castigabas a los reyes,
ahora, por escapar de un rey,
has huído a Egipto.

Tú que te sientas sobre un alto trono
lleno de majestad,
te has acostado en un pesebre
guardando siempre tu dignidad.

Y ahora, en la fe,
alabemos a la Madre y cantemos al Niño.

El que está en el cielo y no tiene madre
ha descendido a la tierra y vivido cual si no
¡Gloria a Ti! [tuviera padre [58].

Canto de comunión.

105 Les ha dado un pan celestial
y el hombre ha comido el pan de los ángeles.
Les ha dado un pan celestial,
hemos tomado un pan de bendición:

El cuerpo de Cristo y su preciosa sangre.
El Señor tomó después el pan...
Un licor de salvación, un néctar de vida.
Hemos recibido el pan sagrado.

[58] Esta es la versión lógica: padre; pero el original dice bien claramente: μητρός. Corregimos, sin embargo.

Bendigamos al Señor que ha hecho grandes
en toda la tierra. [cosas
Todos los pueblos, alabad al Señor,
estremeceos de alegría, ¡oh justos!, en el Señor,
habéis tomado el cuerpo y la sangre de Cristo.

Te damos gracias, ¡oh Cristo, nuestro Dios!;
te has dignado darnos parte, ¡oh Salvador!,
de tu cuerpo, de tu sangre;
Tú has sabido conquistar nuestros corazones...

Oración a Cristo, primogénito.

106 Las estrellas que brillan
y las fuerzas en movimiento:
todo desaparece y pierde su brillo
ante el esplendor de tu luz
y el poder de tu grandeza.
Sólo Tú eres visible, Tú manifiestas [59]
la imagen del Padre omnipotente,
y nos haces así conocer
la grandeza del Padre y del Hijo.
Como el Padre potente en la esfera celeste,
lo mismo Tú, su Hijo, eres en nuestra tierra,
Primero, Corifeo, Señor omnipotente.
Tú, segunda grandeza que proviene del Padre,
llevas desde el principio
los fundamentos de la tierra entera.
Eres nuestro modelo,

[59] Toda esta oración es una paráfrasis del capítulo primero de la *Epístola a los colosenses*, que describe el lugar de Cristo en la Creación.

nuestro ordenador y nuestro barquero;
nuestro camino y la puerta que conduce a la
Imagen eres de la justicia. [luz.
Sin cesar nuestra estrella y nuestra luz.
Te damos gracias, alabanzas y bendiciones
y ante Ti doblamos las rodillas con confianza.

Te pedimos todo lo que es justo:
Concédenos estar sólidamente establecidos en
[nuestra fe;
y poseer la salud del cuerpo para poder ala-
Así te cantaremos sin cesar [barte.
y en todas las ocasiones;
y nosotros te alabaremos
porque en todas partes eres celebrado,
Tú el Inmortal, el Infatigable, el Eterno.
Tú eres el modelo y la esencia del alma;
nuestro Padre bienaventurado,
nuestro Rey y nuestro Dios.
Si te miramos, Señor,
no moriremos.
Si confesamos tu nombre,
no corremos el riesgo de perdernos.
Si te rogamos,
seremos satisfechos.
Devuélvenos, Señor,
el vigor de nuestra fuerza primera;
dígnate mantenernos en ella, sin cesar
y hasta el fin.
Danos la gracia de ser reafirmados,
fortalecidos, hasta alcanzar la estatura com-
y hasta la perfecta realización. [pleta

Te alabo, Señor, por tu poder,
por tu esplendor y tu quietud,
por tu luz y tus ángeles,
por tus enviados que gobiernan
y fortalecen todo lo que vive;
por todos los que nacen de Ti,
que a Ti permanecen unidos y cumplen tu vo-
Honrados son, grandes y poderosos, [luntad.
todos los que en verdad invocan tu nombre
y en su fe te dirigen himnos de alabanza.

En la nube de tu luz
eres digno de alabanza,
Tú, el Inmortal, el Infatigable, el Eterno.
Tú eres el modelo y la esencia del alma,
nuestro Padre bienaventurado y Piloto so-
Avanzas con majestad [berano.
en la nube luminosa,
navegas en el misterio.
Eres el Padre que salva,
que reanima, fortalece o aniquila.
Manifiestas el modelo luminoso;
purificas las almas vivientes...

Tú eres el Primero
y el operario de todas las obras preciosas,
cuando los rayos de tu luz
descienden de lo alto
y encuentran el mundo de nuestras tinieblas,
todas las potestades, los ángeles,
los dueños de la vida,
las imágenes del cielo y de la tierra...

Las estrellas que brillan y las fuerzas en mo-
todo desaparece y pierde su brillo, [vimiento:
ante el esplendor de tu luz
y el poder de tu grandeza.

ORACIONES A LA VIRGEN MARIA

Antífona mariana.

107 Bajo el amparo de tu misericordia, nos refugiamos, ¡oh Madre de Dios!; no pongas en tentación a los que te oran, mas líbranos del peligro, sola casta y bendita[60].

Himno a la Virgen María.

108 Ave María[61],
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
así como el Espíritu Santo.
Los sacerdotes se revestirán de justicia,
y tus devotos exultarán de gozo.
A causa de David, tu siervo, Señor,
salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu he-
[redad.

[60] Esta oración se ha hecho muy popular en una forma algo diferente, el *Sub tuum praesidium*, que recitamos así: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no despreciéis nuestras súplicas en las necesidades, antes bien líbranos siempre de todo peligro, Virgen gloriosa y bendita.*

[61] Forma antigua del Ave María.

A la gloriosa Virgen,
salve, llena de gracia.
El Señor es contigo
y bendita eres entre las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre:
tú has concebido a Cristo, Hijo de Dios,
el redentor de nuestras almas

Oración a María.

109 Salve, llena de gracia, el Señor es contigo[62].
Has sido elegida como un vaso muy puro
precioso desde siempre para recibir en ti a Dios.
Has hallado gracia delante de Dios.
Y he aquí que darás a luz un hijo,
a quien pondrán por nombre Jesús.
Salvará a los pueblos y será llamado hijo de Dios.
El Señor Dios le dará el trono de David,
y reinará para siempre sobre la casa de Jacob,
y su reino no tendrá fin.
¿Cómo podrá ser esto guardando yo mi virginidad?
El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.
Por eso el niño que nazca de ti será llamado hijo de Dios.
Yo soy la sierva del Señor,
hágase en mí según tu palabra.

[62] Desarrollo de la salutación del ángel a María. Son numerosas las citas de la Escritura. *Lucas*, 1, 28-36.

¡Oh bendita entre las mujeres, el Señor te ha hablado;
te ha anunciado la buena nueva:
por tu hijo serán salvadas todas las tribus de la Judea
y todas las razas de las naciones!

Con el arcángel y los ángeles,
venerémosla todos:
Salve, amada del Señor;
salve, tú que te sientas al lado del Altísimo;
salve, Madre de Dios, madre del Salvador.

¡Oh paloma que arrancaste a los hombres de la muerte!
Regocijaos, ¡oh vírgenes!,
Salve, tú que recibiste a Dios
y a la que Dios recibió en los cielos.
Salve, ¡oh Virgen!;
Salve, ¡oh María!;
¡oh libro de las vírgenes,
libro de la eterna luz,
salve, salve!

IV

LAS ORACIONES GRABADAS EN LA PIEDRA

Otro eco de la fe de los primeros cristianos ha sido conservado por la piedra. Inscripciones de casas, de baptisterios o de iglesias, epitafios sobre todo, que conservan memoria de los hermanos y de los mártires; las riquezas de la epigrafía nos traen la expresión más espontánea, más personal y menos estereotipada de la oración antigua. *Las inscripciones,* indica Mommsen, *no pertenecen a la literatura, sino a la vida.*

En el umbral de la eternidad, cuando el hombre está desarmado ante la muerte, la fe y la esperanza recuerdan extrañamente a la lámpara de aceite tan a menudo representada en las catacumbas; su luz parece llegar más allá de las fronteras de los sentidos, hasta la ribera de Dios.

Las oraciones conservadas en la piedra expresan la fe en Dios; la forma trinitaria es frecuente; se dirigen a menudo a Cristo, a veces al Espíritu solo.

Para los que se han ido, *que duermen*, dice el fiel, se pide el perdón, la vida, el reposo, la paz; se pide que estén cerca de Cristo o de Dios.

Para los cristianos, los muertos son los verdaderos vivientes, y los epitafios solicitan su intercesión, para que los difuntos se acuerden de sus hermanos que están en la espera de Dios, en la cual los padres invocan a sus hijos.

La fe expresa con sentimientos delicada ternura, recurriendo a fórmulas bíblicas o litúrgicas, sobre todo en las inscripciones más largas. La mayor cantidad se encuentra en Egipto y se multiplican, sobre todo, a partir del siglo IV con la paz constantiniana.

Pero siempre la oración es fuerte y verdadera, el sufrimiento viril y la esperanza la más fuerte. ¡Qué diferencia con las inscripciones de los paganos de ayer y de hoy!...

LAS ACLAMACIONES

La aclamación es una de las formas de la oración antigua. Se utiliza en forma de jaculatoria, en la liturgia, en la vida corriente, y más especialmente como inscripción funeraria. Damos algunos ejemplos de ella, clasificándolos por temas.

Paz y reposo [63]

110 Paz a los que marcharon cerca de Dios.
Que Ekimete esté en la paz.
Paz a ti.
La paz de Cristo sea contigo.
Duerme el sueño de la paz.
Duerma en paz.
Viva en paz.
En la paz y en el lugar de refrigerio.
En la paz y en la morada eterna.
Adiós en paz.
Reposa en la paz del Señor.
Vive siempre en paz.
En la paz del sueño.
Con Dios en la paz.

Vivir junto a Dios.

111 Viva él junto a Dios.
Esté cerca de Dios vivo.
Esté junto al Dios inmortal.
Que esté en la mano de Dios.
Que esté junto al nombre de Dios.
Él sea en la grandeza de Dios.
Que esté junto al Dios vivo
ahora y en el último día.

---

[63] Conviene precisar la noción de paz. La palabra significa la posesión tranquila y definitiva de la amistad de Dios. *Efesios*, 2, 14. La inscripción, *En la paz* se encuentra desde el siglo I.

El lector podrá fácilmente observar que cada línea corresponde a una inscripción diferente.

Marche a Dios.
Viva en Dios en el eterno gozo.

Junto a Cristo.

112 Que esté con Jesucristo.
En Cristo.
Jesucristo, ayuda al que escribe,
y a toda su casa.

En la paz de Cristo.
Vive en Cristo.
Que Cristo te acoja.
Que tu espíritu esté en paz y en Cristo.
En nombre de Cristo Jesús.

Petición de perdón.

113 Pidiendo el perdón de numerosos pecados.
Por la salvación y la remisión de los pecados.
En tu bondad no consideres las faltas
conscientes o inconscientes.
Concede el perdón de los pecados.

Intercesión de los muertos.

114 Ruega por tus padres.
Ruega por tus hijos.
Ruega por nosotros.
Ruega por que seamos salvados.
Ruega por el único retoño que has dejado.
Vive en Cristo y ruega por nosotros.

En la espera.

115 Maran atha.
Teme la sentencia de Dios en el día del juicio.
En la esperanza de la resurrección.
En la esperanza de la resurrección
y de la misericordia de Cristo.
En la esperanza de la resurrección y la vida eterna.
Esperemos la resurrección de los muertos
y la vida del siglo por venir.

Espíritu Santo.

116 En el Espíritu Santo de Dios.
A Ciriaco,
hijo muy amado,
ve junto al Espíritu Santo.

EPITAFIOS CON REMINISCENCIAS BIBLICAS Y LITURGICAS

Muchos epitafios, los más largos sobre todo, se inspiran en la Biblia y en la liturgia; cosa nada extraña si se piensa que la fe entra con toda naturalidad en la forma recibida en el bautismo y en la oración litúrgica. Invocan a Dios, a la Trinidad, a Cristo, o conmemoran la Eucaristía, como la de Pectorius.

Temas bíblicos.

117 Ama a Dios de todo corazón
y al prójimo como a ti mismo.
Más vale dar que recibir.
Parte el pan con el que tiene hambre.
Las palabras de los sabios son como el aguijón.
Dar a cada uno según sus caminos.
Honor y gloria en el discurso del hombre prudente.
Pocos son los que la encuentran (la vida) [64].

El seno de Abraham.

118 Acuérdate de tu sierva Chrisida,
dale un puesto luminoso,
lugar de refrigerio, en el seno
de Abraham, de Isaac y de Jacob [65].

119 Dios todopoderoso, que es, ha sido y será;
Jesucristo, Hijo de Dios
eterno, acuérdate del reposo y de la partida
de tu sierva Zoneïne, piadosa y obediente,

[64] He aquí un ejemplo de inscripciones compuestas exclusivamente por versículos de la Escritura.

[65] El *seno de Abraham* aparecía en esta época, en que no estaba elaborada la teología de las postrimerías, como un lugar provisional a la visión de Dios. Se creía que sólo los mártires eran admitidos junto a Dios inmediatamente después de su muerte; los demás, salvo algunas excepciones, esperarían hasta el fin del mundo.
Hoy todavía habla de Abraham la liturgia romana en el *Subvenite* del oficio de difuntos.

y júzgala digna de ser acogida por el santo
arcángel Miguel [66], que conduce a la luz,
en el seno de los padres Abraham, Isaac y Jacob.
A Ti la gloria y el poder
por los siglos de los siglos. Amén.

120 Rogó ella: Recíbeme Señor Cristo en tus moradas.
Prestamente fué satisfecha y goza la luz de Dios.
Zósima, mi santa hermana, muerta en un gran peligro.
Vuelve a encontrar ahora todos sus compañeros de combate.
Alegre está viendo a los que la rodean.
Los padres se admiran de tanto valor en una adolescente.
Por turno la reciben y la festejan.
Y ella contempla ya los grandes espectáculos del reino.
Y se regocija de la recompensa obtenida por sus méritos.
Contigo, ¡oh Pablo!, mantiene la corona, despreciando la muerte:

[66] En la portada de la catedral de Bourges San Miguel pesa las almas. ¿De dónde le viene al Arcángel este papel, que le reconoce tanto la iconografía como la liturgia, ya que el ofertorio de la actual Misa de difuntos recurre también a su poder? En la tradición judía el Arcángel es el defensor de los muertos contra Satanás ante el trono del Señor. La Epístola de San Judas (v. 9) hace alusión a ello tomándolo, al parecer, de la *Ascensión de Moisés* (apócrifa). Los cristianos venidos del judaismo lo introdujeron en la liturgia cristiana.

ha conservado la fe y acabado su carrera en la paz [67].

121 En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.
Dios de los espíritus y de toda carne,
que has vencido a la muerte, humillado al Hades,
dado la vida al mundo; concede el reposo al alma
de mi padre Sinethé en el seno de Abraham,
de Isaac y de Jacob, en el país de la luz, en
el país del refrigerio, donde no existen ya
el sufrimiento, el duelo ni las lágrimas [68]. Perdónale toda falta cometida con el pensamiento, palabra u obra, porque eres bueno y amas
a los hombres.
Sí, sólo Tú eres Dios y estás libre de todo pecado,
y tu justicia es justicia por toda la eternidad.
Señor, tu palabra es verdad.
Das el reposo al alma de mi padre Sinethé...
Pues Tú eres el reposo, la vida y la resurrección.
A Ti glorificamos, Padre, Hijo y Espíritu Santo.
Amén.

---

[67] Manifiesta alusión a San Pablo, *II Ep. a Timoteo*, 4, 7.

[68] Tenemos un texto semejante en el Canon de la misa romana en el momento de difuntos en que la Iglesia pide a Dios les conceda el refrigerio, la luz y la paz.

Invocaciones trinitarias.

122 En el nombre del Padre todopoderoso y de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo; Eusebio indigno restauró el cementerio.

123 Padre, Hijo, Espíritu Santo.
Tened misericordia del alma
de Anni, que encontró el reposo
el 15 de Michir.
Amén.

124 Jesucristo vencedor.
Padre, Hijo, Espíritu Santo:
Tened piedad de Ageni,
hijo de Kakbul.
Amén.

125 Muy grande es la justicia de Dios que perdona.
Nació por el Espíritu para gloria de Cristo.
Para poder servirle con los bienaventurados:
Te pido, Dios omnipotente,
pueda ver ella el paraíso de la luz.
Venera al Padre y al Hijo, el que por voto asentó aquí.

126 Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.
Amén.

Tumba de Agapé.

127 Y a vosotros, hermanos míos, os ruego, cuando vengáis a orar aquí, que invoquéis en

nuestras oraciones al Padre y al Hijo; no os olvidéis de recordar en vuestro pensamiento a Agapé; a fin de que Dios omnipotente guarde a Agapé para la vida eterna [69].

Tumba de Lucifera.

128 A la muy dulce esposa Lucifera, toda dulzura. Dejó a su esposo en gran dolor. Y así se ha puesto esta inscripción para que cada hermano, al leerla, ore a Dios para que su alma sea acogida, pura y santa, junto a Él.

Tumba de Theodota.

129 En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo [70].
Señor, concede el descanso al alma de tu sierva,
la bienaventurada Theodota.
Ten piedad de ella en la grandeza de tu misericordia,
¡oh Dios!, y en la plenitud de tu compasión borra sus culpas.
Ten piedad de ella tomándola en tus manos,
colócala a tu derecha, en el trono de la justicia,
dala de beber en la fuente del reposo.

---

[69] Epitafio de fines del siglo II. Invoca al Padre y al Hijo. En esta época la teología del Espíritu Santo estaba aún poco desarrollada.

[70] Inscripción posterior, al parecer del siglo V, con doxología trinitaria y una alusión mariana al final.

Ha entrado en el descanso cerca del Señor. Amén. Cristo, nacido de María. Amén.

El bienaventurado Leontios se durmió el 4 del mes de Pharmouthi, de la 3.ª indicción.

130 Dios, dale el descanso con los piadosos
y los justos,
en el lugar del verdor, del refrigerio
y de las aguas [71],
en el paraíso de delicias, del que huyeron
el dolor, la pena y los gemidos.
Santo, Santo, Santo, Señor Sabaoth [72].
Lleno está el cielo y la tierra de tu santa gloria.

Oración de un difunto a los vivos.

131 Santo, Santo, Santo.
Salve a vosotros
que veis la dulce luz
de nuestro Padre, que está en los cielos.
En cuanto a nosotros, hacednos descansar
en Cristo Jesús, nuestro Señor,
y en su Espíritu, santo y vivificante.
Que os sea dado también a vosotros
dejar la vida como buenos cristianos.

---

[71] Evocación completamente oriental del más allá. Es preciso contemplar en Marruecos los jardines de un palacio, la Bahía de Marrakex, por ejemplo, para comprender lo que significa el esplendor de los mármoles y de los mosaicos entre los surtidores, bajo un sol de oro.

[72] El Trisagio de la liturgia ha pasado aquí a la epigrafía.

Pues hasta yo, humilde como soy,
al término de mi vida, demasiado breve,
he obtenido mi parte de la promesa de Dios.
En Ti, Salvador, ten piedad de mí.

EVOCACION EUCARISTICA

La inscripción de Pectorius de Autum (principios del siglo III).

132 ¡Oh raza divina del Ichtys [73] celestial!,
recibe, con un corazón lleno de respeto,
la vida mortal entre los mortales.
Rejuvenece tu alma, amigo, en las aguas divinas, por las oleadas eternas de la sabiduría
que da los tesoros.
Recibe el alimento, dulce como la miel, del Salvador de los santos,
como a tu hambre, bebe a tu sed; tienes
al *Ichtys* en las palmas de tus manos [74].
Nútrenos, pues, Maestro y Salvador, con el *Ichtys*.

Que mi madre descanse en paz; te lo ruego,
luz de los muertos.

---

[73] Palabra griega que significa pez y que era en la antigüedad el símbolo de Cristo, por componer sus letras las iniciales de su título: Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador.

[74] Alusión a la manera antigua de comulgar: el fiel recibía el pan consagrado en la palma de la mano derecha cruzada sobre la izquierda, consumiendo la Sagrada Forma por sí mismo, seguidamente.

Ascandius, mi padre,
con mi dulce madre y mis hermanos,
con toda la gratitud de mi alma, os pido
en la paz de *Ichtys,* os acordéis de Pectorius.

Inscripción de Abercius [75]

133 Me llamo Abercius; soy el discípulo de un santo pastor [76] que hace pacer a sus rebaños sobre las montañas y en las llanuras, que tiene grandes ojos cuya mirada llega a todas partes...

La fe me conducía por doquier, sirviéndome como alimento un pez grande y puro, pescado por una santa virgen: ésta lo daba sin cesar a los amigos para comer; y tiene un vino delicioso que da con el pan [77].

Oración letánica a Cristo [78]

134 Él, que es inmortal, ha sufrido mucho por nosotros.
Socórrenos, ¡oh hijo de Dios nacido de María!

Jesucristo, socorro, ¡oh hijo nacido de María!

---

[75] Abercius, obispo de Hierápolis de Frigia en tiempos de Marco Aurelio.

[76] Jesucristo.

[77] Este lenguaje, sólo comprensible para un cristiano, significa que Abercius pudo participar en todos los sitios del banquete eucarístico. Los dos textos constituyen un testimonio de vida para el dogma eucarístico.

[78] Descubierta sobre un sarcófago egipcio. Las alusiones a himnos litúrgicos son manifiestas.

Celeste retoño de la raza de David,
socórrenos, ¡oh hijo nacido de María!

Jesucristo, socorro, ¡oh hijo nacido de María!

Alabado sea el único hijo Inmortal sobre toda
[la tierra.
Socórrenos, ¡oh hijo nacido de María!

Jesucristo, socorro, ¡oh hijo nacido de María!

Se apresuró en su piedad a venir del cielo a
Socórrenos, hijo nacido de María. [la tierra

Jesucristo, socorro, ¡oh hijo nacido de María!

Dueño de la vida verdadera, de toda eternidad;
Socórrenos, ¡oh hijo nacido de María!

Jesucristo, socorro, ¡hijo nacido de María!

Plegarias dirigidas a los muertos [79]

135 Anatolio, nuestro primogénito,
que nos fué dado por poco tiempo.
Ruega por nosotros.

136 Atticus,
descansa en paz.

[79] Tenemos aquí testimonios seguros de cómo se oraba a los muertos para obtener su intercesión. Esta fe lanza una luz sobre la muerte cristiana.

En adelante tiene la seguridad
de ser invulnerable.
En tu solicitud
intercede por nuestros pecados.

Terminaremos nuestra selección con este tierno epitafio por un niño:

137 Magus, niño sin malicia.
Estás entre pequeños inocentes.
Tu vida es feliz al amparo de todo riesgo.
En tu partida te acogió la Iglesia,
maternal y en la alegría.
Corazón mío, cesa de gemir;
ojos míos, dejad de llorar [80].

INSCRIPCIONES DE CASAS Y DE IGLESIAS

Desde la paz de Constantino aparecen inscripciones en las casas particulares, para colocarlas bajo la protección de Dios; invocan al Señor con fórmulas litúrgicas o con versículos de la Escritura. Con mayor razón son adornadas las iglesias con inscripciones de reminiscencias bíblicas.

138 ¡A Cristo la victoria!
Retírate, Satán.

[80] La ternura maternal, tan viva y humana, se ilumina con una fe que transfigura al dolor.

139 Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo, el Verbo de Dios, habita aquí. Que nada malo trasponga este umbral.

140 Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los señores, que tus ojos permanezcan abiertos dia y noche sobre esta casa, por tu clemencia.

141 He aquí la puerta del Señor.
Los justos entrarán por ella.

142 ¡Oh Dios santo!
¡Oh Dios santo y fuerte!
¡Oh Dios santo e inmortal [81],
crucificado por nosotros,
ten piedad de nosotros!

143 Señor, tened misericordia de nosotros, en Ti ponemos nuestra esperanza.

Hospedería de Deir Sem'an.

144 Cristo, engendrado de María.
Esta hospedería fué terminada el 28 del mes de Panemi. Cristo, ven en nuestra ayuda.

En Kefr-Ambil.

145 Que el Dios de las potestades proteja por su misericordia nuestra entrada y nuestra salida.

[81] Alusión al oficio eucarístico.

Casa de Roueiha.

146 Aquel que se asiente bajo la protección del Altísimo vivirá al resguardo del Dios del cielo.
Rogará al Señor:
Sed mi defensor y mi refugio.
Dios mío, en Vos pongo mi esperanza.

En Dellousa.

147 Señor, protege a esta casa
y a los que la habitan.

148 Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Gloria a Él por siempre.

Inscripciones de sepulcros.

149 Dios santo de los ángeles, Tú eres la resurrección.
Dios santo de los profetas, Tú eres la redención.
Dios santo de los apóstoles, Tú eres el perdón.

150 Dios, luz eterna.
que yo muera en mi Dios.
Permanece, Señor, sobre nuestras puertas.

Inscripciones de Iglesias.

151 Si se recuerda la magnificencia del templo de Salomón con los metales que lo decoraban, éste resplandece aún más bello por la púrpura de la sangre de Cristo.
El primero estaba adornado de oro, de piedras preciosas y de madera de cedro; el otro brilla por la gloria de la cruz.

152 Vale más un día en tu atrio que mil en otro sitio.
He preferido arrodillarme en la casa de Dios a permanecer bajo la tiendas de los pecadores.
El Señor Dios ama la misericordia y la verdad.

153 Cristo nacido de María,
he aquí la puerta del cielo:
Los justos entrarán por ella.
Sobre esta piedra edificaré mi iglesia
y las puertas del infierno
no prevalecerán contra ella.

154 Gloria, en las alturas,
a Dios, y sobre la tierra.

V

PRIMERAS COMPILACIONES LITURGICAS

La liturgia cristiana procede de la liturgia de la sinagoga. En los orígenes, los judeo-cristianos son mayoría en la Iglesia durante algunos años y permanecen fieles a su oración ritual, pero celebran la Eucaristía al final de una comida fraterna, sirviéndose del formulario judío de las Bendiciones.

Poco a poco los nuevos cristianos dejan la oración del templo, y la Eucaristía se separa de la comida fraterna, que se convierte en el ágape. La liturgia eucarística conserva de la sinagoga las lecturas, los cantos, la homilía, las oraciones, enriquecido todo ello por citas y lecturas del Nuevo Testamento. Esta parte preliminar introduce la celebración eucarística, que comprende la acción de gracias (inspirada en las Bendiciones judías), la fracción y la distribución del pan consagrado.

He aquí cómo describe Justino (muerto sobre 165), contemporáneo de la *Didaché*, la celebración litúrgica del domingo:

El día del sol todos los que habitan las ciudades y los campos se reúnen en un mismo lugar. Mientras el tiempo lo permite se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas. Después el lector se detiene y el presidente toma la palabra para hacer una exhortación e imitar a seguir los bellos ejemplos que acaban de ser citados. A continuación se levantan todos y se recitan plegarias. Por fin, como hemos ya descrito, terminada la oración, se trae pan, vino y agua; el presidente ora y da gracias todo el tiempo que puede; el pueblo responde, aclamando, "Amén". Se distribuye a cada uno su parte de los elementos benditos y se envía la suya a los ausentes por medio de los diáconos.

Poco a poco—escribe Duchesne—*las costumbres se convirtieron en ritos. Y los ritos se desarrollaron en ceremonias cada vez más complicadas.* Al mismo tiempo se fijaron los temas de las oraciones litúrgicas. La *Tradición apostólica* en el siglo III, nos ofrece formularios para el bautismo, la Eucaristía y las ordenaciones. El Oriente, en el siglo IV, posee dos tipos de liturgia, el sirio *(Constituciones apostólicas)* y el alejandrino o egipcio *(Eucologio de Serapion)*.

I

LA DIDACHÉ

En 1873 se descubrió un manuscrito de la "Didaché o Doctrina de los doce apóstoles". Este libro anónimo, muy apreciado en la antigüedad cristiana, había permanecido extraviado durante mucho tiempo. Era una especie de catecismo para uso de los fieles. Parece de origen sirio y ejerció su influencia sobre las compilaciones litúrgicas posteriores, en particular sobre las Constituciones apostólicas. Las oraciones siguientes acompañaban a la liturgia eucarística. Llaman Padre a Dios y se inspiran en el Nuevo Testamento.

Oraciones eucarísticas.

En lo que pertenece a la Eucaristía, dad gracias así: Primero por el cáliz:

155 Te damos gracias, Padre nuestro [82],
por esta santa viña de David, tu siervo;
que nos diste por Jesús, tu Hijo.

¡Gloria a Ti en los siglos!

Después, por la fracción del pan:

Gracias te damos, Padre nuestro,
por la vida y la ciencia
que nos diste por Jesús, tu Hijo.

¡Gloria a Ti en los siglos!

[82] Oraciones inspiradas por un entusiasmo intenso y dirigidas a Dios, llamándole Padre y ya no Soberano, por medio de Cristo, al que le llama παῖς, siervo o niño.

Como este pan que hemos partido, disperso
en las espigas de los montes,
se unificó en la hostia que comemos,
así se unifique tu Iglesia desde todos los confines de la tierra en la unidad de tu reino [83].

¡Porque tuya es la gloria y el poder
por Jesucristo en los siglos!

Después de estar saciados, dad así las gracias:

Gracias te damos, Padre santo,
por el santo nombre que grabaste sobre nuestros corazones y por la ciencia, la fe y la inmortalidad
que nos diste por Jesús, tu Hijo.

¡Gloria a Ti en los siglos!

Tú, Señor omnipotente,
que creaste todas las cosas para tu gloria,
y nos diste el manjar y la bebida que nos regocijan,
para que te demos gracias,
ahora nos has dado un manjar y una bebida espiritual
y la vida eterna por medio de tu Hijo.
Ante todo,
gracias a Ti, porque eres poderoso.
¡Gloria a Ti en los siglos!

[83] Esta imagen se hará clásica en las liturgias sirias y en los escritores latinos a partir de San Cipriano, *Carta* 63, 13.

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia
y líbrala de todo mal y perfecciónala en tu amor,
y unifícala desde los cuatro vientos
para santificarla en el reino que la preparaste.

¡Porque tuya es la fortaleza y la Gloria
por los siglos!

Venga tu gracia y que pase este mundo.

¡Hosanna al Dios de David!
Si alguno es santo, que venga;
si no lo es, que haga penitencia;
¡Marana tha!
Amén.

II

LA TRADICION APOSTOLICA

La "Tradición apostólica" de Hipólito es el único libro litúrgico que poseemos del siglo III. *Se ocupa en la organización de la jerarquía, del catecumenado, de las ofrendas, de la Eucaristía, del ágape, del ayuno y de las horas de oración* [84]. *Estas fórmulas litúrgicas de Hipólito tienen un carácter simplemente directivo y de ejemplo. En todo caso, nos resultan preciosas como información sobre la liturgia romana. La anáfora de Hipólito es todavía hoy utilizada por los cristianos de Abisinia.*

[84] Se encontrarán las indicaciones de Hipólito sobre la oración en la última parte de este libro.

El bautismo.

Con el canto del gallo los candidatos se acercarán a las aguas, que deberán ser corrientes y puras...

El sacerdote toma aparte a cada uno de los que deben recibir el bautismo y les ordena abjurar, vueltos hacia Occidente [85], *diciendo:*

156 Renuncio a ti, Satán, a tus seducciones y a tus obras.

Después de esta declaración se le ungirá con el aceite y el exorcismo, diciendo:

Que todo espíritu malo se aleje de ti.

El candidato entrará en seguida en el agua y el bautizante le impondrá la mano sobre la cabeza diciendo:

¿Crees en Dios, Padre Todopoderoso?

Y el que es bautizado responde:

Creo.

Se le bautiza entonces una vez con la mano sobre su cabeza, diciendo después:

[85] El Oriente indica la dirección del Paraíso, el lugar de donde volvería Cristo; el Occidente, el antro de los demonios.

¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios, nacido por el Espíritu Santo, de la Virgen María, muerto, sepultado y resucitado entre los muertos, que subió a los cielos y que está sentado a la diestra del Padre, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?

Y él dirá:

Creo.

Y se le bautiza una segunda vez. Y se le dice:

¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia y en la resurrección de la carne?

Y el bautizado dirá:

Creo.

Y se le bautiza por tercera vez.

Una vez fuera del agua, un sacerdote le dará la unción con el aceite santificado, diciendo:

Te unjo con el santo óleo en nombre de Jesucristo.

Se secan, se vuelven a vestir y después vuelven a entrar en la iglesia... El obispo, imponiéndole la mano, dirá la invocación siguiente:

Señor Dios, has hecho dignos a tus servi-

dores de recibir la remisión de los pecados por el baño de regeneración del Espíritu Santo. Envíalos tu gracia para que te sirvan según tu voluntad.

Pues tuya es la gloria, Padre e Hijo con el Espíritu Santo en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos.
Amén.[86].

Toma el óleo santificado en la mano y les confiere la unción sobre la cabeza, diciendo:

Te unjo con el óleo santo en el Señor, el Padre todopoderoso, Cristo Jesús y el Espíritu Santo.

Después de esta unción les besa, diciendo:

El Señor sea contigo.

El bautizado contesta:

Y con tu espíritu.

LA ANAFORA

La más antigua fórmula consagratoria de las oblatas eucarísticas que tenemos es la de Hipólito.

[86] Ejemplo de la doxología trinitaria, propio de Hipólito; se caracteriza por la mención expresa de la Iglesia, que se vuelve a encontrar en el *Libro contra Noet*, 18, y aquí en la *Trad. ap.* 3 y 8. Sobre la significación de esta mención véase NAUTIN, *Je crois à l'Esprit-Saint, dans la sainte Église pour la résurrection de la chair*, París, 1947.
Comparar con la doxología de San Pablo, supra, número 20.

Dirigida al Padre, no se extiende sobre los beneficios de la creación, sino que se concentra, como en el bautismo, sobre los misterios de Cristo. Llama al Espíritu Santo para que venga sobre las oblatas, sobre la Iglesia y sobre los que comulgan.

Debe hacerse notar la ausencia del Sanctus, que romperá en las liturgias posteriores la línea y que será sugerido por la asociación a la alabanza de los coros de ángeles.

El obispo, con todo el colegio de sacerdotes [87]*, pronuncia esta acción de gracias:*

157 El Señor sea con vosotros [88].

Y todos responderán:

Y con tu espíritu.

Elevemos nuestros corazones.
—Los tenemos junto al Señor.
Demos gracias al Señor.
Justo es y necesario.

Y continuará así:

Gracias te damos, Señor Dios, por tu amado hijo Jesucristo, al que nos has enviado en

[87] Se trata, pues, de una cocelebración, es decir, de una celebración común y única del obispo y de los sacerdotes en Roma.

[88] San Cipriano atestigua el uso de las mismas aclamaciones en Africa. *De la oración del Señor*, 31.

los últimos tiempos, como Salvador, Redentor y Mensajero de tu voluntad.

El es tu Verbo inseparable, por el que has creado todo y en el que has puesto tus complacencias.

Lo enviaste desde el cielo al seno de una Virgen; se encarnó en sus entrañas y se manifestó como hijo tuyo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen.

Realizó tu voluntad y, por ganar para Ti un pueblo santo, extendió las manos cuando sufría [89]; con el fin de liberar del sufrimiento a los que han creído en Ti.

Así, pues, que se hubo entregado a un sufrimiento aceptado libremente para destruir a la muerte, humillar a los infiernos, iluminar a los justos, establecer el Testamento y manifestar su Resurrección, tomó el pan, dió gracias y dijo:

Tomad, comed, éste es mi cuerpo, que será inmolado por vosotros.

Igualmente con el cáliz dijo:

Esta es mi sangre derramada por vosotros. Cuando hagáis vosotros esto, hacedlo en memoria mía.

Acordándonos, pues, de su muerte y su re-

[89] Idea grata a Hipólito, que ya hemos encontrado en la homilía pascual que se le atribuye (supra, núm. 44) y que se vuelve a hallar en *Del Anticristo*, edición ACHELIS, 42.

surrección, te ofrecemos el pan y el cáliz dándote gracias por habernos juzgado dignos de estar ante Ti y de servirte.

Te pedimos envíes tu Espíritu sobre la oblación de la santa Iglesia, congregues en la unidad a todos los que comulgan y les llenes del Espíritu Santo para reafirmar su fe en la verdad.

Así queremos alabarte y glorificarte por tu Hijo, Jesucristo.

Por Él te sean dadas gloria y honor, Padre e Hijo con el Espíritu Santo, en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de comunión.

El obispo dirá:

158 Te lo suplicamos, Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo: concédenos el recibir con bendición este misterio sagrado; que no sea motivo de condenación para nadie [90], antes bien que signifique a todos los que reciban el santo misterio del cuerpo y la sangre de Cristo, Señor todopoderoso, nuestro Dios.

El diácono dirá:

Orad.

[90] y [91] Alusión repetida a la 1.ª *Epístola a los corintios*, 11, 29.

El obispo dirá:

Dios todopoderoso, haced que la recepción de vuestro santo misterio nos fortifique: que no sea la condenación para ninguno de nosotros, sino que nos colme a todos de bendiciones por Cristo; por Él os sean dadas gloria y poder, ahora y siempre jamás [91]. Amén.

El diácono:

Los que estáis de pie, inclinad la cabeza.

El obispo:

Eterno Dios, Tú conoces lo que está oculto como lo que está descubierto; ante Ti, tu pueblo inclina la cabeza y doblega la dureza de su corazón y de su carne. Desde lo alto de tu gloriosa morada, bendice a la vez a hombres y a mujeres, inclina tu oído hacia ellos y escucha su oración. Confórtales por el poder de tu mano y protégeles contra toda mala pasión. Guarda sus cuerpos y sus almas y aumenta en ellos y en nosotros la fe y el temor, por tu único Hijo.

Por Él, con Él y con el Espíritu, te sean dadas gloria y poder, ahora y siempre jamás [92]. Amén.

---

[92] Las doxologías de las dos oraciones del obispo, no son habituales en la *Tradición apostólica*. La primera no hace mención del Espíritu Santo. Ni una ni otra hablan de la Iglesia.

El diácono:

Estad atentos.

El obispo:

Las cosas santas son para los santos.

El pueblo:

No hay más que un solo Padre, un solo Hijo santo, un solo Espíritu Santo.

El obispo:

El Señor sea con nosotros.

Y el pueblo responderá:

Y con tu espíritu.

Y que eleven las manos para glorificarte; que el pueblo se acerque para la salvación de su alma, a fin de que sus pecados sean perdonados.

Después de la comunión:

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, te damos gracias por habernos concedido el recibir tu santo misterio: que éste no sea para nosotros motivo de falta o de condenación, sino de rejuvenecimiento para el alma,, el cuerpo y el espíritu, por tu Hijo único.

En Él, con Él y con el Espíritu Santo te sean dadas gloria y poder ahora y siempre jamás.

Y el pueblo dirá:

Amén.

Que el sacerdote, después de haber impuesto las manos a los comulgantes, diga:

Dios eterno, todopoderoso, Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, bendice a tus servidores y a tus siervas: protégeles, mantenles y hazles dichosos por el poder de tu arcángel. Guárdales y confórtales en el temor ante tu majestad. Dales la paz confiada y sin angustia, por tu Hijo único:
En Él, con Él y con el Espíritu Santo, te sean dadas gloria y poder ahora y siempre jamás.

El pueblo:

Amén.

El obispo:

El Señor sea con vosotros.

Y el pueblo responde:

Y con tu espíritu.

El diácono dirá:

Id en paz.

LITURGIA DE LAS SAGRADAS ORDENES

La imposición de manos y la invocación al Espíritu Santo son comunes a la ordenación de los tres grados —episcopado, presbiterado y diaconado—, constituyendo el rito consagratorio. Sólo el obispo impone la mano a los diáconos "porque se les ordena para el servicio del obispo". Esta nota de la "Tradición apostólica" es el único elemento que ha pasado en cierto modo al Pontifical Romano.

Las oraciones consagratorias muestran una bella densidad doctrinal y subrayan la continuidad del sacerdocio de uno a otro Testamento.

Oración para la consagración de un obispo.

159 Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación; Tú habitas los cielos, miras lo que es humilde y conoces toda cosa antes de que exista.

Has fijado las fronteras de tu Iglesia por la gracia de tu palabra y has predestinado desde toda la eternidad a la raza justa de Abraham; has establecido jefes y sacerdotes, para no dejar tu santuario sin liturgia; desde la fundación del mundo has querido ser glorificado por los que escogiste.

Difunde ahora el poder que viene de Ti, el Espíritu soberano que diste a tu Hijo[93] amado, Jesucristo, y después a los santos apóstoles que edificaron en el lugar del Templo a tu Iglesia, a fin de glorificar y cantar tu nombre incesantemente[94].

Concede, oh Padre que conoces los corazones, a este servidor que has escogido para el episcopado, que apaciente tu sagrado rebaño los pecados en virtud del Espíritu del sacerdocio, sirviéndote de noche y de día; que haga complaciente tu rostro y que ofrezca las oblaciones de tu Iglesia Santa; que pueda perdonar los pecados en virtud del Espíritu del sacerdocio supremo, según tu mandato; que distribuya los lotes según tus órdenes; que desligue todo lazo en virtud del poder que concediste a los apóstoles, que te complazca por la dulzura y la pureza de su corazón, presentándote un suave perfume por tu Hijo, Jesucristo[95].

Por Él son tuyos gloria, poder y honor, Padre e Hijo con el Espíritu Santo (en tu santa Iglesia), ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

---

[93] Las traducciones no están de acuerdo sobre esta palabra: ¿se trata del Hijo o del Servidor?

[94] La Iglesia reemplaza al antiguo templo. Un nuevo linaje asegura su servicio: inaugurado por Cristo, se prolonga por los apóstoles primero y después por los obispos. Queda así subrayada la continuidad de la economía divina.

[95] La oración es de un particular vigor y de una bella riqueza doctrinal.

Ordenación de sacerdotes.

El obispo dirá la oración siguiente:

160 Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, lanza tus ojos sobre tu siervo aquí presente, concédele el Espíritu de gracia y de consejo para que ayude a los sacerdotes y gobierne a tu pueblo con un corazón puro, como consideraste al pueblo que para Ti elegiste. Uniste a Moisés con los antiguos y los llenaste de tu Espíritu, que habías concedido a tu servidor.

Danos ahora, Señor, el guardar en todo momento en nosotros el Espíritu de tu gracia, haznos dignos de servirte con fe en la simplicidad de nuestro corazón; que te alabemos por tu Hijo, Cristo Jesús.

Por Él Tú posees, Padre e Hijo con el Espíritu Santo, gloria y poder, en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Ordenación de los diáconos.

El obispo dirá:

161 ¡Oh Dios, que has creado y dispuesto todo por tu Verbo; Padre de nuestro Señor Jesucristo, al que enviaste para servir a tu voluntad y manifestarnos tus designios; concede el espíritu de gracia, de celo y de diligencia a tu siervo aquí presente, al que has escogido para

servir a tu Iglesia. Que él presente en el Santo de los santos lo ofrecido por los grandes sacerdotes por Ti establecidos para la gloria de tu nombre!

Concédele te sirva así sin reproche y con pureza para que llegue a ser digno, con tu aprobación, de un más elevado grado, alabándote por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Por Él y con Él posees gloria, poder, potestad y honor con el Espíritu Santo ahora y para siempre jamás. Amén.

BENDICIONES

Las diversas ofrendas son distintas de la Eucaristía y la bendición es especial. Además del aceite, del queso, de las olivas, se ofrece y se bendice "uva, higo, granada, pera, manzana, pasa, melocotón, cereza, almendra" y, entre las flores, las rosas y los lirios.

Del aceite.

162 ¡Oh Dios, Tú santificas el aceite y lo das para la santidad de aquellos que lo usan y lo reciben! Por medio de él Tú has conferido la unción a los reyes, a los sacerdotes, a los profetas; haz también que este aceite dé fuerza a los que de él gusten y salud a los que lo usen [96].

[96] El aceite bendito servía para la unción de los enfermos, que se hacía a domicilio. Véase Serapión de Thmuis, infra, núms. 195 y 207.

Del queso y de las aceitunas

163 Santifica esta leche cuajada, reuniéndonos también a nosotros en la caridad. Haz que no pierda jamás su dulzura este fruto del olivo, que es el símbolo de la abundancia que Tú has hecho desprenderse del árbol (la cruz) para todos los que en Ti ponen su esperanza.

De los frutos nuevos.

164 Te damos gracias, ¡oh Dios!, y te ofrecemos las primicias de los frutos [97] que Tú nos has dado para nuestro goce, producidos por tu palabra al mandar a la tierra llevar en sí toda clase de frutos para alegría y alimento de los hombres y de todos los animales.

Te alabamos, ¡oh Dios!, por todos estos dones y por todos los beneficios que nos han concedido al dotar por nosotros a la creación entera de frutos variados, por tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor; por Él, tuya es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Oración del lucernario.

Los judíos, al atardecer del viernes y del sábado, celebraban la bendición de la lámpara, para

[97] La bendición de los primeros frutos, tomada del Antiguo Testamento en su tenor doctrinal, es de la más remota antigüedad. Encontramos la bendición de las cosechas en el *Eucologio de Serapión*, infra, núm. 187. El *Sacramental leonino*, en un prefacio, nos ofrece su teologia. Infra, número 321.

señalar el comienzo y el fin del sabbath. Este rito es el que inspira la ceremonia cristiana del lucernario, que comprendía, además de la bendición de la lámpara, una acción de gracias por la jornada.

Una vez caída la tarde [98], *estando el obispo presente, el diácono traerá una lámpara. El obispo, de pie en medio de los fieles, en el momento de dar gracias, saludará antes de nada, diciendo:*

165 El Señor sea con vosotros.

Y el pueblo dirá:

Y con tu espíritu.

El obispo:

Demos gracias al Señor.

Y el pueblo:

Digno es y necesario. La grandeza y la magnificencia le son debidas con la gloria.

No dirá: Elevemos nuestros corazones, porque esto se reserva para el momento de la oblación.

Rogará:

[98] Uno de los primeros himnos cristianos es precisamente un himno de la tarde que canta a la luz gozosa. Infra, número 223.

Te damos gracias, ¡oh Dios!, por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor, por habernos iluminado mostrándonos la luz incorruptible.

Hemos agotado la duración del día y llegamos a los linderos de la noche; hemos sido saciados por la luz del día que Tú has creado para nuestra alegría.

Y ahora que no nos falta la luz de la tarde cantamos tu santidad y tu gloria por tu Hijo único, nuestro Señor Jesucristo.

Por Él y con Él posees la gloria, el poder y el honor con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los sigles.

Y que todos digan:

Amén.

Celebración del ágape [99]

Después de la comida, los niños y las vírgenes cantarán salmos a la luz de la lámpara. Seguidamente el diácono tomará el cáliz mezclado de la comida y dirá un salmo de los que contienen el "Alleluia".

Entonces el obispo ofrece el cáliz [100] *diciendo el salmo "Alleluia".*

Y mientras recita el salmo, todos dirán:

[99] El ágape es una comida fraternal que, sin duda, precedió primitivamente a la Eucaristía, como parece deducirse de la 1.ª *Epístola de los corintios*, y, de San Pablo, pero que se separó de ella bastante rápidamente para hacerse autónoma.

[100] Este cáliz corresponde, sin duda, al que los judíos adjuntaban los días de fiesta al cáliz de los días ordinarios.

166 Alleluia, es decir: Alabamos al que ha fundado el mundo con su sola palabra.

Y, una vez terminado el salmo, el obispo toma el pan, da gracias, y lo reparte entre los fieles.

LA ANAFORA DE LOS APOSTOLES

Un oportuno análisis de la anáfora caldea de los apóstoles ha permitido a Dom Botte descubrir en ella con bastante verosimilitud una antiquísima plegaria de oblación, contemporánea de la de Hipólito. Parece originaria de Edesa y, habiendo sido corriente en Siria, está en uso hoy todavía entre los nestorianos, los cristianos de Malabar y los caldeos unidos.

El Sanctus y la invocación al Espíritu Santo (para los que utilizamos nosotros fórmulas diferentes) parecen provenir de interpolaciones posteriores, acentuando aún más la semejanza con la anáfora de Hipólito, de la que, ciertamente, no depende. Comprende la acción de gracias, seguida del relato de la institución y de una anamnesis.

167 La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos nosotros, ahora, y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Levantad vuestros corazones.

Junto a Ti, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, ¡oh rey de la gloria!

La oblación se ofrece a Dios, el Señor de todas las cosas.

Digno es y necesario.

Digno es que todas las bocas glorifiquen, que todas las voces confiesen, que todas las criaturas veneren y celebren el nombre glorioso y adorable de la Trinidad santísima, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que ha creado al mundo por su gracia y a sus habitantes por su clemencia; y ha salvado a los hombres por su misericordia y ha concedido a los mortales un inmenso beneficio.

Miles y miles de espíritus celestes te bendicen y te adoran; miríadas y miríadas del ejército de los servidores del fuego y del espíritu cantan tu nombre. Con los querubines y los serafines glorifican y adoran tu grandeza, la proclaman sin cesar, respondiéndose los unos a los otros:

Santo, Santo, Santo es el señor Sabaoth; llenos están el cielo y la tierra de su magnificencia, de su presencia, del brillo de su grandeza. ¡Hosanna en las alturas, hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene y vendrá en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

Y con sus potestades celestiales.

Nosotros te confesamos, Señor; nosotros, tus servidores, porque nos has hecho una inmensa gracia que no podemos pagar.

Tú has honrado nuestra humanidad, y has descendido con tu divinidad, has elevado nuestra bajeza, enderezado nuestro decaimiento, resucitado nuestra carne mortal, perdonado nuestras faltas, justificado nuestro pecado, ilu-

minado nuestra inteligencia, vencido a nuestros enemigos, honrado a nuestra pequeñez. Señor Dios nuestro, a la sobreabundancia de tu gracia respondemos nosotros con el canto, la gloria, la confesión y la adoración, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén [101].

Relato de la institución.

Y también nosotros, Señor, tus servidores, reunidos en tu nombre, nos mantenemos en tu presencia en esta hora y recibimos de la tradición el sacramento que viene de Ti.

Y con alegría, glorificamos, exaltamos, conmemoramos y damos cumplimiento este grande, temible, santo, vivo y divino misterio de la Pasión, muerte, sepultura y resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Venga, Señor, tu Espíritu Santo y repose sobre esta ofrenda de tus servidores, que la bendiga y la santifique, y que ésta nos procure el perdón de las ofensas, la remisión de los pecados, la gran esperanza de la resurrección de entre los muertos y la vida nueva en el reino de los cielos, con todos aquellos que te fueron agradables.

Y a causa de la gran economía, inmensa y maravillosa, que tiene entre nosotros su cumplimiento, en alta voz y con el rostro descu-

[101] Aquí ha debido colocarse el relato de la institución eucarística, que las liturgias actuales no exponen.

bierto, te damos gracias y te alabamos sin cesar en tu Iglesia, rescatada por la sangre preciosa de Cristo. Y respondemos con el canto, la gloria, la confesión y la adoración a tu nombre vivo, santo y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

LAS CONSTITUCIONES APOSTOLICAS

Las "Constituciones apostólicas" son la compilación canónica y litúrgica más importante de los primeros siglos. Los ocho libros de esta obra han debido ser compuestos por un mismo autor anónimo, en Siria o en Constantinopla, hacia el 380. Utilizó, sin duda, principalmente, la "Didascalia", la "Tradición apostólica" y la "Didaché", dando en su libro VII fórmulas de plegarias.

El libro VIII nos proporciona el texto de la llamada misa clementina [102], el texto más antiguo de una anáfora de tipo siriaco. Aunque el tenor literal de estas fórmulas no hubiere sido nunca oficial, son expresivas, por lo menos, del tema general que podemos comprobar por otros documentos.

La celebración eucarística.

Después de las lecturas, los cantos y la homilía se retiran los catecúmenos y comienza entonces la misa propiamente dicha con la anáfora u oración consagratoria.

[102] Así llamada porque su autor, por una ficción literaria corriente en la época, atribuye su obra a San Clemente de Roma.

Se entabla el diálogo entre el obispo y la asistencia.

168 Que la gracia de Dios todopoderoso, el amor de nuestro Señor Jesucrsito y la comunión del Espíritu Santo sea con vosotros todos [103].

—Y con tu espíritu.

—Elevemos nuestros corazones.

—Están junto al Señor.

—Demos gracias al Señor.

—Justo es y necesario.

—Sí, en verdad, es justo y necesario celebrarte en primer lugar, Dios realmente existente...

Y la oración eucarística, partiendo del Dios inaccesible, pasa revista a todos los beneficios de Dios desde la Creación hasta la salida de Egipto, y concluye volviendo de nuevo a Dios, que es celebrado por los querubines y los serafines.

Y el pueblo, mezclando su voz a la de ángeles, canta:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

El obispo vuelve a la eucaristía interrumpida y conmemora las grandes obras de Cristo, su encarnación, su redención, su vida mortal.

[103] En las liturgias posteriores de Oriente se emplea siempre esta forma trinitaria para la introducción del Prefacio. Las otras aclamaciones son y permanecen comunes para Oriente y Occidente. Véase San Hipólito, supra, 157.

Este es el lugar del relato de la última Cena:

169 Acordándonos de lo que sufrió por nosotros, te damos gracias, Dios omnipotente, no ciertamente todo lo que debiéramos, pero sí lo que podemos, cumpliendo el precepto por Él dado.

Pues en la noche en que fué entregado tomó el pan en sus santas e inmaculadas manos, levantó los ojos hacia Ti, Dios y Padre [104], lo rompió y lo dió a sus discípulos diciendo:

Este es el misterio del Nuevo Testamento; tomadlo, comed; éste es mi cuerpo, inmolado por la muchedumbre, para la remisión de los pecados.

Igualmente llenó el cáliz de vino y de agua, lo bendijo y se lo dió, diciendo:

Bebed todos; ésta es mi sangre, derramada por la multitud, para la remisión de los pecados.

Haced esto en memoria mía. Cada vez que comáis este pan y que bebáis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él vuelva.

Acordándonos, pues, de su Pasión, de su muerte, de su resurrección de entre los muertos, de su ascensión a los cielos y de su segunda venida futura, en la que volverá con gloria y poder a juzgar a los vivos y a los muertos y a tratar a cada uno de acuerdo con

[104] Precisiones que volvemos a encontrar en el Canon romano y que no son del relato evangélico de la Cena.

sus obras, a Ti te ofrecemos, Dios y Rey, este pan y este cáliz; te damos gracias por Él, por habernos juzgado dignos de mantenernos en pie ante Ti y de ejercer el sacerdocio.

Y te rogamos mires con benevolencia estos presentes, traídos ante Ti, ¡oh Dios que no necesitas nada!, suplicándote los recibas con agrado en honor de tu Cristo.

Envía sobre este sacrificio a tu Espíritu Santo, testigo de los sufrimientos del Señor Jesús [105], a fin de que consagre este pan al cuerpo de tu Cristo y este cáliz a la sangre de tu Cristo.

Haz que todos los que aquí participan sean confirmados en la piedad, encuentren la remisión de los pecados, sean liberados del demonio y de su extravío, llenos del Espíritu Santo y, haciéndose dignos de tu Cristo, obtengan la vida eterna con tu reconciliación, ¡oh Maestro todopoderoso!

Así acaba la oración eucarística propiamente dicha. El obispo, como jefe de la comunidad cristiana, presenta entonces las grandes intenciones de la Iglesia al Dios invisiblemente presente.

Oración letánica.

170 **Te rogamos, Señor, por tu santa Iglesia, que se extienda de un extremo a otro del mun-**

[105] Alusión a la *Epístola a los hebreos*, 9, 14.

do: Tú la has conquistado con la sangre preciosa de tu Cristo; guárdala inquebrantable, al abrigo de las tempestades, hasta la consumación de los tiempos.

Te rogamos por el episcopado universal, que transmite fielmente la palabra de verdad.

Te rogamos por la bajeza de tu celebrante y por todo el presbiterado, por los diáconos y por el clero, a fin de que todos sean llenados por la sabiduría de tu Espíritu.

Te rogamos por el rey y por los que ejercen la autoridad, por todo el ejército; que nos mantengamos en paz, de suerte que pasemos toda nuestra vida en la tranquilidad y la concordia, glorificándote por Jesucristo, nuestra esperanza.

Te presentamos la ofrenda por todos los santos que desde los orígenes han gozado de Ti, por los patriarcas, los profetas, los justos, los mártires, los confesores, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos, los lectores, los chantres, las vírgenes, las viudas, los laicos y todos aquellos cuyos nombres Tú conoces.

Te presentamos la ofrenda por este pueblo, para que se haga la alabanza de Cristo, un sacerdocio real, una nación santa; por los que viven en la virginidad y la castidad, por las viudas de la Iglesia, por los que viven en honesto matrimonio y te dan hijos; por los pequeñuelos de tu pueblo, para que ninguno de entre nosotros sea por Ti rechazado.

Te rogamos por esta ciudad y por todos sus habitantes, por los enfermos, por los desgraciados esclavos, por los exilados, por los proscritos, por los navegantes y los viajeros; sosténles a todos, siendo para ellos asilo y refugio.

Te rogamos por los que nos odian y nos hacen sufrir persecución a causa de tu nombre, por los de fuera y por los que se extravían, para que los devuelvas al bien y aplaques su furor.

Te rogamos por los catecúmenos de la Iglesia, por los que son probados por el Adversario y por nuestros hermanos que hacen penitencia: reafirma a los primeros en la fe; libra a los segundos de las vejaciones del Malo; recibe la penitencia de los últimos y perdónales, como a nosotros, los pecados.

Te presentamos la ofrenda por la clemencia del tiempo y por la riqueza de las cosechas; nosotros, que recibimos incesantemente beneficios de tu mano, te alabamos sin tregua, a Ti que concedes su alimento a todo ser.

Te alabamos, en fin, por todos aquellos que están legítimamente ausentes, para que nos guardes a todos en la piedad y nos reúnas en el reino de tu Cristo, Dios de toda criatura visible e inteligible y Rey nuestro; guárdanos inquebrantables, sin falta ni reproche. Por Él te sean dadas toda gloria, veneración, acción de gracias, honor y adoración, con el

Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre, por la infinidad y la eternidad de los siglos.

Y todo el pueblo contesta:

Amén[106].

Antes de la comunión.

El obispo dice al pueblo:

171 Las cosas santas son para los santos[107].

El pueblo responde:

Un solo santo, un solo Señor,
un solo Jesucristo, para la gloria
de Dios Padre, bendito por los siglos. Amén.
Gloria a Dios en las alturas,
paz en la tierra a los hombres de buena vo-
[luntad[108].
¡Hosanna al Hijo de David[109]!
Bendito sea el que viene en nombre del Señor.
El Señor es Dios y se ha manifestado a nos-
[otros.
¡Hosanna en las alturas!

---

[106] Las *Constituciones apostólicas*, en el libro 8.º nos ofrecen en su liturgia tres oraciones letánicas: la primera la dice el diácono, cuando catecúmenos y penitentes abandonan la Iglesia, 10; la sequnda, que damos aquí, es la más solemne; la tercera, mucho más corta, la dice el diácono un poco antes de la comunión, 13.

[107] Véase supra, *Tradición apostólica*, núm. 158.

[108] He aquí el comienzo del *Gloria*.

[109] Igual alusión que en la *Didaché*, véase núm. 155.

Plegaria de acción de gracias.

172 Señor Dios todopoderoso, Padre de Cristo, tu hijo bendito, te damos gracias; a Ti que atiendes a la oración expresada con rectitud, y que conoces también la petición de nuestro silencio; porque nos has juzgado dignos de participar en tus santos misterios, para darnos por medio de ellos la plenitud de la fe, la permanencia de la piedad, la remisión de nuestras faltas; porque el nombre de tu Cristo es invocado sobre nosotros y nosotros habitamos en Ti.

Tú, que nos has evitado la complicidad de los malos, únenos a los que están consagrados a Ti, establécenos en la verdad por la venida del Espíritu Santo, descúbrenos lo que ignoramos, suple nuestras deficiencias, consolida lo que hemos adquirido.

Conserva a los sacerdotes sin reproche a tu servicio, mantén a los reyes en la paz, a los jefes en la justicia, al tiempo en la benignidad, a las cosechas en la abundancia y al mundo en tu todopoderosa providencia; dulcifica a las naciones guerreras, conduce de nuevo al recto camino a las extraviadas.

Santifica a tu pueblo, protege a las vírgenes, guarda a los esposos en la fidelidad, conforta a los reconciliados, haz creer a los niños, da firmeza a los neófitos, enseña a los catecúmenos y hazles dignos de la iniciación; y después congréganos a todos en el reino de los cielos, en Cristo Jesús, nuestro Señor. ¡A Él, como a Ti y al Espíritu Santo, gloria,

honor y veneración por los siglos de los siglos! Amén.

Bendición final del obispo.

173 Dios todopoderoso, verdadero e incomparable, presente en todo lugar, presente a todos e independiente de cada uno; Tú no estás limitado por un lugar, no envejeces por las edades ni terminas con los siglos; las palabras no pueden seducirte; Tú no tienes comienzo, no necesitas protección, estás por encima de toda corrupción, sustraído a los cambios, pues, de naturaleza inmutable, habitas una luz inaccesible, de esencia invisible, te haces conocer por todos los seres dotados de razón que te buscan con diligencia, Dios del Israel que ve y del pueblo que cree en Cristo.

Atiéndeme en tu benevolencia a causa de tu nombre y bendice a los que han inclinado su cabeza; concédeles las peticiones de sus corazones que sean útiles y no apartes a ninguno de ellos de tu reino. Santifícales, guárdales, protégeles, sosténles y líbrales del Adversario y de todo enemigo; vigila sobre sus moradas, guarda sus entradas y sus salidas.

Pues tuyas son la gloria, la alabanza, la grandeza, la veneración, la adoración, con tu Hijo Jesús, tu Cristo, nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Rey, y el Espíritu Santo ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Y el diácono dice:

Id en paz.

Oraciones para diversas circunstancias.

El libro VII de las "Constituciones apostólicas" ofrece fórmulas diversas de oraciones. Los treinta y dos primeros capítulos se inspiran en la "Didaché" y los otros parecen utilizar un antiguo ritual.

Oración en alabanza de la Providencia.

174 Salvador eterno y Rey de los dioses, sólo Tú eres todopoderoso y Señor, Dios de toda la Creación, Dios de nuestros Padres santos y sin reproche que fueron antes que nosotros, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, lleno de piedad y de compasión, de piedad y de longanimidad. Todo corazón está desnudo ante Ti y no se te oculta el pensamiento más secreto. Las almas de los justos hacia Ti claman y ponen en Ti su confianza. Padre de los justos, escuchas a los que oran con rectitud, oyendo incluso las llamadas silenciosas; tu providencia penetra hasta las entrañas del hombre, y tu conciencia escudriña la voluntad de cada uno de nosotros. El incienso de las oraciones y las súplicas sube hacia Ti desde todas las regiones de la tierra.

Tú has hecho de nuestro tiempo un estadio en el que todos corren para alcanzar la justicia y abres a todos las puertas de tu misericordia; has mostrado a todos los hombres, por el conocimiento innato y el juicio natural, por

la luz de la Ley, que las riquezas no son eternas, que la belleza es efímera y que las fuerzas más sólidas se disuelven; que todo es humo y vanidad: sólo la conciencia de una fe pura permanece, sólo ésta marcha por el camino del cielo con la verdad y encuentra al alcance de su mano las alegrías futuras. Antes de que se realice la promesa del nuevo nacimiento por la resurrección, el alma se desborda de alegría en la esperanza.

Desde los orígenes, Tú has guiado a Abraham, nuestro padre por el camino de la verdad, mostrándote a él y haciéndole comprender el sentido del siglo presente. El conocimiento precedió a su fe, la fe siguió al conocimiento, la alianza siguió a la fe. Tú has dicho, en efecto: *Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas.* Igualmente al darle a Isaac, que sabía que debía parecerse a su padre—será llamado el Dios de Isaac—le dijo: *Seré tu Dios y el Dios de tu descendencia después de ti.*

Cuando nuestro padre Jacob partió a Mesopotamia le dijiste, manifestándole a Cristo: *Estoy contigo, haré crecer y multiplicaré tu posteridad.* Y a Moisés, tu fiel y santo servidor, le dijiste en la visión de la zarza: *Yo soy el que soy. Mi nombre es eterno y se repetirá de generación en generación.*

Defensor de la descendencia de Abraham, Tú eres bendito en los siglos.

Oración en alabanza de la creación [110]

175 Bendito eres Señor, rey de los siglos. Por Cristo creaste el universo, por Él ordenaste el mundo informe; separaste las aguas inferiores de las aguas del firmamento, las infundiste un soplo de vida, afirmaste la tierra y extendiste el cielo: diste un lugar determinado a cada criatura.

Por tu poder, ¡oh Soberano!, fué el mundo establecido en su esplendor y el cielo como una bóveda iluminada de estrellas, para consolarnos en la noche; el sol y la luz aparecieron para iluminar el día y preparar las cosechas; la luna, creciente y decreciente, para dar su ritmo al tiempo. Se les llamó el día, la noche, y el firmamento surgió de en medio de los abismos. Dijiste a las aguas que se congregaran para dejar aparecer la tierra firme.

Y la mar, ¿quién podrá celebrarla? Llega desencadenada del océano y vuelve a él cuando la prohibes el acceso a la ribera; Tú dijiste, en efecto: en ella se romperán las olas. Marcaste allí el camino a los peces, pequeños y grandes, así como a los navegantes.

Y la tierra ha germinado en los esmaltes de sus flores y en la variedad de sus árboles; y los astros luminosos que los iluminan siguen su ruta invariable, sin jamás transgredir tus órdenes. Sean cuales fueren tus designios, se levantan y se ocultan para marcar los tiempos

[110] Paráfrasis del salmo 103, que canta la creación.

y los años, dando así ritmo al trabajo de los hombres.

Aparecieron después las diversas especies de animales: terrestres, acuáticos, anfibios; la industriosa sabiduría de tu providencia da a cada uno según sus necesidades; la misma potestad que preside en su creación, tan variada, vela todavía sobre las necesidades de todos.

En el fin de la creación, y según las órdenes de tu sabiduría, has formado al animal dotado de razón para habitar la tierra, diciendo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*. E hiciste de él el mundo del mundo y el esplendor de los esplendores. Creaste su cuerpo de los cuatro elementos ya existentes [111]; pero al alma, que sacaste de la nada, la dotaste de cinco sentidos y del espíritu que les gobierna.

Allí arriba, soberano Señor, ¿Quién hablará dignamente del movimiento de las nubes que traen la lluvia, del brillo del relámpago, del fragor del trueno? Todo está ordenado para dar a cada cual según su necesidad, según la más grande variedad de temperatura.

Habiendo pecado el hombre, le has retirado la vida prometida en recompensa; no le has aniquilado totalmente, pero le has obligado a estar en vela durante un momento. Le has llamado por juramento a un nuevo nacimiento.

[111] Esta concepción de la antigua filosofía griega fué recogida en el siglo III después de Jesucristo por la autorizada opinión del médico Galeno.

Tú has desgarrado el decreto de la muerte, Tú, que devuelves la vida a los muertos, por Jesucristo, nuestra esperanza.

Acción de gracias del domingo.

176 Señor todopoderoso, Tú has creado el mundo por Cristo y, en recuerdo de esta creación, has instituído el sabbath, para que, libre de su trabajo, pueda el hombre meditar tu Ley. Tú has instituído los días de fiesta para regocijar nuestros corazones y recordarnos las sabiduría que viene de Ti.

Por causa nuestra, la Sabiduría increada ha querido nacer de una mujer. Apareció Él en nuestra vida mortal y mostró con el bautismo ser Dios y hombre; sufrió por causa nuestra con tu consentimiento; murió y resucitó con poder.

Y así, celebrando la resurrección el día del Señor, nos regocijamos porque venció a la muerte y trajo la luz de la vida y de la inmortalidad.

Por Él condujiste las naciones hacia Ti; para constituir el pueblo escogido, el verdadero Israel, pueblo amado que ve a Dios.

Antaño, Señor, Tú hiciste salir a nuestros padres de la tierra de Egipto, arrancádoles del horno de hierro, y de los alfares donde fabricaban vasijas y ladrillos.

Los liberaste de la mano del Faraón y de sus satélites; hiciste que atravesaran la mar

como si fuera un camino seco y les llenaste de múltiples bienes en el desierto.

Les diste la Ley, es decir, promulgado por tu boca y escrito por tu mano.

Instituiste el sabbath no como ocasión de holganza, sino como estímulo para la piedad; para impedirles hacer el mal en el sagrado septenario, para instruirles y darles la alegría de la semana. Esta es la razón de ser de la semana, de las siete semanas, del séptimo mes, del séptimo año y de su retorno periódico, del jubileo el quincuagésimo año, el año del perdón [112]. Para que los hombres no tengan excusa de su ignorancia Dios instituyó el reposo sabático, para que este día no profieran siquiera una palabra de cólera.

El sábado es el reposo tras la creación, la consumación del mundo, la búsqueda de la ley, la acción de gracias a Dios por los dones que ha hecho al hombre. Pero el día del Señor es superior a cualquier otro. Evoca al mediador, al supremo provisor, al legislador, autor de la resurrección, primogénito de toda la creación, Verbo, Dios y hombre, nacido de María sin concurso humano, que vivió en la justicia, fué crucificado bajo Poncio Pilato y, muerto, resucitó de entre los muertos.

Por todos estos dones el día del Señor nos exhorta, soberano Dueño, a ofrecerte nuestras alabanzas. Pues nos fué dada la gracia de descubrir en su grandeza todos tus beneficios.

[112] Alusión a las instrucciones del sabbath, del año sabático, del jubileo, etc., que anuncian el día del Señor.

Oración de los jóvenes iniciados.

177 Dios todopoderoso, Padre de Cristo, tu Hijo único, dame un cuerpo sin mancha, un corazón puro, un espíritu vigilante, un conocimiento sin error, la venida del Espíritu, para poseer y afirmar la verdad: por tu Cristo.

¡Por Él en el Espíritu Santo, a Ti la gloria por los siglos!

Amén.

Oración de la tarde.

178 Alabad, infantes al Señor;
alabad el nombre del Señor.
Te alabamos,
te cantamos himnos,
y te bendecimos a causa de tu gloria.
Señor Rey, Padre de Cristo,
del cordero sin mancha,
que lleva el pecado del mundo [113];
a Ti la alabanza,
a Ti los himnos,
a Ti la gloria.
Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.
Amén.
Nunc dimittis... [114].

---

[113] Reminiscencias muy claras del Gloria.

[114] He aquí por primera vez el cántico de Simeón utilizado en la oración de la tarde. Este uso, que llega hasta nosotros, es, pues, de la más alta antigüedad. Véase el texto completo, supra, núm. 10.

EL EUCOLOGIO DE SERAPION

Hasta fines del siglo pasado no contábamos con ninguna compilación litúrgica del Egipto cristiano comparable a las "Constituciones apostólicas" de Siria. Se llenó esta laguna por el descubrimiento en Monte Athos de un eucologio que contiene treinta oraciones, de las que dos llevan el nombre de Serapión de Thmuis, el amigo de San Atanasio. Es muy probable que también las otras sean del mismo autor (hacia 350).

Las partes de la compilación hacen referencia al oficio dominical y a la liturgia eucarística, al bautismo, a la ordenación, la bendición de los óleos, a los funerales. Publicamos aquí todo el eucologio.

LITURGIA EUCARISTICA

Primera oración del domingo.

179 A Ti oramos, Padre del Hijo único, Señor de toda cosa, Creador de todo el universo, Autor de todo lo que existe; levantamos nuestras manos puras y nuestros corazones hacia Ti, Señor.

Dirige los ojos hacia nosotros, Señor, pues te presentamos nuestras debilidades. Concede tu perdón y tu misericordia a todos los aquí reunidos; ten piedad de tu pueblo y concédele ser bueno, sabio y puro; envía las angélicas potestades para que todo tu pueblo sea reconocido santo e inmaculado.

Te suplico envíes tu Espíritu Santo a nuestras almas y nos concedas escuchar las Escrituras por Él inspiradas; que las interpretemos con pureza y dignidad para que todos los fieles aquí reunidos saquen de ellas provecho.

Por tu Hijo único, Jesucristo, con el Espíritu Santo; por Él te sean dadas gloria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración después de la homilía.

180 Dios Salvador, Dios del universo, Soberano y Creador de todo lo que existe, Padre del Hijo único, Tú has engendrado tu Imagen viva y verdadera, la has enviado para socorrer al género humano; por Él Tú has llamado y conquistado a los hombres.

Te imploramos por el pueblo reunido: envía el Espíritu Santo y que el Señor Jesús venga a visitarlo, que hable a los espíritus de todos y disponga los corazones a la fe [115]; y que lleve a Ti nuestras almas, ¡oh Dios de misericordias!

Toma igualmente posesión de tu pueblo en esta ciudad, forma un rebaño escogido, por tu Hijo único, Jesucristo, en el Espíritu Santo; por Él te sean dadas gloria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

[115] Esta oración, como la siguiente, supone la presencia de personas aún no bautizadas.

Oración por los catecúmenos.

181 ¡Salvador y Dueño de todos los hombres, Liberador de libertos, Protector de rescatados, Esperanza de los que se encuentran bajo tu poderosa mano! Tú aboliste el pecado; por tu Hijo único, destruiste las obras de Satanás, desbarataste sus artificios y liberaste a los que él había encadenado.

Te damos gracias por los catecúmenos, porque te has dignado llamarles por tu Hijo único y concederles el conocimiento. Por eso te suplicamos: confórtales en el conocimiento, *a fin de que te conozcan, a Ti, único Dios verdadero y al que Tú enviaste, Jesucristo;* que se conserven puros gracias a tus enseñanzas y que progresen. Hazles dignos *del baño del nuevo nacimiento* y de tus misterios sagrados, por tu Hijo único, Jesucristo, en el Espíritu Santo: por Él te sean dados gloria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición de los catecúmenos [116]

182 Hacia Ti, Señor, elevamos nuestras manos y te suplicamos quieras extender las tuyas, divinas y vivificantes, para bendecir a este pueblo.

[116] Esta bendición, pronunciada, sin duda, en el momento de la despedida de los catecúmenos, finaliza la primera parte de la liturgia, correspondiente a nuestra antemisa.

Helos aquí, inclinadas sus cabezas, ante Ti, Padre increado, por tu Hijo único.

Sea tu bendición para este pueblo, gracia de conocimiento [117] y de piedad, gracia que se desprende de tus misterios, por tu Hijo único, Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oraciones por el pueblo [118]

183 Te confesamos, ¡oh Dios amante de los hombres!, y presentamos ante Ti nuestra debilidad, rogándote seas nuestra fuerza. Perdona nuestros pasados pecados y remite nuestras faltas de otro tiempo, haciendo de nosotros hombres nuevos. Conviértenos en tus servidores, puros y sin reproche; recíbenos, ¡oh Dios de verdad!, recibe a tu pueblo y hazle enteramente sin reproche; haz que viva en la rectitud y en la inocencia, que puedan ser contados entre los ángeles, que sean todos elegidos y santos.

Te rogamos por los que tienen fe y han reconocido al Señor Jesucristo; que sean confirmados en la fe, el conocimiento y la doctrina.

Te rogamos por este pueblo; sé clemente para todos, manifiéstate y muestra tu luz; que todos te reconozcan como Padre increado, así como a tu Hijo único, Jesucristo.

Te rogamos por todas las autoridades; que sea pacífico su gobierno, para la tranquilidad de la Iglesia católica.

Te rogamos, Dios de misericordias, por los hombres libres y esclavos, por los varones y las mujeres, los ancianos y los niños, los pobres y los ricos; muestra a todos tu benevolencia y extiende sobre todos tu bondad; ten piedad de todos y dirige sus caminos hacia Ti.

Te rogamos por los viajeros; envíales el ángel de la paz [119] para que les acompañe y no les venga mal alguno de ninguna parte; que puedan llevar a buen fin, con toda seguridad, su navegación y su viaje.

Te rogamos por los que sufren, los cautivos y los míseros, dales fuerza a todos, libéralos de sus cadenas, de su miseria; alíviales, Tú que eres el alivio y la consolación.

Te rogamos por los enfermos; dales la salud, la curación de su mal; concédeles salud perfecta para su cuerpo y su alma.

Tú eres el Salvador y el Bienhechor; Tú eres el Señor y el Rey de todos.

Te hemos dirigido nuestra oración por todos.

[117] La palabra "conocimiento" se repite bastante en Serapión. No ha de olvidarse que está en el país de Clemente y de Orígenes; la palabra designa la ciencia más alta de Dios.

[118] Oración letánica cuyo uso debe ser muy antiguo. *Vid.* oración de Clemente de Roma y *Const. apost.*, 8, 12. Cfr. supra, 37 y 170.

[119] Se hace mención del ángel de la paz en las *Constituciones apostólicas*, 8, 36 y 38.

por medio de tu Unico, Jesucristo; por Él te sean dadas la gloria y el poder en el Espíritu, ahora y por todos los siglos de los siglos.
Amén.

Bendición de los laicos.

184 Que la mano de la vida y de pureza, que la mano del Hijo único, la mano que suprime todos nuestros males, que trae la santidad y la protección, se extienda sobre las inclinadas cabezas de este pueblo.

Que se reparta sobre él la bendición del Espíritu, la bendición del cielo, la bendición de los apóstoles y de los profetas; y que ésta conserve a los cuerpos en la pureza y la castidad, a las almas en el estudio, el conocimiento y los misterios.

Que todos juntos sean benditos por tu Hijo único [120], Jesucristo: por Él te sean dadas gloria y poder, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por los enfermos.

185 Te suplicamos, Señor, Intendente, Autor del cuerpo y Creador del alma; Tú formaste al hombre, Tú administras, gobiernas y salvas a todo el género humano, Tú reconcilias y pacificas, a causa de tu bondad; sé propicio, Señor; socorre y cura a todos los enfermos; ordena a las enfermedades y levanta a los que están abatidos; glorifica tu nombre santo, por tu Unico, Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

[120] Con manifiesta preocupación teológica, la oración pide al Padre que su Hijo dé la bendición.

Bendición para los enfermos.

186 Señor, Dios de misericordias, dígnate extender tus manos para curar a todos los enfermos; hazles dignos de la salud; líbralos de la presente enfermedad. Que sean curados en nombre de tu Hijo único; que este nombre sagrado sea el remedio que les haga santos y salvos; pues por Él te son dadas gloria y poder, en el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración por los bienes de la tierra.

187 Creador del cielo y de la tierra, que adornaste el cielo con una corona de estrellas y lo iluminaste con astros luminosos; has colmado la tierra de frutos para servicio de los hombres; has querido que el género humano, creado por Ti, se regocije con la luz y la claridad de los astros y se nutra con los productos del suelo; te pedimos nos envíes lluvias muy abundantes, y concedas a la tierra rica cosecha y gran fertilidad a causa de tu fertilidad y de tu benevolencia.

Acuérdate de los que recurren a Ti; sea

honrada tu Iglesia católica, santa y única, atiende nuestras oraciones y nuestras súplicas y bendice a la tierra entera por tu Hijo único, Jesucristo: por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por la Iglesia.

188 Señor, Dios de los siglos, Dios de los seres dotados de razón, Dios de las almas puras y de los que te invocan en la sinceridad y la pureza; te manifiestas al cielo, y te das a conocer a los espíritus puros; en la tierra, eres celebrado por nuestros himnos y habitas en la Iglesia católica; los santos ángeles y las almas puras te alaban; has hecho del mismo cielo un coro viviente para glorificar y alabar a la verdad. Concede a tu Iglesia sea viva y pura y ten a las Virtudes celestes y a los santos ángeles a su servicio, para que pueda celebrarte por sus cánticos en la pureza [121].

Te rogamos por todos los miembros de esta Iglesia; concede a todos la reconciliación, el perdón y la remisión de todos los pecados, concédeles no más pecar; sé su baluarte, aparta toda tentación.

Ten piedad de los hombres, de las mujeres y de los niños; manifiéstate a todos; que tu conocimiento se escriba sobre sus corazo-

[121] En siete ocasiones se repite la palabra "puro" o "pureza". Insistencia que responde a una preocupación manifiesta.

nes; te lo suplicamos, Señor, por tu Unico, Jesucristo: por Él te sean dadas gloria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración por el obispo y la comunidad cristiana.

189 Te invocamos, Salvador y Señor Dios de toda carne y Soberano de todo espíritu, Dispensador bendito de toda bendición; santifica a nuestro obispo y protégele de toda tentación; dale la sabiduría y el conocimiento y dirígele por tus caminos.

Te rogamos también por los sacerdotes que le asisten: santifícales concediéndoles la sabiduría y el conocimiento y una doctrina segura; que nos dispensen tu verdad con rectitud y sin reproche.

Te rogamos también por los diáconos; que sus corazones sean puros, así como sus cuerpos; que aseguren su servicio con una recta conciencia y velen sobre tu cuerpo sagrado y tu preciosa sangre.

Te rogamos también por los subdiáconos, los lectores y los intérpretes [122]; fortifica a todos los ministros de la Iglesia, y a todos concede piedad, misericordia y progreso.

Te rogamos por los que siguen la vida eremítica, por los que guardan la virginidad: que

[122] Se trata de los que traducían para los que no comprendían la lengua. San Epifanio habla de esto explícitamente en su *Exposición de la fe*, 20 y 21. P. G., 42, 821-825. También en *Diario de viaje de Etheria*, ed. H. PETRÉ, 260-262.

terminen su carrera sin falta y su vida sin incidente, para que puedan pasar todos sus días en la pureza y la santidad.

Apiádate de los que viven en matrimonio, hombres y mujeres, así como sus hijos; concede a todos la gracia de progresar y de enmendarse; que todos lleguen a ser hombres vivos y elegidos, por tu Hijo único, Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, ahora y por los los siglos de los siglos. Amén.

Plegaria de la genuflexión.

190 Padre del Hijo único, lleno de bondad y de misericordia, que amas a los hombres y a las almas y colmas con tus beneficios a todos aquellos que se vuelven hacia Ti: acoge nuestra oración, danos el conocimiento, la fe, la piedad y la santidad.

Reprime todo movimiento desarreglado o sensual, toda falta de tu pueblo; haz que sean puros y perdona a todos sus pecados.

Doblamos las rodillas ante Ti, ¡oh Padre increado!; por tu Hijo único, haz que nuestro espíritu sea recto y presto al servicio; concédenos que te busquemos y te amemos, que estudiemos y profundicemos en tus divinas palabras; tiéndenos la mano, que nos pongamos de pie; enderézanos, ¡oh Dios de misericordia!; ayúdanos a elevar nuestras miradas, abre nuestros ojos, danos seguridad y no permitas que tengamos que sonrojarnos, avergonzarnos o condenarnos; destruye *el acta redactada contra nosotros*, escribe nuestros nombres en el libro de la vida, ponnos entre el número de tus profetas y apóstoles por tu Hijo único, Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Plegaria de ofrenda del obispo Serapión.

191 Digno es y necesario alabarte, cantarte, glorificarte, a Ti, Padre increado del Hijo único, Jesucristo. Te alabamos, Dios increado, inescrutable, inefable e incomprensible para toda naturaleza creada.

Te alabamos a Ti, que eres conocido por el Hijo único; a Ti, que eres por Él anunciado, interpretado y conocido de la naturaleza creada. Te alabamos a Ti, que conoces al Hijo y revelas a los santos las glorias que a Él se refieren; a Ti, que eres conocido por el Verbo que has engendrado, a Ti, que eres revelado a los santos.

Te alabamos, Padre invisible, coregio [123] de la inmortalidad. Tú eres la fuente de la vida, la fuente de la luz, la fuente de toda gracia y de toda verdad. Amigo de los hombres, amigo de los pobres, propicio a todos, les atraes hacia Ti por la venida de tu amado Hijo.

Te suplicamos, haz de nosotros hombres vivos. Danos el espíritu de la luz, para que te conozcamos a Ti, el verdadero, y al que tú

[123] Véase vocabulario al final de este libro.

enviaste, Jesucristo. Danos el Espíritu Santo para que podamos decir y relatar tus misterios inefables.

Que hable en nosotros el Señor Jesús con el Espíritu Santo; que Él te celebre por medio de nosotros. Pues Tú estás por encima de todo principado, fuerza y señorío, por encima de todo nombre pronunciado no sólo en el siglo presente, sino también en el siglo por venir.

Mil millares y diez mil miríadas de ángeles, de arcángeles, de tronos, dominaciones, principados y potestades están junto a Ti, y sobre todo los dos muy venerables serafines con seis alas: con dos se velan la faz, con dos los pies y con dos vuelan; cantan tu santidad: Recibe nuestra aclamación con la suya, cuando decimos:

¡Santo, Santo, Santo, el Señor Sabaoth! ¡Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria maravillosa!

Señor de las potestades, llena [124] este sacrificio con tu poderosa participación: pues es a Ti a quien ofrecemos este sacrificio vivo, esta oblación incruenta. A Ti ofrecemos este pan, figura del cuerpo [125] de tu Hijo único.

Este pan es la figura del santo cuerpo, porque el Señor Jesús, la noche que fué entrega-

[124] En el rito, de tipo alejandrino, la oración está encadenada por la idea de plenitud, unida al *Sanctus*.

[125] La expresión "figura del cuerpo", que encontramos también en San Ambrosio, *De Sacramentis*, 5, no quiere negar la realidad de la presencia de Cristo sino que significa que el simbolismo evocado por el pan existe antes, pero también después de la consagración de la oblata.

do, tomó el pan, lo rompió y lo dió a sus discípulos, diciendo:

"Tomad y comedlo todos; Éste es mi cuerpo roto por vosotros en remisión de los pecados".

Por eso es por lo que nosotros, celebrando "la memoria de su muerte", ofrecemos este pan y oramos: por este sacrificio, sé propicio a todos nosotros; sénos propicio, ¡oh Dios de verdad!

Y lo mismo que este pan, antes disperso en las espigas de los montes, ha sido recogido para hacerse uno, haz que tu Iglesia se reúna en una raza, en un país, en una ciudad, en una aldea, en una casa, y que sea la Iglesia, una, viva, católica [126].

Y ofrecemos este cáliz, figura de la sangre, porque el Señor Jesucristo, tomando un cáliz después de la comida, dijo a sus discípulos: "Tomad, bebed, ésta es la nueva Alianza, ésta es mi sangre, derramada por vosotros en remisión de los pecados".

Por eso ofrecemos el cáliz, figura de la sangre.

Dios de verdad, venga tu santo Verbo [127] sobre este pan, para que el pan se haga el

[126] La cita de la *Didaché*, (9, 4) se modifica aquí: Serapión no piensa ya en la reunión final, el retorno al Señor, sino en la reunión de todos los que la herejía arriana acaba de separar.

[127] La invocación se dirige aquí excepcionalmente al Verbo y no al Espíritu Santo. "Parece, pues, muy dudoso que la epiclesis del Logos sea un legado del pasado", dice Dom Capelle.

cuerpo del Verbo, y sobre este cáliz, para que el cáliz se convierta en la sangre de la Verdad. Y haz que todos los que comulguen reciban el remedio de vida [128], para la curación de toda enfermedad, para la confirmación de todo progreso y de toda virtud, y no para su condenación, Dios de verdad, ni para su pesadumbre ni su confusión.

Te hemos invocado a Ti, el Increado, por el Hijo único en el Espíritu Santo. Que haya piedad para este pueblo y que sea digno de progreso. Que sus ángeles guardianes triunfen sobre el Malo y consoliden la Iglesia. Te suplicamos también por los que reposan y de los que nos acordamos.

(*Aquí el recuerdo de los nombres.*)

Santifica estas almas, pues las conoces a todas.

Santifica a todos los que se han dormido en el Señor. Ponles en el número de tus santas potestades. Dales un lugar y una morada en tu reino.

Recibe también al acción de gracias del pueblo. Bendice a los que han aportado las oblaciones y las eucaristías. Concede la salud, la integridad, la alegría, y todo progreso del alma y del cuerpo a todo este pueblo, por medio de tu Hijo único, Jesucristo, en el Espíritu Santo. Como era, es y será, de generación en generación y por los siglos de los siglos. Amén.

[128] Cfr. Ignacio, *Carta a los efesios*, 20, 2.

Oración para la fracción del pan.

192 Haznos dignos de esta comunión Dios de verdad, y da a nuestros cuerpos la castidad, y a nuestras almas la inteligencia y el conocimiento; danos la sabiduría, Dios de misericordia, por la participación en el cuerpo y en la sangre.

Pues tuya es la gloria y el poder, por el Hijo único, en el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración después de la comunión del pueblo.

193 Te damos gracias, ¡oh Soberano!, por haber hecho oír tu llamada a los que habían caído; escogiste como discípulos a los que habían pecado y no tuviste en cuenta la condenación que pesaba sobre nosotros. En tu bondad la perdonaste, por nuestra conversión la aboliste y por el conocimiento sobrenatural la borraste.

Te damos gracias por habernos hecho participar de tu cuerpo y de tu sangre.

Bendícenos, bendice a este pueblo; concédenos entrar en la participación con el cuerpo y la sangre, por tu Hijo único; por Él te sean dadas gloria y poder, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Bendición del pueblo después de la fracción.

194 Levanto la mano sobre el pueblo, y te suplico extiendas la mano de tu verdad sobre esta asamblea; sea bendita por tu bondad, ¡oh Dios de las misericordias!, y por los misterios aquí presentes: que la mano de tu prudencia y de tu poder, la mano que corrige y purifica, mano de toda santidad, bendiga a este pueblo y le conceda progresar y enmendarse; por tu Hijo único, Jesucristo, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por la ofrenda del aceite y del agua [129]

195 Bendecimos en nombre de tu Hijo único, Jesucristo, estas ofrendas; invocamos sobre el aceite y sobre el agua, al que sufrió, fué crucificado y resucitó y está sentado a la diestra del Dios increado: concédelas la virtud de curar, para que aparten toda fiebre, todo demonio y toda enfermedad.

Que lleven a los que las reciban, en nombre de tu Hijo, Jesucristo, curación y salud; por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

---

[129] La *Tradición apostólica* sitúa igualmente después de la oración de consagración una bendición del acetie (supra, número 162).

El *Testamento de Nuestro Señor* (I, 24) localiza esta bendición en el mismo lugar que aquí, o después de la comunión.

Imposición de manos después de la bendición del agua y del aceite.

196 Dios de verdad, que amas a los hombres, guarda a tu pueblo en la *comunión del cuerpo y de la sangre;* conserva vivos sus cuerpos y puras sus almas.

Concede tu bendición para guardarles en tu comunión, asegurarles la fuerza de la eucaristía, unirles en la alegría y hacer de ellos elegidos, por tu Hijo único, Jesucristo, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

LITURGIA DEL BAUTISMO

Consagración de las aguas.

197 Rey y Señor de todas las cosas, Creador del universo, Tú salvaste toda naturaleza creada enviando a tu Hijo único, Jesucristo; liberaste a tus criaturas por medio del advenimiento de tu Verbo inefable; mira ahora desde lo alto del cielo y lanza tus ojos sobre estas aguas; llénalas del Espíritu Santo [130].

Que tu Verbo inefable obre en ellas y transforme su virtud; purifícalas llenándolas de tu gracia para que tu misterio, que va a realizarse, no sea ineficaz en los que han de ser

---

[130] Como en la Eucaristía, es el Verbo quien comunica a las aguas el Espíritu Santo para hacerlas *espirituales*.

regenerados y llene de tu gracia divina a todos los que desciendan a la pila bautismal para ser bautizados.

Ya que amas a los hombres, sé benévolo con ellos; ahorra tu obra, salva a la creación, que es la obra de tus manos; concede a todos los que van a renacer el ser formados a la imagen de tu divina e inefable belleza, que se salven y puedan ser juzgados dignos de tu reino.

Y lo mismo que tu Hijo único descendió a las aguas del Jordán y las santificó [131], desciende ahora a estas aguas para hacerlas santas y espirituales; para que los nuevos bautizados no sean ya carne y sangre, sino *espíritu;* que sepan adorarte a Ti, Padre Increado, por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Por Él te sean dadas gloria y poder por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por los candidatos al bautismo.

198 Te rogamos, Dios de verdad, por tu siervo; y te suplicamos le hagas digno de tu divino misterio y de la regeneración inefable. Te lo presentamos, te lo ofrecemos, ¡oh Amigo de los hombres!

Concédele participar en el nuevo nacimiento divino, que no sea alcanzado por ningún espíritu malo o perverso, sino que te sirva en

[131] Ver CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógica,* 3, 12. P. G., 33, 444.

todas las circunstancias, guarde tus mandamientos y que tu Verbo, el Hijo único, le acompañen.

Pues a Ti corresponden la gloria y el poder, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración después de la renuncia.

199 Señor Todopoderoso, marca con tu sello la promesa de tu servidor, por el cual ahora se liga a Ti; guarda irrevocablemente la fidelidad de su conducta; que evite el contagio del mal, sirva al Dios de verdad, y se someta a Ti, Creador del universo; y que permanezca puro hasta el fin.

Te lo pedimos por tu Hijo único, Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración durante la unción de los candidatos.

200 ¡Oh Soberano que amas a los hombres y a las almas, lleno de misericordia y de benevolencia! Dios de verdad, te rogamos y te suplicamos, confiados en las promesas de tu Hijo único, que dijo: *Los pecados que vosotros perdonéis serán perdonados.* Concedemos esta unción a aquellos y aquellas que se presenten a la divina regeneración.

Suplicamos que nuestro Señor Jesucristo

les dé la fuerza que cura y estimula [132], que se manifieste en esta unción y retire de su alma, de su cuerpo y de su espíritu todo signo de pecado o de iniquidad, o de acción diabólica; que les conceda por su gracia la remisión; que, libres del pecado, vivan en la justicia y reformados por esta unción, purificados por este baño, renovados por el Espíritu, que puedan en adelante vencer con pie firme los asaltos enemigos, evitar las trampas de esta vida, encontrarse congregados y unidos en el rebaño de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y compartir con todos los santos la herencia prometida.

Por Cristo te sean dadas gloria y poder, en el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Después de la unción.

201 Amigo de los hombres, Bienhechor y Salvador de todos los que se han vuelto hacia Ti, sé benévolo con este siervo; que tu mano le guíe a la regeneración. Que tu Verbo único le conduzca a la fuente bautismal; que el nuevo nacimiento permanezca respetado, para que tu gracia no sea vana; que tu santo Verbo con tu Espíritu Santo le asistan y aparten lejos de él toda tentación.

Por tu Unico, Jesucristo, te sean dadas glo-

[132] La fuerza, atribuída otras veces al Espíritu, se pide aquí a Cristo.

ria y poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Fórmula bautismal [133]

Oración después del bautismo.

202 Dios, Dios de verdad, Creador del universo, Señor de toda criatura, colma a este servidor con tu bendición y guárdale puro en su nuevo nacimiento; hazle participar en las virtudes angélicas para que en adelante no sea ya carne, sino espíritu, él que ha participado en tu gracia divina y bienhechora. Consérvale para Ti hasta el fin, ¡oh Creador universal!, por tu Hijo único, Jesucristo, para que te sean dados gloria y honor por todos los siglos de siglos. Amén.

Oración por el aceite de las unciones tras el bautismo [134]

203 Dios de las potestades, que socorres a toda alma que se vuelve hacia Ti, te rogamos realices en este aceite tu obra divina y celeste, por la fuerza divina e invisible de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

He aquí a los bautizados que han recibido

[133] Aquí era el bautismo, cuya fórmula no se nos da.

[134] Los títulos de las oraciones los da el autor del Eucologio. No siempre se corresponden íntegramente con el contenido de las mismas: por ejemplo, números 203, 207,

la unción: en adelante están marcados con el signo salvador de la cruz de tu Hijo único, por la cual has rechazado y vencido a Satanás y a toda potestad enemiga. Regenerados y renovados por el baño del nuevo nacimiento, que participen también de los dones del Espíritu Santo, y, confirmados por este sello[135], que permanezcan firmes e inquebrantables, sin falta ni reproche, sanos y salvos, viviendo hasta el fin en la fe y el conocimiento de la verdad, en la esperanza de la vida celeste y de las promesas eternas de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Por Él te sean dadas gloria y poder, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORDENACIONES

Imposición de manos para la ordenación de los diáconos.

204 Padre del Hijo único, Tú enviaste a tu Hijo y dispusiste con sabiduría las cosas de la tierra; diste reglas y órdenes a tu Iglesia para la utilidad y la salvación de las comunidades; escogiste a los obispos, los sacerdotes, los diáconos para el servicio de la Iglesia católica; elegiste por medio de tu Hijo único siete diáconos y les diste el Espíritu Santo. Instituye

[135] El "Sello" es la palabra consagrada para designar al Espíritu, que sella la unión del bautizado con Dios y cuyo carácter se imprime en el alma por la confirmación.

a tu siervo, diácono de la Iglesia católica, y dale el espíritu de conocimiento y discernimiento, a fin de que, puro y sin reproche, pueda ejercer su ministerio en medio de tu pueblo santo, por tu Hijo Jesucristo; por Él te sean dadas gloria y poder por todos los siglos de los siglos. Amén.

Imposición de manos para la ordenación de los sacerdotes.

205 Elevamos nuestra mano, Soberano, Dios de los cielos, Padre de tu Hijo único, sobre este hombre y te suplicamos que le llene el Espíritu de verdad; concédele la inteligencia, el conocimiento y un corazón recto; sea con él el Espíritu Santo para que pueda gobernar a tu pueblo, dispensar tus palabras divinas y reconciliar al pueblo contigo, Dios increado.

Tú, que por el espíritu de Moisés has difundido el Espíritu Santo sobre los elegidos, concede también a éste el Espíritu Santo, por el Espíritu de tu Unico, en gracia de sabiduría, de conocimiento, de recta fe; para que pueda servirte con una conciencia pura, por tu Unico, Jesucristo; por Él te sean dados gloria y honor por los siglos de los siglos. Amén.

Imposición de manos para la consagración de un obispo.

206 Tú enviaste al Señor Jesús para ganar al mundo entero, escogiste por Él los apóstoles

y ordenas de generación en generación santos obispos. ¡Oh Dios de verdad! Haz un obispo viviente de tu siervo, un obispo santo de la sucesión de los santos apóstoles; y dale la gracia del Espíritu divino, que concediste a todos los fieles servidores, a los profetas y a los patriarcas.

Hazle digno de apacentar tu rebaño; que permanezca puro y sin reproche en su cargo de obispo, por tu Hijo único, Jesucristo.

Por Él te sean dados gloria y honor, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIONES DIVERSAS

Oración por el óleo de los enfermos[186], el pan y el vino.

207 Te rogamos a Ti, que posees toda fuerza y poder, Salvador de todos los hombres, Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; te suplicamos que un poder de curación se difunda sobre este aceite desde el cielo de tu Hijo único; que los que reciban la unción o participen de estos elementos sean liberados de todo mal y de toda enfermedad para hacer fracasar a toda potencia satánica, alejar todo espíritu impuro, expulsar todo espíritu malo, extirpar toda fiebre, temblor y debilidad, conceder la

[186] El aceite de los enfermos servía para la extremaunción. Parece que nos encontramos aquí en presencia de la oración que se decía en el momento de ungir al enfermo.

gracia y la remisión de los pecados, recibir el remedio de la vida y de la salvación, procurar la salud y la integridad del alma, del cuerpo y del espíritu y la plenitud de la fuerza.

Que toda empresa diabólica, Señor; todo poder satánico, toda emboscada del Adversario, toda plaga, todo suplicio, toda pena, golpe, choque o sombra mala teman tu nombre que invocamos y el nombre de tu Hijo único; que se alejen del interior y del exterior de tus servidores, para que sea santificado el nombre del que por nosotros fué crucificado y resucitó, asumió nuestros males y nuestras enfermedades, Jesucristo, que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Por Él te sean dados gloria y honor, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración por un muerto.

208 ¡Oh Dios, tienes poder sobre la vida y la muerte, Dios de los espíritus y Dios de toda carne, Dios que das la muerte y la vida, conduces a las puertas del infierno y nos retiras de ellas, creas en el hombre su espíritu, acoges las almas de los santos y las das el reposo; Tú cambias, transformas y transfiguras a tus criaturas de acuerdo con lo que es justo y útil; sólo Tú eres incorruptible, inmutable, eterno!

Te rogamos por el sueño y el reposo de este servidor (o de esta sierva), recrea su alma y su espíritu en los lugares de tu pastoreo, en

las moradas del reposo con Abraham, Isaac y Jacob[137] y todos los santos; y el cuerpo resucítale el día por Ti fijado según tus promesas formales y concédele en los santos pastos el lote que le convenga.

No te acuerdes de sus crímenes ni de sus pecados; haz su partida pacífica y bendita. Cura la tristeza de los sobrevivientes por medio de tu Espíritu consolador y concédenos a todos un final dichoso.

Por tu Hijo único, Jesucristo, por quien te sean dadas gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén.

[137] Volvemos a encontrar una fórmula que debió pertenecer a un antiguo ritual inspirador de los epitafios del mismo tenor que encontramos más arriba, núm. 121.

VI

FRAGMENTOS LITURGICOS

Aparte de las compilaciones litúrgicas, que nos permiten remontarnos hasta el siglo III, poca cosa queda de la oración pública y de las liturgias antiguas. Por otra parte, el margen de improvisación dejado al celebrante hasta los siglos V y VI, al menos en Oriente, apenas permite que las fórmulas se estereotipen. Parece, sin embargo, que una parte de las plegarias habituales y de los cantos litúrgicos tomó consistencia bastante pronto: así la oración de la tarde, *Phos Hylaron*, en uso desde la más alta antigüedad.

Los autores posteriores, algunos manuscritos como los de Grottaferrata, nos revelan sin cesar nuevos textos, fragmentos de liturgias, como aquellos cantos de la Comunión, anteriores al uso de los salmos, lo que les hace remontar a los más tempranos siglos del cristianismo (III o IV). El campo de los descubrimientos permanece siempre abierto y el porvenir nos reserva, sis duda, gozosas sorpresas.

El estado, a menudo fragmentario, de estos textos litúrgicos, hace muy difícil la localización de su fecha: tal oración de la comida, por ejemplo, encontrada en San Juan Crisóstomo, es muy anterior a éste; tal otro fragmento, conservado en el apócrifo *Testamento de nuestro Señor Jesucristo*, es de fecha bastante más antigua que éste. Agrupamos por temas estos fragmentos dispersos, en vez de seguir el orden cronológico, a veces difícil de determinar de manera precisa.

Tales grupos de temas son:

Cantos durante la comunión y oración letánica.
Oraciones para las diversas fiestas.
Cantos de la mañana y de la tarde.
Oraciones para las comidas.
Oración de Manasés y oraciones ciprianas.

Cantos durante la comunión.

I

209 Oremos a Cristo

El cuerpo sagrado de Cristo,
el cordero de Dios,
El cuerpo sagrado de Aquel
que fué entregado por nuestra salvación.

El cuerpo sagrado de Aquel
que dió a sus discípulos
los misterios de la gracia
de la Nueva Alianza.

El cuerpo sagrado por el que
hemos recibido
la víctima incruenta.

El cuerpo sagrado que ha lavado
los pies de los apóstoles con el agua
y sus almas con el Espíritu.

El cuerpo sagrado que justificó
a la pecadora, llorosa;
y que nos purifica
por su propia sangre.

El cuerpo sagrado que recibió
el beso traicionero;
y que amó al mundo
hasta sufrir la muerte.

El cuerpo sagrado que libremente
se entregó a Pilato,
y que se preparó
una Iglesia inmaculada.

¡Sí, bendecimos y glorificamos tu nombre!

II

210 Comemos
tu cuerpo sagrado,
crucificado por nosotros.

Bebemos
tu preciosa sangre,
derramada por nosotros.

¡Sea tu cuerpo
nuestra salvación!
¡Y tu sangre,
la liberación de nuestras faltas!

¡Por la hiel
que bebiste a causa nuestra,
aléjese la hiel del demonio!

¡Por el vinagre
que bebiste a causa nuestra,
encuentre su fuerza
nuestra debilidad!

Por los salivazos
que a causa nuestra recibiste,
el rocío de tu bondad
nos cubrirá.

Por la caña
con que fuiste golpeado,
se nos asegura
la victoria final.

Por la corona
tejida de espinas,
has hecho merezcamos
una corona imperecedera.

Por el sudario
en que fuiste envuelto,
revístenos
con tu invencible poder.

Por la nueva tumba
y por tu sepultura
volveremos a nacer
en alma y cuerpo.

Por tu resurrección
llamándonos a la vida
reviviremos
y nos mantendremos derechos
ante tu justicia.

III

211 Que tu sacramento, Señor Jesucristo,
nos traiga la vida
y la remisión de nuestros pecados;
la Pasión fué por nosotros celebrada.

Bebiste por nosotros la hiel
para evitarnos toda amargura;

Bebiste por nosotros el vinagre
para aliviar nuestro cansancio;

fuiste escupido por nuestra causa,
para inundarnos de un rocío de inmortalidad;

fuiste golpeado a palos,
para asegurar la vida eterna a nuestra fragi-
[lidad;

fuiste coronado de espinas
para coronar a tus creyentes
con los verdes laureles de la caridad.

Fuiste envuelto en el sudario
para revestirnos con tu fuerza;

fuiste encerrado en la tumba,
para hacernos una nueva gracia
en los nuevos siglos.

IV

212 La sangre del que se hizo carne
de la Virgen Santa.
Jesucristo. Amén.

La sangre del que nació
de la santa madre de Dios.
Jesucristo. Amén.

La sangre de Dios que se manifestó
expulsando a los demonios.
Jesucristo. Amén.

La sangre del que fué bautizado
por Juan en el Jordán.
Jesucristo. Amén.

La sangre del que se ofreció
en sacrificio de amomo [138],
por nuestros pecados.
Jesucristo. Amén.

[138] Perfume que servía para embalsamar a los muertos.

V

213 Hemos recibido
tu sagrado cuerpo,
hemos bebido
tu preciosa sangre:
Que sean para nosotros,
Señor, nuestro perdón,
y no nuestra sentencia.
Y sálvanos.

VI

214 Grande es el misterio,
Señor, de tu Resurrección.

Estribillo:

Recibís el cuerpo de Cristo
y bebéis en la fuente de la inmortalidad. Alle-
[luia.

Después de haber comido,
el Inmortal se entregó a la muerte

Estribillo:

Recibís el cuerpo de Cristo
y bebéis en la fuente de la inmortalidad. Alle-
[luia.

Después encontró el infierno
y el infierno fué vencido
y cedió sus cautivos.

Recibís el cuerpo, etc.

María, que le había ungido,
le vió aparecer.
Y ante la tumba
adoró a su Dios.

Recibís el cuerpo, etc.

Id y decid, pues, a Pedro
y a los otros discípulos,
que resucitó entre los muertos
el Señor inmortal.

Recibís el cuerpo, etc.

VII

215 Y ahora, de todo corazón,
corred a la casa del Señor,
vosotros que sois el nuevo Israel.
Desde vuestros espíritus purificados,
temedle y glorificadle.

El Creador del universo
es inmolado en el misterio,
por las manos de sus sacerdotes.
Había aceptado sufrir,
lo que no sufre en su divinidad.

Reina sobre los querubines,
que le suplican y celebran,
sin jamás tomar reposo.
Los sacerdotes y los diáconos
le tocan en el altar.

Un increíble misterio
se realiza ahora
ante nosotros, sus creyentes:

El Inexpresable, el Indecible,
viene entero a ofrecérsenos,
brindándonos la tienda de su carne.
Las manos de sus fieles
Llevan al Dios del universo.

En el altar reposa el pan del cielo:
Dios que, no puede ser sacrificado,
pero lo es en este gran misterio.
Y con este alimento da la vida
a los que fueron muertos antaño
por el alimento del Edén.

La sangre de Él fluye
se desliza en el cáliz.
El sacerdote del nuevo culto
hace de ella una ofrenda sagrada;
los creyentes la reciben
y lavan sus manchas.

Como en el pasado, permanece
inseparable de su Padre.
Y su corazón
se abre a todos los hombres.

Ojalá seamos dignos
de Él, el día de su vuelta;
que la Madre de Dios interceda
con los santos apóstoles.

Ojalá seamos admitidos,
por su misericordia,
al coro de los santos.

Oración letánica.

216 Oremos por la paz, que es don del cielo; que el Señor, en su misericordia, nos conceda la paz.

Oremos por la fe; que el Señor nos conceda guardar la fe y que ésta se apoye sobre Él hasta el fin.

Oremos por la unidad de los corazones y de los espíritus; que el Señor conserve nuestros espíritus en la unidad.

Oremos por la paciencia; que el Señor nos conceda la paciencia en todas nuestras pruebas hasta el fin.

Oremos por los apóstoles; que el Señor nos conceda complacerle como ellos le complacieron, y nos haga dignos de su herencia.

Oremos por los santos profetas; que el Señor nos cuente entre ellos.

Oremos por los santos confesores; que Dios nos conceda terminar nuestra vida con el mismo espíritu.

Oremos por el obispo; que el Señor le conserve siempre en la fe, que rompa con rectitud el pan de la verdad, que presida a la Iglesia en la pureza y sin reproche.

Oremos por los presbíteros; que el Señor no extinga el espíritu del sacerdocio y les dé el celo y la piedad hasta el fin.

Oremos por los diáconos; que el Señor les permita acabar bien su carrera y perfeccionar su santidad, y se acuerde de su trabajo y de su caridad.

Oremos por las diaconisas; que el Señor oiga sus oraciones, las guarde en perfecta gracia del espíritu y sostenga su corazón y su trabajo.

Oremos por los subdiáconos y los lectores: que el Señor les haga merecer la recompensa con paciencia.

Oremos por los fieles del mundo entero; que el Señor les conceda guardar la fe con perfección.

Oremos por el imperio; que el Señor le conceda la paz.

Oremos por los príncipes; que el Señor les conceda la inteligencia y el temor de Dios.

Oremos por el universo entero; que el Señor vele sobre todos y dé a cada cual lo que le convenga.

ORACIONES POR DIVERSAS FIESTAS

Liturgia de Navidad.

217 Esplendor de la gloria, Imagen del Padre invisible, Jesucristo, nuestro Dios, Angel de los grandes designios, Príncipe de la paz, Padre del siglo futuro, modelo de Adán; por nuestra causa se hizo semejante al esclavo, haciéndose carne en el seno de la Virgen María, sin el concurso del hombre; por nosotros

fué envuelto en pañales, alumbrado en un pesebre, glorificado por los pastores y por las Potestades angélicas que cantaban:

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Haznos dignos, Señor, de celebrar y acabar en paz tu fiesta de luz, abandonando las vanas palabras, haciendo obras justas, huyendo de nuestras pasiones y elevándonos por encima de la tierra.

Bendice a tu Iglesia, que formaste desde antiguo, para unirla a Ti por tu sangre viviente. Ven en socorro de los pastores, de los jefes y de los doctores.

Bendice a tus siervos, que lo esperan todo de tu misericordia, así como a las almas cristianas, a los enfermos, a los que son atormentados por los espíritus malos y a los que nos han pedido orar por ellos.

Ten piedad según las dimensiones de tu gracia, salva y consérvanos, para que seamos dignos de los bienes futuros que no tendrán fin.

Celebramos tu glorioso nacimiento, con el Padre que te envió para nuestra redención, con tu Espíritu vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

La presentación de Jesús.

218 Jesucristo, Señor y Dios nuestro, por la voluntad del Padre en los tiempos eternos, naciste en los últimos tiempos de una Virgen que no conoció varón; te sometiste a la Ley para rescatarnos de la Ley, liberarnos de la servidumbre de la corrupción y concedernos la dignidad de hijos.

En este día fuiste llevado al templo; el anciano Simeón te tomó en los brazos y te pidió poder marchar en paz diciendo: "He aquí que mis ojos han visto tu gracia y tu salvación; Señor mío, libérame ahora de toda vanidad, realiza tu promesa y líbranos de la vergüenza del pecado, para llenar nuestros corazones con el Espíritu Santo, que podamos decir: Abba, Padre".

Haz de nosotros hijos de tu Padre, sálvanos de todos los males de este mundo. Concédenos celebrar en paz esta fiesta y acoge las súplicas de tus servidores, como acogiste la confesión de la profetisa Ana. En lugar de una pareja de tórtolas o de dos jóvenes palomas, recibe el homenaje puro de nuestro culto y sácianos de los bienes del reino: te lo pedimos con tu madre, el santo anciano Simeón, Ana la profetisa y todos los santos.

Para el Sábado Santo.

219 Hoy
hemos contemplado sobre el altar a nuestro
Señor Jesucristo;

Hoy
nos hemos alimentado del carbón de fuego,
a cuya sombra cantan los querubines.
Hoy
hemos oído a la voz poderosa
y dulce decirnos:

Este cuerpo quema las espinas de los pecados
e ilumina las almas de los hombres.
Este cuerpo fué tocado por la hemorroísa y
se vió liberada de su enfermedad.
Este cuerpo, a cuya vista
fué curada la hija de la cananea.
Este cuerpo, al que la pecadora
se acercó con toda su alma
y fué liberada del fango de sus pecados.
Este cuerpo lo tocó Tomás
y lo reconoció dando este grito:
"Señor mío y Dios mío".
Este cuerpo, grande y altísimo,
es el fundamento de nuestra salvación.

En otra ocasión el que es el Verbo
y la Vida nos dijo:
"Esta sangre ha sido derramada por vosotros
y entregada por la remisión de los pecados".

Hemos bebido, amados,
la sangre santa e inmortal.

Hemos bebido, amados,
la sangre que brotó del costado del Señor,
que cura toda enfermedad,
que libera a todas las almas.

Hemos bebido la sangre
por la que fuimos rescatados,
fuimos comprados e instruídos,
fuimos iluminados.

¡Mirad, hermanos, qué cuerpo hemos comido!
¡Mirad, hijos, qué sangre nos ha embriagado!
¡Contemplad la alianza firmada con nuestro Dios, por miedo de enrojecer, en el día terrible, en el día del juicio!

¿Quién puede glorificar el misterio de la gracia?
Hemos sido juzgados dignos de participar en el don.
Conservémonos hasta el fin, para escuchar su voz bienaventurada, dulce y santa:
Venid los benditos de mi Padre,
a recibir en herencia el reino preparado para vosotros.

Entonces temblarán los que crucificaron al
Señor:
los que no creyeron en el Padre, en el Hijo
y en el Espíritu Santo enrojecerán,
los que niegan y no han confesado
la Trinidad santa en un solo Dios.

Nosotros, amados,
celebramos las maravillas del bautismo de [Jesús,
su santa y vivificante resurrección,
por la cual fué dada la salvación al mundo.

Esperamos todos su feliz cumplimiento,
en la gracia y la benevolencia
de nuestro Señor Jesucristo;
para quien son la gloria, el honor y la adora-
[ción.

Fiesta pascual.

I

220 ¡Pascua!
¡Hoy conmemoramos el día santísimo!
Pascua nueva, sagrada,
Pascua mística,
Pascua venerable,
Pascua, Cristo liberador,
Pascua, perfumada de amomo,
Pascua grandiosa,
Pascua de los creyentes,
Pascua, las puertas del paraíso
se han abierto ante nosotros;
Pascua, santifica a todos los creyentes:
¡Cristo, guarda al Papa de Roma!

II

221 ¡Pascua, Pascua y, una vez más, Pascua!
Sí, nuestra Pascua, Cristo, nuestro Dios,
ha sido inmolado por nosotros.
Sólo Él es inmortal,
sólo Él es invisible,
sólo Él es inexpresable.

Los ángeles, los principados,
las potestades, las dominaciones,
las virtudes,
los querubines y los serafines le confiesan.
Con ellos te cantamos, te rogamos,
te adoramos,
Señor, nuestro Dios, nosotros, tus indignos
[siervos.

Pues en estos últimos tiempos viniste a la
[tierra,
y te encarnaste por nuestra Señora y Madre
[divina,
la pura e inmaculada Virgen María.
Sufriste la cruz para hacernos libres,
por la maldición de la cruz.

¿Qué podemos darte nosotros en cambio
de todas esta cosas
a Ti, Dios por naturaleza y Padre nuestro por
[la gracia?

Te ofrecemos el homenaje de nuestros la-
[bios, diciendo:
¡Gloria a Ti que fuiste bautizado!
¡Gloria a Ti que fuiste crucificado!
¡Gloria a Ti que fuiste sepultado!
¡Gloria a Ti que resucitaste!
Tú eres nuestra resurrección.
Para Ti la gloria, con el Padre sin principio
y con el Espíritu santísimo, bueno y vivifican-
te, ahora y siempre.

Himno de la mañana.

El Gloria.

El Gloria es un himno griego de la más remota antigüedad. Formaba parte del oficio de la mañana y no de la liturgia eucarística. Al pasar a Roma fué inserto en la misa y sufrió en su texto algunos retoques.

Las "Constituciones apostólicas" ofrecen un texto en el que la oración se dirige al Padre, si bien parece estar actualmente probado que la recensión más antigua es la que se encuentra en el "Codex Alexandrinus", entre los cánticos litúrgicos anejos al Salterio.

222 ¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!
¡Paz en la tierra!
¡Benevolencia para los hombres!
Te alabamos,
te bendecimos,
te adoramos,
te glorificamos,
te damos gracias,
por tu magna gloria.
¡Oh Señor, Rey celeste,
Dios todopoderoso,
Señor, Hijo único,
Jesucristo,
y Espíritu Santo!

¡Señor Dios,
Cordero de Dios,
Hijo del Padre,
que quitas los pecados del mundo.
ten piedad de nosotros!
Acoge nuestra oración.
¡Tú, sentado a la diestra del Padre:
ten piedad de nosotros!

Sí, sólo Tú eres santo,
sólo Tú eres Señor,
¡oh Jesucristo!,
por la gloria de Dios Padre
Amén.

Himno de la tarde.

El siguiente himno continúa siendo la oración de la tarde en la Iglesia griega. Parece que procede de fecha aún más antigua que el gloria. San Basilio (Del Espíritu Santo, 29, 33) *escribe a su respecto: "Nuestros padres no quisieron recibir en silencio la gracia de esta luz de la tarde; en cuanto aparece, bendicen a Dios. Quién fué el autor de este canto de acción de gracias no sabremos decirlo, y, sin embargo, el pueblo repite este cántico arcaico".*

223 Luz radiante de la gloria,
del Padre celeste venturoso e inmortal,
¡oh Jesucristo!

Llegados a la caída del sol
contemplamos la claridad de la tarde:
y cantamos al Padre, al Hijo
y al Espíritu Santo de Dios.

Tú eres digno para siempre
de ser cantado por voces puras,
¡oh Hijo de Dios!, que das la vida.
Así proclama tu gloria el universo.

Otros himnos de la mañana.

224 Todos los días te bendeciré [139]
y cantaré tu nombre, en los siglos
y por los siglos de los siglos.
Hazme digno, Señor, en este día
de evitar todo pecado.
Bendito Señor, Dios de nuestros padres
y digno de alabanza; tu nombre es glorioso
por los siglos. Amén.

225 Bendito eres, Señor;
enséñame tus mandatos.
Señor, Tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.
He dicho: Señor, ten piedad de mí,
cura mi alma porque he pecado.
Enséñame a hacer tu voluntad.
Porque Tú eres mi Dios.
Y a tu lado está la fuente de la vida:
en tu luz veremos la luz.

[139] Las citas bíblicas que constituyen el tejido mismo de estas oraciones demuestran su gran antigüedad.

Conserva tu misericordia para los que te co-
[nocen.

Doxología.

226 ¡A Ti las alabanzas,
a Ti los himnos,
a Ti, Padre, la gloria
y al Hijo y al Espíritu Santo
por los siglos de los siglos!
Amén.

ORACIONES DE LAS COMIDAS

Oración antes de la comida.

227 Bendito seas, Señor,
que me alimentas desde mi juventud;
Tú, que das el alimento a todo ser vivo,
llena nuestros corazones de gozo y alegría.
Provisto siempre de lo necesario,
que nos quede lo superfluo para hacer el bien,
en Cristo Jesús, nuestro Señor;
por Él te sean dados gloria, honor,
poder,
por los siglos. Amén.

Otra oración.

Antes de la comida:

228 Te damos gracias, ¡oh Padre!, por la santa resurrección que nos has manifestado por Je-

sús, tu Hijo: y lo mismo que este pan, disperso antes en las espigas, se ha hecho uno[140], reúne así a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Pues tuyos son la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Después que te levantes de la mesa da gracias y di:

Dios de misericordia y de bondad, has dado el alimento a los que te temen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos[141].

Dios todopoderoso y Jesucristo, nuestro Señor: tu nombre está por encima de todo nombre que se pronuncie.

Te damos gracias y te alabamos porque te has dignado hacernos partícipes de tus bienes y conceder a nuestros cuerpos su alimento. Concédenos igualmente, te rogamos y suplicamos, el alimento celestial.

Concédenos también temer y reverenciar tu nombre terrible y glorioso, obedecer siempre a tu voluntad. Graba en nuestro corazón tu ley y tu justicia. Santifica nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro cuerpo por tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor.

Por Él te sean dados gloria, honor y poder por los siglos de los siglos. Amén.

140 Las comidas se hacen siempre en ambiente eucarístico.

141 Doxología antigua.

Plegaria de acción de gracias de los monjes.

229 A Ti la gloria, Señor;
a Ti la gloria, ¡oh Santo!;
a Ti la gloria, ¡oh Rey!

Tú nos has procurado el alimento para nuestra alegría. Llénanos de tu Espíritu Santo, para que se nos reconozca dignos en tu presencia y no tengamos que enrojecer cuando Tú des a cada uno según sus obras.

Oración para la comida del domingo.

230 Señor, Dios nuestro, que resucitaste entre los muertos[142], despertaste a Adán, nuestro padre, y devolviste la gracia al mundo: bendice ahora este pan dispuesto ante nosotros y concédenos la recompensa en los cielos. Guarda a esta casa y a sus moradores que viven en la fe, en tu benevolencia, de todo mal y del escándalo del Malo; concédeles tu gracia y tu misericordia.

Otra oración antes de la comida.

231 Señor todopoderoso, Dios de nuestros padres, que gratificas con todos los bienes a los que te aman; diste el maná a tu pueblo en el desierto y le colmaste de pan del cielo; ben-

142 El recuerdo de la resurrección se hace por tratarse de la oración del domingo.

deciste los cinco panes de avena y saciaste con ellos a los cinco mil hombres: Bendice las ofrendas y a sus donantes y cólmales en pago de todo bien; llena su granero en abundancia para que puedan dar a los que se encuentren en necesidad.

Pues tuyos son la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Oración antes de la comida.

232 Señor Dios nuestro, pan celestial y vivo, alimento verdadero del entero universo: descendiste del cielo para traer la vida al mundo; proteges nuestra vida desde lo alto y nos prometes los bienes venideros; bendice también ahora nuestra comida y nuestra bebida y haznos dignos de participar en ellos con toda rectitud, tributándote gloria y acciones de gracias, a Ti, dispensador de todos los bienes:

Pues tu grandeza es bendita y glorificada...

Oración después de la comida.

233 A Ti, Dios verdadero y amigo de los hombres, nosotros, pecadores e indignos siervos, colmados por la abundancia de tus dones, te damos gracias y te rogamos, ¡oh Soberano!, nos hagas dignos de participar en tus dones celestiales, con los hombres sin reproche, por el mérito de tu Madre inmaculada y de todos los santos.

¡Pues tuyos son la gloria y el poder, por los siglos de los siglos! Amén.

Otra oración.

234 ¡Oh Dios que nos alimentas desde nuestra juventud y que das la comida a todo ser vivo, Donador de bienes, Coregio de nuestra vida: nos has permitido repartir esta comida en la alegría y lo superfluo en limosna: bendice en tu santo nombre a los que nos acogieron, llena sus graneros con tus bienes y conserva hasta el fin a sus almas en la santidad para que sea glorificado tu nombre santísimo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ORACIONES PARA DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

Oración por las primicias.

235 Te damos gracias, Señor Dios, y te ofrecemos las primicias de los frutos en que nos has dado participar; nos has retribuído en estos últimos tiempos por tu Verbo; has hecho crecer frutos de toda clase para el gozo y el alimento de los hombres y para todo ser vivo sobre la tierra. Te celebramos, Dios, por todas las cosas que nos has repartido y por toda la creación de dones tan variados, por tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor.

Por Él te sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Oración antes de un viaje.

236 ¡Oh Dios, nuestro Dios, Camino de la verdad y de la vida! Tú fuiste de camino con tu siervo José; conduce también, ¡oh Maestro!, a tu servidor; guárdale de las penalidades, del mal tiempo, de las maquinaciones hostiles; concédele la paz y la fuerza, el sentido de la justicia en el cumplimiento de tus mandamientos. Hazle volver un día, rico de los bienes de la tierra y del cielo.

Pues tuyos son la realeza, el poder, la gloria: Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Oficio de noche de las viudas.

237 Santo, santo, sin mancha, Tú que habitas la luz, Dios de Abraham, de Israel y de Jacob; Dios de Enoch y de David, de Elías, de Moisés, de Josué y de todos los demás profetas que, en la verdad, anunciaron tu nombre.

Dios de los apóstoles, Dios que diriges todas las cosas por tu voluntad, que has bendecido a los que ponen amorosamente en Ti su confianza. Mi alma te alaba con la fuerza del Espíritu, mi corazón te alaba, Señor, alaba tu poder, en todo tiempo; todas mis fuerzas te alaban, Señor, pues si Tú los quieres, yo seré tuya, Dios.

Dios de los pobres, eres el socorro de los pequeños; miras a los humildes, eres la fuerza de los débiles; ven en mi ayuda, ya que tu gracia ha querido complacerse en mí; soy tu sierva y me has dado el título magnífico de cristiana. Me has arrancado de la esclavitud para que sirva al Dios poderoso por siempre, y cante tu alabanza, a Ti que ves todo sin confundirte.

Cúrame, Señor Dios; confirma mi corazón en mí, hasta la perfección en el Espíritu Santo.

Devuélvenos la juventud para construir tu Iglesia santa, ¡oh Hijo. Verbo y Pensamiento del Padre; oh Cristo que viniste para salvar al género humano y que sufriste, fuiste sepultado y resucitaste!

Fuiste glorificado por el que te envió; vuelve tus miradas hacia nosotras y ven en nuestro socorro, Señor; rectifica nuestros pensamientos en la fe fortificada por el Espíritu. Glorifica en nosotras tu nombre; pues en tu Padre, en Ti y en el Espíritu Santo está nuestra esperanza, por los siglos de los siglos.

Y todas juntas dicen:

Amén.

Oraciones para antes de dormirse.

238 Vete, Satán, de esta puerta y de estas cuatro esquinas; aquí no hay ni sitio ni para ti; aquí está Pedro, aquí Pablo, aquí el santo Evangelio; aquí quiero, después de haber hecho mi adoración, acostarme en el nombre del Padre y del Espíritu Santo, ahora...

Con el mismo objeto:

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, envía a mí tu espíritu y pon en mi corazón la sabiduría de tu Espíritu Santo, protegiendo mi alma y mi cuerpo y todos sus miembros, toda la vida de mi organismo, de todo maleficio, de toda trampa demoníaca y de todas las tentaciones del pecado; enséñame a darte gracias, ¡oh Padre, Hijo y Espíritu Santo!

Oración por la cosecha.

239 Señor Dios, que amas a los hombres, bendice los frutos que nos has dado y a tus siervos, reunidos para la recolección. Concede tu salvación a los que los poseen, para que, teniendo la abundancia que viene de Ti, ejerzan también ellos respecto los pobres tu bondad. Y para esto recibe la adoración de todos.

En alta voz:

Pues tuya es toda gloria, Padre, Hijo, Espíritu...

LA ORACIÓN DE MANASÉS

Inserta en la "Didascalia", la oración de Manasés, de origen judío, fué posiblemente adaptada al ritual de la penitencia, según dice Cabrol. Esta reliquia de la oración anterior a Nicea, utilizada en la liturgia africana, estaba en la griega situada en el oficio de Completas.

240 Señor Dios todopoderoso, Dios de nuestros Padres Abraham, Isaac y Jacob y de su justa posteridad, creaste el cielo y la tierra con todo su esplendor, encadenaste el mar con una palabra de tu voluntad, cerraste el abismo y lo sellaste con tu nombre terrible y glorioso; el universo entero te teme y tiembla ante tu poder, porque no puede soportar la grandeza de tu gloria y los pecadores no pueden sostener la cólera de tus amenazas.

Pero la misericordia de tu Promesa es inmensa e insondable, Tú eres el Señor altísimo, magnánimo, lleno de paciencia y de indulgencia para la malicia de los hombres.

Tú eres, Señor, el que en tu gran bondad prometiste la penitencia y el perdón a los que pecaron contra Ti; en tu gran misericordia, concediste la penitencia a los pecadores para su salvación. Tú, Señor, Dios de los justos, no instituiste la penitencia para los justos, Abraham, Isaac y Jacob, que no pecaron contra Ti, sino para mí, pecador, pues mis pecados son más numerosos que las arenas del mar. Mis caídas se han multiplicado. Se-

ñor, y no soy digno de levantar los ojos y de contemplar la profundidad del cielo, a causa del número de mis pecados.

Agobiado por el peso de mis cadenas de hierro, no puedo ya levantar mi cabeza, ni incluso respirar, porque he provocado tu cólera y hecho el mal en tu presencia [143]. No he seguido tu voluntad y no he guardado tus mandamientos; he cometido el mal y he multiplicado mis ofensas.

Ahora doblo la rodilla e invoco tu bondad. He pecado, Señor; he pecado y reconozco mi torpeza.

Te suplico en mi oración déjame ir, Señor, déjame ir y no me pierdas con mis maldades, que no me aguarde una cólera eterna y que no me condene en lo hondo de la tierra.

Sí, Tú eres Dios, el Dios de los penitentes. Manifiestas en mí tu bondad y salvas a un miserable en tu gran misericordia.

Cantaré tus alabanzas todos los días de mi vida: todas las potestades del cielo celebran tu grandeza.

¡A Ti la gloria por los siglos! Amén.

LAS LLAMADAS ORACIONES CIPRIANAS

Poseemos dos oraciones atribuidas, equivocadamente sin duda, a un legendario Cipriano, mago antes de convertirse a la fe, y cuya

[143] Esta frase ha pasado al responso del tercer nocturno del oficio del III domingo después de Pentecostés.

leyenda había de inspirar a Calderón, y más tarde a Goethe para Fausto.

Según Lundberg, "La tipología bautismal en la antigua Iglesia", 60-62, el texto latino de estas oraciones catecuménicas servía antes del bautismo para disponer el corazón a la penitencia, para implorar el perdón de Dios.

La utilización de ejemplos o paradigmas bíblicos es corriente en la oración judía, de la que pasa a las fórmulas cristianas.

I

241 Santo, Santo, Santo de los santos, Padre de los padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios de los apóstoles, Dios de los profetas, Dios de las vírgenes, Dios de los que viven con rectitud, Dios de los que creen, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

Te invocamos, te suplicamos, Hijo único, salido de la boca del Altísimo, antes de la creación del mundo, nacido por un misterio del seno de la Virgen Santa María, dígnate concedernos, te lo rogamos, un crecimiento de los santos deseos y de la integridad del corazón, para que, regenerados en el baño de la salvación, permanezcan nuestros corazones puros de todo pecado. Te pedimos una fe sin tacha, un espíritu puro, una piedad ardiente, una caridad incesante y que nos hagas florecer en tu santa Iglesia.

Doblamos las rodillas, inclinamos la cabeza ante Ti, ante quien se estremecen los ángeles y los arcángeles, los millares y millares de mártires, el coro de los apóstoles y los profetas; Tú, cuyas alabanzas cantan los pájaros, confesado por todas las lenguas, en el cielo, sobre la tierra y en los infiernos; todas las aguas del cielo y de la tierra te alaban, las cosas insensibles te sienten. Sólo Tú existes, y nadie existe sin Ti ni fuera de Ti.

Te rogamos, Señor Dios todopoderoso, visible sólo para el Hijo y a quien ángeles y arcángeles obedecen, Señor y Padre, te pedimos nos concedas un espíritu integro, una inocencia sin desfallecimiento, una sincera piedad, una conciencia santa, pura, sobria, casta, firme en la fe contra las emboscadas del siglo; danos un corazón armado contra las amenazas del demonio y las codicias de la carne, para que no caigamos en las redes mortales de este cruel enemigo y podamos llevar intacto el sello de la eterna salvación [144].

Expulsa lejos de nosotros todos los excesos del siglo y todas las insinuaciones del demonio.

Sea éste cogido en la trampa, caiga y sea dominado por nosotros y apartado, como Asmodeo, el pernicioso demonio que hostigaba a Sara, fué aniquilado por tu ángel Rafael.

[144] Alusión a la confirmación, la σφραγίς, o sello del Espíritu Santo. LUNDBERG, op. cit., 62.

Tú que socorriste a Tobías, ven también en mi auxilio.

Tuviste misericordia de los tres jóvenes en el horno y de Daniel; tenla también con nosotros, te lo suplicamos.

Resucitaste a los muertos, devolviste la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el andar a los cojos, la salud a los leprosos.

Haz lo mismo con tus siervos, que con toda la fuerza de nuestro espíritu creemos que naciste, sufriste y que vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos.

Ayúdanos como ayudaste a tus apóstoles en las cadenas, a Tecla en el fuego [145], a Pablo en las persecuciones, a Pedro sobre las olas.

Tú, que estás sentado sobre los siete tronos, a la diestra del Padre, lanza los ojos sobre nosotros y líbranos de la perdición de la muerte eterna. Tú que eres Uno, Padre con el Hijo, Hijo en el Padre; Espíritu Santo por quien y en quien te son rendidos en la Iglesia [146], honor, virtud, claridad, majestad, poder, bendición, inmortalidad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

[145] Alusión que proviene de los *Hechos* (apócrifos) de Pablo.
[146] Reminiscencla de la *Tradición apostólica* y de la antigua fórmula bautismal. *Vid.* supra, núm. 156.

II

242 Señor santo, Padre santo, Dios santo, santo Dios mío, ¿quién es más grande que Tú? Te doy gracias y te alabo, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, Dios de nuestros padres, Dios de los apóstoles, Dios de los profetas y Dios de los mártires.

Tú eres, antes de la fundación del mundo, Dios de los vivos que vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos. Tú eres el Dios verdadero que está sentado encima de los querubines y de los serafines, sobre el trono de tu gloria sondeas las profundidades.

Ves todas las cosas antes mismo de que nazcan; tienes el poder de destruir y de restablecer después; puedes hacer que el desierto florezca.

Tú soberano Señor de todas las cosas, líbrame de este siglo y atiende mi oración como escuchaste en Egipto a los hijos de Israel, que no creyeron en Ti ni en tu siervo Moisés.

Desgraciado de mí a causa de mis pecados. Cuando decidas romper la tierra, ¿en el hondón de qué roca me esconderé? ¿A qué montaña diré: *Cae sobre mí?* ¿A qué colina: *Escóndeme ante el temor del Señor,* cuando vengas a romper la tierra? Te lo ruego, Señor, ven en mi auxilio y no me juzgues según mis acciones, pues he sido infiel a tus mandamientos.

Atiende mi oración, como escuchaste a Jonás [147] en el vientre de la ballena; escúchame igualmente y arráncame de la muerte para que viva. Los habitantes de Nínive se cubrieron de ceniza y llevaron el cilicio haciendo penitencia en presencia del Señor; ten piedad de mí, Tú que amas las almas que se arrepienten; quiero hacer penitencia en tu presencia por todas mis faltas.

David dijo también: *Señor, a causa de tu nombre, perdona mi pecado.* A mi vez suplico a tu majestad: Perdona todos mis pecados.

Atiende mi oración como escuchaste a los tres jóvenes en el horno, Ananías, Azarías, Misael: enviaste a tu ángel con la lluvia de rocío, y Nabucodonosor, que imperaba en el reino, fué confundido; pues Tú eres Rey de reyes y Señor de los Señores; sólo Tú posees la inmortalidad y *habitas una luz inaccesible que nadie vió ni podrá ver jamás.*

Atiende mi oración como oíste a Daniel en el foso de los leones y le enviaste al profeta Habacuc para traerle la comida, diciéndole: "Acepta esta comida que el Señor te envía". Y Daniel le dijo: "El Señor no abandona a los que le buscan".

Atiende mi oración como escuchaste a Tobías y Sara cuando oraban en el vestíbulo de su casa; el ángel Rafael te llevó su oración y Tú la escuchaste. Ahora escucha igualmente mi plegaria, acógela en tu santa morada y des-

[147] Ejemplos o paradigmas extraídos de la historia sagrada que corroboran la confianza del que ora. Los judíos conocían ya esta especie de oración.

pués envía a tu ángel para que destruya todas mis faltas como destruyó el espíritu inmundo en Sara, hija de Raquel; ilumina mi corazón como iluminaste los ojos de Tobías.

Atiende mi oración como escuchaste a Susana entre las manos de los viejos y líbrame de este siglo porque amas la conciencia pura.

Atiende mi oración como escuchaste la de Ezequías, rey de Judea, librándole de su enfermedad; cura igualmente la enfermedad de mi carne y aumenta en mí la fe, de la misma manera que aumentaste su vida en quince años. Líbrame de este siglo como libraste a Tecla del anfiteatro; líbrame de toda enfermedad de la carne.

Te lo suplico, Padre de Majestad; Tú, que al fin de los tiempos tuviste piedad de nosotros, enviándonos a Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, nacido de la Virgen María en el Espíritu Santo, como el ángel Gabriel lo había anunciado; por Él nos libraste del peligro de una muerte inminente.

Te lo suplico, Hijo de Dios vivo, a Ti que obraste tantas maravillas; transformaste el agua en vino en Caná a causa de Israel; abriste los ojos a los ciegos, hiciste oír a los sordos, devolviste los miembros a los paralíticos, curaste la lengua de los mudos, libraste a los presos, hiciste correr como ciervos a los cojos, libraste a una mujer del flujo de sangre, resucitaste a los muertos, permitiste andar sobre las aguas y tendiste la mano a Pedro que perdía pie; Tú creaste el mar y le

impusiste fronteras diciendo: Podrás llegar hasta aquí y aquí te romperás en tu propia fuerza. Te ruego, Hijo de Dios vivo, a causa de todas mis faltas; Tú que estás en los cielos, el Hijo en el Padre, y el Padre en Ti para siempre jamás.

Tú que estás por encima de los querubines y los serafines, en el trono de la gloria.

Angeles y arcángeles forman tu cortejo en número innumerable, temen y respetan tu gloria y tu poder, cantan a voz en grito y dicen: ¡Santo, Santo, Santo, el Señor Dios Sabaoth!

Tú nos dejaste este testamento: *Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá. Todo lo que pidáis a mi Padre en mi nombre lo pido yo mismo a mi Padre para que los recibáis.* Yo pido para recibir, busco para encontrar, llamo para que se me abra. Pido en tu nombre para que Tú le pidas a tu Padre y Éste me atienda. Estoy dispuesto, a causa de tu nombre, a derramar la sangre de la víctima, a soportar todos los tormentos.

Tú eres, Señor, el que me escucha y me defiende: defiéndeme contra mi enemigo. Que el ángel de la luz me proteja, pues dijiste: *Lo que pidáis con confianza en la oración os será dado.*

Todo hombre es mentiroso; Tú eres la Verdad. Señor, Tú tienes el poder de darme, como lo prometiste, tu sacramento celestial

por entero para que sea digno de ver el rostro de tus santos. Que el Espíritu trabaje en mí y hágase en mí tu voluntad; porque me he consagrado a Ti por todos los días de mi vida.

Sufriste bajo Poncio Pilato un buen testimonio, fuiste crucificado, descendiste a los infiernos y rompiste el aguijón de la muerte. La muerte está vencida, y vencido está el demonio enemigo.

Resucitaste entre los muertos y te apareciste a los apóstoles; te sientas a la diestra de Dios Padre y vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos. Tú, que vencerás, líbrame de la mano del que odia a mi alma. A causa de tu nombre, líbrame de la potestad hostil para permitirme encadenar a mi enemigo.

Sí, Tú eres un poderoso Protector y el Abogado de las plegarias y de las peticiones de nuestras almas. Día y noche intercedes por mis pecados; lleva mi oración a mi Padre.

Y Tú, Señor y Dios santo, dígnate lanzar una mirada favorable sobre mi oración, igual que acogiste las ofrendas de Abel. Dígnate librarme del fuego y de la pena eterna y de todos los tormentos que preparaste a los malvados. Te lo pido por el bueno y bendito Jesucristo, nuestro Salvador; por Él te sean dados alabanza, honor, poder y gloria, por los siglos de los siglos. Amén [148].

[148] La oración imita el movimiento de las anáforas eucarísticas.

III. LA ORACION DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

I

LOS PADRES GRIEGOS

Cien años separan a Orígenes de los dos Gregorios de Capadocia. Durante este siglo han cambiado las condiciones de la vida cristiana; a la amenaza ha sucedido la paz; a la persecución, la protección del Estado; al testimonio de la sangre, el testimonio de la ortodoxia frente a las herejías que desgarran la cristiandad.

En adelante los grandes obispos, que son también los grandes doctores, aportan al servicio de la palabra de Dios el prestigio de una cultura humana. Basilio y Gregorio de Nisa se habían alimentado de Platón antes de frecuentar la Escritura. Sinesio, al convertirse en obispo de Ptolemaida, permanece unido a su pasado pagano. Crisóstomo es aplaudido por los auditores de Constantinopla, lo que no había sucedido nunca al gran Orígenes. No sólo les da las enseñanzas de la Iglesia, les hace gustar también los goces del espíritu.

Raramente aflora la oración en las homilías de los Padres. El elemento personal se borra ante la misión de enseñar. En la preocupación de los obispos la oración privada cede el paso a la oración litúrgica. Se esfuerzan en desarrollar la liturgia. Gregorio Nacianceno y Basilio, sobre todo, aportan a ello todo su esmero y su piedad teológica.

En lugar de las oraciones espontáneas se multiplican los himnos de factura más estudiada, de inspiración menos bíblica. Gregorio Nacianceno se esfuerza en dotar a la literatura cristiana de poemas que hagan buen papel junto a los poemas profanos. Sea cual fuera su valor poético, aportan el testimonio de un alma que ora. Pero no poseen ni la densidad ni la espontaneidad del siglo precedente. Y después de su lectura nos quedamos con un poco de hambre.

ATANASIO
(† 373)

Atanasio, el más ilustre obispo de Egipto, pertenece a las figuras más nobles y relevantes de la antigua Iglesia. Nacido en 295 en la ciudad de Alejandría, fué primero diácono secretario de su obispo Alejandro; asistió al Concilio de Nicea, donde destacó su ciencia teológica. En la sede de Alejandría defendió, a costa del destierro, la fe de Nicea en la divinidad de Cristo.

Su actividad literaria fué inmensa, sobre todo en la lucha contra la herejía arriana. El "himno a la virginidad" está extraído de una obra cuya existencia sólo se conoce por algunos fragmentos.

Himno a la virginidad.

243 ¡Oh virginidad, imagen del Dios incorrup-
[tible,
árbol de la vida!
¡Oh virginidad, púrpura entre toda púrpura,
faz del Dios inmortal!
¡Oh virginidad, corona de gloria
y cetro del reino!
¡Oh virginidad, música de un misterio mara-
[villoso!
Hermosas son tus coronas
y las victorias de tus combates.
¡Oh virginidad, luz total para los que te aman!
¡Oh virginidad, próxima a Dios y desprecia-
[da de los hombres!
¡Oh virginidad, libre claridad y vida celeste!
¡Oh virginidad, templo de Dios y mansión del
[gran Rey!
¡Oh virginidad, paraíso y tienda del Todopo-
[deroso!
Tú eres digna de los bienes del Señor,
¡oh virginidad, de la familia y heredad
del Dios inmortal!

En ti se apoyó el creador del hombre,
Cristo, para consumar su victoria.
¡Oh virginidad, árbol floreciente y perpetua
[dulzura!
¡Oh virginidad, paraíso y mansión del Todo-
[poderoso!...
¡Oh virginidad, gloria de Dios y decoro de los
[arcángeles!

Tu espíritu y tu vida son tan bellos
como la heredad que se te ha prometido.
¡Oh indómita virginidad, tú sostienes al Rey!

GREGORIO NACIANCENO
(† 390)

Formado en las letras griegas en las escuelas de Alejandría y Atenas, donde hizo amistad con Basilio, Gregorio se convirtió a la vida cristiana. Su padre, que era obispo de Nacianzo, le ordenó sacerdote. Basilio le impuso el obispado de Sasimes, en Asia Menor. Representó de 379 a 381, en Constantinopla, un papel decisivo, que llevó a la liquidación del arrianismo.

Más dotado para la meditación y la vida literaria que para las luchas de la acción, Gregorio, a quien los griegos han dado el sobrenombre de "el Teólogo" o "el Demóstenes cristiano", tenía un alma inquieta que se expresaba por entero en sus poemas como en sus homilías y discursos.

La vida personal y la sensibilidad de un corazón delicado encuentran nuevos acentos que nos alejan de los Padres del siglo III *y del estilo litúrgico y escriturario de sus oraciones. Gregorio anuncia las "Confesiones" de San Agustín, el lirismo de nuestros románticos. Su oración, de resonancias profundamente humanas, hace aparecer extrañamente moderno a este humanista cristiano.*

Doxología pascual.

244 ¡Oh, Pascua, misterio grande y santo que purifica al universo entero!

Quiero hablarte como si poseyeras un alma.
¡Oh verbo de Dios [1], luz y vida, sabiduría y poder! Te saludo con tus múltiples nombres. ¡Retoño ilustre, imagen y emanación del Espíritu! ¡Oh espiritual palabra, ser visible que unes todas las cosas y las arrastras con el verbo de tu poder! Dígnate escuchar mi discurso: no es el comienzo, sino, sin duda, la terminación de nuestro sacrificio [2]. Que sirva a un tiempo de acción de gracias y de súplica. Haz que tengamos que soportar solamente las pruebas necesarias y santas que corresponden a nuestra existencia.

Aligera el peso de nuestro cuerpo—Tú, Señor, sabes cuán pesado y penoso es—. Suaviza la severidad de tus juicios cuando seamos purificados por Ti. Mas, si se cumplen nuestros deseos, que podamos marchar y encontrar acogida en las celestiales moradas. Continuaremos ofreciéndote un sacrificio agradable en tu altar, Padre, Verbo y Espíritu Santo.

¡A Ti la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos! Amén.

Oración por Cesáreo, su hermano difunto [3]

245 ¡Oh dueño y creador del universo, y especialmente del hombre, creado a tu imagen!

---

[1] Se trata de la fiesta pascual personificada.
[2] Fué éste el último discurso de Gregorio. Poco después murió.
[3] Extracto de la oración para el traslado de los restos de Cesáreo, en presencia de su madre, hacia el 369.

Dios de los hombres, Padre y Piloto [4], Señor de la vida y de la Muerte; Tú guardas nuestras almas y las colmas de beneficios; Tú realizas y transformas todas las cosas por la industria de tu Verbo, en la hora prevista y según la economía de tu prudencia; acoge hoy a nuestro hermano Cesáreo, como las primicias de nuestro peregrinar.

Si recibes el primero al que nació el último, nos sometemos a tus decretos que rigen el mundo. Que nos recibas a nuestra vez en el tiempo que te plazca después que nos hayas guiado y dejado permanecer en la carne mientras te parezca útil y saludable.

Que nos acojas en el último día preparados por el temor, pero sin turbarnos ni vacilar. Que nos arranques sin pena de las cosas de la tierra en la medida en que nuestras almas aman con exceso el mundo y la carne; marchemos decididos y gozosos a la larga y bienaventurada vida que está en Cristo Jesús, nuestro Señor, a quien pertenece la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Himno a Dios.

246 ¡Oh Tú, el que estás más allá de todo!
¿Cómo darte otro nombre?
¿Qué himno puede cantarte?
No hay palabra que te exprese.

[4] La imagen del piloto es aplicada frecuentemente a Dios en la literatura grecocristiana.

¿Qué espíritu comprenderte?
No hay inteligencia que te conciba.
Sólo Tú eres inefable.
Todo lo que se dice, de Ti ha salido.
Sólo Tú eres incognoscible.
Todo lo que se piensa, de Ti ha salido.
Todos los seres te celebran,
los que hablan y los que son mudos.
Todos los seres te rinden homenaje,
los que piensan y los que no piensan.
El universal deseo, el gemido de todos,
a ti aspira.
Todo lo que existe te reza,
y todo ser que sabe leer en tu universo
hace ascender a Ti un himno silencioso.
Todo lo que permanece, en Ti sólo permanece.
El movimiento del universo en Ti acaba.
Eres el fin de todos los seres,
el Unico.
Eres todos y ninguno.
No eres un solo ser ni eres el conjunto.
Tienes todos los nombres
¿Cómo te llamaré?
Eres el único a quien no se puede nombrar.
¿qué espíritu celeste podrá penetrar las nubes
que el mismo cielo ocultan?
Ten piedad, ¡oh Tú!, el que estás más allá de todo.
¿Cómo darte otro nombre?

Himno de la tarde.

247 Te bendecimos en esta hora
¡oh Cristo mío, Verbo de Dios,
Luz de la luz sin comienzo [5]
Administrador del Espíritu!
Te bendecimos, triple luz
de una indivisa gloria.
Tú has liberado a las tinieblas
y producido la luz
para en ella crearlo todo.
Tú has dado consistencia a la materia,
modelando con ella la imagen del mundo
y la forma de su hermosura.
Tú has iluminado el espíritu del hombre,
dándole razón y sabiduría.
En todo se halla
el reflejo de la eterna luz,
porque en la luz
descubre el hombre el esplendor,
y todo él en luz se convierte.

Tú has iluminado el cielo
con jaspeadas luces.
A la noche y al día
les has ordenado relevarse en paz,
dándoles por norma
una amistad fraterna.

[5] Como en el himno de la tarde, *Phos hilarion*, supra, número 223, la imagen de la luz se repite sin cesar en las oraciones vespertinas.

Pone la primera un término
a los trabajos de nuestro cuerpo,
despertándonos el otro al trabajo,
a las cosas que nos importan;

Concede a mis párpados
un sueño ligero,
para que mi voz
no permanezca muda mucho tiempo.
Tu creación velará
para salmodiar con los ángeles.
Que esté mi sueño siempre
habitado por tu presencia
Y que la noche no retenga
ninguna de las manchas del pasado día.
Que las locuras de la noche
no pueblen mis sueños.
Separado incluso del cuerpo,
te canta el Espíritu, ¡oh Dios!
Padre, Hijo
y Espíritu Santo.
A Ti el honor, el poder y la gloria
por los siglos de los siglos. Amén.

Antes de la lectura de la Escritura.

248 Escucha, ¡oh Padre de Cristo, a quien nada se oculta!,
mi oración de hoy.
Haz oír a tu servidor el cántico maravilloso.
Que conduzca mis pasos por los caminos de nuestro Dios
aquel que conoce a Dios por haber nacido de Él:

Cristo, el Rey que ha librado a los hombres de todas sus miserias.
El, en el tiempo, tuvo piedad del sufrimiento humano.
Con el consentimiento del Padre cambió su condición.
Y el Dios inmortal se hizo mortal hasta haber librado
a todos los que gemían en los lugares infernales.
Alma mía, pon atención.

Oración a Cristo en la enfermedad.

249 Fortifícame, ¡oh Cristo, Tu servidor ha sido anonadado.
Calla mi voz que te cantaba. ¿Cómo lo consientes?
Confórtame y no abandones a tu sacerdote.
Quiero volver de nuevo a la salud,
cantarte y purificar a tu pueblo.
Te ruego, ¡oh mi fuerza!, que no me abandones.
Si en la tormenta he llegado a traicionarte
quiero volver a Ti.

Oración para verse libre del demonio.

250 Líbrame, líbrame, ¡oh Dios inmortal!,
de las manos extrañas.
Que no sea ya probado por las malas obras,
y que el faraón no me atormente.

Que no caiga en las redes
de tu Adversario, ¡oh Cristo!;
que no me arrastre a la sombría Babilonia,
cubierto de heridas.
Déjame permanecer en tus atrios
y cantar allí en pie tus alabanzas.
Que el fuego de Sodoma
no llueva sobre mi cabeza.
Protégeme con tu mano poderosa,
apártame de todas las desgracias.

Oración de la mañana.

251 Al levantarse el día presento mis manos a Dios.
No quiero realizar ni permitir ningún mal,
sino ofrecerte, ¡oh Todopoderoso!, esta nueva jornada,
mantenerme inquebrantable y gobernar mis pasiones.
En mi vejez me avergüenzo de ser tan mediocre,
yo, que participo en una mesa santificada.
He aquí mis intenciones, ¡oh Cristo!: marca mi ruta.

Oración a Cristo.

252 ¡Desgraciado de mí! No puedo más, ¡oh Cristo!,
sostén de los mortales.

¡Desgraciado de mí! Las luchas y tempestades
me azotan a porfía.
¡Qué triste esta vida sin fin ni permanencia,
y los asaltos que dentro y fuera
empañan la belleza de la imagen divina.
¿Habrá encina que soporte vientos tan violentos?
¿Existirá un navío que pueda luchar con semejante tormenta?
Estoy quebrantado de fatiga y cansado de múltiples trabajos.
He aceptado a disgusto la carga de la casa paterna [6]
y cuando he llegado a ella la he hallado destrozada.
Los amigos me han agotado, ha minado mis fuerzas la enfermedad.
He sido abandonado por el pueblo al que el Espíritu me había enviado.
De mis hijos, a unos he perdido, de otros me veo separado, y soy la risa de los últimos, padre infortunado.
Mis ayudantes espirituales fueron más hostiles conmigo que mis enemigos.
No respetaron siquiera la mística mesa,
ni menos aún las pruebas que soporté.
Los seres más abyectos se hubieran conmovido.
Ellos sólo una cosa buscan: mi deshonor.

[6] Alusiones a los sinsabores que reservaba a Gregorio el episcopado, para el cual no estaba hecho.

Otras oraciones a Cristo.

I

253 Desgraciado de mí, ¡oh Cristo!, el dragón ha vuelto.
Desgraciado de mí, que redobla su furor.
Desgraciado de mí, he probado del árbol de la ciencia [7].
Desgraciado de mí, el Envidioso me ha inspirado pensamientos de envidia.
No tengo nada de divino y he sido arrojado del paraíso.
¡Oh espada, suaviza un poco tu llama ardiente!
Abreme de nuevo el jardín del Edén,
como lo hizo Cristo en la cruz con el ladrón.

II

254 Estoy muy decepcionado, ¡oh Cristo!, te lo confío:
He caído muy bajo, desde las alturas.
Levántame de nuevo, tengo conciencia
de haberme engañado a mi mismo;
si otra vez me vuelvo presuntuoso,
volveré a caer en seguida y la caída será fatal.

[7] Alusión al *Génesis*, 3, 3, donde el Señor prohibe comer del árbol que está en medio del jardín.

Si Tú me recibes, estoy salvado; si no, moriré.
¿Seré yo el único que canse a tu bondad?

III

255 La vida, ¡ay!, me ha quebrantado;
sé que ya en su mayor parte pasó
y aspiro a morir:
La maldad no se da por vencida.
Alarga mis días, ¡oh Cristo!,
vida de los mortales,
o, si place a tu clemencia,
arráncame de mis miserias.
Si rehusas, moriré. ¿Qué más quieres?
A menos que el fuego, amigo de los hombres,
quiera acogerme en sí [8].

Oración a su alma.

256 Ya es tiempo, ¡oh alma mía!, sí, ya es tiempo, si quieres
conocerte a ti misma, tu ser o tu destino.
De dónde vienes y dónde has de reposar.
Si es la vida, esta que vivimos o si esperamos algo mejor.
Ponte al trabajo, alma mía, es preciso purificar tu vida.

[8] Los editores benedictinos pensaron en el purgatorio. El fuego parece significar aquí el amor de Dios. Gregorio teme más que nada no volver a encontrar a Dios.

Busca a Dios y sus misterios
lo que hubo antes del mundo, lo que el mundo representa para ti,
de dónde viene y cuál es su destino.
Ponte al trabajo, alma mía, es preciso purificar tu vida.

¿Cómo gobierna y guía Dios el universo?
¿Por qué aquí el movimiento y allá el reposo?
En cuanto a nosotros, somos arrastrados
por la corriente de la vida.
Ponte al trabajo, alma mía, no mires sino a Dios.

Lo que fué mi orgullo es ahora mi vergüenza.
¿Qué lazos me unen a la vida, cuál es su fin?
Ilumina mi espíritu, disipa todo error.
Ponte al trabajo, alma mía, no sucumbas ante la dificultad.

Imploración a Cristo.

257 ¡Ay de mí!, estoy oprimido de angustia por la vida y por la muerte.
Aquí está el pecado, pero allá el juicio.
Estoy en medio de un río de fuego que me espanta.
En ti, Cristo, tengo más confianza
que en la victoria de mis fuerzas.
Si me fuera dado expiar un poco mis faltas, sería lo mejor. Pero si mis miserias crecen sin cesar, más vale morir antes que agravar mi mal.

GREGORIO DE NISA
(† 394)

Hermano pequeño de San Basilio, fué ordenado de lector bastante joven, pero se retiró del estado eclesiástico, se hizo rector y se casó.

Bajo la influencia de su amigo, Gregorio Nacianceno se retiró a la soledad para llevar vida ascética. Se hizo sacerdote; Basilio le nombró obispo de Nisa en Asia Menor.

Espíritu dotado de una rica cultura profana, filósofo alimentado de platonismo, Gregorio piensa su fe con todo el vigor de sus facultades especulativas. Sus puntos de vista sobre la creación del hombre son particularmente penetrantes; la humanidad compone un todo que no hallará su plenitud hasta el fin de los tiempos. Su oración de acción de gracias hace alusión a ello.

Gregorio, en sus escritos místicos, anuncia a un Juan de la Cruz. Compuso cinco homilías sobre la oración, que comentan admirablemente el "Padrenuestro".

Oración de Santa Macrina a su muerte [9].

Había vuelto su lecho hacia Oriente. En voz baja decía:

258 Tú, Señor, has suavizado para nosotros los horrores de la muerte. Tú has hecho del término de nuestra vida el comienzo de la vida verdadera. Tú dejas reposar algún tiempo nuestros cuerpos, algún tiempo y después lo despertarás con la trompeta última.

Tú nos confías, para que nos conserve, a la tierra que has moldeado con tus manos; Tú le pedirás de nuevo nuestros restos mortales para transformarlos en belleza inmortal.

Para salvarnos de la maldición y del pecado, te has hecho lo uno y lo otro por nosotros.

Tú trituraste la cabeza del dragón, que había precipitado a los hombres en el abismo de la desobediencia.

Tú nos has preparado la Resurrección, cuando has roto las puertas del infierno y has anulado con tu muerte al que tenía el imperio de la muerte. A los que tienen miedo les has dado el signo de la Cruz para anular al Adversario y asegurarnos la vida, ¡oh Dios eterno!, a quien he sido consagrado desde el seno de mi madre, a quien he amado con todas mis fuerzas, a quien me he consagrado en cuerpo y alma, desde mi infancia.

Pon a mi lado un ángel de luz que me conduzca al lugar de refrigerio donde brota la fuente que mitiga la sed, junto a los Santos Padres, ¡oh Señor! Tú has roto la espada de fuego y devuelto el paraíso al hombre que fué crucificado contigo y había implorado tu perdón.

Acuérdate de mí también en tu reino, pues estoy crucificado contigo porque he mortifi-

[9] Macrina es la hermana de Basilio y de Gregorio de Nisa.

cado mi carne con tu temor y temblado ante tu juicio. ¡Que el abismo no me separe de tus elegidos! Lejos de mí toda calumnia; no hagas memoria de mis pecados.

Si he faltado, por la debilidad de mi naturaleza en palabra, en acción o en pensamiento, perdóname, puesto que tienes poder de remitir los pecados sobre la tierra. Que al despojarse de la vestidura de mi cuerpo sea hallada mi alma sin mancha. Más aún: dígnate recibir en tus manos mi alma sin falta ni reproche como una grata ofrenda.

Acción de gracias.

259 Tú Señor, eres, en verdad, una fuente de dad pura e inagotable;

nos has rechazado y de nuevo nos has acogido con misericordia;

nos has odiado y te has reconciliado con nosotros;

nos has echado del paraíso y nos has devuelto a él;

nos has quitado los ropajes de hojas silvestres[10] para revestirnos de un manto real;

has abierto las puertas de la prisión para poner en libertad a los condenados.

Nos rocías con agua pura para purificarnos de nuestras manchas.

[10] Alusión al *Génesis*, 3, 7-8, en que Adán y Eva, después del pecado, se visten con hojas de higuera.

Adán no tendrá ya que sonrojarse más, cuando le llames, ya nunca le traicionará su conciencia, no necesitará ocultarse ni refugiarse bajo los árboles del jardín. La espada de fuego no volverá a cerrar el acceso al paraíso ni impedirá entrar a los que se acerquen.

Para nosotros, herederos del pecado, todo se ha cambiado en deslumbrante gozo y vemos abrirse el paraíso e incluso el cielo. La creación—tierra y cielo—, cuya unidad fué rota, canta la nueva amistad; los hombres, de acuerdo con los ángeles, celebran conocer a Dios.

También nosotros queremos entonar a Dios el cántico de la alegría que en otro tiempo cantó proféticamente una voz inspirada por el Espíritu:

Mi alma está llena de alegría en el Señor, pues me ha revestido con vestiduras de salvación. Me ha adornado con su manto de fiesta, como se adorna el novio con una diadema, como la novia se engalana con joyeles.

Quien adorna a la prometida es necesariamente Cristo, que ha sido y será bendito ahora y por toda la eternidad.

EPIFANIO DE SALAMINA
(† 403)

Originario de Judea, monje en Egipto, obispo finalmente de la isla de Salamina. Epifanio es un

desbaratador de herejías. Su celo real, por desgracia excesivo y poco acertado; su tendencia exclusivamente tradicionalista, hostil tanto a la cultura griega como a la crítica histórica, hicieron de él el juguete de Teófilo de Alejandría y ensombrecen su memoria. Tomamos de su obra capital, "Las herejías", un himno de hermosa vena bíblica.

Himno a la Iglesia.

260 Ven del Líbano, esposa, que eres toda bella y no hay mancha en ti.

¡Oh paraíso del gran Arquitecto, ciudadela del Rey santo, desposada del Cristo sin mácula, Virgen purísima. Prometida en la fe al único esposo, tú resplandeces y brillas como la aurora!

Eres bella como la luna, pura como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla. Las reinas te proclaman bienaventurada, las mujeres te celebran y las doncellas alaban tu belleza. Te alzas en el desierto, brillante con una claridad deslumbradora, y avanzas envuelta en perfumes.

Te alzas en el desierto como una columna de humo, exhalando incienso y mirto, con todos los aromas que difunde el más suave de los olores. Quien la había anunciado decía:

Tus perfumes tienen un suave aroma y todas las doncellas te han amado.

Te has colocado junto al Rey, vestida con un traje resplandeciente, tejido con el oro más puro.

Fuiste un día negra, hoy eres bella y blanca.

Cuando llegamos junto a ti, olvidamos todas las tristes pruebas de las herejías y cerca de ti reposamos de las tempestades que agitan las olas, ¡oh Santa Madre Iglesia!, y cobramos ánimo en tu doctrina santa, en la unida fe y en la verdad de Dios.

ASTERIO DE AMASEA
(† 410)

Asterio era obispo de Amasea, ciudad del Ponto, ha dejado 16 homilías de una bella elevación, de las cuales tomamos el himno pascual. La elocuencia expresa aquí una doctrina apoyada sobre la Escritura e inspirada en los temas litúrgicos.

Himno pascual.

I

261 Hoy la Iglesia, la heredera, está llena de alegría. Su esposo, Cristo, que padeció, acaba de resucitar. Ha llorado a un doliente y festeja a un vivo.

El heredero está alegre, el pueblo de la antigua alianza se cubre de confusión por haberlo entregado a la muerte: ha perdido la herencia. El esposo ha resucitado y el judío, el adversario de lo esposa, ha sido confundido. Y ¿por qué? Se ha burlado de la resu-

rrección diciendo: *Los discípulos han robado al Señor.* Si los apóstoles le hubieran sacado del sepulcro, ¿cómo habrían podido los apóstoles curar al paralítico en su nombre? Un muerto no endereza a un cojo. Un muerto no devuelve el uso de los miembros, un muerto no enseña a andar. No se da a los otros lo que uno mismo no posee.

El Esposo ha resucitado y los santos profetas y apóstoles se acercan a él, como los abogados al tribunal, para recoger en la Iglesia la herencia prometida.

¡Regocíjate, Iglesia, esposa de Cristo! La resurrección del Esposo te ha alzado de la tierra, donde los que pagaban te golpeaban con los pies. Ya los altares de los demonios no dispersan a tus hijos; en cambio, los templos de Cristo acogen a los nuevos bautizados. La tiranía de los ídolos toca a su fin, los altares de Cristo triunfan.

II

262 ¡Oh noche, más clara que el día!
¡Oh noche, más luminosa que el sol!
¡Oh noche! más blanca que la nieve,
más brillante que nuestras antorchas,
más dulce que el paraíso!

¡Oh noche, que no conoce las tinieblas;
tú quitas todo sueño
y nos haces velar con los ángeles!
¡Oh noche, terror de los demonios,
noche pascual, esperada durante un año!

Noche nupcial de la Iglesia,
que haces nacer a los nuevos bautizados
y despojas al demonio dormido.
Noche en que el Heredero
introduce a los herederos en la herencia.

SINESIO DE CIRENE
(† 414)

Curiosa figura la de este aristócrata libio, afinado por una cultura griega tomada de la escuela de Alejandría. Embajador en Constantinopla, utilizó su influencia en provecho de sus compatriotas y fué elegido obispo de Ptolomeo en Libia por el entusiasmo popular, cuando era todavía pagano. Permaneció más fiel a su pasado que a la novedad de su fe. Poeta delicado, por lo demás, compuso himnos en dialecto dórico, que presentan una curiosa mezcla de cultura ática y pensamiento cristiano.

Himno a Cristo.

263 Cantemos al Hijo de la esposa,
que permanece sin mancha
y no conoce los carnales desposorios.
Los consejos inefables del Padre
han decretado el nacimiento de Cristo.
El seno augusto de una virgen
le dió su vestidura de carne.
Ha venido en medio de los hombres
a traer la fuente de la luz.

Tu nacimiento inefable
ha precedido el origen de los siglos.
Tú eres la fuente de la luz,
el rayo que brilla con el Padre.
Tú disipas la opacidad de la materia
e iluminas el alma de los santos.

Eres Tú el que has creado el mundo,
los orbes y los astros;
Tú sostienes el centro de la tierra
Tú salvas a todos los hombres.
Por Ti el sol comienza su carrera
e ilumina todos nuestros días;
por Ti el creciente de la luna
disipa las tinieblas de la noche.
Por Ti germinan las simientes
y pacen los rebaños.
De tu fuente inagotable
brota el esplendor de la vida,
que da su fecundidad al universo.
Y tu seno hace nacer la luz,
la inteligencia y el alma.

Apiádate de tu hija,
prisionera de sus miembros mortales
en los estrechos límites de la materia.
Protege de los ataques del mal
la salud de nuestros miembros vigorosos.
Da elocuencia a nuestras palabras
y a nuestras obras una fama
semejante al antiguo esplendor
de Esparta y de Cirene [11].

[11] Toda esta página tiene un tono muy platónico todavía.

Que mi alma viva días dichosos
sin conocer el dolor,
fijos los ojos sin cesar
en tu claridad inefable.
Que, liberado al fin de la materia,
sin volver nunca atrás la mirada,
huyendo a las angustias de aquí abajo,
venga a sumergirme en la fuente de mi alma.
Dígnate conceder esta vida sin reproche
al trovador que te canta.

Al celebrar así tu gloria
canto también a tu Padre
y a su majestad suprema;
canto sobre el mismo trono al Espíritu
entre el Principio y el Engendrado.
Al celebrar el poder de Dios
mis cantos despiertan en mí
los sentimientos más profundos de mi alma.

¡Salve, oh fuente del Hijo!
¡Salve, oh imagen del Padre!
¡Salve, oh morada del Hijo!
¡Salve, oh sello del Padre!
¡Salve, oh poder del Hijo!
¡Salve, oh belleza del Padre!
¡Salve, oh Espíritu purísimo,
lazo del Hijo y del Padre!
¡Oh, Cristo, haz descender sobre mí
este espíritu con el Padre.
Que sea para mi alma como el rocío
y la colme de tus presentes de rey.

CIRILO DE ALEJANDRIA
(† 444)

En el siglo V el más ilustre doctor de la escuela de Alejandría, rival de la de Antioquía, es Cirilo. une a una naturaleza belicosa, amante de estilo fuerte, una cultura teológica que hará de él el árbitro doctrinal de Oriente. Como patriarca de Alejandría se opone audazmente a la herejia nestoriana, sirviendo al mismo tiempo los intereses de la fe y los menos confesables de las pretensiones alejandrinas.

En la historia de la Iglesia ha quedado como el defensor de la maternidad divina de la Virgen María. Tomamos una alabanza a la Madre de Dios de la más célebre homilía mariana de la antigüedad cristiana. Manifiesta el desarrollo de la Teología, aliando la piedad a la más pura doctrina.

Himno a la Madre de Dios.

264 Te saludamos, Trinidad santa y mística, que nos has reunido a todos en esta Iglesia de la santa Madre de Dios.

Te saludamos, María, Madre de Dios,
tesoro venerado por todo el universo,
luz que no se extingue,
corona de vírgenes,
cetro de la verdad cierta,
templo indestructible,
morada de quien no tiene techo,
Madre y Virgen.

Gracias a Ti, Aquel que viene en el nombre del Señor es bendecido en los Evangelios; te saludamos porque has abrigado en tu seno virginal al Infinito.

Gracias a ti la Trinidad santa es adorada y glorificada, la cruz preciosa celebrada y adorada en el mundo entero.

Gracias a ti los cielos se estremecen, los ángeles y arcángeles se alborozan, los demonios están derrotados; el diablo tentador ha caído del cielo que el hombre destronado ve abrirse para él.

Gracias a ti el universo entero, engañado por los ídolos, ha llegado a conocer la verdad y el bautismo sagrado concedido a los creyentes con alegría.

Gracias a ti se elevan iglesias en todo el orbe de la tierra y las naciones paganas se encaminan hacia la conversión.

¿Qué más decir?

Gracias a ti, el Hijo único de Dios ha hecho brillar su claridad entre los que se mantenían en tinieblas a la sombra de la muerte.

Gracias a ti los profetas han profetizado y los apóstoles anunciado la salvación a las naciones.

Gracias a ti los muertos resucitan, los reyes gobiernan, a causa de la Santa Trinidad.

¿Qué hombre es capaz de cantar dignamente las alabanzas de María? Ella es, ¡oh maravilla!, madre y virgen a la vez. Este milagro me llena de admiración. ¿Se ha oído ja-

más que se haya prohibido franquear el umbral al arquitecto que ha construído su propio santuario? ¿Quién se ofenderá si eleva a su sierva a la dignidad de Madre?
Y así el universo entero se estremece de alegría.

II

LOS PADRES SIRIOS Y COPTOS

En los siglos IV y V la literatura siriocristiana conoció un esplendor semejante al de los Padres griegos y latinos. Edesa, en Mesopotamia, capital intelectual de la teoría siria, poseía, como Alejandría y Antioquía, una célebre escuela, ilustrada por el diácono Efrén. El nestoriano Narses, que la dirigió en 437, fué a fundar después de su expulsión la escuela de Nisibe.

Los otros pueblos del Oriente Medio que se hicieron cristianos, coptos, etíopes, georgianos y árabes, desarrollan en esta época una literatura propia comenzada por traducciones. Traducen las obras griegas, especialmente los comentarios de la Escritura; pero, en primer lugar, se esfuerzan en dar a sus compatriotas una versión de la Escritura y la liturgia. Las obras originales no aparecen hasta poco después.

Es difícil formular un juicio sobre el pensamiento y, por consiguiente, sobre la oración de los

Padres sirios. Hasta hoy no se ha hecho ninguna edición crítica de esta literatura, tan necesaria como difícil, ya que los monjes de los siglos posteriores inundaron el mercado de escritos atribuidos a los doctores célebres. Por eso hemos de citar los textos "a beneficio de inventario".

Lo que más choca en las oraciones e himnos sirios es su longitud, el énfasis del estilo, la ausencia de un plan severo, el encadenamiento más verbal que lógico. El alma latina, cuando ora, se vigila; el alma siria se abandona. De ahí la prolijidad de autores y de liturgia, que contrasta con la mesura romana.

Penitencia y pecado son los temas favoritos. El monaquismo parece haber desarrollado la preocupación por la salvación individual. Se han reducido los horizontes de los primeros siglos.

EFRÉN
(† 373)

Efrén es el doctor más grande de la Iglesia siria. Nació en Nisibe, al noroeste de Mossul, en Mesopotamia, donde se convirtió en discípulo y después en diácono del obispo Santiago hasta la toma de la ciudad por los persas. Fué entonces a fundar una escuela en Edesa, en territorio romano, que se llamó "escuela de los persas".

La inmensa producción teológica y poética de Efrén hizo que se le llamara "lira del Espíritu Santo". Desgraciadamente carecemos de una edición crítica de sus obras, que se impone tanto más porque tuvo continuadores cuyos cantos han sido confundidos con los suyos.

El prestigio de Efrén fué tal que, al decir de Jerónimo, sus obras fueron leídas públicamente en ciertas iglesias, después de la lectura de las Escrituras (De viris, 115). *Fué pronto traducido por los griegos, bastante pobres en poesía cristiana. Fué muy leído en el mundo helénico y parece que ejerció una influencia duradera sobre la literatura bizantina y sobre la siria.* (A. Puech, *"Historia de la literatura grecocristiana"*, III, 599.)

Himno eucarístico.

265 De pronto Jesús, ardiendo de amor,
se levantó de la mesa
y comenzó a realizar los misterios
y a consumar la verdadera Pascua.

En la noche de esta Pascua memorable
ordenó a la Iglesia hacer memoria
del Cordero que antes de morir por nosotros
nos deja su cuerpo y su sangre.

¡Oh noche ilustre, en que fueron revelados [los misterios,
sellada la antigua alianza,
enriquecida la Iglesia de los gentiles!
¡Bendita seas, hora augusta, en que el manjar [fué consagrado!

Himno a la ascensión.

266 En este día el pan nuevo y espiritual
ha subido a los cielos.

Los misterios se han revelado en tu cuerpo,
que se ha alzado como una ofrenda.
¡Bendito sea, Señor, tu pan!

Nos ha llegado el Cordero de la casa de Da-
el sacerdote de la raza de Abraham; [vid,
por nosotros se ha convertido en el Cordero
[de Dios
y, por nosotros, en el nuevo sacerdote
Su cuerpo es la víctima; su sangre, nuestra
¡Bendito sea el nuevo sacrificio [bebida.

Ha descendido del cielo como la luz,
ha nacido de María como germen divino,
de la cruz ha caído como un fruto
y ha subido al cielo como primicia.
¡Bendita sea su voluntad!

Tú eres la oblación del cielo y de la tierra,
inmolado y adorado a la vez.
Has venido para ser víctima
y has subido como ofrenda única;
has subido, Señor, llevando tu sacrificio.

Oración del anciano.

267 Señor Jesucristo, rey de reyes, que tienes poder sobre la vida y sobre la muerte; Tú conoces lo secreto y escondido, ni nuestros pensamientos ni nuestros sentimientos están velados para Ti. Cúrame de mis ardides, he hecho mal en tu presencia.

He aquí que mi vida declina de día en día y mis pecados no hacen sino crecer. ¡Oh Señor, Dios de los espíritus y de los cuerpos!, Tú conoces la etrema fragilidad de mi alma y de mi carne. Concédeme, Señor, fuerza en mi debilidad y sosténme en mi miseria.

Tú sabes que he sido para muchos motivo de asombro, Tú eres mi poderoso sostén. Dame un alma agradecida; que me acuerde sin cesar de tus beneficios, Señor lleno de bondad. No guardes memoria de mis numerosos pecados, antes bien perdona todas mis prevaricaciones.

Señor, no desdeñes mi oración—la oración de un miserable—; consérvame tu gracia hasta el fin y que ella me guarde como en el pasado. Tu gracia me ha enseñado la sabiduría: bienaventurados los que siguen sus caminos porque recibirán la corona de la gloria.

Señor, te alabo y te glorifico, a pesar de mi indignidad, porque tu misericordia conmigo no ha tenido límite. Tú has sido para mí ayuda y protección. ¡Que el nombre de tu majestad sea alabado por siempre! A Ti, ¡oh Dios nuestro!, la gloria.

Oración ante la muerte.

268 Dios de Dios, verdadero Dios de Dios verdadero, reconocemos que eres la misma bondad. Asístenos en tu benevolencia. No con-

sientas que compartamos algún día con Satanás las penas del infierno. Extiende sobre nosotros las alas de tu misericordia.

Te reconocemos como la luz, somos servidores entre tus manos. No permitas que el Maligno nos arranque nunca de Ti ni que nos rebelemos contra tu soberanía.

Sabemos que eres justo, Señor; sé la justicia para nosotros. Sabemos que eres nuestro Salvador, líbranos y salvanos del mal. Proclamamos tu santidad, santifícanos por tu cuerpo y tu sangre. Que los elegidos, que han comido tu carne y bebido tu sangre preciosa, canten tu gloria.

Concédenos el perdón, ¡oh Dios de bondad!, que tiene misericordia con los pecadores.

Oración a Cristo doliente.

269 Caigo, Señor a tus plantas para adorarte; te doy gracias, Dios de bondad; te imploro, Dios de santidad. Ante ti doblo las rodillas.

Tú amas a los hombres y yo te glorifico, ¡oh Cristo!, Hijo único y Señor de todas las cosas, que eres el único sin pecado; por mí, pecador e indigno, te has entregado a la muerte y muerte de cruz. De esta suerte has librado a las almas de las cadenas del mal.

¿Qué te daré yo, Señor, por tanta bondad?
¡Gloria a Ti, oh amigo de los hombres!
¡Gloria a Ti, oh misericordioso!
¡Gloria a Ti, oh magnánimo!
¡Goria a Ti, que absuelves los pecados!
¡Gloria a Ti, que has venido para salvar nuestras almas!
¡Gloria a Ti, que te has hecho carne en el seno de la virgen!
¡Gloria a Ti, que fuiste maniatado!
¡Gloria a Ti, que fuiste flagelado!
¡Gloria a Ti, que fuiste escarnecido!
¡Gloria a Ti, que fuiste clavado en la cruz!
¡Gloria a Ti, que fuiste enterrado y que has resucitado!
¡Gloria a Ti, que fuiste predicado a los hombres y creyeron en Ti!
¡Gloria a Ti, que has subido al cielo!

Gloria a Ti, que estás sentado a la diestra del Padre; Tú volverás con la majestad del Padre y los santos ángeles para juzgar en esta hora espantosa y terrible a todas las almas que han despreciado tu Santa Pasión.

Se conmoverán las potencias del cielo, todos los ángeles, arcángeles, querubines y serafines aparecerán con temor y temblor, ante tu gloria; vacilarán los fundamentos de la tierra y todo lo que respira se estremecerá ante tu soberanía.

En esta hora, que tu mano me resguarde bajo tus alas a fin de salvar mi alma del fuego terrible, del rechinamiento de dientes, de

las tinieblas exteriores y de las lágrimas eternas; que pueda yo glorificarme cantando:

Gloria a Aquel que se ha dignado salvar al pecador en su misericordiosa bondad.

MACARIO EL EGIPCIO
(† 390)

Bajo el nombre de Macario (que significa bienaventurado) se ha dado curso a una cantidad de escritos, homilías ascéticas sobre todo, cartas y apotegmas. Las cincuenta homilías de "Macario" le colocan entre los primeros místicos de la antigüedad cristiana. Pero toda esta producción literaria parece ser obra de monjes que se cubrieron con el nombre de Padres ilustres.

Macario el Egipcio, llamado "El Antiguo" o "el Grande", vivió durante sesenta años en el desierto de Sceté; adquirió una excepcional celebridad entre los monjes del bajo Egipto por su sabiduría y su palabra. La "oración de la noche", que se le atribuye, está incluída en el Oficio de Nona, en la Iglesia jacobita.

Oración de la noche.

270 Dios, que has venido al fin de los tiempos para salvarnos a la caída del día, Tú has arrojado a Adán del paraíso y has vuelto a abrirlo para él. Por tu muerte en la cruz, ten piedad de mí ahora que el fin de mi vida se acerca y me llega la noche. El tiempo es demasiado corto para lavar todas mis manchas. No puedo pedir una multitud de años para expiar la multitud de mis faltas.

Mira por mí, Señor; ante tu temible tribunal ten piedad de mí, ¡oh Dios!, en estos días en que será medida la misericordia. Echa sobre mí una mirada de paz y de dulzura, en esta hora en que juzgarás con rigor.

Cúrame desde la tierra y estaré sano. Alzame en tu misericordia y condúceme a la penitencia, para que pueda encontrarte allá arriba a cara descubierta. No me entregues al poder de mis enemigos, Señor, que no me convierta en presa de los que tienden emboscadas a mi alma; que no sea privado de tu gracia y despojado del don del Espíritu.

Lavaré, Señor, las manchas de mi vestido para no ser arrojado a las tinieblas exteriores, con el que no fué juzgado digno del festín. Conserva en mi lámpara el aceite de los buenos servidores, para que no sea rechazado con las vírgenes locas. Evítame, Señor, esas palabras terribles dirigidas a los que quedan a tu izquierda: *No os conozco.*

Por la sangre de la Cruz que has derramado por nosotros, vivifícame, según tu misericordia, a fin de que guarde el testimonio de tus palabras, viva para gloria tuya, y obtenga la alegría de tu reino por los siglos de los siglos. Amén.

Oración al ángel guardián.

271 Angel santo, que velas por mi pobre alma y mi vida miserable, no me dejes —soy pecador— y no me abandones a causa de mis manchas. No dejes acercarse a los malos espíritus [12] y dirígeme ejerciendo tu poder sobre mi cuerpo mortal.

Toma mi mano herida e impotente y condúceme por el camino de salvación.

Sí, ángel santo de Dios, que velas sobre mi alma y sobre mi cuerpo, perdóname todo lo que he podido ofenderte en el curso de mi vida y todas mis faltas de hoy. Protégeme en la noche que se acerca y guárdame de las emboscadas y de los ataques del Enemigo para que no ofenda a Dios ni con un solo pecado.

Intercede por mí cerca del Señor, a fin de que me afirme en su temor y que haga de mí un servidor digno de su santidad. Amén.

CIRILONA
(Siglo IV)

No sabemos apenas nada de la vida de Cirilona. Probablemente es originario de Mesopotamia. Fué diácono y quizá obispo. Conoció la invasión de los hunos, a la que hace alusión en sus poemas.

Los seis cantos, únicos que se conservan de su obra, manifiestan un poeta auténtico, original y profundo. Bickell, que editó su obra, la coloca inmediatamente después de San Efrén.

[12] En el pensamiento de los Padres el nombre es la prenda en juego de los espíritus buenos y malos que le rodean. Ya Orígenes había desarrollado la teología de los ángeles.

La santidad de la Iglesia.

272 Señor, no consideres a los que te ofenden,
sino a los te aplacan.
Numerosos son sobre la tierra tus servidores
que trabajan por la verdad.
En todas partes descubrirás monasterios
habitados por hombres perfectos.
Hasta en los huecos de las rocas
encontrarás hombres recluídos.
Hasta en el desierto, penitentes.
En las alturas se refugian los monjes
y los héroes de Dios en las islas lejanas.
Escucha: en las moradas resuenan tus salmos
y en los campos tus cánticos.
Sobre el mar encontrarás servidores
y los navegantes que te dirigen plegarias.
Las ciudades conocen tus palabras
y los jueces temen tus sentencias.
Los mismos pecadores buscan de nuevo tu santidad;
las pecadoras se cubren de confusión.

Los infieles han rechazado sus ídolos
y los sacerdotes paganos sus creencias.
Persia ha recibido tu mensaje,
tu Evangelio se ha difundido por Asiria.

Pedro enseña en Roma
y Tomás en las Indias.
Los griegos exponen tus misterios;
los romanos, tus libros santos.

Tu cruz dirige a los reyes,
tu caridad habita el corazón de las reinas.
Tu mano conduce al mundo
y el universo reposa en tu amor.
Tu cuerpo de vida está en el corazón de la Iglesia
y tu sagrada sangre protege a la Esposa.
Nuestros cantos celebran tu grandeza
y el universo te implora al unísono.

Señor, retira la amenaza de tu cólera,
nuestras nucas son demasiado frágiles para tu espada.
Pon fin a todas nuestras guerras,
concede al mundo la salvación y la paz.
Aparta de nosotros los temblores de tierra.
Evítanos los mensajes de desgracia.
Dígnate darnos los frutos de la tierra
y devuelve la alegría a los hombres afligidos.
Concédenos un verano dichoso
y que el invierno nos sea clemente.
Pon fin a tu cólera
y deja reinar la misericordia.

RABULAS DE EDESA

(† 436)

Con Cirilo de Alejandría, Rabulas, obispo de Edesa, luchó contra el nestorianismo. Pasa por

ser el autor de la "Peshitta", la traducción siria del Nuevo Testamento. Los himnos que le son atribuidos son de una autenticidad dudosa. Damos algunos fragmentos.

Himno a los mártires.

273 ¡Oh bienaventurados mártires, oh racimos humanos de la viña de Dios, vuestro vino embriaga a la Iglesia! Luces gloriosas y divinas que habéis acogido gozosamente todos los tormentos y vencido a los inicuos verdugos:

¡Gloria al poder que os ha asistido en el combate! Que el Dios, venido para nuestra salvación, tenga piedad de nosotros. Cuando los santos se dispusieron al festín del sufrimiento bebieron el brebaje que los judíos exprimieron en el Gólgota, y así penetraron en los misterios de la casa de Dios.

Cantemos también nosotros: ¡Alabado sea Cristo, que ha embriagado a los mártires con la sangre de su costado!

Maravillosa es la fiesta que el Padre prepara en los cielos a su Hijo único, a la cual convida a los profetas, a los apóstoles y a los mártires. El Padre ha reservado a sus amigos lo que ningún ojo ha visto, el Hijo reserva a sus invitados lo que ningún oído ha escuchado ni corazón alguno conocido el secreto.

Cantemos también nosotros: ¡Oh, vosotros que habéis sido invitados a la morada de la

luz, orad e interceded por todos nosotros, para que guardemos nuestras almas de la cólera futura!

Estamos invitados y venimos para celebrar vuestro triunfo, para obtener ayuda y curación por vuestra súplica.

¡Salve, profetas y apóstoles, edificadores de la fe!
¡Salve, torres inquebrantables que protegéis a las almas!
¡Salve, iniciados en los misterios divinos que habéis ascendido a las alturas!
¡Salve, maravillosas columnas que protegéis a la tierra de los pecados que la llevaban a la ruina!

Mirad cómo la iglesia y sus hijos celebran vuestra festividad para que nuestras almas sean salvadas de la cólera futura.

Amigos gloriosos del Hijo, profetas, apóstoles y santos-mártires, rogad a Aquel que os ha coronado; que Él aparte los golpes y los castigos que nos amenazan. Guerras y pruebas cercan por todas partes a nuestro país y está triste y abatido.

Que vuestra intercesión le arranque de sus miserias, pues vuestra fiesta ilumina cielo y tierra. Al recurrir a vos decimos al Señor:

Tú que castigas los corazones insensatos, ¡oh Cristo, esperanza de los luchadores!, castíganos con misericordia, conquístanos por tu gracia, ten piedad de todos nosotros.

Himno de penitencia.

274 Tú eres rico en gracia y en misericordia y purificas a todos los pecadores de sus faltas. ¡Purifícame con el hisopo, ten piedad de mí! Hazme gracia en tu misericordia como al publicano y a la pecadora. ¡Oh Cristo, que borras a los pecadores su prevaricación y acoges a todos los que hacen penitencia, Redentor del género humano, sálvame en tu misericordia!

Si incluso el justo no puede salvarse sino con trabajo, ¿qué será de mí, pecador? No he cargado con el peso del día ni con el ardor del sol, pertenezco a los obreros de la hora undécima. ¡Sálvame, ten piedad de mí!

Mis pecados me han aplastado contra el suelo y me han derribado de la altura en que me mantenía. Me ha precipitado en mi perdición como en un abismo, ¿quién podrá devolverme mi primitiva belleza que no seas Tú, ¡oh el más sabio de los creadores!, Tú que me has moldeado desde el principio a tu imagen y semejanza? Libremente me he convertido en cómplice del demonio y esclavo del pecado. Líbrame, Señor, en tu misericordia y ten piedad de mí.

Mis pensamientos me han turbado y han nublado mi espíritu; estoy desesperado porque mi falta es más grande que el mar y mis infamias más inmensas que las olas del océa-

no. He escuchado cómo dice tu gracia a los pecadores: *Invocadme y os escucharé, llamad y os abriré.* Te invoco como la pecadora del Evangelio, te suplico como el publicano y como el hijo pródigo. He pecado contra el cielo y contra Ti.

¡Oh Salvador, libra también a mi alma de su pecado, porque mis faltas han inflamado tu cólera; ten piedad de mí en tu misericordia!

Cuando rememoro mis caídas tiemblo ante tu justicia que ve mis llagas y mis manchas. No me atrevo ya a mirar al cielo porque mis pecados se levantan hasta él y la tierra me acusa porque mis prevaricaciones sobrepasan el número de sus habitantes.

Desgraciado de mí, cuando los justos y los santos aparezcan ante Dios y brille como el sol el brillo de sus obras. ¿Qué será de mí con mis obscuras obras?

Desgraciado de mí cuando aparezcan los sacerdotes para darte cuenta de los talentos recibidos. Yo, señor, que he enterrado el mío, ¿qué diré entonces, qué respuesta daré?

No quiero ser consumido por el fuego, yo a quien has dado como alimento tu cuerpo y tu sangre; no quiero ser precipitado en los infiernos, porque Tú me has revestido la túnica del bautismo.

Concédeme el rocío de su gracia y en tu piedad borra mis prevaricaciones, Señor, por encima de todo: ¡Gloria a Ti!

B A L A I
(† 460)

Balai fué, seguramente, obispo de Alepo. Queda muy poca cosa de su producción poética. Varios de sus cantos han sido recogidos en la liturgia siríaca. A nosotros nos desorienta un poco el inagotable lirismo de este poeta —común, por otra parte, a toda la liturgia siríaca—, tan extraño a nuestro gusto occidental.

Para la dedicación de una nueva iglesia.

I

275 Cuando tres se reúnen en tu nombre forman ya una iglesia. Protege a los millares reunidos aquí: sus corazones habían preparado ya un santuario antes de que nuestras manos lo construyesen a gloria de tu nombre. Que el templo interior sea tan bello como el templo de piedras. Dígnate habitar en uno y otro; nuestros corazones, como estas piedras, están marcados con tu nombre.

La omnipotencia de Dios hubiera podido elevarse una morada tan fácilmente como dió existencia al universo con un sólo gesto. Pero

ha construido al hombre a fin de que el hombre construya para Él. ¡Bendita sea tu clemencia que nos ha amado tanto!

II

Él es infinito; nosotros, limitados. Él construye para nosotros el mundo, nosotros le construimos una casa. Es admirable que el hombre pueda construir una mansión a la Omnipotencia presente en todas partes, a la que nada puede escapar.

Habita con ternura entre nosotros y nos atrae con lazos de amor; permanece entre nosotros y nos llama a seguir el camino del cielo para habitar con él.

Ha dejado su morada y escogido la Iglesia para que nosotros abandonemos la nuestra y elijamos el paraíso. Dios habita en medio de los hombres para que los hombres encuentren a Dios.

III

¡Para Ti el reino de los cielos, para nosotros la casa de Dios! Al construirla los obreros merecen el reino celeste. El sacerdote ofrece en ella el pan en tu nombre y das a tu rebaño tu cuerpo a comer.

¿Dónde estás, Señor? En el cielo.

¿Dónde buscarte? Aquí en el santuario.

Tu cielo está demasiado elevado para que podamos alcanzarlo; pero he aquí que podemos encontrarte en la iglesia que está a nuestro alcance.

Tu trono celestial se asienta sobre llamas, ¿quién osaría acercarse? Pero tu Omnipotencia habita en el pan y quien lo quiere puede acercarse y probarlo.

Oración a la Madre de Dios.

276 Bienaventurada eres tú, ¡oh María!, porque en ti se cumplen los misterios y los enigmas de los profetas.

Moisés te presentía en el zarzal ardiente y en la nube. Jacob, en la escala que sube a los cielos. David, en el arca de la alianza.

Ezequiel, en la puerta cerrada y sellada.

He aquí que sus misteriosas palabras se realizan en tu nacimiento.

Gloria al Padre que ha enviado a su hijo único para manifestarse por María, líbranos del error y glorifica su memoria en el cielo como en la tierra.

ISAAC DE ANTIOQUIA
(† hacia 460)

Sabemos simplemente que Isaac, originario de Edesa, se hizo monje cerca de Antioquía. Escribió contra los monofisitas y los nestorianos. Compuso también, cuando la destrucción de Antioquia por un temblor de tierra, un canto fúnebre. El "Nocturno" que citamos aquí es una paráfrasis del salmo 92.

Nocturno.

277 *Bello es alabar al Señor,*
y el mayor bien que se nos ha dado
es salmodiar tu nombre, *¡oh Altísimo!*
No hay canto más bello.
Desde la aurora queremos proclamar tu bondad, porque nos has juzgado dignos de celebrar esta vigilia nocturna.

A lo largo de las noches queremos cantarte
y a la mañana buscar tu faz.
De día diremos tu munificencia
y de noche tu fidelidad.

Los insensatos que no han puesto en Ti su esperanza todas las noches se atormentan en vano.

Sobre las diez cuerdas de la lira
quiero, con todos mis sentidos, cantarte y con los diez dedos de la mano celebrar tu majestad.

Tú me colmas de alegría por tus obras, Señor,
y yo canto con gozo la labor de tus manos.
Tú has creado el universo con una simple palabra y sólo el hombre es obra de tus propias manos.

Yo me glorifico porque soy la cítara, dotada de palabra y de razón, para cantar las alabanzas y el reconocimiento del universo creado por tu bondad.

Grandes son tus obras, mayor el que las descubre. Y yo las descubro: soy más grande que tu creación.
Infinitamente profundos son tus pensamientos, he tratado de sondearlos y Tú eres el Insondable. Tu espíritu habita abismos inabordables y tu pensamiento, misterios jamás explorados.

No te conoce el insensato,
en efecto el que canta bajo la ventana de una humana criatura [13] no piensa ni un instante que la vigilia de la noche podría obtenerle la vida eterna.

El insensato no comprende,
cuánto más bello que el suyo es nuestro canto. Deja la mejor parte y celebra la vanidad.

Tú, Señor, eres grande y eterno
y tu recompensa es infinita.
El impío se marchita como la hierba de los campos y los que le aclaman han recibido su recompensa.

El enemigo del Señor perecerá
y los malhechores serán dispersos;
los que alimentan sus risas
habrán obrado inútilmente.
En vano halagan a la nada
en lugar de volverse a Ti.

[13] Alusión a las fiestas nocturnas de Antioquía que turbaban el oficio nocturno de los monjes.

Deja los cánticos sagrados para festejar el
pecado.
Tú me das la fuerza del toro salvaje
y me unges de aceite fresco.

Mis ojos han visto tu salvación
y mis oídos tus promesas.
El justo florecerá como la palma
y crecerá como el cedro del Líbano,
cuyas hojas no caen nunca,
cuyo esplendor no pasa.
Está plantado en la casa de Yavé
y en los atrios de nuestro Dios, donde el
Espíritu sopla y le embriaga con su aliento.
La acción del Espíritu le hace crecer y se engrandece como el cedro del Líbano.
Todavía en la vejez llevará fruto,
pues los sagrados cantos le dan la juventud,
está lleno de savia y de gracia
porque ha oído los misterios del Espíritu.
El proclama que el Señor es recto
y que recompensa a los que por él velan de
noche.
Aunque sea omnipotente y pueda rehusar el
salario, *no hay en él sombra de injusticia* y
dará la recompensa.

SCHENOUTE
(† 466)

En Atrepé, Egipto, Schenouté organizó, como Pacomio, la vida monástica. En su célebre "Convento blanco", modificó las reglas cenobíticas. Es

el mayor escritor copto. Su obra se compone de cartas, sermones, apocalipsis. Es difícil discernir lo que es auténtico en los escritos que se le atribuyen. La oración que citamos se utiliza en el oficio del mediodía y de la tarde....

Oración a Dios.

248 Dios, protégeme sin cesar en el trabajo, en la palabra y en el pensamiento del corazón.
Dios, ten piedad de mí en este mundo y en el que ha de venir.
Dios ten piedad de mí, pues he pecado contra Ti como un mortal; pero Tú, Dueño bueno y dulce, perdóname.
Dios, no me aterres ni me turbes en la hora en que el alma deja el cuerpo.
Dios, no me reprendas entonces en tu cólera ni me castigues en tu furor.
Dios, no te irrites contra mí, como mis pecados y malas acciones lo merecen.
Dios, no me ocultes tu rostro cuando aparezca ante Ti y no apartes tu faz de mí el día en que juzgues las acciones ocultas y conocidas de los hombres.
Dios, tu verbo se ha encarnado, ha sido crucificado por mí, ha muerto, ha sido enterrado y ha resucitado el tercer día; úneme a Ti para que los malos espíritus no dominen sobre mí y no me arranquen de tus manos.
Dios, no me dejes sucumbir a la perfidia y no permitas que el Adversario encuentre en mí nada que le pertenezca.

Dios, haz mi corazón como una espada afilada contra pensamiento de pecado, a fin de que pueda arrojarlo de mi corazón.

Dios, que hablaste al mar y se calmó, arroja las pasiones malas de mi naturaleza pecadora, a fin de que el pecado se extinga y desaparezca de todos mis miembros.

Dios, dame para siempre un corazón puro con la fe ortodoxa, por los siglos de los siglos. Amén.

JACOBO DE SAROUG
(† 521)

Jacobo fué obispo de Batnea, cerca de Edesa. Escribió homilías y cartas. Su obra poética no es menos rica. Compuso cantos que se insertaron en la liturgia. Varias anáforas y liturgias le son atribuídas.

Himno a la Virgen María.

279 Bienaventurada es: ha recibido al Espíritu, que la hizo pura e inmaculada; se ha convertido en el templo donde habita el Hijo de las celestes alturas.

Bienaventurada es: ha guardado la corona maravillosa de su virginidad y su gloria brilla para siempre.

Bienaventurada es: por ella fué restaurada la raza de Adán, fueron recogidos los que habían abandonado la casa del Padre.

Bienaventurada es: sin conocer las uniones humanas, puede, sin confusión, contemplar a su hijo como las otras madres.

Bienaventurada es: su cuerpo quedó sin mancha y fué glorificado por el tierno fruto de su virginidad.

Bienaventurada es: los límites de su seno han contenido la grandeza sin límites que llena los cielos sin que puedan soportarla.

Bienaventurada es: ha dado la vida al Antepasado común que engendró a Adán y renovó a todas las criaturas destrozadas.

Bienaventurada es: ha dado el pecho a Aquél que levanta las olas del mar.

Bienaventurada es: ha llevado al poderoso gigante que lleva al mundo, con un secreto vigor, le ha besado y cubierto de caricias tiernamente.

Bienaventurada es: ha suscitado a los prisioneros un liberador que ha encadenado al carcelero y devuelto la paz a la tierra.

Bienaventurada es: sus labios han tocado a Aquél cuya candela hace retroceder a los ardientes serafines.

Bienaventurada es: ha podido alimentar con su leche a quien ha dado su vida a todos los mundos.

Bienaventurada es: pues todos los santos deben a su Hijo la felicidad. Bendito es el santo de Dios que ha brotado de su pureza.

III

LOS PADRES LATINOS

La literatura cristiana de lengua latina, nacida en Roma, se desarrolla primeramente en Africa sobre todo. Tertuliano y Cipriano escribían en latín cuando Roma todavía celebraba el culto en griego. En el siglo IV Italia y los galos se despiertan: Hilario, Ambrosio y Jerónimo son dignos émulos de los Atanasios y de los Basilios.

A decir verdad, los Padres latinos son tributarios del Oriente; Hilario se enriqueció con el pensamiento griego y Ambrosio está formado en la escuela de Orígenes. Pero aportan su genio propio a las fuentes griegas.

La poesía cristiana está en plena floración en los siglos IV y V y es superior a la poesía griega. Sus representantes son numerosos: Ambrosio, Prudencio, Paulino de Nola. Varios Padres se preocupan de crear el himno religioso. Hilario no fué adoptado, pero Ambrosio tuvo más fortuna, pues varios de sus cantos se insertaron hasta hoy en nuestra litúrgica oración.

En los Padres latinos la oración brota todavía espontáneamente. No hablamos siquiera de San Agustín, a quien omitiremos [14], pero Hilario y Ambrosio oran hasta en su teología. El obispo de Milán nos conmueve por su tono de sinceridad; en el de Poitiers el pensamiento está al servicio del alma que busca a Dios.

HILARIO DE POITIERS
(† 367)

Hilario es llamado "el Atanasio de Occidente". De familia pagana, encuentra la fe en el estudio de las Sagradas Escrituras. Aunque casado, fué elegido, por el clero y el pueblo de su ciudad natal, obispo de Poitiers.

El emperador Constancio destierra a Oriente a este importuno defensor de la fe. Hilario se enriquece con la teología oriental y compone su obra principal, el tratado "De la Trinidad", de donde se han extraído las oraciones citadas. La profundidad del pensamiento, la densidad de la frase y concisión del estilo, subrayan la belleza y la novedad de esta oración teológica, que nos parece de hoy.

Para Hilario, como para Buenaventura, la teología es sabiduría de las almas en busca de Dios. Como tal, se traduce naturalmente en oración.

[14] Se le consagrará un volumen completo en la colección *Textos para la historia sagrada*. Y, además, ¿cómo escoger?

Oración para pedir auxilio.

280 Por mi parte, Padre, Dios todopoderoso, el primer deber de que tengo conciencia es que cada una de mis palabras, cada uno de mis pensamiento, no expresen sino a Ti. El don de la palabra me viene de Ti y no puede procurarme otra alegría mayor que la de servirte y proclamar al mundo que lo ignora, al hereje que lo niega, que Tú eres el Padre, el Padre, digo, del Hijo único de Dios. En eso está toda mi ambición.

Por lo demás, imploro tu socorro y tu misericordia para que largues las velas de nuestra fe y de nuestra profesión cristiana bajo el soplo del Espíritu. Llévanos viento en popa para poder anunciar mejor tu mensaje. No es infiel a su promesa el que ha dicho: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.*

También nosotros, en nuestra pobreza, nos dirigimos a Ti; vamos a escrutar con obstinado esfuerzo las palabras de tus profetas y de tus apóstoles, vamos a llamar a todas las puertas selladas de la inteligencia. Sólo a Ti corresponde conceder lo que pedimos, hacer presente lo que buscamos, abrir donde llamamos. Estamos como entumecidos por nuestra pereza y, cuando queremos conocer tu naturaleza o tus propiedades, la enfermedad de nuestro espíritu nos tiene encerrados en nuestra ignorancia nativa. Pero el estudio de tu doctrina nos encamina al conocimiento de Dios y la sumisión en la fe nos lleva más allá de los recursos de nuestra naturaleza.

Tenemos la firme esperanza de que animarás los principios de este tímido éxodo, que afirmarás su desarrollo progresivo, que nos comunicarás el espíritu de los profetas y de los apóstoles, a fin de que entendamos sus palabras en el sentido que ellos les dieron, atentos a las propiedades de las palabras y a su significación. Tenemos la intención de hablar de Aquél que se expresa en el misterio: de Ti, el Dios Eterno, el Padre del único Hijo de Dios, el solo Inengendrado; y del único Señor, Jesucristo, nacido en Ti desde toda la Eternidad, sin, por tanto, aumentar realmente el número de los dioses, pero sin querer negar más que Cristo ha nacido de Ti, de Ti, el único Dios; sin querer, sobre todo, rehusar reconocerle por Dios verdadero, a Él, que ha nacido de Ti, ¡oh Dios verdadero y Padre de Jesucristo! [15].

Acción de gracias por la fe.

281 Tú me permitirás, Dios Todopoderoso, que me dirija a Ti y que te hable con toda libertad; yo, que no soy sino tierra y polvo, estoy, sin embargo, encadenado por la religión de tu amor.

---

[15] San Hilario, muy mezclado en las controversias arrianas, tiene, ante todo, la preocupación de defender la divinidad de Jesucristo.

Antes de conocerte yo no existía, era desgraciado, me era desconocido el sentido de la vida y en mi ignorancia mi ser profundo escapaba a mí. Gracias a tu misericordia he comenzado a existir. Ahora sé sin ambigüedades que sólo por tu bondad tengo mi existencia. Sé que Tú, que no tienes necesidad de que yo exista, no me has dado la vida para mi desgracia.

Las palabras proferidas por tu Hijo único, que nos han conservado los santos libros, atestiguan que tu Hijo ha nacido, como Dios, de Ti, el no engendrado, y como hombre, de la Virgen por el misterio de mi salvación. En Él está encerrada la verdad de su nacimiento eterno de Ti, y en Ti habita enteramente la esencia de esta generación divina.

He sido instruído en esta fe y estoy irremediablemente impregnado de ella. Perdóname, Dios todopoderoso, no podría librarme de ella, por ella podría morir.

Nuestro tiempo ha producido tardíamente estas doctrinas impías; llegaban demasiado tarde para hacer fracasar la fe que habías modelado en mí. Antes de haber oído su nombre yo te había entregado mi fe, había renacido de Ti, y desde entonces a Ti pertenezco.

Profesión de fe.

282 Tanto tiempo como lo permita la vida que Tú me has dado, Padre santo, Dios Todopoderoso, quiero proclamarte como Dios eterno

y eterno Padre. Y jamás caeré en la ridiculez y la impiedad de constituirme en juez de tu omnipotencia y de tus misterios o de hacer pasar mi débil conocimiento por delante de la verdadera noción de tu infinitud y de la fe en tu eternidad. Jamás, pues, afirmaré que hayas podido existir sin tu Sabiduría, tu Virtud, tu Verbo, el único Dios engendrado, mi Señor Jesucristo.

La débil e imperfecta palabra humana no ciega los sentidos de mi naturaleza respecto a Ti hasta el punto de reducir mi fe al silencio, falta de palabras posibles. Si ya en nosotros la palabra, la sabiduría, la virtud, son obra de nuestro movimiento interior, tu Verbo, tu Sabiduría y tu Virtud estarán junto a Ti, generación perfecta de Dios perfecto.

Aquel que aparece con las propiedades citadas como nacido de Ti permanece inseparable de Ti eternamente. Ha nacido de manera que no expresa sino a Ti, su autor; la fe en tu infinitud queda entera si afirmamos que ha nacido antes del tiempo eterno.

Ya en las cosas de la naturaleza no conocemos las causas sin ignorar, no obstante, los efectos. Y cuando nuestra naturaleza ignora hacemos un acto de fe. Cuando he mirado fijamente tu cielo con los débiles ojos de mi luz he pensado que no podía ser sino Tu cielo. Cuando considero el curso de las estrellas, los retornos anuales, las estrellas de la

primavera, la estrella del Norte[19], la estrella de la mañana, el cielo donde cada astro desempeña un papel propio, te descubro a Ti, ¡oh Dios!, en este mundo celestial que mi inteligencia no puede abarcar.

Cuando veo los maravillosos movimientos del mar, no sólo la naturaleza íntima, sino el ritmo mesurado de las aguas es para mí un misterio. Tengo, sin embargo, la fe de la razón natural incluso cuando las apariencias son impenetrables. Más allá de los límites de mi inteligencia encuentro todavía tu Presencia.

Cuando me vuelvo en espíritu hacia la inmensidad de tierras que reciben todas las simientes y por fuerzas ocultas las hacen germinar, después vivir y multiplicarse y, una vez multiplicadas, afirmarlas en su crecimiento, no encuentro en esto nada que mi inteligencia pueda explicar. Pero mi ignorancia me permite contemplarte mejor; ignoro la naturaleza que está a mi servicio, pero en ella reconozco tu Presencia.

Yo mismo no me reconozco y te admiro tanto más cuanto menos me conozco. Experimento, sin conocerlos, el mecanismo de mi razón y la vida de mi espíritu; y esta experiencia te la debo a Ti, que, más allá de la inteligencia de los principios, dispensas a tu gusto para nuestro gozo el sentido de la naturaleza profunda.

[19] Se trata de la Pléyade y de la Osa Mayor.

Si yo Te conozco, ignorándome a mí mismo, y si mi conocimiento se transforma en veneración, no quiero en absoluto anular en mí la fe en tu omnipotencia, que soberanamente me sobrepasa. De este modo no puedo pretender concebir el origen de tu Hijo único; eso sería querer constituirme en juez de mi Creador y Dios.

Conserva intacto, te lo ruego, el respeto de mi fe y hasta el fin de mi existencia dame esta conciencia de mi saber, y que guarde firmemente lo que poseo, lo que he profesado en el símbolo de la fe de mi generación, cuando he sido bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Concédeme adorarte a Ti, nuestro Padre, y a tu Hijo contigo, y ser digno del Espíritu Santo que procede de Ti por el Hijo único. Testigo de mi fe es aquel que dice: *Padre, todo lo que es mío es tuyo y lo tuyo es mío.* Mi Señor Jesucristo, que está en Ti, de Ti, cerca de Ti, sin cesar de ser Dios, alabado por los siglos de los siglos. Amén.

AMBROSIO DE MILAN
(† 397)

Siendo todavía catecúmeno, Ambrosio, gobernador de la provincia de Milán, es elegido obispo de esta ciudad a la muerte del arriano Auxencio. Frente al emperador, Ambrosio es independiente;

con los pobres es generoso y su principal preocupación es instruir a su pueblo. Tuvo la alegría de bautizar al ilustre Agustín.

Las homilías de Ambrosio comentando la Escritura utilizan abundantemente los libros de Orígenes. Se encuentra en ellas hasta los acentos de piedad tan conmovedores en el exegeta de Alejandría. Ambrosio es también padre del canto eclesiástico en Occidente. Varios himnos que compuso se cantan todavía hoy en el oficio litúrgico.

Oración de perdón.

283 Déjame, ¡oh Jesús mío!, lavar tus sagrados pies manchados de andar por mi alma. Permíteme lavar las manchas con que he deshonrado tus pasos. Pero, ¿de dónde tomaré agua de manantial para lavar tus pies? A falta de eso me quedan mis ojos para llorar y si cubro tus pies con mis lágrimas, ¡ojalá pueda purificarme yo también!

¿De dónde me viene la gracia de oírte decir: *Sus pecados le son perdonados porque ha amado mucho?* Tengo que confesarte que mis deudas fueron más considerables, más numerosos los pecados que me fueron remitidos, porque del tumulto de los tribunales y de las responsabilidades de la vida pública he venido al sacerdocio. Por eso tengo miedo de ser ingrato: mis pecados fueron más numerosos y he amado menos.

Protege, Señor, tu obra, conserva en mí la

gracia que me has concedido, a pesar de mi huída. Yo creía no ser digno del episcopado porque antes me había consagrado al mundo; pero por tu gracia soy lo que soy. Soy, en verdad, el menor y el último de los obispos.

Ya que me has concedido trabajar por tu Iglesia, protege siempre los frutos de mi trabajo. Me has llamado al sacerdocio cuando yo era un hijo perdido; no permitas que me pierda, ahora que soy sacerdote.

Pero ante todo dame la gracia de saber compadecer a los pecadores desde lo más profundo de mi corazón. En esto se halla la virtud suprema, pues está escrito: *No te regocijes a costa de los hijos de Judá en el día de desgracia y no te glorifiques insolentemente cuando se vean agobiados de males.*

Concédeme tener compasión cada vez que sea testigo de las caídas de un pecador; que no le castigue con arrogancia, antes bien llore y me aflija con él. Haz que llorando por mi prójimo llore también por mí y me aplique a mí mismo las palabras: *Thamar es más justo que tú* [17].

Himno a la Iglesia.

284 Venga Dios para crear a esta mujer (la Iglesia); la otra fué la ayuda de Adán; ésta, por el contrario, es la ayuda de Cristo. No es

[17] Todo este capítulo podría llenarse de citas; Ambrosio parafrasea en él el episodio de la pecadora de Magdala, después las lágrimas de Jesús en la tumba. La semejanza con Orígenes es muy grande. Cfr. más arriba, núm. 62.

que Cristo tenga en absoluto necesidad de auxiliar, pero nosotros buscamos y deseamos llegar a la gracia de Cristo por la Iglesia. Es la hora en que ha nacido la mujer, en que ha sido formada, modelada y creada.

La Escritura se sirve de una nueva fórmula: *Estamos constituídos sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas. Ahora la casa espiritual se desarrolla en un sacerdocio santo.*

Ven, Señor Dios, establece a la mujer, construye la ciudad, que venga tu Hijo. Yo te doy mi confianza porque Tú has dicho: *Él vendrá a construir mi ciudad.*

He aquí la mujer, la madre universal, he aquí la morada espiritual, la ciudad que permanecerá siempre, pues no sabría morir. Es la ciudad de Jerusalén que vemos hoy sobre la tierra, pero será elevada por encima de Elías, pues Elías fué único. Será transportada más alta que Enoch, de quien no se ha dicho que haya muerto. Ha sido llevado para que la malicia no cambie su corazón. Pero la Iglesia es amada por Cristo como una esposa gloriosa, santa, inmaculada, sin arrugas; no es ya un individuo, sino el cuerpo entero el que es arrebatado. Tal es la esperanza de la Iglesia: que de repente será levantada, arrastrada, transportada al cielo. Elías fué llevado por un carro de fuego, la Iglesia también será transportada. ¿No quieres creerme? Cree a Pablo, por el cual habla Cristo: *Pues al darse la señal, a la voz del Arcángel, al son de la trompeta divina, el Señor en persona descenderá del cielo, y los que han muerto en Cristo resucitarán primero. En seguida nosotros, los vivos, que estaremos aquí todavía, seremos alzados junto con ellos a las nubes, al encuentro del Señor en los aires, y de este modo estaremos siempre con el Señor.*

Oraciones por los muertos [18]

I

285 Señor y Dios, no se puede desear nada mejor para los otros que lo que se desea para uno mismo. Por eso te suplico: no me separes, por piedad, después de la muerte de los que tan tiernamente he amado en la tierra.

Soporta, Señor, te suplico, que aquí donde estoy se encuentren los otros conmigo para que allá arriba pueda disfrutar de su presencia, de que tan pronto me vi privado en la tierra.

Te lo ruego, ¡oh Dios soberano!, apresúrate a acoger a estos amados hijos en el seno de la vida. En lugar de su vida terrestre, tan corta, déjales poseer la eterna felicidad.

II

286 El sacerdote comparte el peligro de cada uno y siente el sufrimiento de todos aquellos

[18] La primera oración está extraida de la oración fúnebre de Valentiniano; la segunda, de la que Ambrosio pronunció por el emperador Teodosio.

que se acercan a él como pecadores. Sufre con todos y se regocija cuando alguno se ha librado del pecado.

Hoy mi corazón está roto; es difícil encontrar a alguien del temple de este hombre [19]. Señor, no tenemos otro recurso que Tú, te rogamos y suplicamos que le hagas revivir en sus hijos.

Señor, Tú has dicho que eres el padre de los pequeñuelos; protege a los que sólo en Ti ponen su esperanza. Concede a tu servidor Teodosio el reposo perfecto que reservas a tus santos. Que su alma vuelva al cielo, de donde ha venido. En adelante la muerte no tendrá ya poder sobre ella. Sabe que no destruye al ser humano la muerte, sino el pecado. *El que ha muerto, ha muerto al pecado y éste no tiene ya lugar.* Pero el difunto resucitará a la vida perfecta.

Himno de la mañana: Aeterne rerum conditor.

287 Creador eterno del universo,
que armonizas la noche y el día
y das a las horas su variedad
para disipar nuestro tedio.

Ha sonado el canto del gallo;
velando en lo hondo de la noche,
ilumina al viajero nocturno,
señalando sus etapas.

[19] Se trata del emperador Teodosio.

A su voz se ha despertado la estrella de la mañana.
Desprende al horizonte de su bruma.
La bandada de vagabundos huye
y deja el camino de sus fechorías.

A su voz recoge el marino sus fuerzas;
se calman las olas del mar;
Pedro, roca de la Iglesia,
lavó su pecado al oír este canto.

¡En pie, pues, animosamente!
El gallo despierta a los que duermen;
su grito sacude a los somnolientos
y acusa también a los renegados.

Al canto del gallo vuelve la esperanza,
los enfermos recobran la salud,
el bandido envaina de nuevo su espada,
los pecadores vuelven a la confianza.

¡Oh Jesús, mira a los que desfallecen
y levántanos con tu mirada!
Una mirada, y nuestras manchas se borran,
y nuestras lágrimas lavan nuestras prevaricaciones.

¡Oh luz, ven a iluminar nuestras vidas;
disipa el entumecimiento del espíritu!
A ti el primero de nuestros cánticos,
A ti nuestro cántico nuevo.

Himno de la tarde.

288 ¡Oh Dios que creas el universo
y los cielos; Tú revistes
el día del resplandor de la luz
y la noche de la dulzura del sueño!

El reposo devuelve los miembros agotados
a su tarea cotidiana;
consuela a los corazones fatigados
y disipa la angustia de las preocupaciones.

Te damos gracias por este día,
y a la caída de la noche hacemos
votos y oraciones
para que vengas en nuestro socorro.

Desde el fondo del corazón te cantamos
con nuestros más bellos himnos;
te amamos con el más puro amor
y adoramos tu grandeza.

Las horas obscuras de la noche
revelan a la claridad del día,
pero la fe no tiene tinieblas
y la noche está iluminada por ella.

Que velen siempre nuestras almas
sin conocer el pecado.
La fe guardará nuestro reposo
de todos los peligros de la noche.

Arroja las solicitaciones impuras,
sé el constante reposo de nuestros corazones.

No dejes a la astucia del Maligno
turbar su dulzura.

Oremos a Cristo y al Padre,
y al Espíritu de uno y otro,
y al conjunto, ¡oh poderosa Trinidad!
Guarda sin cesar a los que te suplican.

PRUDENCIO
(† hacia 405)

Prudencio es originario de Zaragoza; pasó toda su vida en España, donde ocupó importantes cargos públicos. Acabó por retirarse a la soledad para consagrarse enteramente a Dios.

La obra poética de Prudencio, en ocho libros, le sitúa en primer lugar entre los poetas de la antigüedad cristiana en Occidente. Los himnos que citamos, todavía en uso en la liturgia romana, están tomados del primer libro "Cathemerinon liber", "Himnos para cada día" [20].

Himno para el canto del gallo.

289 El gallo, mensajero del alba,
pregona la luz que se acerca;

[20] Los siguientes son fragmentos de los himnos 1 y 12, cuya versión francesa en el original es libérrima, especialmente la del primero, tomada de Racine por los compiladores.

La traducción española está hecha sobre el original latino y a la vista de la muy fiel versión de Guillén en la edición bilingüe de las *Obras completas* de Prudencio, B. A. C., Madrid, 1950. (*N. del T.*)

ya está aquí Cristo, aguijón de las almas,
llamándonos a la vida.

Dejad, dice, el sopor
de los tristes y perezosos lechos;
sobrios, castos y rectos,
velad, pues ya estoy cerca.

Clamemos por Jesús,
llorando, suplicando, sobriamente,
pues la oración constante
aleja el sueño del corazón limpio.

Tú, Cristo, disipa nuestro sueño,
rompe las ataduras de la noche,
borra el pecado antiguo
e infúndenos la nueva luz.

Himno de los Santos Inocentes.

290 Oye ansioso el tirano
que está cerca el príncipe de los reyes,
el que ha de gobernar a Israel
y subir al trono de David.

Poseído de locura, grita al mensajero:
"Un rival me acosa; verdugo,
ve, toma tu espada
e inunda las cunas de sangre".

¿De qué sirvió tanta maldad?
¿Pudo tal crimen ayudar a Herodes?
Tan sólo Cristo salió salvo
de tan terrible matanza.

Salve, flores del martirio,
que en el mismo umbral de la vida,
igual que el huracán arranca a las nacientes [rosas,
fuisteis arrebatadas por el perseguidor de [Cristo.

Víctimas primeras de Cristo,
tierno rebaño inmolado,
ante el mismo altar ingenuamente
jugáis con vuestras palmas y coronas.

SEDULIO

Sedulio, originario del sur de la Galia o de España, era sacerdote. Compuso un poema, "Paschale carmen", sobre las grandes obras de Dios.
Los himnos que citamos están extraídos de un poema alfabético, dedicado a Cristo. El breviario romano los ha conservado en la liturgia de Navidad.

A solis ortus cardine (Navidad).

291 Desde el Oriente, donde se levanta el sol,
hasta las fronteras del Poniente,
cantemos a Cristo, nuestro Rey,
nacido de la Virgen María.

El augusto creador del universo
ha revestido un cuerpo de esclavo:
Ha querido salvar la carne por la carne,
por miedo a que se pierdan sus criaturas.

El seno de una virgen pura
es visitado por la gracia del cielo.
Lleva el secreto de un misterio
que jamás hubiera imaginado.

La morada del seno purísimo
viene a ser de pronto templo de Dios.
Y su virginidad permanece
cuando lleva un niño.

He aquí que trae al mundo
a Aquél que anunció Gabriel
y a quien saludó el Precursor
todavía en el seno de su madre.

Se ha dignado reposar sobre la paja
en la pobreza de un pesebre.
Se ha alimentado de leche
el que alimenta al más pequeño de los pájaros.

El coro de los cielos está de fiesta
y los ángeles celebran a su Dios;
se aparece a los pastores de Belén
el Pastor que hizo el universo.

Himno de la Epifanía.

292 ¡Oh cruel Herodes!, ¿por qué, pues,
tienes tanto miedo de este Rey-Dios?
No va a robar los cetros de la tierra
el que da los reinos celestes.

Se ponen en camino los Magos
siguiendo a la estrella vislumbrada:

a su claridad buscan la luz
y sus presentes demuestran que le saben Dios.

A la fuente de aguas claras [21]
ha descendido el cordero del cielo:
De los pecados que no ha conocido
nos libra y carga con ellos.

Nuevo prodigio de su poder:
las aguas de las hidrias se convierten en vino.
Ha bastado tu palabra
para que el agua cambie de naturaleza.

PAULINO DE NOLA
(† 431)

Originario de una de las más ilustres familias patricias de Roma, Paulino fué alumno y después discípulo de Ausonio. Recibió el bautismo en Burdeos, distribuyó entre los pobres una parte de su fortuna y vivió una vida retirada con su mujer, primero en España, después en Nola, junto a la tumba gloriosa de San Félix. Contra su voluntad fué elevado a la silla episcopal de esta ciudad.

Aparte de su correspondencia, que le relacionaba con los personajes más ilustres de su época, Paulino dejó una importante obra poética en la que ocupan el primer lugar los Carmina natalicia, *en honor de San Félix de Nola.*

---

[21] La liturgia conmemora en el día de la Epifanía el bautismo de Jesús y el milagro de Caná.

Elogio de la Cruz.

293 ¡Oh Cruz, indecible amor de Dios y claridad del cielo!
Cruz, salud eterna, Cruz, terror de los malvados;
Sostén de los justos, luz de los cristianos, ¡oh Cruz!,
en la que un Dios hecho hombre fué esclavo nuestro sobre la Tierra.
Por ti en el cielo el hombre se ha convertido en rey, ha brotado la luz verdadera, fué vencida la noche maldita.
Tú has derribado los templos para los creyentes por mano de las naciones, y tú eres la fíbula de la paz que une al hombre con Cristo, su mediador.
Te has convertido en la escala por la que el hombre sube al cielo.
Sé siempre para tus fieles la columna y el ancla, sostén nuestra morada, conduce nuestra barca.
Establece en la Cruz nuestra fe, prepara en ella nuestra corona.

Inscripción de iglesia.

293a Dos pórticos, pero una iglesia única, como en los dos testamentos; su fuente común brota aquí.
La ley antigua afirma la nueva, la nueva completa a la antigua,

En el primero está la esperanza, en el segundo la fe.
La gracia de Cristo une el antiguo y el nuevo.
Por eso, en el centro, ha brotado una fuente.

ANONIMO

Himno de la tarde [22]

294 ¡Oh Cristo!, Tú eres la luz y el día,
Tú alzas los velos de la noche;
Tú eres, por nuestra fe, la luz de la luz
y por Ti la conocemos bienaventurada.

Te lo rogamos, Dios de santidad,
guárdanos en esta noche.
Tú eres para nosotros el verdadero reposo,
concédenos dormir en paz.

Protégenos de las pesadillas
y de las emboscadas del enemigo.
Guarda pura nuestra carne
y sin reproche nuestras conciencias.

Cuando el sueño cierra nuestros párpados
nuestros corazones velan todavía,
que tu diestra proteja
a los servidores que te dicen su amor.

Vela por nosotros, ¡oh Protector!
Aparta las amenazas,

[22] Este himno formaba parte de las Completas en muchas liturgias medievales. Todavia lo usan los dominicos en las Completas de Cuaresma.

guía a los siervos
que has redimido.

Señor, acuérdate
de los que llevan el peso del cuerpo.
Tú eres el guardián de nuestras almas.
Mora cerca de nosotros, Señor.

INSCRIPCIONES ROMANAS

En la literatura de los grandes siglos patrísticos hay que hacer un lugar a las inscripciones que adornan las tumbas de los mártires, las iglesias y los baptisterios. El papa Dámaso hizo rebuscar las tumbas de los mártires en las catacumbas y las adornó con numerosas inscripciones, "tituli", en verso. Otros, como León el Grande y Paulino de Nola, han enriquecido la epigrafía romana.

Para santa Inés.

295 Mientras la multitud lanzaba gritos lúgubres,
los padres retenían a su hija Inés.
Pero ella dejó de repente el hogar protector;
por su libre voluntad, afrontó las amenazas
y la rabia del cruel tirano que quiso entregar a las llamas la nobleza de su cuerpo.

Dominó con su fuerza de niña el espanto y el miedo.
Veló con sus cabellos destrenzados los miembros desnudos
para ocultar a los hombres el templo del Señor.

¡Oh santa, reverenciada, hermosura del cielo, dulce heroína de la virginidad!
Escucha con agrado las oraciones que Dámaso te dirige.

Inscripción sobre el baptisterio de Letrán.

296 Aquí nace para el cielo un pueblo de alto linaje y el espíritu le da la vida en las fecundas aguas.
Pecador, desciende a la fuente sagrada para lavar tu pecado.
Desciendes canoso y asciendes con una nueva juventud.
Nada separa ya a los renacidos, ya son uno:
Pues uno es el bautismo, uno el Espíritu, una la fe.
En las aguas, la Madre Iglesia engendra con una fecundidad virginal,
a los que pone en el mundo por la virtud del Espíritu.
Si quieres ser puro lávate en estas aguas
sea cual sea tu falta: pecado de origen o falta personal.
Esta es la fuente de la vida que baña al universo entero.
Ha brotado de la herida de Cristo.
Esperad el reino los que habéis nacido en esta fuente.
No basta nacer para arribar al país de Dios [28].

[28] Se sobreentiende que es necesaria la fidelidad de toda la vida.

Que nadie se asuste del número o del peso de sus faltas.
y santo será quien nazca de estas aguas.

Inscripción del Consignatorium [24]

297 Aquí, las ovejas inocentes, purificadas en el río celestial, son marcadas por la diestra del Pastor supremo.
Tú, que fuiste engendrado en estas aguas, ven a la unidad, donde te llama el Espíritu para colmarte de los dones.
Tú has recibido la cruz; aprende a evitar las tempestades del mundo.
Es la gran lección que este lugar nos deja [25].

Tedeum.

El Tedéum *ha sido atribuido sucesivamente a Hilario, Ambrosio y Agustín. G. Morin y A. Burn han tratado de demostrar que es de Niceta, obispo de Remesiana, un amigo de Paulino de Nola, muerto en 414. Este célebre canto puede ser también el resultado de diversas composiciones reunidas.*

298 A Ti, ¡oh Dios!, alabamos; como Señor te
[confesamos.
A Ti, Padre eterno, la tierra toda te venera.

---

[24] Lugar donde se hacían las unciones a los bautizados jóvenes.
[25] Alusión probable al martirio de San Pedro.

A Ti todos los ángeles, a Ti los cielos y todas
[las Potestades,
A Ti los querubines y los serafines te procla-
[man con voz que no cesa:
Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejér-
[citos,
Llenos están los cielos y la tierra de la majes-
[tad de tu gloria.
A Ti, el glorioso coro de los Apóstoles,
A Ti la venerable multitud de los profetas,
A Ti el ilustre ejército de los mártires te alaba.
La Santa Iglesia te confiesa por todo el orbe
[de la tierra,
Padre de inmensa majestad,
y venerable tu único verdadero Hijo
y también el Espíritu Santo consolador.

Tú, ¡oh Cristo!, eres el rey de la gloria,
Hijo Eterno del Padre.
Te hiciste hombre para liberarle y encarnaste
[sin desdén en el seno de una Virgen.
Tú, roto el aguijón de la muerte, abriste a los
[creyentes el reino de los cielos.
Tú estás sentado a la diestra de Dios en la
[gloria del Padre.
Creemos que vendrás como Juez
y te rogamos que socorras a tus siervos, a los
[que redimiste con tu preciosa sangre.
Haz que en la gloria eterna nos contemos
[entre tus santos.
Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad.
Y rígelo y protégelo eternamente.

Todos los días te bendecimos
y alabamos tu nombre por los siglos y por los
[siglos de los siglos.

Dignate, Señor en este día custodiarnos sin
[pecado.
Ten misericordia de nosotros, Señor; ten mi-
[sericordia de nosotros.
De la misma manera que hemos esperado en
[Ti, haz, Señor que tu misericordia
[descienda sobre nosotros.
En Ti, Señor, esperé, no sea yo eternamente
[confundido.

IV

LAS LITURGIAS DE ORIENTE

Desde el siglo III las costumbres litúrgicas de Antioquía, de Alejandría y de Roma se han alejado de la identidad primitiva. Al extender el círculo de sus misiones, las grandes metrópolis extienden también el dominio de sus usos particulares. *Es muy natural,* escribe Duchesne, *que las costumbres de la Iglesia madre hayan hecho ley en las Iglesias filiales. De esta manera las provincias litúrgicas se confundieron con las provincias eclesiásticas.*

El Oriente está sometido a cuatro patriarcados: Constantinopla manda en Asia Menor; Antioquía, en Siria y Mesopotamia; Jerusalén, en Palestina hasta el mar Rojo, y, por fin, Alejandría, más allá del mar Rojo, hacia el Tigris, Caldea y Persia.

Habíamos encontrado en el siglo IV dos tipos de liturgia en las *Constituciones apostólicas* y el *Eucologio de Serapión.* Una y otra van a tener

múltiples ramificaciones [26]. En la misma época la improvisación empieza a ceder el paso a fórmulas más precisas, que, sin ser rigurosamente obligatorias, se encaminan *hacia la fijación y cristalización de la liturgia.*

En el siglo V las fórmulas de oraciones están fijadas aproximadamente. Sin embargo, la liturgia oriental es una cosa viva que crece, se desarrolla y modifica a lo largo de los siglos. El *papiro de Der-Balyzeh* manifiesta transformaciones en la liturgia de San Marcos en el curso del siglo VI.

En la Misa latina el canon permanece invariable; solamente cambian el propio y el prefacio. Entre los orientales, la parte que corresponde al Canon latino compone un todo invariable, comprendido el Prefacio. Pero, mientras el texto latino es único, los ritos orientales poseen varios; la liturgia siria tiene hasta 70 anáforas, entre las cuales puede elegir el celebrante. Citaremos varias para manifestar las semejanzas y diversidad en su riqueza.

EL TIPO SIRIO: LITURGIA DE SANTIAGO

La liturgia oriental, que pasa comúnmente por la más antigua, es la llamada de Santiago [27]. *A decir verdad, del Apóstol, que fué el primer obispo de Jerusalén, no tiene sino el nombre. Según la tradición manuscrita, esta liturgia, salida de Antioquía, fué practicada en Jerusalén, en Arabia, en Siria, en Armenia, en Georgia, en los países eslavos, en Grecia y en Etiopía.*

Parece que puede datar la liturgia de Santiago de los siglos IV *y* V, *según escribe el más reciente editor, Dom Mercier. Pero, ¿es su forma primitiva la que tenemos o ésta no es sino el desarrollo de una redacción todavía más antigua? ¿De qué época sería la fuente? Y tantas cuestiones a las que todavía no es posible responder.*

Sustituída por la liturgia de San Juan Crisóstomo, la liturgia de Santiago no está ya en uso más que en el rito siriaco. Damos el plan para situar las oraciones citadas.

[26] A decir verdad, los dos tipos de liturgia no difieren sensiblemente sino por el lugar de la gran oración de intercesión por los vivos y los muertos. En el sistema sirio se coloca ésta al final y en el sistema egipcio al principio de la anáfora.

I. MISA DE LOS CATECUMENOS

1. Oraciones preparatorias.
2. Oraciones de entrada.
3. Oración del incensamiento.
4. Bendición del diácono.
5. Oración durante la procesión.
6. Trisagio.
7. *Lecturas.* Epístolas. Evangelio.
8. Oraciones entre dos lecturas.
9. Oraciones después de las lecturas.
10. Despedida de los catecúmenos.

[27] Cuando una liturgia se atribuye a un personaje se trata de la anáfora.

II. MISA DE LOS FIELES

Ofertorio.

11. Gran entrada o procesión.
12. Ofertorio..
13. Incensamiento.
14. *Símbolo de la fe.*
15. *Beso de paz.*
    Oraciones preparatorias a la anáfora.
16. Oración universal o gran oración letánica.
17. Por el celebrante.
18. Por el pueblo.
19. Oración de la oblación.
20. Oración del velo.
21. *Gran oración eucarística o anáfora.*
    Prefacio y Sanctus.
    Conmemoración de la Creación y de la Encarnación.
    Institución de la eucaristía.
    Conmemoración de la Redención.
    Epiclesis o invocación del Espíritu Santo.
22. *Gran oración de intercesión.*
    Súplica por los vivos y los muertos.
    Recuerdo de los santos.

Comunión.

23. Padrenuestro.
24. Paráfrasis del Padrenuestro.
25. Bendición.
26. Elevación.
27. Fracción y mezcla.
28. Oraciones antes de la comunión.
29. Oraciones después de la comunión.

III. DESPEDIDA

MISA DE LOS CATECUMENOS

Preparación a la misa (2) [28].

299 Bienhechor y Rey de los siglos, el universo entero es obra de tus manos. Acoge a tu Iglesia que se acerca a Ti por tu Cristo. Concede a cada uno la plena medida de lo que le es útil. Llévanos a todos hasta la perfección, y haznos dignos de la gracia de santidad.

Tú nos has reunido en Iglesia santa, católica y apostólica que has adquirido por la sangre preciosa de tu Hijo único, nuestro Señor, Dios y Salvador, Jesucristo.

Bendito seas y glorificado con Él, y con el muy Santo Espíritu, el Espíritu de bondad que da la vida, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

La letanía del Kyrie (8).

Después de la aleluya, el diácono dice la oración letánica: Responded todos: Kyrie eleison.

300 Dios Todopoderoso, celestial, Dios de nuestros Padres, te rogamos, óyenos.

[28] Las cifras permiten referirse al plan, en que cada oración importante tiene su número.

Por la paz del mundo entero y la unidad de todas las santas iglesias, te rogamos, óyenos.

Por la salud y protección del santo..., nuestro patriarca, de todo el clero y todo el pueblo cristiano, te rogamos óyenos.

Por nuestro rey piadosísimo y cristianísimo, te rogamos, óyenos.

Por la ciudad santa y real de Cristo, nuestro Dios; por todas las ciudades y todas las regiones de la tierra, te rogamos, óyenos.

Que nos veamos libres de toda tribulación, cólera, peligro y de toda calamidad; de la prisión, de la muerte amarga, y de todas nuestras inquietudes, te rogamos, óyenos.

Y por el pueblo que nos rodea y que espera de Ti una rica y abundante misericordia, te rogamos que tus entrañas se conmuevan, ten piedad de nosotros.

Salva a tu pueblo y bendice tu heredad, visita al mundo en tu misericordia y tu piedad; aumenta la fuerza de los cristianos, por el poder precioso y vivificante de la cruz, por la intercesión de la purísima y bendita Señora y Madre de Dios, del Precursor, de tus apóstoles y de todos los santos, ¡oh Señor misericordiosísimo!, te rogamos, óyenos y ten piedad de nosotros.

Y el pueblo dice tres veces: Kyrie eleison.

MISA DE LOS FIELES

Oración para el beso de la paz (15).

Antes de dar el beso de paz, el sacerdote dice:

301 Dios y Señor del universo, en tu bondad haznos dignos, a pesar de nuestra miseria, de esta hora, que estemos unidos, sin falsedad ni fingimiento los unos con los otros, por el lazo de la paz y de la caridad. Afirma nuestra unión por la acción santificante de tu divino conocimiento, con la ayuda de tu Hijo único nuestro Señor, Dios y Salvador, Jesucristo.

Bendito seas y glorificado con Él y el muy Santo Espíritu, el Espíritu de bondad que da la vida, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

El diácono:

Mantengámonos firmes: Roguemos al Señor en la paz.

El sacerdote dice:

Tú eres el Dios de la paz, de la misericordia, de la caridad, del perdón y de la bondad, con tu Hijo único y el muy Santo Espíritu, ahora y siempre por los siglos de los siglos.

El pueblo dice:

Amén.

El sacerdote:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El archidiácono:

Saludaos los unos a los otros con un santo beso.

Oración letánica del diácono, llamada oración Universal (16).

302 Oremos en la paz del Señor.

Sálvanos, ten piedad, acógenos piadoso, y protégenos, oh Dios, en tu gracia.

Por la paz que viene de lo alto, por la benevolencia de Dios hacia nosotros y la salvación de nuestras almas: Señor, te rogamos.

Por la paz universal del mundo y la unidad de todas las santas iglesias: Señor: te rogamos..

Por esta comunidad santa y por toda la Iglesia católica y apostólica de un extremo a otro de la tierra: Señor, te rogamos.

Por la salud y protección de nuestro muy santo patriarca..., de todo el clero y de todo el pueblo cristiano: Señor, te rogamos.

Por nuestros piadosísimos reyes cristianos por Ti coronados, por toda la corte, por el ejército, a fin de que todos obtengan la ayuda del cielo, la protección y la victoria: Señor, te rogamos.

Por la ciudad santa y real de Cristo, nuestro Dios; por todas las ciudades y todas las regiones de la tierra; por los verdaderos cristianos que viven en la piedad de Dios, que tengan paz y seguridad: Señor, te rogamos.

Por los que lleven fruto y realizan un hermoso trabajo en las santas iglesias de Dios; por los que se acuerdan de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, de los extranjeros y de los indigentes; por aquellos que nos han pedido que nos acordemos de ellos en nuestras oraciones: Señor, te rogamos.

Por los ancianos y los débiles, por los enfermos y los desgraciados, por los que son afligidos, por los espíritus impuros, a fin de obtenerles de Dios pronta curación y salud: Señor, te rogamos.

Por los que viven en virginidad, castidad, continencia o castos desposorios, por los padres y hermanos que habitan las montañas, las cavernas y los antros de la tierra: Señor, te rogamos.

Por todos los cristianos que viajan por tierra o por mar, por aquellos que están lejos de sus casas, por los hermanos que están en cautividad, en destierro, en las prisiones o en amargas servidumbres, por un dichoso retorno al hogar con júbilo: Señor, te rogamos.

Por nuestros padres y hermanos aquí presentes y que rezan con nosotros en esta hora y en todo tiempo; que sean celosos, laboriosos y diligentes: Señor, te rogamos.

Y por toda alma cristiana probada y abatida, que tiene necesidad del socorro y de la misericordia de Dios, por el retorno de los extraviados, la curación de los enfermos, la li-

bertad de los cautivos, el reposo de nuestros padres y hermanos que duerman ya: Señor, te rogamos.

Por la remisión de nuestros pecados y el perdón de nuestras prevaricaciones; que nos veamos libres de toda prueba, cólera, peligro, necesidad, levantamiento de naciones: Señor, te rogamos.

Más especialmente por la clemencia del tiempo, por las lluvias suaves, los dulces rocíos, una abundancia de frutos, por una buena y completa cosecha, y por que el año sea coronado de bienes: Señor, te rogamos.

Para que nuestra oración sea escuchada y agrade a Dios, que recibamos toda la abundancia de su misericordia y el favor de su compasión, que seamos juzgados sin descanso dignos del reino de los cielos, te rogamos.

Hacemos memoria de nuestra santísima inmaculada, gloriosísima, bendita Señora, la Madre de Dios y siempre Virgen María, de los santos y bienaventurados, del glorioso Juan, profeta, precursor y bautista de los santos apóstoles; de Esteban, el primer diácono y mártir; de Moisés, de Aarón, de Elías, de Eliseo, de Samuel, de David, de Daniel, de los profetas y de todos los santos y justos, que nos merezcan a todos la misericordia, por su oración y su intercesión.

Por nuestras oblaciones, que presentamos preciosas y celestes, inefables, inmaculadas, gloriosas, temibles, terribles y divinas; por la

salud de nuestro reverendo padre y sacerdote aquí presente que oficia.

El pueblo dice tres veces: Kyrie eleison.

Anáfora u oración eucarística (21).

El sacerdote:

303 La caridad de Dios y Padre, la gracia de nuestro Señor, Dios y Salvador, Jesucristo, la comunión y el don del muy santo Espíritu sean con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El sacerdote:

Arriba nuestros espíritus y nuestros corazones.

El pueblo:

Los tenemos junto al Señor.

El sacerdote:

Demos gracias al Señor.

El pueblo:

Es digno y justo.

El sacerdote:

¡Cuán digno y justo, conveniente y saludable es alabarte, cantarte, bendecirte, adorarte, glorificarte, darte gracias a Ti, el Autor de

todas las criaturas visibles e invisibles, el tesoro de los bienes eternos, fuente de la vida y de la inmortalidad, Señor y Dios de todas las cosas;

a Ti, a quien cantan los cielos, y los cielos de los cielos, y todas sus potestades, el sol, la luna y todo el cortejo de las estrellas, la tierra, el mar y todo lo que contiene;

la Jerusalén celeste, la asamblea de los elegidos, la Iglesia de los primeros nacidos que están inscritos en el cielo, los espíritus de los justos y de los profetas, las almas de los mártires y de los apóstoles;

los ángeles, los arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades, las Virtudes temibles, los querubines de de numerosos ojos y los serafines de seis alas, de las cuales dos velan sus rostros, dos cubren los pies y las otras dos sirven para volar.

Todos te aclaman, respondiéndose los unos a los otros sin cesar jamás, con teologías [29] sin fin: cantan el himno triunfal de tu gloria maravillosa, con una clara voz, cantan, claman, celebran, proclaman y dicen:

El pueblo:

¡Santo, Santo, Santo, el Señor Sabaoth! Cielo y tierra están llenos de tu gloria. ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en los cielos!

[29] Es decir, alabanzas dirigidas a Dios.

Y el sacerdote, de pie, signa las oblatas con la cruz y dice:

Santo [30] eres Tú, Rey de los siglos, Señor y autor de toda santidad; Santo es tu Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, por quien todo ha sido hecho; Santo es también tu Espíritu santísimo que escruta tus profundidades, ¡oh Dios y Padre!

El sacerdote se inclina:

Santo eres Tú Todopoderoso, Temible, Benevolente y Misericordioso; Tú te has apiadado en gran manera de tu Creación, Tú has modelado al hombre con tierra, a tu imagen y semejanza, Tú le has dado el goce del paraíso. Después que hubo transgredido tus mandatos y hubo caído, no le despreciaste, no le abandonaste, Dios de Bondad; le has corregido como Padre compasivo, le has llamado por la ley, le has conducido por los profetas.

Finalmente, has enviado al mundo a tu propio Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, a fin de que venga a restaurar y reanimar tu imagen. Ha descendido de los cielos, ha tomado carne del Espíritu Santo y de Santa María, siempre Virgen y Madre de Dios; ha vivido con los hombres y ha dispuesto todas las cosas para la salvación del mundo.

Aceptando la muerte libre y vivificante de la cruz por nosotros, pecadores, Él, que no

[30] En la liturgia de tipo sirio el celebrante encadena la continuación con la idea de santidad, evocada por el Sanctus.

tenía pecado, en la noche en que le entregaron, fué más bien Él mismo quien se la entregó por la vida y la salvación del mundo.

El sacerdote se incorpora, toma el pan, lo signa con la cruz, diciendo:

Tomó el pan en sus manos santas, inmaculadas, inmortales y sin mancha, levantó los ojos al cielo, lo ofreció a Ti, Dios y Padre; dió gracias, lo bendijo, lo santificó, lo partió, lo distribuyó a los santos y bienaventurados discípulos y apóstoles diciendo:

"Tomad, comed: Este es mi cuerpo, que por vosotros ha sido roto y distribuído en remisión de los pecados".

El pueblo:

Amén.

En seguida toma el cáliz y lo signa con la cruz.

Igualmente, después de haber comido, tomó el cáliz, mezcló el vino y el agua, levantó los ojos al cielo, lo ofreció a Ti, Dios y Padre, dió gracias, lo bendijo, lo santificó, lo llenó del Espíritu Santo, lo distribuyó a los santos y bienaventurados apóstoles diciendo:

"Bebed todos de él: Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por todos ha sido derramada y distribuída en remisión de los pecados",

El pueblo:

Amén.

A continuación:

Haced esto en memoria mía; todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis la muerte del Hijo del hombre y confesaréis la resurrección hasta que vuelva.

Los diáconos presentes responden:

Lo creemos y lo confesamos.

El pueblo:

Anunciamos tu muerte, Señor, y confesamos tu resurrección.

El sacerdote hace el signo de la cruz y se inclina diciendo:

Nosotros también, pecadores, recordamos, pues, su pasión vivificante, su cruz y muerte saludable, su sepultura, su resurrección de entre los muertos al tercer día, su ascensión al cielo, su presencia a tu diestra, Dios y Padre, su segundo advenimiento en la gloria y el temor, cuando venga con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos y a dar a cada uno según sus obras.

Aparta de nosotros, Señor, nuestro Dios *(tres veces)*, o, más bien, según tu gran misericordia: te ofrecemos este temible sacrificio incruento, te rogamos que no nos trates según nuestros pecados, y no nos pagues según nuestras ofensas, sino según tu bondad y tu gran clemencia, destruye *el acta de nuestra condenación*, te suplicamos, concédenos los bienes celestes y eternos, que ningún ojo ha

visto, ningún oído ha oído, de los que no fué testigo ningún corazón humano y que has preparado para los que te aman. No rechaces, ¡oh Dios de bondad!, a tu pueblo a causa de mí o de mis pecados *(tres veces)*.

Sí, tu pueblo y tu Iglesia te suplican.

El pueblo:

Ten piedad de nosotros, Señor, Dios, Padre todopoderoso.

El sacerdote se incorpora diciendo:

Ten piedad de nosotros, Dios Padre todopoderoso.

Ten piedad, Dios, Salvador nuestro.

Ten piedad de nosotros según tu gran misericordia, envía sobre nosotros, sobre estas oblaciones colocadas ante mí, tu Espíritu Santo.

Se inclina y dice:

El Señor vivificante que reina contigo, Dios y Padre y con tu Hijo único; reina consubstancial y coeterno[31], el que ha hablado en la ley, los profetas y el Nuevo Testamento, que ha descendido en forma de paloma sobre nuestro Señor Jesucristo en el Jordán y permaneció sobre Él; descendió sobre los santos apóstoles en forma de lenguas de fuego, en el cenáculo de la santa y gloriosa Sión el día de Pentecostés.

[31] Se trata del Espíritu Santo, cuya divinidad se afirma claramente.

Se incorpora:

Envía a ese mismo Espíritu Santo, Señor, sobre nosotros y sobre estas oblaciones para que su venida santa, bienhechora y gloriosa, santifique este pan y haga de él el cuerpo sagrado de Cristo.

El pueblo:

Amén.

El sacerdote:

Y de este cáliz haga la sangre preciosa de Cristo.

El pueblo:

Amén.

Gran oración de intercesión (22).

304 Te ofrecemos, Señor, el sacrificio por los santos lugares que has hecho célebres, por la presencia de tu Cristo y por la venida de tu santísimo Espíritu; en primer lugar, por la santa y gloriosa Sión, madre de todas las iglesias, y por todas las iglesias, por tu Iglesia santa, católica y apostólica, que está difundida por el mundo entero.

Concédenos hoy, Señor, con largueza, los dones de tu Santísimo Espíritu.

Acuérdate, Señor, de nuestros santos padres y de todos los obispos que a través del universo transmiten fielmente la palabra de verdad; más especialmente de nuestro padre..., de todo el clero y presbiterado, con-

cédele una vejez digna y guárdale a fin de que pueda todavía por mucho tiempo dirigir a tu pueblo en la piedad y la dignidad.

Acuérdate, Señor, de los sacerdotes de aquí y de todas partes, de los diáconos en Cristo, de todos los otros ministros, de toda la jerarquía eclesiástica, de toda la fraternidad cristiana y de todo el pueblo que ama a Cristo.

Acuérdate, Señor de los sacerdotes que nos rodean en esta hora[32], alrededor de este altar para ofrecer el sacrificio santo y no sangriento; dales, como a nosotros, la palabra, para hablar a gloria y alabanza de tu nombre santísimo.

Acuérdate, Señor, en la abundancia de tu misericordia y de tus compasiones, de mí, humilde pecador e indigno servidor; ven a mi socorro en tu clemencia y líbrame de los que me persiguen, Señor, Señor de las virtudes; donde el pecado había abundado que sea tu gracia superabundante.

Acuérdate también, Señor, de los diáconos que rodean tu altar, concédeles una vida sin reproche; que cumplan bien su oficio y consigan un rango honorable.

Acuérdate, Señor, de tu santa ciudad, que es la ciudad de Dios; del reino de todas las villas y regiones, de todos los que habitan

[32] En ésta época se concelebraba, es decir, todos los sacerdotes presentes celebraban con el obispo, para manifestar su unidad. El Oriente no ha perdido nunca esta manera de obrar, y todavía hoy le permanece fiel, incluso en las iglesias unidas a Roma.

en ellas con una fe recta respecto a Ti y con piedad, dales paz y protección.

Acuérdate, Señor, de nuestro rey y de nuestra reina, que son muy piadosos y aman a Cristo; de toda la corte, y de su ejército; concédeles socorro y victoria; toma armas y escudo y levántate en su ayuda; somételes las naciones hostiles o bárbaras que desean la guerra; dirige sus proyectos, a fin de que llevemos una vida apacible y tranquila en la piedad y la dignidad.

Acuérdate[33], Señor, de los que han venido y vienen todavía a los santos lugares de Cristo.

Acuérdate, Señor, de los navegantes, de los que están de viaje, de los cristianos que se encuentran lejos de sus hogares; de nuestros padres y nuestros hermanos que están en cadenas y calabozos, prisioneros y desterrados, condenados a las minas, a las torturas y a dura esclavitud; que cada uno pueda reintegrarse en paz a su casa.

Acuérdate, Señor, de los ancianos y débiles, de los enfermos, los que sufren, y de los que son probados por espíritus impuros; dales prontamente curación y salud.

Acuérdate, Señor, de toda alma cristiana, doliente y afligida, que espere tu misericordia y tu socorro, ¡oh Dios!, y del retorno de los extraviados.

Acuérdate, Señor, de nuestros padres y hermanos venerados que viven en la virgini-

[33] Sólo se encuentra en dos manuscritos.

dad, la religión y la continencia, que habitan montañas, cavernas y antros de la tierra, de las comunidades ortodoxas, repartidas por por todas partes, y de nuestra comunidad reunida aquí en Cristo.

Acuérdate, Señor, de nuestros padres y hermanos que nos sirven a causa de tu santo nombre.

Acuérdate, Señor, de todos para su bien; ten piedad de todos, Señor, reconcílianos a todos; concede el espíritu de paz a tu inmenso pueblo; aparta los escándalos, suprime las garras, pon fin a las desgarraduras de las iglesias, disipa rápidamente las herejías que sobrevienen, reduce la arrogancia de las naciones, levanta la fuerza de los cristianos, concédenos a todos tu paz y tu caridad, Dios y Salvador nuestro, esperanza de todas las fronteras de la tierra.

Acuérdate, Señor, de conceder la clemencia del tiempo, lluvias favorables, suaves rocíos, abundantes cosechas y un año fructuoso, y de coronar el año con tus bondades; los ojos de todos esperan de Ti y Tú les das el alimento a su tiempo; Tú abres la mano y satisfaces por entero los deseos de todo viviente.

Aquí se vuelve hacia el archidiácono:

Acuérdate, Señor, de los que han ofrecido los frutos y hacen ofrendas en tus santas iglesias; ¡oh Dios!, de los que se acuerdan de los pobres y de los que nos han pedido acordarnos de ellos en nuestras oraciones.

Dígnate también acordarte de los que hoy han aportado ofrendas a tu santo altar, de cada uno de ellos o de aquellos en quienes piensan y de los que ahora te reconocen.

Hace memoria de los vivos que desea:

Acuérdate, Señor, de nuestros padres, de nuestros amigos y de nuestros prójimos; de los hermanos...

Acuérdate, Señor, de todos aquellos a quienes hemos conmemorado como de los fieles que no hemos recordado; concédeles por los bienes terrestres los celestes, por las riquezas perecederas las imperecederas, por lo temporal lo eterno, según la promesa de Cristo, pues Tú mandas en la vida y en la muerte.

Después de la comunión (29).

Los clérigos:

305 Llena mi boca de tus alabanzas, Señor, y mis labios de alegría:
Que yo cante tu gloria.

El sacerdote dice la oración siguiente:

Te damos gracias, ¡oh Salvador de todos los hombres!, por todos los beneficios que nos has concedido, por los santos y puros misterios de que hemos participado, te ofrecemos este incienso y te rogamos; guárdanos bajo

tus alas, haznos dignos de participar hasta el último suspiro en tus santos misterios, fuente de santidad para nuestras almas y nuestros cuerpos. Danos entrar en posesión de la heredad de los cielos, pues Tú eres nuestra santidad, ¡oh Dios!, y nosotros te dirigimos nuestros cantos de gloria y de acción de gracias a Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y el archidiácono dice:

Te damos gracias, ¡oh Cristo!, nuestro Dios: Tú nos has juzgado dignos de participar de tu cuerpo y de tu sangre, por la remisión de nuestros pecados y para obtener la vida eterna. Guárdanos sin reproche, te lo suplicamos, porque Tú eres la bondad y la benevolencia.

LAS DERIVACIONES DEL TIPO SIRIO: LAS LITURGIAS BIZANTINAS

En el siglo IV *el Asia Menor sufrió la influencia de Antioquía. En algunas metrópolis la liturgia se desarrolla y toma una fisonomía particular, especialmente en Cesareo de Capadocia. Basilio toma la liturgia de Santiago en Antioquía, pero la reajusta; refunde notablemente la anáfora* (entre 364 y 379), *dando un texto más corto. La "liturgia de San Basilio", que primero fué habitual, no sirve ahora más que para los domingos de Cuaresma, los Jueves y Sábados santos, las vigilias de Navidad y Epifanía y el 1.º de enero, fiesta del santo.*

Antioquía y Cesareas suministran obispos a Constantinopla, Gregorio Nacianceno, Nectario, Juan Crisóstomo, que aportan la liturgia de Capadocia, forjada por San Basilio. Desde Constantinopla se difunde a todo el mundo bizantino, hasta que sea sustituída, a su vez, por la versión notablemente más corta, llamada de San Juan Crisóstomo, de fines del siglo IV. *Esta última es todavía hoy la liturgia normal en Oriente*[84].

Anáfora de San Basilio.

306 Es digno y justo, digno de tu magnificencia, darte gracias, glorificarte, a Ti, que eres realmente Dios; ofrecerte con un corazón puro y en espíritu de humildad este sacrificio de alabanza, nuestro culto ritual, pues Tú nos has dado a conocer tu santidad.

¿Quién es, pues, capaz de decir el poder de tus obras, de hacer oír tus alabanzas o de contar tus maravillas? Dueño de todas las cosas, Señor del cielo y de la tierra, de toda criatura visible e invisible, Tú estás sentado sobre un trono de gloria y sondeas los abismos, eterno, invisible, Padre de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, que es el Icono de tu gloria, el sello fiel de tu naturaleza, ¡oh Padre!; el Verbo vivo, Dios verdadero[85], Sabiduría eterna, Vida, Santificación y Poder.

---

[84] Además el tipo sirio posee la *liturgia de Presantificados* para los días sin Misa. Cf. nuestro Viernes Santo.

[85] Insistencia visible sobre la divinidad de Cristo, que está inspirada por las controversias cristológicas.

Él es la luz verdadera por quien ha sido revelado el Espíritu Santo, el espíritu de verdad, el espíritu de adopción, prenda de la vida futura, primicia de los bienes eternos; es la fuerza que da la vida, la fuente de nuestra santidad; fortificada por él toda criatura inteligente y espiritual te canta y te dedica gloria eterna.

Ante Ti se prosternan todos tus servidores, los ángeles, los arcángeles, los Tronos, los Señoríos, los Principados, las Potestades, las Virtudes. Alrededor de Ti los querubines de ojos múltiples, los serafines de seis alas, dos para ocultar su rostro, dos para volar; se responden cantando con una voz infatigable tu alabanza sin fin: Juntos claman el himno triunfal diciendo:

¡Santo, Santo, Santo es el Dios Sabaoth! Cielo y tierra están llenos de tu gloria ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! Bendito el que viene en nombre del Señor ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!

El sacerdote continúa:

Santo, Santo, Santo eres verdaderamente Tú, Señor nuestro Dios, y no hay límite para la grandeza de tu santidad: Tú has dispuesto con rectitud y justicia todas las cosas.

Tú has modelado al hombre con el barro de la tierra, Tú le has honrado con la misma imagen de Dios, Tú le has colocado en un paraíso de delicias, prometiéndole, si observaba los mandamientos, la inmortalidad y el

gozo de los bienes eternos. Pero ha transgredido tu mandato, Dios verdadero, y, reducido por la astucia de la serpiente, víctima de su propio pecado, se ha sometido a la muerte. Por tu justo juicio fué arrojado del paraíso a nuestro mundo, devuelto a la tierra de donde había sido sacado.

Pero Tú disponías para ellos, en tu Cristo, la salvación por el nuevo nacimiento, pues no has rechazado para siempre a la criatura que habías creado en tu bondad; has velado sobre ella de múltiples maneras en la grandeza de tu misericordia. Has enviado profetas, has hecho milagros por los santos que, en cada generación, te fueron agradables; has dado la ley para socorrernos; has puesto a los ángeles para guardarnos.

En cuanto vino la plenitud de los tiempos nos hablaste por tu Hijo único, por quien creaste los siglos; Él es el destello de tu gloria y la imagen de tu naturaleza; Él conduce todo por su poderosa palabra; y no guardó celosamente su igualdad con Dios, sino que, siendo Dios desde toda la eternidad, apareció sobre la tierra, vivió con los hombres, tomó carne de la Virgen María y aceptó la condición de esclavo, asumiendo nuestro cuerpo de miseria, para hacernos conformes a su cuerpo de gloria.

Como por el hombre el pecado había entrado en el mundo y por el pecado la muerte, plugo a tu Hijo único, eternamente en tu seno, ¡oh Padre!, pero nacido de una mujer,

condenar el pecado en su carne, a fin de que los que morían en Adán tengan la vida en Cristo. Mientras habitaba en este mundo nos dió preceptos de salvación, nos apartó del error de los ídolos y nos llevó a conocerte a Ti, Dios verdadero. Así nos ha conquistado para Él como un pueblo elegido, un sacerdocio real, una nación santa.

Nos ha purificado en el agua y santificado por el Espíritu Santo, se ha entregado en rescate a la muerte, de la que estábamos cautivos, vendidos a causa del pecado. Ha descendido de la cruz a los infiernos, para dar Él mismo a todas las cosas su cumplimiento; ha resucitado el tercer día, abriendo el camino a toda carne (no era posible que el principio de la vida fuera sometido a corrupción); se ha convertido en primicia de los que se han dormido, primero nacido de entre los muertos a fin de que tenga en todo la primacía. Ha subido al cielo, se ha sentado a la diestra de tu majestad, en lo más alto de los cielos, de donde vendrá a dar a cada uno según sus obras [96].

De su pasión saludable nos ha dejado este memorial de que hacemos ofrenda ante Ti.

En el momento en que iba a su muerte voluntaria eternamente memorable y vivificante, en la noche en que se entregó por la vida del mundo, tomó el pan en sus manos santas

[96] Se observará esta inserción de una confesión de fe explicativa en la anáfora.

e inmaculadas y te lo ofreció a Ti, Padre, te dió gracias, lo bendijo, lo santificó, lo partió y lo dió a los santos discípulos y apóstoles diciendo:

"Tomad, comed: Este es mi cuerpo roto por vosotros en remisión de los pecados".

Igualmente tomó el cáliz del fruto de la vid, hizo la mezcla, dió gracias, lo bendijo, lo santificó, lo dió a los santos discípulos y apóstoles diciendo:

"Bebed de él todos: Esta es mi sangre derramada por vosotros y por todos en remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía. Todas las veces que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis mi muerte y confesáis mi resurrección".

Hacemos, pues, memoria, Señor, nosotros también de sus sufrimientos salvadores, de su cruz vivificante, de su enterramiento durante tres días de su resurrección de entre los muertos, de su ascensión al cielo, de su presencia a tu diestra, ¡oh Padre!; de su segundo, glorioso y temible advenimiento ofreciéndote de lo que te pertenece estas cosas que son tuyas.

El pueblo:

En todo y por todo te cantamos, te bendecimos, te damos gracias, Señor, y te pedimos, Dios nuestro.

Por eso, Dueño santísimo, también nosotros, que hemos sido juzgados dignos de servir en tu muy santo altar, no por nuestra justicia, pues no hemos hecho nada bueno sobre la tierra, sino a causa de tu bondad y tus mise-

ricordias sobreabundantes, nos atrevemos a aproximarnos a tu altar, ofrecemos el sacramento del santo cuerpo y de la sangre sagrada de tu Cristo.

Te rogamos y te invocamos, ¡oh Santo de los Santos!; que por tu bondad y tu benevolencia venga tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre los dones aquí presentes, que los bendiga y los santifique, que consagre este pan al precioso cuerpo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

El diácono:

Amén.

—Y este Cáliz a la preciosa sangre de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

El diácono:

Amén.

—Derramada por la vida del mundo.

El diácono:

Amén.

Que todos nosotros, que participamos en el único pan y en el único cáliz, estamos unidos los unos a los otros en la comunión del único Espíritu Santo y que ninguno de nosotros participe en el santo cuerpo y en la sangre sagrada de tu Cristo para su juicio o su condenación, sino que encontremos piedad y gracia con todos los santos que desde el principio te fueron agradables.

Aquí se coloca la oración de intercesión:

Y danos glorificar y aclamar a una sola voz y con un solo corazón tu nombre adorable y maravilloso: Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Anáfora de San Juan Crisóstomo.

307 Es digno y justo cantarte, darte gracias, adorarte en todas partes donde se extiende tu dominio, pues Tú eres Dios *inefable, incomprensible, invisible, inaccesible, existente desde siempre y siempre el mismo*[37]; Tú y Tú Hijo único y Tú Espíritu Santo, Tú eres quien de la nada nos has llevado al ser, quien nos ha levantado después de la caída, quien no ha descansado hasta llevarnos al cielo y entregarnos al reino venidero.

Por todos estos beneficios te damos gracias a Ti, a tu Hijo único y al Espíritu Santo *por todos los que conocemos como por los que ignoramos, por los visibles como por los invisibles. Te damos gracias también por esta oblación que te dignas recibir de nuestras manos. A Ti a quien sirven millares de arcángeles y miriadas de ángeles,* los querubines y los serafines de seis alas, de ojos innumerables, que vuelan a los cielos, cantan, gritan y claman el himno triunfal:

[37] La cursiva designa las adiciones posteriores.

El pueblo:

¡Santo, Santo, Santo es el Dios Sabaoth! Cielo y tierra están llenos de tu gloria. ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!

Nosotros también con ellos, ¡oh Dueño de las postestades, amigo de los hombres!, nosotros te clamamos: Tú eres santo, infinitamente santo, y tu gloria es inmensa. Tú has amado hasta el punto de dar tu Hijo, el Unico, a fin de quien crea en Él no muera, sino que tenga la vida eterna.

El cual, habiendo venido cuando hubo cumplido todas tus disposiciones respecto a nosotros, la noche en que se entregó tomó el pan con sus manos santas, dió gracias, lo bendijo, lo partió, lo dió a los discípulos y apóstoles, diciendo:

"Tomad, comed. Este es mi cuerpo entregado por vosotros".

Lo mismo hizo con el cáliz al terminar la comida, diciendo:

"Bebed todos: Esta es mi sangre, la de la nueva alianza, que ha sido derramada por vosotros y por todos en remisión de los pecados".

Acordándonos, pues, del mandamiento saludable y de todo que ha sido consumado por nosotros; de la cruz, de su sepultura, de su resurrección al tercer día, de la ascensión al cielo, de su presencia a la diestra del Padre, del segundo y glorioso advenimiento, ofrecemos estas cosas que vienen de Ti.

El pueblo:

Te cantamos, te bendecimos, Señor, y te rogamos, ¡oh Dios nuestro!

Te ofrecemos, además, este sacrificio espiritual e incruento y te invocamos, te rogamos y te suplicamos, envía tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre los dones aquí presentes y haz de este pan el precioso cuerpo de Cristo, *cambiándolo por obra de tu Espíritu Santo,* y de este Cáliz la sangre de Cristo, *cambiándolo por obra de tu Espíritu Santo,* a fin de que conviertan para los que participan en ellos en purificación del alma, remisión de sus pecados, comunión del Espíritu Santo, plenitud del reino del cielo, seguridad ante Ti y no juicio ni condenación.

Te ofrecemos [38], además, este sacrificio espiritual por todos los que reposan en la fe: los antiguos padres, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los predicadores, los evangelistas, los mártires, los confesores, los ascetas y los que han muerto en la fe.

Sobre todo por nuestra santa, purísima, plenamente bendita y glorificada Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María.

Lectura de los dípticos de los difuntos:

San Juan, profeta, precursor y bautista, santos, gloriosos e ilustres apóstoles, san... cuya memoria celebramos, y todos los santos; a cau-

[38] Lo que sigue no tiene paralelo siriaco.

sa de sus oraciones, visítanos, ¡oh Dios!, y acuérdate de todos los que se han dormido con la esperanza de resucitar para la vida eterna; dales el reposo en el lugar donde resplandece la luz de tu Rostro.

Te rogamos también, Señor, que te acuerdes de todo el episcopado ortodoxo, de los que anuncian con rectitud tu palabra de verdad, de los diáconos en Cristo y de todo el sacerdocio.

Te ofrecemos, además, este sacrificio espiritual por todo el universo, por la Iglesia, santa, católica y apostólica, por los que llevan una vida casta y digna, por nuestros soberanos fidelísimos y amigos de Cristo, por su corte y su ejército. Dales, Señor, un reinado pacífico a fin de que en la paz que nos aseguren, vivamos una vida tranquila en toda piedad y santidad.

Lectura de los dípticos de los vivos

Acuérdate, Señor, de la ciudad en que vivimos, de toda ciudad o país, y de los que viven allí en la fe.

Acuérdate, Señor, de los que estén en el mar o bien en camino, de los enfermos, de los que sufren, de los prisioneros y de su salvación.

Acuérdate, Señor, de los donadores y de los bienhechores de tus santas iglesias, de los que piensan en los pobres y sobre todos nosotros envía tus misericordias.

Y danos glorificar y aclamar a una sola

voz y con un solo corazón tu nombre admirable y magnífico, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

LA ANAFORA SIRIACA DE LOS DOCE APOSTOLES

En dependencia con la liturgia bizantina de San Juan Crisóstomo, la primera anáfora de los doce apóstoles nos es conocida por una recensión siríaca y una recensión malonita. Es muy antigua. Dom Engberding, que le ha consagrado un profundo estudio, la hace remontar al siglo IV.

Oración de la paz.

308 Dios misericordioso y santo que por tu Hijo único, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, has instituído para nosotros la mesa santa y espiritual, recibe con benevolencia este sacrificio incruento; danos, Señor, el don de tu Espíritu Santo y haznos dignos de acercarnos con un corazón puro y una conciencia sin reproche a tu Santo de los Santos.

Concédenos la paz que tu Hijo viene a traer a sus discípulos, a fin de que, dándonos también la paz los unos a los otros con un beso santo, demos gloria a tu poderosa bondad, a tu Hijo único y a tu Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos.

El pueblo:

Amén.

El celebrante:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El diácono:

Danos la paz.

El pueblo:

Haznos digno de ella.

El diácono:

Ante el Señor.

El pueblo:

Ante Ti, Señor.

Oración al inclinar la cabeza.

Que tu paz, Señor, y tu tranquilidad, tu caridad y tu gracia, la misericordia de tu divinidad sean con nosotros y entre nosotros, todos los días de nuestra vida, ahora, en todo tiempo y hasta los siglos de los siglos.

El pueblo:

Amén.

Oración del velo.

Ante Ti, Rey de los reyes, Señor de los señores, caemos de rodillas y te rogamos, Señor, extiendas la diestra de tu misericordia sobre aquellos que se inclinan ante la temible grandeza de tu majestad. Bendice, guarda, purifica y santifica a las ovejas de tu rebaño, redimido por la sangre preciosa de tu Hijo único. Haz resplandecer tu temible sello sobre sus frentes para que el Enemigo reconozca cuáles son las ovejas rescatadas de tu rebaño. Ahora...

El diácono:

Mantengámonos firmes.

El pueblo:

Misericordia, paz.

El celebrante:

Que el amor de Dios Padre, la gracia del Hijo único y la comunión del Espíritu Santo sean con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El celebrante:

Elevemos nuestros corazones.

El pueblo:

Vueltos están hacia el Señor.

El celebrante:

Demos gracias al Señor.

El pueblo:

Es justo y necesario.

El celebrante:

Justo y necesario es adorarte, glorificarte por que eres el Dios verdadero con tu Hijo único y tu Espíritu Santo. Tú nos has sacado de la nada a la existencia; nos has levantado de la caída y no has tenido descanso hasta habernos hecho subir al cielo, para obtener el reino futuro. Por todo esto te damos gracias a Ti, a tu Hijo único y a tu Espíritu Santo.

Delante y alrededor de Ti se mantienen los querubines de ojos múltiples y los serafines de seis alas. Glorifican y alaban con todas las otras fuerzas celestes a tu majestad con una voz que no calla jamás y acentos que nunca se agotan. Proclaman y cantan:

El pueblo:

¡Santo, Santo, Santo, el Dios Sabaoth! ¡Cielo y tierra están llenos de tu gloria! ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! ¡Bendito sea él que viene y vendrá en nombre del Señor, nuestro Dios! ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!

El celebrante:

Tú eres santo y muy santo con tu único Hijo y el Espíritu Santo. Tú eres santo y muy santo, en las magnificencias de tu gloria. Tú has amado al mundo hasta el punto de darle tu

Hijo único, a fin de que los que creen en Él no perezcan, sino que tengan la vida eterna.

Él cual vino y, cuando hubo cumplido toda la economía instituída por nosotros:

En la noche en que fué entregado tomó el pan en sus manos santas y sin tacha, y, habiéndolas levantado al cielo, lo bendijo, lo santificó y lo partió; después lo dió a sus discípulos y apóstoles, diciendo:

"Tomad, comed de él todos: Este es mi cuerpo destrozado y entregado por vosotros y por todos, en remisión de los pecados y por la vida eterna".

Igualmente en cuanto al cáliz; después de la comida mezcló el vino y el agua, dió gracias, lo bendijo, lo santificó y, después de haberlo probado, lo dió a sus discípulos y apóstoles, y dijo:

"Tomad, bebed todos de él. Esta es la sangre del Nuevo Testamento, derramada por vosotros y por la multitud y entregada en remisión de los pecados y por la vida eterna. Haced esto en memoria de mí. Todas veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis mi muerte y confesaréis mi resurrección hasta mi vuelta".

El pueblo:

Tu muerte, Señor.

El celebrante:

Entonces nosotros, Señor, hacemos memoria de tu mandamiento saludable y de toda la economía instituída por nosotros; de tu cruz,

de tu resurrección al tercer día de entre los muertos, de tu ascensión al cielo, de tu presencia a la diestra de la majestad del Padre, de tu advenimiento, cuando vengas con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos y dar a todos los hombres según sus obras, con benevolencia. Tu Iglesia y tu rebaño te suplican[89] y por Ti y contigo suplican al Padre diciendo: Ten piedad de mí.

El pueblo:

Ten piedad de nosotros.

El celebrante:

Nosotros también, Señor, que hemos recibido tus gracias, te damos gracias por todo y por todos.

El pueblo:

Te alabamos.

El diácono:

En silencio y con temor.

El celebrante:

Te rogamos Señor todopoderoso y Dios de las Virtudes, prosternándonos ante Ti, que envíes tu Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros.

Y que nos manifiestes que este pan es el cuerpo venerado de nuestro Señor Jesucristo,

[89] Aquí la anáfora se dirige excepcionalmente al mismo Cristo.

—este cáliz la sangre de ese mismo Jesucristo, nuestro Señor.

A fin de que todos los que de él participen obtengan de él la vida y la resurrección, la remisión de los pecados, la curación del alma y del cuerpo, la iluminación del espíritu y la seguridad ante el terrible tribunal de tu Cristo. Que nadie de tu pueblo se pierda, Señor, pero haznos a todos dignos de servirte sin turbaciones, de continuar en tu servicio todo el tiempo de nuestra vida, de gozar de tus misterios celestiales, inmorales y vivificantes, por tu gracia, tu misericordia y tu benevolencia, ahora, en todo tiempo y por los siglos de los siglos.

El pueblo:

Amén.

El celebrante, inclinado:

Te ofrecemos, Señor Todopoderoso, este sacrificio espiritual por todos los hombres, por tu Iglesia universal, por los obispos que dispensan la palabra de verdad, por mi indignidad, por los sacerdotes y diáconos, por todos los creyentes de la región, por todo el pueblo de los fieles, por un tiempo favorable y los frutos de la tierra, por nuestros hermanos en la fe que tienen dificultades, por los que han ofrecido estas oblaciones, por los que son nombrados de ordinario en las iglesias santas.

Concede a todos el socorro que necesitan.

A nuestros padres y hermanos que han muerto en la verdadera fe concédeles la gloria divina en el día del juicio no entres en liti-

gio con ellos porque ningún viviente es inocente ante Ti.

Un solo ser fué hallado sin pecado en la Tierra, tu Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, el gran purificador de nuestra raza, por quien esperamos encontrar misericordia y remisión de los pecados por nosotros y por ellos.

El pueblo:

Perdona, borra nuestros pecados.

El celebrante:

Hacemos especialmente memoria de la Santa Madre de Dios, María, siempre virgen; de los santos apóstoles, de los santos profetas, de los mártires que resplandecen en su victoria y de todos los santos que te fueron agradables. Por su oración y su intercesión, guárdanos del mal y que tu misericordia esté sobre nosotros, en este mundo y en el otro, a fin de que glorifiquemos tu nombre bendito por Jesucristo y el Espíritu Santo.

El pueblo:

Como ha sido en todo tiempo y por los siglos de los siglos.

El celebrante:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El celebrante:

Que la misericordia de Dios Padre y de nuestro Salvador Jesucristo sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El celebrante:

A Ti, Dios vivo y Señor bueno, nos confiamos nosotros y nuestro prójimo, en la esperanza de la vida futura que esperamos en Cristo. Te pedimos y suplicamos, Señor, en la grandeza de tu misericordia, que eches tu mirada sobre nosotros y sobre tu pueblo fiel, de pie ante Ti. Haznos dignos de invocarte con una confesión pura de nuestra conciencia, Padre Santo, diciendo:

El pueblo:

Padre nuestro que estás en los cielos...

El celebrante:

Sí, Señor no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal y de todo lo que se le parezca.

Pues para Ti es el reino, el poder y la gloria, así como para tu Hijo único y el Espíritu Santo.

El celebrante:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El diácono:

Ante el Señor.

El pueblo:

Ante Ti, Señor.

El celebrante:

Bendice, Señor, a los que han inclinado, ante el amor que tienes a los hombres, sus almas y sus cuerpos. Bendíceles, santifícales, hazles perfectos, sin tacha ni reproche, y que te sean agradables todos en el curso de su vida. Igual que nosotros, ellos te tributan gloria a Ti, a tu Hijo único y al Espíritu Santo, ahora, en todo tiempo y por los siglos de los siglos.

El celebrante:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El diácono:

Con temor y temblor.

El celebrante:

Las cosas santas para los santos.

El pueblo:

Sólo el Padre es santo.

El diácono:

Hemos recibido los santos misterios.

El pueblo:

Te damos gracias.

El celebrante:

Te damos gracias, Dios, Señor de los ejércitos celestiales; Tú nos has juzgado dignos, a pesar de nuestra indignidad, de los misterios celestes y eternos del cuerpo vivificante y de la sangre saludable de tu Cristo. Haz que estemos siempre en estado de recibirlos, con una conciencia pura y santa todos los días de nuestra vida. Confírmanos en todo lo que te complace. Te damos la gloria, así como a tu Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos.

El pueblo:

Amén.

El celebrante:

La paz sea con vosotros.

El pueblo:

Y con tu espíritu.

El diácono:

Ante el Señor.

El pueblo:

Ante Ti, Señor

El celebrante:

¡Oh Dios, que por amor de los hombres te has inclinado hasta nosotros y en la abundancia de tu gracia y de tu bondad has querido humillarte: Tú, que nos has concedido participar en tus santos misterios, guarda y marca

a tus adoradores con tu invencible diestra. Consérvanos sin desfallecimiento en la santidad de estos misterios sagrados que acabamos de recibir. Haz que no volvamos jamás a mancillar la carne y el espíritu, sino que seamos confirmados en Ti, para darte una gloria eterna, a Ti, al Padre y al Espíritu Santo.

EL TIPO ALEJANDRINO: LITURGIA DE SAN MARCOS

Contemporánea de la de Santiago, la liturgia de San Marcos, utilizada en Egipto y en Abisinia, presenta únicamente diferencias de detalles: la oración de intercesión especialmente se encuentra en ella al principio de la anáfora. Desgraciadamente, no poseemos ninguna edición crítica de este rito: los únicos testimonios dignos de fe son el papiro de Der-Balyzeh y el fragmento conservado en Estrasburgo, editado por Andrieu y Collomp.

Un reciente descubrimiento de C.-H. Roberts completa el texto de Der-Balyzeh. El papiro es de fines del siglo VI, *"pero conserva elementos muy antiguos", escribe Dom Capelle. La comparación con la anáfora de Serapión atestigua el parentesco de nuestra liturgia con este antiguo texto.*

Fragmento de la anáfora según Der-Balyzeh.

Faltan el prefacio y la mayor parte de la intercesión.

309 ¡... aquellos que odian. Que tu bendición

venga sobre tu pueblo, que cumple tu voluntad! Levanta de nuevo a los que han caído, trae otra vez al buen camino a los extraviados, fortifica a los que les falta el valor [40].

Pues Tú estás por encima de todo principado, poder, fuerza, dominación; por encima de todo nombre pronunciado, no solamente en el siglo presente, sino en el venidero.

Cerca de Ti se mantienen los millares de ángeles y santos y los ejércitos innumerables de arcángeles, con ellos los querubines de ojos múltiples; cerca de Ti se mantienen en círculo los serafines de seis alas; dos ocultan sus rostros; dos, sus pies, y con las otras dos vuelan. Todos proclaman en todo lugar que Tú eres santo.

Con todos aquellos que te aclaman recibe nuestra oblación de hoy, mientras repetimos: ¡Santo, Santo, Santo el Señor Sabaoth! Cielo y tierra están llenos de tu gloria.

Llénanos a nosotros también de tu gloria. Y dígnate enviar a tu Espíritu Santo [41] sobre estas ofrendas que has creado, y haz de este pan el cuerpo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y del cáliz la sangre de la nueva alianza de nuestro mismo Señor y Salvador Jesucristo.

Y así como este pan [42] ha sido dispersado sobre las montañas, las colinas y los valles,

---

[40] El texto está visiblemente inspirado en la oración de Clemente de Roma.

[41] Aquí la epiclesis precede al relato de la institución.

[42] Texto de la *Didaché*, encontrado ya en la anáfora de Serapión.

y reunido y convertido en un cuerpo; así como también este vino, brotado de la santa viña de David, y este agua, brotada del Cordero inmaculado, mezclados, se han convertido en un solo misterio, así congrega la Iglesia católica de Jesucristo.

Pues nuestro Señor, Jesucristo, la noche en que fué entregado, tomó el pan en sus manos santas, dió gracias, lo bendijo, lo santificó, lo partió y lo dió a sus discípulos y apóstoles, diciendo:

"Tomad, comed de él todos: Este es mi cuerpo, dado por vosotros en remisión de los pecados".

Igualmente después de haber comido tomó el cáliz y dió gracias, bebió de él y se lo dió, diciendo:

"Tomad, bebed de él todos: Esta es mi sangre, derramada por vosotros, en remisión de los pecados".

Todas las veces que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis mi muerte y proclamáis mi resurrección, hacéis memoria de mí.

El pueblo:

Tu muerte anunciamos, tu resurreción proclamanos. Y rogamos...

Laguna de seis líneas, por lo menos.

... nos concedas a tus servidores la fuerza del Espíritu Santo, la afirmación y acrecentamiento de la fe, la esperanza de la futura vida eterna, por nuestro Señor Jesucristo, con

quien, para Ti, el Padre, es la gloria con el Espíritu Santo, en los siglos. Amén.

Papiro Andrieu-Collomp.

Falta el principio de la anáfora.

310 De celebrarte, día y noche, a Ti, que has hecho el cielo y todo lo que en él se encuentra, la tierra y todo lo que contiene, el mar y los ríos y los seres que los pueblan.

Tú has creado al hombre a tu imagen y semejanza, Tú has dispuesto todo con la sabiduría y la única verdadera luz, la de tu Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Por eso te damos gracias con Él y el Espíritu Santo y te ofrecemos esta oblación espiritual, este sacrificio incruento con todos los pueblos del Levante al Poniente, del Norte al Sur, pues tu nombre es santo entre todas las naciones. En todo lugar se ofrece incienso a tu santo nombre, una ofrenda pura, un sacrificio, una oblación.

Te rogamos y te suplicamos: acuérdate de la santa y única Iglesia católica, de todos los pueblos y de todos los rebaños.

Concede la paz que viene del cielo a todos nuestros corazones, y haznos la gracia de la paz, todo a lo largo de nuestra vida.

Y en cuanto al rey de la tierra, que sus designios de paz respecto a nosotros y respecto a tu santo nombre.

V

LAS LITURGIAS DE OCCIDENTE

Si bien es fácil trazar las trayectorias de los diversos ritos orientales, aparentemente tan complejas, no ocurre lo mismo con el Occidente. Con la paz constantina asistimos a un desarrollo extraordinario de las instituciones y de la celebración litúrgica, en Roma, en Africa, en las Galias y en las islas británicas. ¿Cómo se realizó esta transformación? Lo ignoramos completamente por falta de documentos.

Así, en Italia y en Roma, después del testimonio de San Justino y de la anáfora de Hipólito, hay que llegar hasta el siglo VI para encontrar el ordinario de la misa. La misa gelasiana está tan alejada de Justino como de las liturgias orientales. Se han producido profundas transformaciones, incluso en el canon, antes invariable, sin que sepamos cómo. La oración letánica y la epiclesis al Espíritu Santo han desaparecido y el beso de paz se ha desplazado.

Tomando las cosas globalmente, dos ritos se reparten el Occidente el modo romano, utilizado en una parte de Italia y en Africa, y el modo galicano, que une la Italia del Norte, la Galia, España, Bretaña e Irlanda. Entre los dos se sitúa la liturgia de Milán, llamada ambrosiana, que parece tributaria de las dos precedentes.

La liturgia romana, que acabará por imponerse, es conocida por dos libros litúrgicos o sacramentados, el *Leonino* y el *Gelasiano*, que son del siglo V o VI, pero muchos de cuyos textos se remontan a una fecha más antigua. Nuestra liturgia ha conservado bastantes textos tomados de estos libros romanos. Limitaremos nuestra elección a los prefacios.

Lo que caracteriza la liturgia latina, comparándola con los ritos orientales, es la densidad doctrinal, la forma lapidaria y hierática, el estilo sobrio y majestuoso.

EL CANON ROMANO

El "Tratado de los sacramentos", atribuido hoy definitivamente a San Ambrosio, nos ha conservado la parte central del canon romano, a fines del siglo IV. El texto no está completo.

En adelante están ya fijadas las grandes líneas, aun cuando este fragmento presente numerosas variantes en relación con nuestro texto actual.

¿Quieres estar convencido de que son palabras celestiales las que operan la consagración? Escucha las palabras:

El sacerdote dice:

311 Dignate, Señor, recibir con agrado esta ofrenda y hacerla espiritual y agradable, pues es la figura del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo.

El cual, la víspera de su Pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos y, levantando los ojos al cielo, a Ti, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, te dió gracias, bendijo este pan y lo dió partido a sus apóstoles y discípulos, diciendo:

"Tomad y comed de él todos. Pues éste es mi cuerpo, que será inmolado por la multitud".

Igualmente también, después de la comida, la víspera de su Pasión, tomó el cáliz y, con los ojos elevados al cielo hacia Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, te dió gracias, lo bendijo, lo dió a sus apóstoles y discípulos, diciendo:

"Tomad y bebed de él todos: Pues ésta es mi sangre. Todas las veces que hagáis esto lo haréis en memoria mía hasta que yo vuelva".

Y el sacerdote continúa:

Por lo cual, conmemorando su Pasión gloriosísima, su Resurrección de los infiernos y su Ascensión al cielo, te ofrecemos esta hostia sin mancha, esta hostia espiritual, esta hostia incruenta, el pan sagrado y el cáliz de la vida eterna.

Te rogamos y te suplicamos que recibas con

agrado esta ofrenda sobre tu altar celestial de manos de tus santos ángeles, como te dignaste aceptar los presentes del justo Abel, tu siervo, el sacrificio del patriarca Abraham, nuestro antepasado, y la ofrenda que te presentó Melquisedec, tu sumo sacerdote.

ORACION LETANICA ROMANA

El Papa Gelasio († 496) prescribió a la Iglesia universal cantar esta oración. Esta letanía representa el Kyrie, tal como se usa en Roma a fines del siglo V. No la encontramos tampoco en la misa del Sacramentario gelasiano.

Digamos juntos:

312 Señor, escúchanos, ten piedad de nosotros.
Con las almas fieles rogamos al Padre del Hijo único, al Hijo de Dios eterno, al Espíritu Santo.
Kyrie eleison.

Por la Iglesia inmaculada de Dios, repartida por todo el universo, pedimos la plena riqueza de la bondad divina.
Kyrie eleison.

Por los sacerdotes santos del gran Dios y los ministros del altar, por todos los pueblos que adoran al verdadero Dios, rogamos a Cristo el Señor.
Kyrie eleison.

Por todos los que son dispensadores de la palabra de verdad, pedimos la sabiduría multiforme del Verbo de Dios.
Kyrie eleison.

Por los que castigan su cuerpo y su espíritu por el reino de los cielos y se afanan en obras espirituales, rogamos a Aquel que concede los dones del Espíritu.
Kyrie eleison.

Para los príncipes cristianos y sus ejércitos que aman la justicia y la rectitud, pedimos la fuerza de Dios.
Kyrie eleison.

Por la serenidad del tiempo, las lluvias favorables, las brisas vivificantes; por la alternancia bienhechora de la diversas estaciones, rogamos al Señor que gobierne al mundo.
Kyrie eleison.

Por aquellos que comienzan a comprender el nombre cristiano, por los que han llegado ya a desear la gracia celestial, rogamos la misericordia de Dios todopoderoso.
Kyrie eleison.

Para los que se ven encerrados en la debilidad humana, los extravíos del espíritu o los errores múltiples del mundo, pedimos la misericordia del Redentor.
Kyrie eleison.

Por los que, obligados a viajar continuamente están sometidos a la opresión de fuerzas hostiles, a las vejaciones enemigas, rogamos al Salvador Jesús.
Kyrie eleison.

Por los judíos extraviados, por los herejes descarriados, por los paganos que adoran a los ídolos, imploramos al Señor de la verdad.
Kyrie eleison.

Por los obreros de Dios que son servidores de los demás en caridad fraterna, rogamos al Señor de las misericordias.
Kyrie eleison.

Por todos los que franquean el umbral de la casa santa del Señor y se han reunido con religioso corazón y piedad suplicante, rogamos al Señor de la gloria.
Kyrie eleison.

Por la purificación de nuestras almas y de nuestros cuerpos, por el perdón de todas nuestras faltas, suplicamos al Dios de toda clemencia.
Kyrie eleison.

Por el reposo de las almas de los muertos, especialmente aquellas de los santos sacerdotes del Señor que gobernaron la Iglesia católica, rogamos al Señor de los espíritus y al Juez de toda carne.
Kyrie eleison.

Concédenos, Señor, un cuerpo mortificado en sus vicios, un alma que viva de la fe, concédenoslo.
Un temor puro y una verdadera caridad, concédenoslo, Señor, concédenoslo.
Una vida de reconocimiento y un fin dichoso, concédenoslo Señor, concédenoslo.
El ángel de la paz y de la consolación, concédenoslo, Señor, concédenoslo.
Nosotros mismos y todo lo nuestro, cuyo principio y crecimiento es el Señor y el donador y guardián, nos recomendamos a su misericordia y a su providencia.
Kyrie eleison.

EL SACRAMENTARIO LEONINO

El sacramentario leonino es la más antigua compilación litúrgica romana que poseemos. Muchas de sus expresiones se encuentran en San León el Grande, y de aquí su nombre. No tenemos más que una parte. Está constituído por folletos o "libelli", que contenían formularios para las diversas fiestas y circunstancias del año. Es difícil fecharlo. Ciertas misas dan la impresión de un gran arcaísmo: las más recientes hacen alusión a las invasiones bárbaras y parecen remontar al principio del siglo VI.

Formulario de la misa de Navidad.

Colectas.

313 Dios, Tú has creado la naturaleza humana en una admirable dignidad y la has reformado más admirable todavía: concédenos, te rogamos, tener parte en la divinidad de tu Hijo, Jesucristo, que se ha dignado unirse a nuestra humanidad.

Por nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Secreta.

Concédenos, te rogamos, Dios todopoderoso y misericordioso, Padre eterno, que la fiesta del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, que anticipamos en la presente celebración, sea nueva para nosotros, permanezca sin cesar y se prolongue sin fin, de manera que se mantenga el milagro de su novedad.

Prefacio.

Verdaderamente es digno y justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso y Dios eterno.

Lo que celebra la piedad de nuestra fe se desprende de la gran solemnidad de hoy y se vuelve a encontrar en el misterio de nuestra ofrenda. He aquí lo que fué revelado a nues-

tros primeros padres, según las palabras del Apóstol. *El misterio es grande, lo oigo de Cristo y de la Iglesia.*

Los patriarcas lo han anunciado a menudo en sus actos y en sus palabras. La misma observancia de la ley lo ha significado, todos los mensajes de los profetas lo han predicho. Aquí se consuma la figura del antiguo culto. Aquí brotan hoy las gracias del cielo. Aquí tenemos la promesa de los bienes futuros. Y ahora que se cumple visiblemente lo que fué anunciado podemos esperar sin presunción que se realizarán las promesas futuras.

Por el ...

Oraciones después de la comunión.

Concédenos, Señor, Dios nuestro, te rogamos, a nosotros que celebramos en la alegría el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, que la dignidad de nuestra vida nos permita llegar hasta la participación de su gloria [43]. Por ...

Da, Señor, te rogamos, a nosotros tus servidores que crezcamos en la fe, la esperanza y la caridad [44], a fin de que aquellos que celebran el nacimiento de tu Hijo, nuestro Señor, por tu protección sean inmunizados con-

[43] Poscomunión de la misa latina de medianoche en Navidad.

[44] Se encuentra también en parte en la Colecta de la misa del 13.° domingo después de Pentecostés. Hemos dado todo el propio de una fiesta tomada del sacramentario para dar una idea de la estructura de los textos.

tra los asaltos del mundo y guarden sin cesar el misterio que celebran en el tiempo.

Otro prefacio para Navidad.

314 He aquí que se cumple lo que has anunciado por tu profeta: *Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, será llamado Enmanuel, pues el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros. He aquí que un hijo nos ha nacido, le ha sido dado el principado, y el poder reposa sobre sus hombros.*

Será llamado el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz. Su imperio se extenderá y la paz no conocerá fronteras. Reinará sobre el Trono de David y sobre su reino. Lo afirmará y mantendrá hoy hasta la eternidad.

En esto reconocemos con evidencia que es Dios y hombre y, aceptando lo que es nuestro, se ha dignado concedernos lo que es suyo.

También rebosamos de alegría cantando con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la corte celestial, el canto de la gloria, repitiendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

Nuestro nuevo nacimiento por Navidad.

315 Verdaderamente es digno y justo, necesario y bienhechor, darte gracias, Señor santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno.

Pues la obra maravillosa de nuestra reden-

ción acaba de nacer: el hombre viejo se transforma en un hombre nuevo: la mortalidad en inmortalidad, la humanidad obtiene la curación y el remedio se ha tomado de la naturaleza humana, la raza pecadora produce un retoño sin pecado. No solamente se ha cubierto para siempre de honor la fragilidad que tu Verbo recibió de nosotros, sino que también, en una admirable comunión con él, nos hemos convertido nosotros en eternos.

Por él los ángeles celebran tu majestad, los Principados te adoran, las Potestades te veneran temblando. Los Cielos y las Dominaciones, como los serafines, con júbilo te cantan a coro. Te rogamos nos permitas nuestras voces con las suyas y confesar con veneración:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio de la Ascensión.

316 Verdaderamente es digno y justo, necesario y saludable darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

Con justos títulos podemos rebosar de gozo y de alegría en la radiante fiesta de hoy: Al subir al cielo el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo no ha abandonado nuestra pobreza, pues en la gloria que ha poseído siempre contigo conserva la naturaleza que recibió de nosotros. Se ha dignado hacerse hombre por hacernos compartir su divinidad.

También nosotros cantamos con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, con toda la corte celestial, el canto de tu gloria, repitiendo sin fin:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio de Pentecostés.

317 Verdaderamente es digno y justo, necesario y saludable darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno. Acoge con agrado siempre, ¡oh Padre de la gloria!, la alabanza que cantan los hijos de la Promesa.

Celebramos, en efecto, el don más maravilloso desde los orígenes de la Iglesia: esta proclamación de tu Evangelio, en lengua diversa, por la voz de todos tus creyentes. Así fué retirada la maldición merecida en otro tiempo por la construcción de la torre [de Babel] y desde entonces la diversidad de voces no podrá detener la edificación de la Iglesia; más bien afirmará su unidad.

Por él los ángeles alaban tu majestad, los Principados te adoran, las Potestades te veneran temblando. Los cielos y las Dominaciones, como los serafines, con júbilo te cantan a coro: nosotros te rogamos que nos dejes unir nuestras voces a las suyas y con veneración confesar:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio por los mártires Juan y Pablo.

318 Verdaderamente es digno y justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

Son fulgurantes las maravillosas palabras de nuestro Señor Jesucristo que al venir a este mundo anunció en su clemencia: *Si el grano de trigo al caer en tierra no muere, queda solo; si muere, da mucho fruto.*

Vemos sobre toda la superficie de la Tierra alzarse el trigo en abundante cosecha y fructificar la cruz del Señor en una cosecha de mártires gloriosos. Y lo mismo que el creador ha vertido su sangre por criados impíos, ha dispuesto a sus siervos pecadores a dar gozosamente su vida por el Señor sin mancha.

También nosotros cantamos con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, con toda la corte celestial, el canto de tu gloria repitiendo sin fin:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio, canto de la Iglesia.

319 Pues sin cesar manifiestas en nuestra debilidad que eres fuerte: Tú has concedido a tu Iglesia crecer entre vicisitudes; cuando parecía oprimida se levanta de nuevo más vigorosa; pues la prueba es una experiencia de la fe y, cuando haya perseverado con fidelidad

en la vida presente, da a tu Iglesia la gloria, por Jesucristo, nuestro Señor.

Por Él...

Prefacio del mes de julio.

320 Es una ley de tu solicitud providencial hacia nosotros que todo progreso visible proceda de disposiciones interiores.

Ningún mal puede alcanzarnos desde fuera si sabemos refrenar los vicios del alma.

Ninguna derrota aparente puede humillarnos si sabemos vencer las pasiones que nos deshonran.

Ningún suceso puede turbar nuestras vidas si nuestras intenciones siguen siendo siempre sinceras.

Ningún enemigo puede vencernos si guardamos la paz del corazón.

Somos los primeros responsables de nuestros fallos y todas las dificultades se desvanecen si primero sabemos vencernos a nosotros mismos.

Cosecha y ayuno.

321 Verdaderamente es digno y justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

Hemos recogido los frutos de la Tierra: Tú pides que te demos gracias con la sobriedad del ayuno. Este ejercicio saludable nos hará comprender que los bienes no nos son conce-

didos para goce de la carne, sino para las necesidades de nuestra fragilidad, y, además, nuestras privaciones servirán para alimentar a los pobres.

Esta disciplina bienhechora dominará la arrogancia de nuestra vida perecedera: y por nuestra limosna imitaremos tu caridad. Utilizando así los bienes de la tierra sabremos tender hacia las riquezas de la eternidad, por Cristo, nuestro Señor.

Por Él...

SACRAMENTARIO GELASIANO

El sacramentario gelasiano puede ser considerado como un libro oficial de la liturgia romana. Se usó en Italia, en las Galias y en Inglaterra. Siendo el contenido romano, encierra también adiciones y retoques galicanos. Los más serios liturgistas atribuyen la parte principal al Papa Gelasio.

Por su doctrina teológica presenta el más alto interés dogmático.

Prefacio de la octava de Navidad.

322 Verdaderamente es justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo, nuestro Señor.

Al festejar hoy la octava de su nacimiento celebramos, Señor, tus maravillas. Pues la que ha dado a luz es madre y es virgen, y el que ha nacido es niño y es Dios.

Con justo título han hablado los cielos, han cantado los ángeles, los pastores han sido transportados de gozo, los magos transformados, los reyes atacados de espanto y los infantes coronados con la gloria de la sangre. Amamanta, ¡oh Madre!, a Aquel que es nuestro alimento; alimenta al pan descendido del cielo, colocado en el pesebre como la pitanza de los animales. Aquí reconoció el buey a su dueño y el asno la cuna del Señor.

Se ha dignado someterse a la circuncisión por realizar en su plenitud todas las figuras, nuestro Salvador y Señor, a quien Simón acogió en el Templo.

Cantamos también nosotros con los ángeles y los arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, con todo el ejército del cielo, el himno de la gloria:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio de la noche de Pascua.

323 Verdaderamente es justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

El día tanto tiempo esperado ha llegado por fin y la luz ilumina la noche tan deseada. ¿Hay algo más grande y más bello que celebrar el poder del Señor resucitado? Él ha roto las puertas de los infiernos y ha logrado la victoria gloriosa de la resurrección; ha levan-

tado al hombre derribado por la envidia del enemigo, y le ha alzado hasta los astros atónitos.

¡Oh cambio místico y adorable de esta noche bendita!

¡Oh favores siempre preciosos concedidos a la santa madre Iglesia!

No desea hacer perecer, sólo quiere salvar.

María se ha estremecido de alegría a causa de su hijo; la Iglesia, se estremece, a su vez, con el nacimiento de los suyos; la fuente de salvación que ha brotado del costado del Señor ha arrastrado la masa de los pecados, a fin de que los nacidos a la vida eterna puedan recibir sobre los altares un alimento vivo.

También nosotros podemos cantar con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, con toda la corte celestial, el canto de tu gloria, repitiendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

PREFACIOS AMBROSIANOS

Según Duchesne, las diversas liturgias occidentales no romanas forman un grupo estrechamente emparentado, netamente diferente de Roma, cuyo centro y cuna está en Milán. Liturgistas más recientes desplazan el centro de todas las liturgias latinas, comprendida la ambrosiana, a Roma.

Los prefacios ambrosianos citados son, según el último editor, de mediados del siglo V. La tradición milanesa sugiere como autor al obispo Eusebio, muerto en 462.

Prefacio de la Epifanía.

324 Tú te has hecho oír de nosotros, por encima del lecho del Jordán, en la voz del trueno, que vino del cielo, para manifestar al Salvador y mostrar que eres el Padre de las luces.

Tú has desgarrado los cielos, has bendecido los aires, has purificado las aguas, has manifestado a tu Hijo único por el Espíritu Santo, descendido en forma de paloma.

Hoy las fuentes han recibido tu bendición, han arrastrado nuestra maldición, han purificado a los creyentes y dado a Dios, por la vida eterna, los hijos de la adopción. A aquellos que el nacimiento de la carne había consagrado a la vida del tiempo, a los que la muerte había arrebatado con la complicidad del pecado, la vida eterna los acoge y los lleva a la gloria del reino del cielo.

Prefacio de Cuaresma.

325 Verdaderamente es digno y justo, necesario y saludable darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Cristo nuestro Señor.

En Él la fe de los que ayunan se alimenta, la esperanza se promueve, la caridad se fortifica.

Él es el pan verdadero y vivo, la substancia de la eternidad, el alimento de la virtud.

Pues el Verbo, por quien todo ha sido

creado, es no solamente el pan de las almas humanas, sino también el de los espíritus angélicos.

Gracias a este pan Moisés, tu servidor, durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó por recibir la Ley, se abstuvo de alimentos terrestres para estar más dócil a las suavidades del espíritu.

No sentía el hambre del cuerpo y olvidaba los alimentos carnales, pues la visión de tu gloria le iluminaba y tu palabra, recibida en el Espíritu Santo, le confortaba.

Danos siempre este pan del que Tú nos aconsejas estar siempre hambrientos; a saber, Jesucristo, nuestro Señor.

Por Él...

Prefacio del segundo domingo de Cuaresma.

326 Por Jesucristo, nuestro Señor.

Por mostrarnos el misterio de su humildad se sentó fatigado en el pozo, pidió de beber a la mujer de Samaria, Él que había ahondado en ella el don de la fe, se dignó tener sed de su fe y le pidió agua y encendió en ella el fuego del amor de Dios.

También nosotros rogamos a tu inmensa clemencia que podamos dejar las tinieblas profundas del vicio, apartarnos del agua de las pasiones nocivas para sentir sin cesar sed de Ti, que eres la fuente de vida y el manantial de bondad, y complacerte con la observancia del ayuno.

Por Él...

Prefacio del tercer domingo de Cuaresma.

327 Tú eres, Señor, el Padre de mansedumbre, que en el fondo de las edades ha anunciado el advenimiento de tu Hijo, Cristo y Dios, de la descendencia de Abraham.

Ya tenemos, ya, lo que en otro tiempo prometiste a los Padres, pues la unión de las naciones prometida a Abraham se realiza en el pueblo cristiano, asamblea de toda nación, de toda tribu y de toda lengua.

¡Oh raza judía pérfida, inicua y obstinada, que rehusas reconocer al Padre celestial y eres glorificada en tu descendencia; raza ingrata, probada sin cesar, que rechazas al presente y a quien el ausente también escapa!

En cuanto a nosotros, estamos de fiesta, porque hemos heredado la plaza y el reino de los judíos, por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio de la fiesta de Pascua.

328 Necesario es y bienhechor darte gracias, Dios santo y todopoderoso, y celebrarte con piedad, Padre glorioso, Creador y Autor del universo, a causa de tu Hijo, Jesucristo.

Siendo Dios, lleno de majestad, se humilló hasta el punto de aceptar el suplicio de la cruz para salvar a los hombres.

En el fondo de los siglos Abraham lo prefiguró en su hijo, el pueblo de Moisés, en el cordero pascual que inmolaba. Es aquel de

quien anunciaba la trompeta de los profetas: El llevará los pecados de todos los hombres y aniquilará todas nuestras prevaricaciones.

He aquí la gran Pascua que la sangre de Cristo ha cubierto de gloria, que embriaga de un inmenso gozo al pueblo cristiano y que celebramos en silencio profundo.

¡Oh misterio de gracia! ¡Misterio inexpresable de la munificencia divina! ¡Oh festividad venerable entre todas las festividades en que se entregó a los hombres hasta la muerte, a fin de salvar a sencillos siervos.

¡Oh muerte bienaventurada, que ha roto los lazos de la muerte! Ya puede darse por vencido el príncipe del infierno, y nosotros, salvados de la caída en el abismo, exultamos de alegría por haber encontrado de nuevo el camino del cielo.

Cantemos también nosotros con los ángeles y arcángeles, con los Tronos y Potestades y toda la corte celestial, el canto de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

Prefacio de Pentecostés.

329 En esta eminente solemnidad estamos llenos de alegría, la Pascua se consuma en este misterio de los cincuenta días y el número místico se ha realizado. La diversidad de lenguas que por el orgullo se tornó antaño en confusión, ahora, por el Espíritu Santo, se logra en la unidad.

Hoy los apóstoles, oyendo de repente el ruido del cielo, recibieron el signo de la única fe y anunciaron a todas las naciones en lenguas numerosas la gloria de tu Evangelio. Por Jesucristo, nuestro Señor...

Prefacio para la consagración de la Catedral.

330 Verdaderamente es digno y justo, necesario y bienhechor darte gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Él ha transmitido a su Iglesia el poder eminente que había recibido. Por la virtud de su propia dignidad la ha constituído Reina y Esposa. A su poder soberano ha sometido el universo entero. Ha ordenado en el cielo que los hombres reconozcan el juicio de la Iglesia. Esta es la madre de todos los vivos, más digna todavía por la abundancia de sus hijos.

Todos los días engendra a Dios en el Espíritu de nuevos hijos. El universo entero está cubierto por los pámpanos de su viña; las ramas sostenidas por el árbol de la cruz suben hasta el reino del cielo. Es la ciudad fuerte, edificada sobre la montaña, visible a todas las miradas y que ilumina a todos. Su fundador y a la vez su primer ciudadano es Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro.

Todos juntos cantamos el himno de la gloria, diciendo con los ángeles y los arcángeles:

Santo, Santo, Santo...

IV. PRIMEROS TRATADOS SOBRE LA ORACION

TRATADOS SOBRE LA ORACION Y COMENTARIOS AL PADRENUESTRO

No existe un solo tratado de oración en los primeros siglos que no comente el Padrenuestro. Este comentario es incluso la pieza fundamental del tratado. Por otra parte, ¿podría encontrarse una exposición más condensada que la plegaria del Señor? Tertuliano la llama "la abreviatura de todo el Evangelio" en su tratado "De la oración".

Entre las páginas más características de los tratados sobre la oración y de los comentarios antiguos al Padrenuestro nos ha sido preciso escoger y, por tanto, desechar. Las páginas escogidas han sido espigadas entre la literatura latina y griega del siglo III. Estos extractos serán un útil complemento de las oraciones de los Padres.

Tomamos de la "Tradición apostólica" las más antiguas indicaciones sobre la oración de las primeras generaciones. Orígenes abre perspectivas nuevas sobre la teología de la oración. Su comentario, del que damos una muestra, es más técnico, más exegético que los de los demás Padres. Ci-

priano, después de Tertuliano, en el que se inspira, ofrece un comentario que publicamos "in extenso". San Hilario lo estimaba, hasta el punto de negarse a explicar por su cuenta el Padrenuestro.

La catequesis mistagógica de San Cirilo de Jerusalén, que expone los sacramentos a los jóvenes cristianos, ofrece una paráfrasis tan corta como rica de la "Oración del Señor".

TRADICION APOSTOLICA

El tiempo de la oración.

331 Que todos los fieles, hombres y mujeres, por la mañana, en cuanto despejen su sueño, antes de cualquier otra cosa, laven sus manos, oren a Dios y vayan después a sus asuntos.

Empero, si hay predicación, dése a ella preferencia, interiormente persuadidos de que Dios habla por la boca del que predica. El que ora así en la asamblea de los fieles, sus hermanos, está protegido contra el trabajo del día. El que teme a Dios debe sufrir como una gran pérdida el no participar en la instrucción, sobre todo si sabe leer.

Cuando llegue el predicador, que todos se apresuren a acudir a la asamblea, allí donde la instrucción se da. Al orador le será concedido el hablar para el bien de cada uno. Tú oirás aquello en que no pensabas y sacarás provecho de lo que el Espíritu te diga por la boca del que habla. De esta suerte tu fe se

hará firme por las palabras escuchadas. Se te oirá también la conducta a seguir en tu casa. Así, pues, que cada cual tome a pecho el acudir a la asamblea donde el Espíritu Santo lleva sus frutos...

Los días sin instrucción, que cada uno en su casa tome un libro santo y haga una lectura suficiente para el provecho de su alma.

Horas de la oración.

332 Si estás en tu casa, ora a tercia y alaba a Dios. Si te encuentras en otra parte, en ese momento, ruega a Dios en tu corazón, pues a esa hora Cristo ha sido clavado en la cruz. Por esta razón la Ley del Antiguo Testamento ordenaba ofrecer a esta hora los panes de proposición—figura del cuerpo y de la sangre de Cristo—e inmolar el cordero no dotado de razón, que prefiguraba al cordero perfecto. Cristo es, en efecto, el pastor como es el pan descendido del cielo.

Orarás igualmente a sexta, recordando a Cristo ligado a la cruz mientras el día se paraba y reinaban las tinieblas. A esta hora, rezarás una ardiente oración para imitar a Aquel que oró por los judíos incrédulos cuando el universo fué obscurecido.

A nona prolonga la oración y la alabanza para imitar el alma de los justos que alaban al Dios de verdad, que se acordó de sus santos y envió al Verbo para traerles la luz. A esta hora Cristo, con el costado abierto, derramó agua y sangre e iluminó la caída del día hasta su acabamiento. Y, haciendo coincidir la vuelta de la luz con su sueño, dió una imagen de su resurrección.

Ora también antes que su cuerpo se dé al descanso. Hacia la mitad de la noche, levántate, lava tus manos con agua y ora. Si tu mujer está allí, orad juntos. Si ésta no es todavía cristiana, retírate a otra habitación a orar y vuelve después a acostarte.

No seas negligente para orar. El casado no está manchado por ello. *El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse, está todo limpio* (Juan, 13, 10). Persignándote con tu aliento húmedo y tomando tu saliva en la mano, tu cuerpo es todo puro, hasta los pies. Pues el don del Espíritu y el rito del agua lustral que brota como de una fuente, acogidos por un corazón pleno de fe, han purificado al fiel.

Es preciso, pues, rezar a esta hora, pues los Antiguos, de quienes recibimos esta tradición, nos enseñaron que entonces toda la creación se detiene un instante para alabar al Señor. Las estrellas, los árboles y las aguas se paran un momento y el coro de todos los ángeles se dedica con las almas de los justos a cantar las alabanzas de Dios. De la misma manera los creyentes deben poner empeño en rezar a esta hora.

El Señor mismo da testimonio de ello cuando dice: *Ahí está el esposo, salid a su encuentro* (Mateo, 25, 6), y concluye: *Velad, pues*

que no sabéis el día ni la hora (Mateo, 25, 13).

Con el canto del gallo levántate todavía una vez y haz lo mismo. A esa hora, mientras el gallo cantaba, los hijos de Israel renegaban de Cristo, al que nosotros hemos conocido por la fe; esperamos el día de la resurrección de los muertos con la esperanza de la luz eterna.

Así, pues, todos vosotros que sois fieles si obráis de esta suerte y hacéis memoria de estos misterios, intruyéndoos los unos a los otros y dando ejemplo a los catecúmenos, no podréis sucumbir a la tentación ni perder vuestras almas porque os acordaréis continuamente de Cristo.

Del signo de la cruz.

333 Procura en toda circunstancia signar la frente dignamente. Este signo de la Pasión es contra el demonio un medio probado, a condición de que lo hagas con espíritu de fe y no por ostentación, sabiendo protegerte de este modo como con un escudo. Cuando ve representada exteriormente nuestra fuerza interior, que expresa nuestra semejanza con el Verbo, el Adversario huye; no porque le asustes tú, sino a causa del Espíritu que en ti alienta. Moisés inmoló un cordero y roció con él el umbral y los dinteles de las puertas. Significa la fe que tenemos ahora en el Cordero pascual. Signemos con la mano la frente y los ojos, para apartar al que busca nuestra perdición.

DE LA ORACION: ORIGENES

Ventajas de la oración.

334 Creo que el que ora como hay que orar y según sus medios saca mucho provecho de la oración, y en primer lugar es de la mayor utilidad disponer el espíritu para la oración; por esta preparación el fiel se pone en presencia de Dios, se dispone a hablarle como quien le ve y está presente. Si bien es cierto que ciertas imágenes, ciertos recuerdos del pasado permanecen presentes en nuestro espíritu hasta el punto de turbar nuestros razonamientos, con más motivos hay que reconocer los efectos bienhechores del pensamiento de la presencia de Dios cuando el fiel toma conciencia de esa mirada que penetra lo más secreto del corazón; y que el alma procure complacer al Testigo que escruta todo espíritu, que sondea las entrañas y los corazones.

Admitamos incluso que el que dispone así su alma para la oración no saca de ella otro provecho; no habría por qué subestimar el beneficio espiritual de este esfuerzo. Cuántos pecados evita y cómo progresa en la virtud si toma la costumbre de hacerlo lo saben por experiencia los que se consagran con perseverancia a la oración. Si ya el recuerdo y pensamiento de un hombre ilustre y sabio bastan para suscitar en nosotros la emulación y frenar nuestra inclinación al mal, cuánto más el recuerdo en la oración de Dios, padre del

universo, sostiene a los que se dan cuenta de que Él está presente, de que le hablan, de que Dios les ve y les oye.

Aceptación de las pruebas.

335 Es evidente que el que ora de este modo no ha terminado aún de hablar cuando oye la respuesta: "Heme aquí", a condición de que haya apartado antes de orar toda dificultad referente a la Providencia. Es lo que indican las palabras: *Si alejas de ti las cadenas, los gestos amenazadores y las palabras de murmuración* (Isaías, 58, 9).

El que acepta todo lo que le sucede está libre de toda traba y no levanta las manos contra Dios, que manda lo que quiere para nuestra formación. No murmura ni siquiera en el secreto de sus pensamientos, pensamientos que los hombres no pueden percibir. Esta manera de murmurar es propia de los malos servidores: no condenan abiertamente las órdenes de sus dueños, murmuran sin elevar la voz, pero con toda su alma, contra lo que acontece, como si quisieran ocultar a la Providencia y al Señor del universo el tema de sus quejas.

A esto me parece que hace alusión el libro de Job: *En todas estas desgracias Job no pecó con sus labios ante Dios* (Job, 2, 9). A propósito de una prueba precedente está escrito: *En todas estas desgracias Job no pecó nunca contra Dios* (Job, 1, 22). A este respecto el Deuteronomio dice: *Guárdate de mantener una murmuración secreta en tu corazón, diciendo: El séptimo año* [el año de remisión] *se acerca* (*Deuteronomio*, 15, 9).

Transformación espiritual del que así ora.

336 El que ora de este modo recibe tantas gracias que se hace más capaz de unirse al *Espíritu que llena todo el universo (Sabiduría*, 1, 7) y que habita tierras y cielo según las palabras del profeta: *¿Es que no lleno yo los cielos y la tierra?*, dice el Señor (Jeremías, 23, 24).

Además, por la purificación de que se ha tratado participará en la oración del Verbo de Dios, que se encuentra incluso entre los que le ignoran y no está ausente de la oración de nadie; ora al Padre en unión con el fiel de que es mediador. El Hijo de Dios es, en efecto, el gran sacerdote de nuestras ofrendas y nuestro abogado cerca del Padre; ora por los que oran, intercede por los que interceden. Pero rehusa esta asistencia fraterna a los que no oran por medio de Él con asiduidad; no considera como suya la causa de los que descuidan su precepto: *Hay que orar siempre sin desanimarse nunca* (Lucas, 18, 1).

En efecto, está escrito: *Les dijo también una parábola para demostrar que hay que orar sin descanso ni desaliento: Había en una ciudad un juez*, etc. Y un poco más arriba: *Y les dijo: Si alguno de vosotros tuviese un amigo y vi-*

niese a él a medianoche, y le dijera: Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo que darle (Lucas, 11, 6 y 7). Y un poco más abajo: *Yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad, se levantará y le dará cuanto necesite* (Lucas, 11, 8).

¿Quén, pues, que crea en la palabra infalible de Jesús no se sentirá arrastrado a una oración insistente por estas palabras: *Pedid y se os dará. Porque quien pide recibe?* (Mateo, 7, 8).

Nuestro Padre que, es bueno, nos da a nosotros que hemos recibido el espíritu de adopción el pan vivo que le pedimos y no la piedra que el Tentador ofrece como alimento a Jesús y a sus discípulos. También está escrito: *El Padre da lo que es bueno, haciendo caer la lluvia en favor de los que le ruegan* [1] (Mateo, 7, 11).

Cristo y los ángeles oran con nosotros.

337 A los fieles que oran de verdad no se une únicamente el gran sacerdote, sino también los ángeles, de los que afirma la Escritura que *se regocijan en el cielo por un pecador que se arrepiente más que por noventa y nueve que no tienen necesidad de arrepentirse* (Lucas, 15, 7).

[1] Orígenes interpreta el texto de Mateo hasta el punto de transformarlo.

Igualmente las almas de los santos que se han dormido... La principal de todas las virtudes, según la palabra divina, es la caridad respecto al prójimo: es preciso admitir que los santos que ya han muerto la ejercen más que nunca respecto a los que luchan en esta vida, mucho más de lo que pueden hacerlo quienes, permaneciendo sometidas a la humana debilidad, vienen en socorro de los más débiles. Pues, *¿un miembro sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Un miembro recibe honor? Todos los miembros participan de su gozo* (1 Corintios, 12, 26). Esto es realizado por aquellos que aman a sus hermanos.

Pero también se pueden aplicar al amor que se ejerce más allá de la vida presente las palabras del Apóstol: *...la preocupación por todas las iglesias ¿Quién desfallece que no desfallezca yo?* (II Corintios, 11, 28 y 29). El mismo Cristo, ¿no declara que está enfermo con cada uno de los santos que lo está, que está en prisión, desnudo, sin cobijo, que tiene hambre y sed? ¿Quién que haya leído el Evangelio ignora que Cristo haría suyos todos los sufrimientos de sus creyentes?

El ministerio de los ángeles.

338 *Si los ángeles se acercaron a Jesús para servirle* (Mateo, 4, 11), no hay que imaginar que ese misterio de los ángeles respecto a Jesús se haya limitado al corto lapso de tiempo de su paso por la tierra entre los hombres,

cuando se encontraba todavía con los creyentes *no como el que está a la mesa, sino como el que sirve* (Lucas, 22, 27).

¡Cuántos ángeles, sin duda, servirán a Jesús, que quieren reunir uno a uno a todos los hijos de Israel y a los de la dispersión y salva a los que le temen y le invocan! ¿Cuántos más que los apóstoles trabajarán en ampliar y multiplicar la Iglesia? En el *Apocalipsis* de Juan leemos que los ángeles están a la cabeza de las iglesias. No en vano los ángeles de Dios ascienden y descienden sobre el Hijo del hombre y aparecen a los ojos de los iluminados por la luz del conocimiento.

En el momento de la oración son advertidos por el que ora de las necesidades que les acosan y hacen lo que entre en sus poderes, según el mandato universal que han recibido. Tomemos una comparación para ilustrar nuestro pensamiento. Imaginemos a un médico, deseoso de justicia, a la cabecera de un enfermo que ha orado por su curación. Sabe cómo curar el mal. Podemos estar seguros de que cuidará al enfermo en cuestión, persuadido de que cumple así la voluntad de Dios atendiendo Él mismo a la plegaria del enfermo.

O bien, por otra parte, un hombre que posee en superabundancia los bienes de este mundo, es caritativo y oye la oración de un pobre que recurre a Dios; también aquí es seguro que el rico vendrá en ayuda del desgraciado, haciéndose ministro de la divina voluntad. Dios, en el momento de la oración, ha puesto cerca intencionadamente al que pide y al que puede

socorrerle, y no ha dejado al primero insensible a las necesidades del segundo [2].

En el caso de tales encuentros no sabríamos admitir que son efectos del azar, sino que Aquel que ha contado todos los cabellos de las cabezas de los santos ha reunido en el momento de la oración a quien está dispuesto a hacer un servicio y a quien lo espera. Igualmente podemos admitir que los ángles se encuentran a veces al lado de aquellos que oran y contribuyen a acoger sus oraciones, puesto que son intendentes y auxiliares de Dios.

Más aún: el ángel de cada uno de nosotros, incluso de los que son pequeños en la Iglesia, ve siempre la faz del Padre que está en los cielos y contempla la divinidad de nuestro Creador. Ora con nosotros y nos sostiene en la medida de sus medios...

Cómo orar siempre.

339 Como las obras de la virtud y el cumplimiento de los preceptos forman parte de la oración, ora siempre el que une la oración a las obras necesarias y las obras a la oración. Solamente así podemos considerar realizable el precepto de orar siempre. Consiste en considerar toda la vida del santo como una sola gran oración, de la que es sólo una parte lo que solemos llamar oración comúnmente. Esta debe hacerse tres veces al día, como se des-

[2] Encontramos esta idea en LIPPERT, *Job dice a Dios*, trad. Yves BECKER, 68-70.

prende del ejemplo de Daniel, que oraba tres veces al día cuando el gran peligro le amenazaba (Daniel, 6, 15).

Pedro también subía a la terraza, hacia la hora sexta, para orar, cuando vió *descender del cielo como un gran mantel sujeto por las cuatro puntas*. Lo que indica la segunda de estas tres oraciones, aquella de que habla David antes que él.

Ya de mañana te hago oir mi voz,
temprano me pongo ante Ti, esperándote
[(Salmo 5, 4).

La tercera oración está expresada por la frase:

Y al alzar a Ti mis manos como oblación vespertina (Salmo 140, 2).

No pasamos siquiera la noche sin orar, puesto que David dice:

Me levanto a medianoche
para darte gracias por tus justos juicios
(Salmo 119, 62).

Y de Pablo, los *Hechos de los Apóstoles* cuentan: *Hacia medianoche Pablo y Silas, puestos en oración, alaban a Dios, y los presos les oían* (Hechos, 16, 25).

Lo que debemos pedir.

340 Meditemos ahora las palabras: *Pedid las grandes cosas, y las pequeñas os serán dadas por añadidura; pedid los bienes del cielo y se os concederán, además, los de la tierra* [3].

Todas las imágenes y figuras son débiles y a ras de tierra comparadas con la realidad de los bienes espirituales y verdaderos. Ahora bien, el Verbo de Dios que nos exhorta a imitar la oración de los santos para que pidamos en su realidad lo que ellos obtenían en figura, nos recuerda que los bienes celestes y de importancia son significados por valores terrestres y modestos. Como si dijera: ¿Queréis ser espirituales?

Pedid en nuestras oraciones los bienes del cielo y de importancia, y, al recibirlas, heredáis del reino de los cielos; engrandecido gozaréis de mayores bienes. En cuanto a lo que se refiere a los bienes de la tierra y cotidianos de que tenéis necesidad para vuestras necesidades corporales, el Padre os los da por añadidura en la medida de lo necesario.

Disposiciones para la oración.

341 Me parece que el que se dispone a orar debe recogerse y prepararse un poco para estar más pronto, más atento al conjunto de su oración; debe igualmente desechar todas las ansiedades y turbaciones de sus pensamientos y esforzarse en recordar la grandeza de Dios a quien se acerca; pensar que es impío presen-

[3] *Anagrafón* (palabra de Cristo no escrita), conservada fuera del Evangelio. Variante de Marcos, 6,33, y Lucas, 12,31.

tarse ante Él sin atención, sin esfuerzo, con una especie de despreocupación; rechazar, en fin, todos los pensamientos extraños.

Al entregarse a la oración es preciso presentar, por decirlo así, el alma antes que las manos; elevar el espíritu hacia Dios antes que los ojos; desprender el espíritu de la tierra antes que levantarse para ofrecerlo al Señor del universo; deponer, en fin, todo resentimiento de la ofensa que creemos haber recibido, si queremos que Dios olvide él mal cometido contra él, contra nuestro prójimo o contra la recta razón.

Como las actitudes del cuerpo son innumerables, la de extender las manos y elevar los ojos al cielo debe ser seguramente preferida a todas las otras, por expresar en el cuerpo la imagen de las disposiciones del alma durante la oración. Decimos que hay que obrar así cuando no existen obstáculos. Pero las circunstancias pueden llevar a veces a orar sentado, por ejemplo, cuando duelen los pies, o incluso acostado a causa de la fiebre. Por la misma razón, si, por ejemplo, estamos embarcados o si nuestras ocupaciones no nos permiten retirarnos para cumplir el deber de la oración, se puede orar sin tomar ninguna actitud exterior.

La oración de rodillas es necesaria cuando se acusa uno ante Dios de sus propios pecados, suplicándole que le cure y le absuelva. Del símbolo de esa prosternación y sumisión, habla Pablo cuando escribe: *Por lo cual yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra* (Efesios 4, 14 y 15). Es la genuflexión espiritual, llamada así, porque toda criatura adora a Dios en nombre de Jesús y se somete humildemente a él; el Apóstol parece hacer alusión a ello cuando dice: *Que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos* (Filipenses, 2, 10).

Lugar de la oración.

342 En cuanto al lugar, es preciso saber que todo lugar es propicio a la oración para el que ora bien... Sin embargo, para entregarse a la oración con más tranquilidad y menos distracciones se puede elegir en la propia casa un lugar determinado.

Hay una gracia particular y una utilidad en el lugar de la oración, quiero decir, el sitio de reunión de los fieles. Seguro es que los poderes angélicos tomarán parte en la asamblea de los fieles y que la virtud de Nuestro Señor y Salvador estará allí presente, así como los espíritus de los santos, creo yo, los de los muertos que nos han precedido y, evidentemente, también los de los santos que están todavía en vida, aunque no es fácil decir cómo.

He aquí lo que debemos pensar de los ángeles: *El ángel del Señor circula en torno de los que le temen y les libra del peligro* (Salmo 33, 8). Jacob dice la verdad no sólo hablando de sí mismo, sino también refiriéndose a todos los que sirven a Dios cuando dice: *El ángel me libra de todo mal* (Génesis, 48,

16). Se puede, pues, afirmar: en la asamblea de numerosos fieles reunidos para la gloria de Cristo cada uno tiene su ángel que rodea a los que temen a Dios y que se mantienen junto a aquel a quien está encargado de defender y proteger. En la asamblea de los santos están reunidas dos iglesias: la de los ángeles y la de los hombres.

Si ya el ángel Rafael pudo decir sólo de Tobías que presentaba a Dios su oración y más tarde la de Sara, que se convirtió en su nuera, ¿qué decir entonces de la gran asamblea de los que, unidos en un mismo espíritu, en un mismo pensamiento, forman un solo cuerpo en Cristo?

Padre nuestro.

343 *Padre nuestro que estás en los cielos.* Se trata de examinar con cuidado si en el Antiguo Testamento existe una sola oración que dé a Dios el nombre de Padre. Hasta el presente, a pesar de nuestras investigaciones, no la hemos encontrado todavía. No queremos decir que Dios no sea llamado Padre o que los verdaderos creyentes no sean llamados hijos de Dios. Pero en ninguna parte se invoca a Dios en una oración como Padre según la expresión llena de confianza que nos ha transmitido el Salvador.

Sucede con frecuencia que Dios sea llamado Padre, e hijos los que han llegado a la palabra de Dios, por ejemplo, en el Deuteronomio. *Del Dios tutelar que te crió te olvidaste, diste al olvido a Dios, a tu Hacedor,* 32, 18. Y también. *¿No es Él el Padre que te crió, el que por sí mismo te hizo y te formó?,* 32, 6. Y más adelante: *Mis hijos han perdido la fe,* 32, 10. En Isasías: *Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí* (1, 2). Y en Malaquías: *El hijo honra a su padre y el siervo teme a su Señor. Pues si soy Padre, ¿dónde está mi honra? Si soy Señor, ¿dónde está mi temor?,* (1, 6).

Así, pues, si bien se llama Padre a Dios e hijos a los que han nacido de Él por haber creído en su palabra, falta encontrar en alguna parte en los Antiguos la afirmción firme y segura de esta filiación. Los pasajes que hemos citado manifiestan que los hijos en cuestión son más bien súbditos. Ahora bien, según el testimonio del Apóstol, *en el tiempo que el heredero es menor, siendo el dueño de todo, no difiere del siervo, sino que está bajo tutores y curadores, hasta la fecha señalada por el padre* (Gálatas, 4, 2 y 3). La plenitud de los tiempos ha llegado con la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, cuando reciben la adopción los que tienen buena voluntad, como lo enseña San Pablo: *Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre!* (Romanos, 8, 15).

Y el Evangelio de San Juan: *Pero a todos los que te han recibido les has dado el poder de llegar a ser hijos de Dios a los que creen*

en su nombre (1, 12). A causa de este espíritu de adopción la Epístola católica de San Juan nos afirma hijos de Dios: *Quien ha nacido de Dios no peca, porque la simiente de Dios está en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios* (I Juan, 3, 9).

Reflexionemos ahora sobre el sentido de estas palabras que transmite San Lucas: *Cuando oréis decid: Padre*. Si no somos hijos legítimos temamos darle este nombre: nos arriesgaríamos a añadir a todos nuestros pecados el de la impiedad. He aquí mi idea: San Pablo dice en la primera *Epístola a los corintios: Nadie hablando en el Espíritu de Dios puede decir: "Anatema sea Jesús", y nadie puede decir: "Jesús es el Señor", sino es el Espíritu Santo* (12, 3). Las palabras "Espíritu Santo" y "Espíritu" son sinónimas. Lo que significa: *Decir Señor bajo la acción del Espíritu Santo* no está muy claro. Millares de hipócritas, una multitud de herejes e incluso a veces demonios vencidos por la fuerza de este nombre han proferido esta fórmula. Nadie se atreverá a afirmar que todos éstos han dicho: "Señor Jesús, en el Espíritu Santo".

No podrían decir verdaderamente: *Señor Jesús*, pues sólo aquellos que sirven al Verbo de Dios y cuyas oraciones no proclaman a otro Señor, afirman en verdad que Jesús es el Señor. Si esto es en los justos, los pecadores, por el contrario, con sus prevaricaciones, blasfeman del Verbo de Dios y sus obras vociferan: ¡Anatema Jesús!

Pero los que, nacidos de Dios no cometen

pecado y llevan en sí el germen divino, se apartan del pecado y por su conducta proclaman: *Padre nuestro que estás en los cielos. El Espíritu mismo da testimonio a nuestra alma de que somos hijos de Dios y, si hijos, también herederos de Dios coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados* (Romanos, 8, 16-17).

Estos, en razón de su conducta, nos dicen a medias Padre nuestro. Con todo su corazón, que es fuente de buenas obras, *creen para llegar a la justicia;* y con pleno consentimiento *confiesan con la boca para llegar a la salud* (Romanos, 10, 10).

Así todas sus obras, sus palabras y sus pensamientos, que el Verbo de Dios modela a su semejanza, reflejando la imagen del Dios invisible y del Creador *que hace brillar su sol sobre los malos y sobre los buenos y caer su lluvia sobre los justos e injustos* (Mateo, 5, 45). De este modo llevan en sí la imagen del (Verbo) celeste, que es Él mismo, imagen de Dios.

Los santos son, pues, la Imagen, y al ser la Imagen del Hijo reflejan en lo sucesivo su filiación, no por una semejanza simplemente exterior, sino por una asimilación profunda. Se transforman por la renovación espiritual y acaban por asemejarse íntimamente a Aquel que se manifiesta en el cuerpo de gloria.

Si tal es el retrato de los que dicen en verdad *Padre nuestro que estás en los cielos* es evidente que aquel que comete el pecado, como se expresa San Juan en su Epístola ca-

tólica, es del diablo, *porque el diablo desde el principio peca* (I Juan, 3, 8). El germen de Dios que habita en el alma regenerada inmuniza contra el pecado a aquellos que reproducen la imagen de su Hijo; en cambio, el germen de Satanás infecta a los que cometen el pecado y su presencia impide realizar el enderezamiento espiritual. Puesto que el Hijo se ha manifestado a fin de destruir las obras del diablo, la presencia en nuestras almas del Verbo de Dios tiene el poder de destruir en nosotros las obras del diablo, de arrancar el germen malo plantado en nosotros y hacernos hijos de Dios. No imaginemos, pues, que hemos aprendido simplemente unas fórmulas de oración para recitar a hora fija. Si verdaderamente realizamos lo que hemos dicho del precepto: hay que orar siempre, nuestra vida entera será una oración ininterrumpida y proclamará: *¡Padre nuestro que estás en los cielos!* Nuestra patria no estará ya en la tierra, sino en el cielo, que es el trono de Dios, porque el reino de Dios habrá sido instaurado en todos los que llevan la imagen del Verbo celestial y de este modo se habrán hecho celestiales.

CIPRIANO: LA ORACION DEL SEÑOR

Que nuestra oración sea pública y comunitaria (8).

344 Y, ante todo, el dueño de la paz y de la unidad no ha querido que oremos individualmente y aparte, a fin de que el que ora no ore

únicamente por sí. No decimos "Padre mío que estás en el cielo", ni "dame el pan mío de cada día". Y a quien no pide únicamente para sí Dios le perdona su deuda, no le deja caer en la tentación y le libra del mal.

Nuestra oración es pública y comunitaria, y, cuando oramos, no oramos por uno sólo, sino por todo el pueblo, pues todo el pueblo somos uno. El Dios de la paz y el maestro de la concordia que nos enseña la unidad ha querido que cada uno ore por todos, así como nos llevó Él mismo a todos en uno.

Los tres jóvenes en el horno observaron esta ley de la oración, estaban unidos en la plegaria y no hacían sino un solo corazón. La Escritura lo demuestra y, al informarnos sobre su forma de orar, nos propone un ejemplo a imitar en nuestra oración, para que podamos asemejarnos a ellos. *Entonces*, dice, *los tres a una voz alabaron y glorificaron y bendijeron a Dios* (Daniel, 3, 51).

Hablaban como una sola boca y, sin embargo, Cristo no les había enseñado todavía a orar. Su súplica fué poderosa y eficaz, porque una oración apacible, sencilla y espiritual obliga a Dios. *Todos éstos*, se ha dicho, *perseveran unánimes en la oración, con algunas mujeres, como María, la madre de Jesús, y con los hermanos de éste* (Hechos, 1, 14).

Con un mismo corazón perseveraban en la oración, lo que manifiesta a la vez su ardor y su unidad. Pues Dios, que reúne en su casa a los que tienen un mismo corazón, no admite en sus moradas divinas y eternas sino a

aquellos que oran en comunión los unos con los otros.

Decimos "Padre" porque nos hemos convertido en hijos.

345 ¡Cuán numerosas y grandes son las riquezas de la oración del Señor! Se recogen en pocas palabras, pero de una densidad espiritual inagotable hasta el punto de que nada falta en este resumen de la doctrina celestial de lo que debe constituir nuestra oración. Dicho está: *Orad así: Padre nuestro que estás en los cielos.*

El hombre nuevo que ha renacido y se ha entregado a su Dios por la gracia dice primeramente: "Padre", porque se ha convertido en hijo. *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dióles poder ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre* (Juan, 1, 12). El que ha creído en su nombre y se ha convertido en hijo de Dios debe comenzar por dar gracias y confesar que es hijo de Dios. Y cuando llama Padre al Dios de los cielos atestigua al mismo tiempo que renuncia al padre terrestre y carnal de su primer nacimiento para no reconocer ya sino un solo Padre que está en los cielos [4]. En efecto, escrito está: *El que dijo*

[4] Recuérdese el gesto de San Francisco de Asis desvistiéndose ante el obispo, en presencia de su padre. "De ahora en adelante—dijo—no tengo más que un Padre y puedo decir con toda verdad: *Padre nuestro que está en los cielos*".

a su padre y a su madre: No os conozco, y a sus hermanos no consideró y desconoció a sus hijos: por haber guardado tus palabras, por haber observado tu pacto (*Deuteronomio*, 33, 9).

El Señor mismo nos ordena en el Evangelio no llamar a nadie sobre la tierra nuestro padre, puesto que tenemos un solo Padre que está en los cielos. Al discípulo que menciona a su padre difunto le responde: *Deja a los muertos que entierren a sus muertos* (Mateo, 8, 22).: el discípulo hablaba de un padre difunto, mientras que el Padre de los creyentes está vivo.

Dios es el Padre de aquellos que creen y han renacido por Él (10).

346 No basta, hermanos bien amados, tener conciencia de que invocamos al Padre que está en los cielos y añadimos: *Padre nuestro*, es decir, Padre de los que creen, de los que han sido santificados por Él y han renacido por la gracia espiritual: éstos han comenzado a ser hijos de Dios.

Esta palabra es también una censura y una crítica para los judíos. Estos han despreciado en su infidelidad al Cristo que les fué anunciado por los profetas y enviado en primer lugar para ellos; para colmo le han dado muerte cruel. Ya pueden llamar a Dios su Padre, puesto que el Señor les increpa para confusión suya: *Vosotros sois nacidos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El es*

homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad porque la verdad no estaba en él (Juan, 8, 44).

Y por el profeta Isaías, Dios exclama indignado:

Yo he criado hijos y los he engrandecido,
y ellos se han rebelado contra Mí.
Conoce el buey a su dueño,
y el asno el pesebre de su amo
pero Israel no entiende.
Un pueblo no tiene conocimiento.
¡Oh gente pecadora,
pueblo cargado de iniquidad,
raza malvada, hijos desnaturalizados!
Se han apartado de Yavé, [2-4).
han renegado del Santo de Israel (Isaías, 1

Para censurarles los cristianos dicen al orar: Padre nuestro; ha comenzado, en efecto, a serlo nuestro, y ha dejado de serlo de los judíos que le han abandonado. El pueblo prevaricador no puede ser hijo; merecen este título y reciben la promesa de la eternidad según las palabras del Señor. El que comete el pecado es esclavo del pecado. El esclavo no mora en la casa para siempre, pero el hijo permanece en ella para siempre.

Si Dios es Padre debemos comportarnos como hijos (11).

347 ¡Cuán grande es la misericordia del Señor, cuánto su favor y su bondad para hacernos

orar así en la presencia de Dios hasta llamarle Padre! Y como Cristo es Hijo de Dios, de este modo nosotros somos también llamados hijos. Nadie entre nosotros se había atrevido jamás a emplear esta palabra en la oración: era preciso que el mismo Señor nos animase a ello.

Pero tenemos que recordar, hermanos bien amados, cuando llamamos a Dios nuestro padre, que debemos comportarnos como hijos de Dios. Si nosotros nos complacemos en Dios, nuestro Padre, Él debe poder igualmente complacerse en nosotros. Debemos ser como templos de Dios, donde los hombres puedan encontrar su presencia. Nuestra conducta no debe traicionar al Espíritu; hemos comenzado a hacernos celestiales y espirituales, tenemos que pensar y realizar lo que es celestial y espiritual. El mismo Señor Dios ha dicho: *Honraré a los que me honran, pero los que me desprecian serán despreciados* (I Reyes, 2, 30). El Apóstol dice en su epístola: *no os pertenecéis. Habéis sido comprados a elevado precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo* (I Corintios, 6, 19).

Oremos para que habite en nosotros la santidad (12).

348 Después de eso, decimos: *Santificado sea tu nombre.* No es que deseemos a Dios que sea Él santificado por nuestras oraciones, sino que le pedimos que su nombre sea santificado en

nosotros. Nadie podría santificar a Dios, puesto que es el mismo quien santifica; pero, inspirándonos en estas palabras: *Sed santos para mí, porque yo, Yavé, soy Santo* (Levítico, 20, 26), pedimos que, santificados por el bautismo perseveremos en lo que hemos empezado a ser. Y esto lo pedimos todos los días. Nos es necesario santificarnos todos los días, pues, como faltamos cotidianamente, debemos purificar nuestros pecados por una santificación repetida sin cesar. Los aspectos de esta santidad, que debemos a las condescendencia divina, son expresados por este texto del Apóstol: *Ni los fornicarios ni los idólatras, ni los adúlteros ni los afeminados, ni los sodomitas ni los ladrones, ni los avaros ni los ebrios, ni los maldicientes ni los rapaces poseerán el reino de Dios. Y algunos esto erais, pero habéis sido lavados; habéis sido santificados; habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios* (I Corintios, 6, 9-11).

Nos declara, pues santificados, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios. Recurrimos, pues, a la oración para que esta santidad permanezca en nosotros. Recordemos que nuestro Señor y Juez ha ordenado al hombre a quien acababa de curar y devolver la vida no pecar más, si no quiere que algo todavía peor le suceda (Juan, 5, 14); por eso nosotros pedimos sin cesar, oramos noche y día a fin de poder conservar con la ayuda de Dios la santidad y la vida que debemos a su gracia divina.

Pedimos que llegue el reino que Dios nos ha prometido (13).

349 La oración continúa: *Venga a nos el tu reino.* Pedimos que el reino se haga presente para nosotros, como deseamos que sea santificado en nosotros su nombre. ¿Es que Dios puede no reinar? ¿Y cuándo podría comenzar lo que ha existido siempre y no puede tener fin? Rogamos por el advenimiento del reino prometido, adquirido para nosotros por la sangre y la Pasión de Cristo. Antes éramos esclavos, ahora pedimos reinar, bajo la soberanía de Cristo. Él mismo nos lo ha prometido, al decir: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mateo, 25, 34).

También puede ser, amados hermanos, que el reino de Dios signifique Cristo en persona, al que llamamos todos los días en nuestras aspiraciones y cuyo advenimiento queríamos apresurar con nuestra espera. Con Él es nuestra resurrección —pues en Él resucitamos—, puede ser también el reino de Dios, ya que en Él reinaremos.

Con derecho pedimos el reino de Dios, es decir, el reino del cielo, que comprende también el de la tierra. Pero quien ha desdeñado el siglo está por encima de sus honores y sus reinos. Por eso el que se ha entregado a Dios y a Cristo no aspira a los reinos de la tierra, sino a los del cielo.

Tenemos siempre necesidad de orar para

no perder el reino del cielo, como fué el caso de los judíos, a quienes se les prometió primeramente y lo perdieron. Según el Señor: *Os digo, pues, que del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes* (Mateo, 8, 11). Con esto demuestra que los judíos eran los hijos del reino mientras eran los hijos de Dios. Cuando cesó la paternidad de Dios cesó el reino también. Por eso, nosotros, cristianos, que en nuestra oración hemos llamado a Dios, nuestro Padre, oramos también por que su reino venga a nosotros.

Oramos porque su voluntad se cumpla en nosotros (14).

350 Seguimos diciendo: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* No que Dios haga lo que quiera, sino que nosotros podamos hacer lo que Él quiere. ¿Quién puede impedir a Dios hacer lo que quiera? Pero nosotros estamos contrarrestados por el demonio, que nos impide obedecer en todo, interior y exteriormente, a la voluntad de Dios. También pedimos que su voluntad se cumpla en nosotros, pero para que se cumpla es necesaria su ayuda. Nadie es fuerte por sus propios medios, su fuerza está en la bondad y misericordia de Dios.

El mismo Señor manifiesta la debilidad de que se había revestido cuando dice: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz* (Mateo, 26, 39). Y para probar a sus discípulos que no hacía su propia voluntad, sino la de Dios, añade: *Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Lucas, 22, 42). Y en otro lugar precisa: *Porque yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (Juan, 6, 38).

Si ya el Hijo tuvo cuidado de hacer la voluntad del Padre, con cuánta más razón el servidor debe apresurarse a hacer la voluntad del Señor, como nos exhorta Juan en su epistola cuando dice: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo—concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la vida—no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias: pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre* (I Epístola de San Juan, 2, 15-17). Así, pues, los que quieren permanecer eternamente deben hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

La voluntad de Dios es la que Cristo ha hecho y enseñado (15).

351 La voluntad de Dios es la que Cristo ha hecho y enseñado. La humildad en la conduc-

ta, la solidez en la fe, la modestia en las palabras, la justicia en los actos, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, no hacer perjuicios, soportar los que a nosotros nos han hecho, conservar la paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarle como Padre y temerle como Dios; no preferir nada a Cristo, puesto que Él nos ha preferido a todo, adherirse inviolablemente a su caridad, mantenernos bajo la cruz con valor y confianza; cuando se trate de librar batallas por su nombre o su honor, manifestar constancia en nuestras palabras, para demostrar confianza en las dificultades a fin de mantener la lucha y paciencia en la muerte, a fin de obtener la corona. He aquí lo que significa querer ser coheredero de Cristo, cumplir el precepto de Dios, hacer la voluntad de Dios.

Oramos para que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo, es decir, en el espíritu y en el cuerpo (16).

352 Pedimos que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo porque uno y otra contribuyen al acabamiento de nuestra salvación. El cuerpo es de la tierra; el espíritu, del cielo; nosotros somos, pues, cielo y tierra. Y pedimos que uno y otra, es decir, en nuestro cuerpo como en nuestra alma, se cumpla la voluntad de Dios. Ahora bien, entre la carne y el espíritu existe conflicto y colisión cotidiana, ya que los dos chocan entre sí. No hacemos lo que queremos: el espíritu busca lo

que es del cielo y de Dios; la carne, lo que es de la tierra y del siglo. También pedimos con insistencia que la ayuda de Dios los ponga de acuerdo, que la voluntad se cumpla en el espíritu y en la carne, y que se salve el alma que Dios hizo renacer.

Esto lo que nos afirma claramente San Pablo: *Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen de manera que no hagáis lo que queréis. Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, idolatría, hechicería, odios, discordias, envidias, arrebatos de ira, rencillas, discusiones, divisiones, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas, de las cuales os prevengo como antes lo hice, que quienes las hacen no heredan el reino de Dios. Los frutos del Espíritu son: Caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza* (Gálatas, 5, 17-23).

Por eso todos los días, e incluso en todos los momentos, pedimos en nuestras oraciones que la voluntad de Dios se haga en el cielo como en la tierra, pues la voluntad de Dios es que las cosas de la tierra cedan el paso a las cosas del cielo, que las partes del espíritu y de Dios las arrastre.

Otra explicación de la misma súplica (17).

353 Amados hermanos, estas palabras pueden también significar otra cosa: Sabéis que el Se-

ñor nos exhorta a amar a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen. Debemos, pues, orar para que los que son todavía de la tierra y no del cielo cumplan también esta voluntad de Dios, a la cual Cristo se sometió perfectamente por la salvación de la humanidad.

Cristo llamó a sus discípulos no ya tierra, sino sal de la tierra, y el Apóstol dice que el primer hombre fué tomado del limo de la tierra y el segundo del cielo; debemos parecernos a nuestro Padre del cielo, que hace brillar su sol sobre buenos y malos, que concede la lluvia a justos e injustos; por esta razón Cristo nos hace orar por la salvación de todos los hombres [5]. En el cielo, es decir, en nosotros, por la fe, la voluntad de Dios se cumple y nos hacemos celestiales; igualmente sobre la tierra es decir, en los no creyentes, pedimos que la voluntad de Dios se cumpla: que los que por su primer nacimiento son todavía terrestres se hagan celestiales, naciendo del agua y del Espíritu.

Pedimos nuestro pan de cada día, es decir, Cristo, para que no abandonemos su gracia ni su cuerpo (18).

354 A continuación pedimos: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*. Estas palabras pueden

[5] Idea misional que nos complace encontrar. Por otra parte, es un ejemplo excepcional de preocupación respecto a los no cristianos.

entenderse en el sentido espiritual o en el sentido literal: Las dos interpretaciones deben en los designios de la Providencia contribuir a nuestra salvación.

Nuestro pan de vida es Cristo, y este pan no es de todo el mundo, sino nuestro. Así como decimos *Padre nuestro* porque es Padre de los que tienen fe, así llamamos a Cristo nuestro pan porque es el pan de los que constituyen su cuerpo. Para obtener este pan oramos todos los días; ya que estamos en Cristo y recibimos diariamente la Eucaristía como alimento de nuestra salud, no quisiéramos vernos obligados a abstenernos de la comunión a causa de una falta más grave. Eso sería privarnos del pan del cielo, separarnos del cuerpo de Cristo según su propia advertencia. *Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo* (Juan, 6, 51).

Dice: Si alguno come de este pan vivirá eternamente, para afirmar que viven los que tienden la mano hacia su cuerpo y reciben la Eucaristía en la comunión; por el contrario, hay que pedir con temor que los que voluntariamente se separen del cuerpo de Cristo no se aparten de la salvación. El Señor nos ha puesto en guardia: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Juan, 6, 53). Por eso pedimos todos los días recibir nuestro pan,

es decir, Cristo, para permanecer y vivir en Cristo y no apartarnos de su gracia ni de su cuerpo.

Debemos pedir nuestro alimento todos los días y no solicitar a largo plazo (19).

355 También podemos entender esta petición de la siguiente manera: hemos renunciado al siglo; por la gracia de la fe hemos rechazado sus riquezas y seducciones; pedimos simplemente el alimento, porque el Señor nos dice: *Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos los bienes no puede ser mi discípulo* (Lucas, 14, 33). El que comienza a ser discípulo de Cristo y renuncia a todo, según la palabra del Maestro, debe pedir el alimento del día y no preocuparse a largo plazo. El Señor ha dicho también: *No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástele a cada día su afán* (Mateo, 6, 34).

El discípulo pide, pues, con razón su alimento del día, puesto que se le prohibe preocuparse por el mañana. En cambio no es lógico que traten de prolongar su estancia en este siglo los que piden que el reino de Dios se apresure a llegar. El Apóstol nos lo advierte para formar, fortificar y afirmar nuestra fe y nuestra esperanza. *Nada trajimos al mundo,* dice, *y nada podemos llevarnos de él. Teniendo con que alimentarnos y con que cubrirnos, estemos con eso contentos. Los que quieren enriquecerse caen en tentaciones, en lazos y en muchas codicias locas y perniciosas, que hunden a los hombres en la perdición y en la ruina, porque la raíz de todos los males es la avaricia y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe, y asimismo se atormentan con muchos dolores* (I Timoteo, 6, 7-10).

Cristo nos enseña que las riquezas son más que despreciables: son peligrosas (20).

356 Cristo nos enseña que las riquezas son más que despreciables: son peligrosas, encierran la raíz de todos los males, cuyas apariencias seductoras y engañosas inducen a error al espíritu humano. A la necesidad del rico que se complace en las riquezas de este siglo y se enorgullece de sus cosechas superabundantes Dios replica: *Insensato, esta misma noche te pedirán el alma; y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?* (Lucas, 12, 20).

El insensato se gloriaba en sus cosechas, y aquella misma noche debía morir. Pensaba en la abundancia de sus víveres, aquel a quien la vida había abandonado ya. El Señor afirma, por el contrario, que es perfecto el que vende todo lo que posee, lo distribuye a los pobres y se constituye un tesoro en el cielo.

Añade, por otra parte, que podemos seguir sus huellas e imitar su Pasión gloriosa, si nos hacemos libres, si nos desprendemos de todas las preocupaciones de los asuntos domésticos, si, renunciando a todos nuestros bienes, los

ofrecemos a Dios en señal de nuestra propia oblación. Para disponernos a ello el Señor nos enseña las leyes de la oración.

A quien posee a Dios nada le falta si él no falta a Dios (21).

357 El pan cotidiano no puede faltar al justo porque está escrito: *Yavé no dejará de hambrear al justo* (Proverbios, 10, 3). Y en otra parte: *Fui mozo y ya soy viejo, y jamás vi abandonado al justo, ni a su prole mendigar el pan* (Salmos, 36, 25). Y también, el Señor promete: *No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todas estas cosas. Pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura* (Mateo, 6, 31-33).

A los que buscan el reino y la justicia de Dios les promete darles todo por añadidura. En efecto, todo pertenece a Dios; al que posee a Dios nada le falta, si él mismo no falta a Dios. Así, Daniel, encerrado por orden del rey en el foso de los leones, recibe su comida de Dios, y el hombre de Dios se alimenta entre feroces bestias hambrientas que se apartan de él. Elías es sustentado de la misma manera durante su viaje, como durante la persecución, cuando, en la soledad, los cuervos y los pájaros le sirven y le llevan su alimento. Sí, tal es la detestable crueldad de la malicia humana: los animales feroces tienen consideraciones, los pájaros traen el alimento, pero los hombres tienden emboscadas y ejercen su crueldad.

Después de nuestro alimento pedimos el perdón del pecado para que nadie se haga ilusiones sobre la propia inocencia (22).

358 Después de esto oramos por nuestros pecados: *Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Después de nuestra subsistencia pedimos el perdón del pecado. El que es alimentado por Dios debe vivir en Dios y preocuparse, no solamente de la vida presente y temporal, sino también de la eterna. Puede llegar a ella si le son remitidos los pecados. El Señor los llama deudas según la expresión del Evangelio. *Te condoné yo toda tu deuda, porque me lo suplicaste* (Mateo, 18, 32).

¡Cuán necesario, sabio y saludable es que el Señor nos recuerde que somos pecadores, invitándonos a orar por nuestros pecados! Así el recurrir a la indulgencia de Dios nos recuerda el estado de nuestra conciencia. Para que nadie se complazca en sí mismo como si fuera inocente y no se pierda por esta misma jactancia, se le recuerda que todos los días peca, al pedirle que pida todos los días por sus pecados.

También Juan nos advierte en su epístola:

Si dijéramos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (I Juan, 1, 8-9). En su epístola une las dos cosas: Debemos orar por nuestros pecados y, en esta oración, implorar el perdón. Afirma que el Señor es fiel para perdonar los pecados según su promesa. Pues Aquel que nos enseña a orar por nuestras deudas y nuestros pecados promete al mismo tiempo una paternal misericordia y el perdón.

Según qué regla nos son remitidos los pecados (23).

359 El Señor precisa las condiciones de su perdón: nos obliga a remitir nosotros mismos las deudas a nuestros deudores, como nosotros pedimos que nos remita las nuestras.

No podemos pedir la remisión de nuestros pecados si no obramos de la misma manera respecto a nuestros deudores. En otra parte dice: *Con la medida con que midiéreis se os medirá* (Mateo, 7, 2).

El servidor a quien su señor había remitido todas sus deudas, pero que no quiso obrar lo mismo respecto a uno de sus compañeros es arrojado a la cárcel. No ha querido perdonar a su compeñero y pierde el perdón, ya conseguido, de su amo. En sus preceptos inculca Cristo esta verdad con un vigor severo: *Y si cuando os pusiereis en pie para orar tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadlo primero, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas* (Marcos, 11, 25-26).

No tendrás, pues excusa en el día del juicio cuando seas juzgado según tu propia conducta: soportarás lo que hayas hecho soportar. Dios nos prescribe el guardar la paz y la concordia en su casa y vivir según las leyes del nuevo nacimiento: convertidos en hijos de de Dios tenemos que guardar la paz de Dios. A la unidad del Espíritu debe corresponder la unidad de almas y corazones. Dios no acepta el sacrificio de los autores de desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La más bella oblación para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel.

Dios no acepta sino la oración de los pacíficos (24).

360 En los primeros sacrificios, ofrecidos por Abel y Caín, Dios no consideraba las ofrendas, sino los corazones: los dones eran agradables si los corazones lo eran. El pacífico y justo Abel, que ofrece sacrificios con un alma pura, enseña a los demás a presentarse cuan-

do llevan su don con temor de Dios, corazón simple, sentido de la justicia, concordia y paz. Ofreciendo con tales disposiciones el sacrificio a Dios, mereció convertirse él mismo en preciosa ofrenda y dar el primer testimonio de martirio.

Con la gloria de su sangre preludió la Pasión del Señor, porque poseía en él la justicia y la paz del Señor. Tales seres obtienen la corona, tales juzgarán con Cristo en el día del juicio.

En cambio, los disidentes que no viven en paz con sus hermanos, son condenados por el Apóstol y por el Evangelio: incluso si se hicieran matar por el nombre de Cristo, no dejarían de ser culpables de la discordia sembrada entre los hermanos, pues está escrito: *Quien aborrece a su hermano es homicida, y ya sabéis que todo homicida no tiene en sí la vida eterna* (I Juan, 3 15).

El que prefiere imitar a Judas más que a Cristo no puede estar con Cristo. ¡Cuán grande será este crimen, que ni siquiera el bautismo de sangre puede borrarlo! ¡Cuán grave debe ser este cargo, que el martirio no puede expiar!

El adversario no puede nada contra nosotros sin el permiso previo de Dios (25).

361 El Señor insiste sobre otra intención: *No nos dejes caer en la tentación.* Con estas palabras sugiere que el adversario no puede

nada contra nosotros sin el permiso previo de Dios. Y que todo nuestro temor, nuestra piedad y nuestra atención deben volverse hacia Dios, pues en nuestras tentaciones el poder maligno depende de Dios. Lo cual prueba la escritura cuando dice: *Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén, la puso sitio y el Señor la entregó a sus manos* (IV Reyes 24, 11). Se le concede al maligno el poder contra nosotros en razón de nuestros pecados, según la Escritura:

¿Quién entregó Jacob a los saqueadores,
Israel a los despojadores?
¿No fué Yavé,
contra quien hemos pecado,
cuyos caminos no quisimos seguir,
cuya Ley no obedecimos?
¿Quién derramó sobre él el fuego de su ira?
(Isaías, 42, 24).

Y a propósito de Salomón que pecaba y se apartaba de los caminos del Señor, se ha dicho: *Y el Señor suscitó a Satán contra él.*

El poder se le concede, bien para nuestro castigo, bien para nuestra gloria. Esta petición nos hace fijar la atención en nuestra debilidad (26).

362 Dios puede dar el poder al demonio de dos maneras: para nuestro castigo si hemos pecado; para nuestra glorificación si somos sometidos a prueba. Sabemos que ése fué el caso de Job: *He aquí todo lo que le pertenece: te*

lo entrego; únicamente no pongas la mano sobre él (Job, 12, 1).

En el Evangelio el Señor dice en el momento de su Pasión: *No tendrías sobre Mí ningún poder si no te hubiera sido dado de lo alto.* Así, pues, cuando nosotros oramos para no caer en tentación nos acordamos de nuestra debilidad, para que nadie se mire con complacencia, nadie se eleve con insolencia, nadie se atribuya la gloria de su fidelidad o de su pasión, cuando el mismo Señor nos enseña la humildad cuando dice: *Vigilad y orad, para que no caigáis en tentación. El espíritu está pronto, mas la carne flaquea* (Marcos, 14, 38).

Si primero hacemos profesión de humildad, damos a Dios todo lo que pedimos con temor y reverencia, podemos estar seguros de que su bondad nos lo concederá.

La última petición se refiere a todo lo que trama el enemigo contra nosotros (27).

363 Después de todo termina la plegaria con una conclusión que recoge brevemente todas las peticiones. Al final decimos: *mas líbranos del mal.* Con esto comprendemos los que en este mundo puede imaginar el enemigo contra nosotros, pero estamos seguros de tener un poderoso apoyo si nos libra Dios, si concede su socorro a los que le imploran. Así, pues, cuando decimos: *Líbranos del mal,* ya no nos queda nada que solicitar: hemos pedido la

protección de Dios contra el mal. Hecha esta plegaria, nos sentimos firmes contra todas las maquinaciones del demonio y del mundo. ¿Quién puede temer al mundo si Dios es, en tal mundo, su protector?

CIRILO DE JERUSALEN Y CATEQUESIS MISTAGOGICA

364 Después de lo cual decimos la oración que el Señor enseñó a sus discípulos; con un corazón puro llamamos a Dios Padre nuestro y decimos:

Padre nuestro que estás en los cielos: El amor de Dios por los hombres es inconmensurable. A los que le han dejado precipitándose en las mayores miserias les concede el perdón total de todas sus prevaricaciones y una parte tan grande en la gracia que les permite decirle: *¡Padre! Padre nuestro que estás en los cielos.* Los "cielos" significa también aquello que lleva en sí la imagen celestial, en quienes Dios reside, porque ha fijado en ellos su morada.

Santificado sea tu nombre. Reconozcámoslo o no, el nombre de Dios es santo por naturaleza. Pero nuestros pecados lo han profanado según está escrito: *Sus opresores aúllan, y continuamente, dice Yavé, es blasfemado mi nombre* (Isaías, 52, 5). Pedimos, pues, que su nombre sea santificado en nosotros, no que Él sea santo, como si no lo hubiera sido siem-

pre, sino que sea santificado en nosotros por el hecho de que nosotros nos santifiquemos y vivamos como los santos de Dios.

Venga a nos el tu reino. Sólo un corazón puro puede decir con convicción: *Venga tu reino.* Hay que haber pertenecido a la escuela de Pablo para decir: *Que no reine, pues, el pecado en nuestro cuerpo mortal* (Romanos, 6, 12). Aquel que se mantiene puro en sus acciones, pensamientos y palabras puede decir a Dios: *Venga tu reino.*

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Los santos ángeles de Dios cumplen la voluntad divina. En efecto, David dice en los salmos: *Bendecid a Yavé, vosotros, sus ángeles, que sois poderosos y cumplís sus órdenes* (Salmos, 102, 20). Cuando oras de esta suerte dices en substancia: Como cumplen los ángeles del cielo tu voluntad, Señor, así sea sobre la tierra, hágase en mí tu voluntad.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. No se trata del pan común que es necesario a nuestra subsistencia, sino del pan sagrado, que debe alimentar la substancia del alma. Este pan no está sujeto a digestión ni descomposición, sino que se difunde por todo tu ser para bien del alma y del cuerpo. "Hoy" quiere aquí decir *todos los días;* es también lo que San Pablo piensa cuando dice: *Cada día mientras perdura el "hoy"* (Hebreos, 3, 13).

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Hemos cometido numerosos pecados. Faltamos en pensamientos, en palabras y en muchas de

nuestras acciones, que son reprensibles. *Si dijéramos que no teníamos pecado nos engañaríamos a nosotros mismos* (I Juan, 1, 8), dice San Juan. Cuando pedimos a Dios que perdone nuestras faltas como nosotros remitimos al prójimo nuestras deudas, hacemos un contrato con Dios. Pensemos, pues, en lo que recibimos y a qué precio; no difiramos ni rehusemos el perdonar a los demás. Las ofensas de que somos víctimas son ligeras, insignificantes y sin gravedad; por el contrario, las que hemos cometido contra Dios son graves y sólo podemos esperar el perdón de la divina caridad para con nosotros. Ten, pues, cuidado de que no se te rehuse el perdón de tus pecados graves cometidos contra Dios, por no haber querido perdonar insignificantes pecadillos.

¡No nos dejes caer en la tentación, Señor! ¿El Señor nos pide que oremos para dejar de ser tentados? Sin embargo, se dice en la Escritura: *El que no ha sido probado sabe muy poco* (*Eccl.*, 34, 10). Y en otro lugar: *Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones* (Santiago, 1, 2).

Pero, ¿ser inducido a la tentación no será sinónimo en nuestro texto a ser sumergido en la tentación?

En efecto, se parece ésta a una corriente torrencial que es difícil de atravesar. Los que no sucumben a la tentación son los únicos en atravesarla; son, por decirlo así, los buenos nadadores a quienes no arrastra el torrente. Los demás, al pasarlo, se ven arrastrados.

Así por ejemplo, Judas; fué solicitado por la

tentación de la avaricia, no supo atravesarla a nado y se hundió en cuerpo y alma. Pedro, por su parte, fué inducido a la tentación de renegar, pero no naufragó en definitiva, sino que acabó por alcanzar la otra orilla y verse libre de la tentación. En otro texto el coro de santos que permanecieron puros canta su reconocimiento por haber sido salvado de la tentación.

Tú, ¡oh Dios!, nos has probado,
nos has examinado como se examina la plata,
nos metiste en red,
pusiste tu pie en nuestros lomos,
hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas.
Pasamos por el fuego y por el agua,
pero al fin nos pusiste en refrigerio.
(Salmos, 65, 10-12.)

Considera el gozo que experimentan por haber hecho la travesía sin perecer, *pero al fin, dicen, nos pusiste en refrigerio*. Obtener la felicidad es sinónimo de ser librado de la tentación.

Mas líbranos del Malo. Si, *no nos dejes caer en la tentación* significaba apartar toda tentación, Jesús no habría añadido: Mas líbranos del Malo. El Malo es el demonio y pedimos vernos libres de él.

Al final de esta oración dices *Amén*. Este "amén" significa "así sea", con lo que confirmas todo lo contenido en la plegaria.

NOTRE-DAME-DES-BUIS, BESANÇON.
Navidad 1950.

NOTAS E INDICES*

INDICE DE REFERENCIAS CON NOTAS CRITICAS

Significación de las abreviaturas.

P. L. *Patrologie latine*, ed. MIGNE.
P. G. *Patrologie grecque*, ed. MIGNE.
P. O. *Patrologie orientale*, ed. GRAFFIN y NAU.
P. S. *Patrologie syriaque*, ed. GRAFFIN.
M. E. L. *Monumenta Ecclesiae Liturgica*, ed. CABROL y LECLERCQ, vol. *Ia* y *Ib*.
D. A. L. *Dictionaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, ed. CABROL y LECLERCQ y continuado por MARROU.
C. I. G. *Corpus inscriptionum graecarum*, Berlín.
C. I. L. *Corpus inscriptionum latinarum*, Berlín.
KAUFMANN, C. M. *Handbuch der altchristlischen Epigraphik*, Friburgo, 1917.

PRIMERA PARTE.

1. *Mateo*, 6, 9-15. A diferencia de San Mateo, que inserta el Padrenuestro en el Sermón de la Montaña, agrupando, según su costumbre, las sentencias referen-

* Las cifras se refieren a la numeración de las oraciones, excepto en el índice general.

tes al mismo tema, San Lucas parece situarle en su contexto histórico. Una leyenda piadosa cuenta que Cristo enseñó la oración en el huerto de los Olivos. Véase J. LEBRETON, *La vie et l'enseignement de Jésus-Christ*, 11, 65-67.

La Iglesia ha preferido siempre la versión más larga de San Mateo a la de San Lucas. Los numerosos comentarios, desde Tertuliano y Orígenes, siguen la versión de San Mateo. (Cfr. F.-H. CHASE, *The Lords' Prayer in the early Church*, Cambridge, 1891.)

(La traducción española de los textos bíblicos, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, ha tratado de ajustarse en la mayor parte de los casos a la versión de NACAR-COLUNGA de la Sagrada Biblia, ed. B. A. C.)

2. *Lucas*, 10, 21. Igual texto en *Mateo*, 11, 25 y 26.

3. *Juan*, 11, 41 y 42.

4. *Lucas*, 22, 19-20; *Marcos*, 14, 22-24; *Mateo*, 26, 26-28. Puede compararse con el relato, sin duda más antiguo, de San Pablo, *I Corintios*, 11, 23-25.

5. *Juan*, 17, 1-26. Fué llamada por primera vez "oración sacerdotal" por David Chrytaeus (1531-1600); la función sacerdotal de Cristo pasa a primer plano y el profeta se aparta ante el Gran Sacerdote. La epístola a los hebreos insiste sobre este papel. Tiene esta oración analogías con el Padrenuestro.

6. *Marcos*, 14, 36. Textos paralelos en *Mateo*, 26, 39, y *Lucas*, 22, 42. Estas palabras de Jesús expresan de la manera más clara la dualidad de voluntad en el Hombre-Dios. Se citan por ello constantemente en el siglo VII contra los monotelitas.

7. *Lucas*, 23, 34. En esta oración se inspira la del diácono Esteban. *Marcos*, 15, 34, y *Mateo*, 27, 46. Es el primer versículo del salmo 21, que termina con la visión de la victoria. *Lucas*, 23, 46. Hasta el fin, Jesús moldea su oración en el texto de los salmos.

8. *Lucas*, 1, 46-55. Aunque tres manuscritos del mundo latino atribuyen el *Magnificat* a Isabel, la autoridad de los demás manuscritos griegos, coptos y sirios, las versiones y los Padres, así como el contex to, zanjan la cuestión en favor de María.

9. *Lucas*, 1, 68-79.

10. *Lucas*, 2, 29-32.

11. *Hechos*, 4, 24-30. La oración se corresponde con el esquema de las de la Sinagoga. Véase *Tobías*, 3, 13-23; 8, 7-10; 17-19, y sobre todo *Isaías*, 37, 16 y 20.

12. *Hechos*, 7, 59-60. En el lugar en que el primer mártir fué lapidado la emperatriz Eudoxia hizo levantar una basílica, que se terminó en 460. Este santuario, destruído por Cosroes, fué reedificado por los dominicos franceses, que colocaron bajo el patronato de Esteban la Escuela de Jerusalén.

13. *Romanos*, 11, 33-36. Esta oración no expresa el espanto, como algunos teólogos han señalado, en la controversia sobre la gracia eficaz y suficiente; sino, por el contrario, "la ingeniosidad de la Misericordia universal, que sabrá llevar a los propios judíos a la unidad de la salvación final". H. DE LUBAC, *Catholicisme*, 210.

14. *Romanos*, 15, 5 y 6, 13, 33 y 12, 20.

15. *Romanos*, 16, 25 a 27. El origen paulino de los capítulos XV y XVI está en nuestros días generalmente admitido, incluso por la crítica independiente. Pero la doxología aquí citada es todavía objeto de vivas discusiones a causa de las variaciones de la tradición manuscrita. Cfr. J. HUBY, *St. Paul. Epître aux Romains*. París, 1940, 490-495 y 513-520.

16. *I Corintios*, 1, 3-9.

17. *I Corintios*, 13, 1-13. Para la controversia entre Harnacy, que interpretaba aquí el ágape como el amor del prójimo, y Reizenstein, que lo ve como el amor del hombre hacia Dios, puede verse el libro de NYGREN, *Eros y Agape*, París, 1943, 143-145.

18. *II Corintios*, 1, 2-4.
19. *Efesios*, 1, 3-19.
20. *Efesios*, 3, 14-21.
21. *Filipenses*, 1, 3-11.
22. *Colosenses*, 1, 3-14.
23. *Efesios*, 5, 14. La opinión de Teodoreto, que ve aquí un fragmento de un himno cristiano primitivo (P. G., 82, 545), se admite generalmente por los autores modernos. Así DÖLGER, *Sol salutis*, Münster, 1925, 365 y sigs.
24. *I Timoteo*, 1, 17.
25. *I Timoteo*, 3, 16-17. "Pablo parece haber tomado también de los fieles primitivos un fragmento del canto en que celebraban el triunfo de Cristo." A. BOUDOU, *St. Paul. Les Epitres pastorales*, 1950, 130. Véase, sobre todo, J. SCHMITT, *Jésus ressuscité, dans la predication apostolique*, París, 1949, 86, que ve aquí un fragmento de la oración bautismal.
26. *I Timoteo*, 6, 15. "Parece oírse como el eco de un himno que le hubiera proporcionado las palabras." Meinertz, en A. BOUDOU, *op. cit.*, 184. J. SCHMITT, *op. cit.*, 99-104.
27. *II Timoteo*, 2, 11-13, y *II Corintios*, 1, 20.
28. *Judas*, 24-25.
29. *Apocalipsis*, 1, 5-6.
30. *Apocalipsis*, 4, 8. El simbolismo de los cuatro Seres está inspirado en *Ezequiel*, 1, 5-21. San Ireneo sugiere que estos cuatro Seres sean los cuatro ángeles destinados al gobierno del mundo material, correspondiendo su número al número simbólico del cosmos. *Adv. haereses*, 3, 11, P. G., 7, 886.

El Sanctus del Trisagio se encuentra por primera vez en la literatura cristiana en San Clemente de Roma, en su *Carta*, 34.

31. *Apocalipsis*, 4, 10-11. Las coronas simbolizan el gobierno de que los ángeles están investidos. Su poder, que viene de Dios, deberá volver a Él.

32. *Apocalipsis*, 5, 9-10. Deben compararse estos versículos con 1, 6, para comprender cómo la liturgia celestial realiza las promesas y las figuras del pueblo elegido y el alcance de la jerarquía de la Iglesia.
33. *Apocalipsis*, 5, 11-14, y también 7-12.
34. *Apocalipsis*. 15, 3-4. El canto de Moisés se encuentra en *Exodo*, 15, 2-19.
35. *Apocalipsis*, 19, 1-8. Se ve aparecer, por única vez en el Nuevo Testamento, la aclamación litúrgica *Alleluia* (Alabad al Señor), que la Iglesia toma de la Sinagoga. La encontramos en los *Salmos*, 106, 111-113 y 135, 146-150. El libro de *Tobías*, 13, 22, anuncia que el *alleluia* resonará en la Sión mesiánica. Ocupa un lugar escogido en la liturgia cristiana, y canta más especialmente el gozo pascual.
36. *Apocalipsis*, 22, 17, 20, 21. Palabra aramea que puede dividirse en dos formas: *Maran atha* (en pretérito), *Nuestro Señor ha venido*, o bien *Nuestro Señor viene* (en presente); y *Marana tha* (en imperativo), *Señor Nuestro, ven*. Esta segunda traducción parece la más conforme con el contexto del *Apocalipsis*. La palabra expresa la espera ardiente de los primeros cristianos durante las celebraciones litúrgicas.

Se encuentran casi todos estos textos, y muchos de los que citaremos, en un orden a veces un poco disperso en los dos volúmenes indispensables de CABROL-LECLERQ, M. E. L., t. I*a* y I*b*.

SEGUNDA PARTE.

I

37. *Epístola a los corintios*, 59-61. *Patres apostolici*, ed. FUNK, I, 175-181. La autenticidad de esta oración no ha sido nunca puesta en duda seriamente.

Para las raíces judías de la oración, véase E. VON

DER GOLTZ, *Das Gebet in der ältesten Christenheit*, Leipzig, 1901, 192-207.

38. *Carta a los efesios*, 4, P. G., 5, 648. La colección *Souces chrétiennes* ha dado una nueva traducción de las Cartas de San Ignacio, debida al P. Camelot, París, 1944.

Para penetrar más profundamente en el alma de la era apostólica uno de los mejores guías es G. BARDY, *La vie spirituelle, d'après les Pères des trois premiers siècles*, París, 1935.

39. *Epístola a los magnesianos*, 6 y 7; P. G., 5, 668.

40. *Epístola a los romanos*, 4 y 7; P. G., 5, 689 y 693.

41. *Epístola a los romanos*, 5 y 6; P. G., 5, 692.

42. *Adversus haereses*, 3, 6; P. G., 7, 862-863. No existe traducción francesa de este libro fundamental.

43. *Ibid.*, 3, 25; P. G., 7, 970.

44. *Homilía 6.ª sobre la Pascua*, P. G., 59, 741-746. Esta homilía se encuentra entre los *spuria* de San Juan Crisóstomo, pero es, ciertamente, de fecha más antigua. Ch. Martin la atribuye a San Hipólito; sería este entonces el τοῦ περὶ πάσχα de que habla Eusebio en su *Historia Eclesiástica*, 6, 22. P. G., 20, 575. Un manuscrito conservado en Grottaferrata, contiene su primer tercio y lo atribuye expresamente a Hipólito. Véase CH. MARTIN, en el *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientale et Slave*, 1936, 321-363. Contradicho por Dom Connoly.

P. Nautin (*Homélies pascales*, París, 1950, 1, 34-57) acaba de someter el texto de la 6.ª homilía a un análisis minucioso y concluye que no es de Hipólito, pero que se inspira claramente en su Περὶ τοῦ πάσχα.

45. P. G., 59, 721-724. Como el texto precedente, con el que guarda semejanzas bíblicas, éste se encuentra entre las obras del Seudo-Crisóstomo. Se inspira en Hipólito de Roma.

46. *Carta*, 11, 8. Ed. BAYARD, 1, 33.

47. *Carta*, 30, 6; *ibid.*, 1, 75.

48. *Carta*, 59, 18; *ibid.*, 11, 188.

49. *Carta*, 76, 7; *ibid.*, 314-315.

50. *Pedagogo*, 3, 12; P. G., 8, 680-681.

La oración de Pedro se ha extraído de los *Hechos de Pedro*, 39, anteriores a Orígenes en poco tiempo. Cfr. VOUAUX, *Les actes de Pierre*, 116. Sólo excepcionalmente citamos textos apócrifos, a los que se dedicará un volumen completo de la colección *Textes pour l'Histoire sacrée*.

51. *Pedagogo*, 3, 12; P. G., 8, 681-684. A. PUECH, *L'Histoire de la literature grecque chrétienne*, 11, 599, París, 1928, ha estudiado la métrica de este poema.

52. *2.ª Homilía sobre el Génesis*, 6; P. G., 12, 174-175.

53. *3.ª Homilía sobre el Génesis*, 7; P. G., 12, 183.

54. *7.ª Homilía sobre el Génesis*, 6; P. G., 12, 203.

55. *15.ª Homilía sobre el Génesis*, 7; P. G., 12, 246.

56. *1.ª Homilía sobre el Levítico*, 1; P. G., 12, 406.

57. *6.ª Homilía sobre el Levítico*, 6; P. G., 12. 411.

58. *16.ª Homilía sobre Números*, 9; P. G., 12, 702.

59. *22.ª Homilía sobre Números*, 4; P. G., 12, 745.

60. *24.ª Homilía sobre el libro de Josué*, 3; P. G., 12, 941.

61. *10.ª Homilía sobre Ezequiel*, 5; P. G., 13, 745.

62. *15.ª Homilía sobre San Lucas*; P. G., 13, 1839.

63. *5.ª Homilía sobre Isaías*, 2; P. G., 13, 235-236. Esta oración nos ha sido amablemente comunicada por el P. Bertrand, S. J., profesor en Lyon-Fourvière.

64. *5.ª Homilía sobre Jeremías*, 2; P. G., 13, 297-300.

65. *2.ª Homilía sobre el Cantar de los Cantares*, 2; P. G., 13, 40-41.

66. *Ibid.*, 8; P. G., 13, 139.

67. *Banquete*, 11; P. G., 18, 208-213. PUECH, *op. cit.*, 2, 600, precisa que se trata de un salmo de res-

ponso y de un salmo alfabético compuesto de veinticuatro estrofas, cada una de las cuales comienza por una letra del alfabeto griego. Añade: "Está claro que el autor depende todavía de la métrica clásica; pero viola a menudo las reglas de ésta".

II

68. En la literatura antigua existen tres grupos de relatos de martirio: las *Actas* o *Gestas*, para la redacción de las cuales se utilizaron a veces los atestados oficiales. En segundo lugar las *Pasiones* o *Martirios*, redactadas por testigos oculares o dignos de fe. Ambos tipos de relatos eran leídos habitualmente en la conmemoración aniversaria de los santos mártires. La mayor parte de las oraciones que citamos están extraídas de uno de estos dos primeros grupos.

En tercero y último lugar, las *Leyendas de los mártires*, relatos edificantes, de muy escaso valor histórico y casi todos de fecha tardía. Cfr. ALTANER, *Patrologie*, 182.

El *Martyrium Polycarpi* es un relato redactado poco después de la muerte del mártir por un tal Marción. Es digno de fe en su conjunto, salvo en algunas adiciones, como la noticia cronológica, que parecen más recientes.

Para la plegaria citada, *Martyrium*, 14; P. G., 5, 1040, y edición *Knopf-Kruger*, Tubinga, 1929, 5. (Citaremos las Actas de los mártires, según esta edición crítica, que no comprende, desgraciadamente, más que una selección. Para el resto no tenemos todavía más que el libro de RUINART, *Acta primorum martyrum sincera*, de 1689, según la reedición de 1859; esta obra necesitaría una revisión crítica.)

69. KNOPF-KRUGER, 12-13. ALTANER (*Patrologie*, 1950, 184) sitúa el martirio ya en el reinado de Marco Aurelio.

70. RUINART, 214.
71. RUINART, 432-434; KNOPF-KRUGER, 56.
72. RUINART, 263; KNOPF-KRUGER, 63. La misma respuesta de los seis primeros mártires de Africa de Scili, en Numidia, que murieron en Cartago. El relato que tenemos de su martirio es el documento más antiguo de esta literatura. KNOPF-KRUGER, 29.
73. RUINART, 323. La *Passio* es bastante posterior y su autenticidad parece dudosa.
74. RUINART, 438-439. KNOPF-KRUGER, 102, no cita otra oración que ésta: "Te doy gracias, ¡oh Cristo!, ven en mi socorro, ¡oh Cristo!; sufro por Ti, ¡oh Cristo!".

En el camino del martirio decía sin cesar: "Te doy gracias, ¡oh Cristo Dios!
75. RUINART, 384.
76. RUINART, 434; KNOPF-KRUGER, 104.
77. RUINART, 391; KNOPF-KRUGER, 91.
78. RUINART, 313.
79. RUINART, 416, 420. Delehaye (*Les passions des martyrs*, 116) escribe: "*El que escribió esto estaba presente en la escena y había recogido de la boca del mártir estas conmovedoras palabras*".
80. RUINART, 482-484. P. Allard (*Histoire des persecutions*, IV, 420) acepta como auténtica la segunda parte de las *Actas* que cuenta la pasión de la santa.
81. RUINART, 329.
82. RUINART, 447. Tal como está, esta plegaria no nos ofrece ninguna garantía de autenticidad. Pero es muy posible que, como sugiere Cabrol (*Le livre de la prière antique*, 1910, 177), nos encontremos frente a una oración de un ritual muy antiguo, que contuviera esta prez como preparatoria al martirio. Por otra parte, es muy interesante por su carácter bíblico y por su majestad propia de la oración litúrgica.
83. P. S., 1, 2, 762-763. Tenemos dos versiones de este martirio, editadas ambas por KMOSKO, en la

Patrologie syriaque, 1, 2, a cuyo texto nos remitimos. La traducción del texto está hecha sobre la latina de KMOSKO.

84. Versión, 2, 62; P. S., 886.

85. Versión, 2, 74; *ibid.*, 906.

86. Versión, 2, 97; *ibid.*, 955-958.

87. *Actas de Felicidad y Perpetua*, RUINART, 146; KNOPF-KRUGER, 44. Para la paternidad de Tertuliano, véase Delehaye, *op. cit.*, pág. 65, nota 2.

88. *Actas de Fructuoso, Augurio y Eulogio*, RUINART, 267; KNOPF-KRUGER, 85.

III

89. P. O., 18, 430. Papiro conservado en Berlín, que contiene las tres primeras oraciones que se citan. Contenía una compilación de plegarias que seguramente no pertenecían a una liturgia oficial. Es posible que se trate de un eucologio de "una reunión doméstica matutina". Leclercq (M. E. L., 16, CXCII), que hace esta suposición, fecha el papiro en el siglo II. La conjetura nos parece bastante poco firme para permitir sacar conclusiones precisas de esta oración.

Por comodidad, hemos agrupado todas las oraciones que provienen de los papiros y de los *ostrakones*, aunque algunas, sobre todo las dirigidas a la Virgen, sean posteriores a 325. Nos es difícil volver sobre ello en la tercera parte del libro. Además las fechas son muy inciertas.

C. DEL GRANDE (*Liturgiae preces, hymni christianorum*, Nápoles, 1934), ha hecho una edición crítica de las oraciones sacadas de los papiros.

90. P. O., 18, 430-431. Introducida por el vago título: *otra* (oración). Siglo III. Es posible que sirviera de Post-Sanctus.

91. P. O., 18, 431. El papiro atribuye esta oración a San Pedro y a los demás apóstoles. Reitzenstein y Wendland (*Zwei angeblich christliche liturgische Gebete*, en *Nachrichten der K. Gesellschaft der Wissensch*, 1910, 324, y 1911, 560) han creído reconocer en ella una invocación que se encuentra en *Poimandres*.

92. P. O., 4, 195. Este papiro, del siglo III o de principios del IV, proviene del abundante descubrimiento hecho en Oxyrhynchos (Egipto). Proviene, según algunos, del siglo III. Desgraciadamente, este fondo no ha enriquecido demasiado la literatura cristiana.

93. D. A. L. *Papyrus*, 13, 1381-1382.

94. P. O., 18, 442-443. Este papiro, conservado en el Museo de Berlín, P. 13415, fué comprado en Ouchmounen, Egipto, en 1911. Fué escrito en el siglo IV. La traducción dada por Wessely parece defectuosa. Además, la doxología, netamente trinitaria, apenas permite fecharlo en el siglo II.

95. M. E. L., 1, 6, CXLIX. Papiro de El Cairo. Escritura semicursiva del siglo V o VI. Esta oración testimonia el culto cuasi-sacramental de la Escritura.

Está claramente admitida la intercesión de los santos.

96. M. E. L., CCXLI. *Ostrakon*, Museo de El Cairo, núm. 8193*b*. Esta oración la recitaba posiblemente el celebrante al comienzo de la Misa. Su origen parece tardío, principios del siglo VI.

97. M. E. L., CCVI. Papiro proveniente del descubrimiento de Oxyrhynchos. La escritura uncial es grande y grosera. Siglo IV o V.

98. M. E. L., CCXL. *Ostrakon* procedente de Tebas. La doxología parece demostrar que no es de fecha muy antigua.

98*a*. Himno del siglo III descubierto en Oxyrhynchos y publicado por A. Gastoué en *La tribune de saint Gervais*, sept.-oct. 1922.

99. M. E. L., CCXXXII *Ostrakon*, Museo Nacional de Bruselas. núm. 10952. Encontramos la triple

invocación a Dios, reminiscencia de la liturgia oriental. Parece proceder esta oración de una liturgia de Navidad.

100. P. O., 18, 437-438. Papiro conservado en el Museo de Berlín. Escritura del siglo VII.

101. P. O., 18, 438-439. Papiro procedente de Fayum. Cabrol (D. A. L., 1032) lo fecha en el siglo IV. Es muy curiosa la colocación de los Aleluya. Este encuentro de la Epifanía y de San Juan Bautista no es sorprendente, ya que las liturgias antiguas, e incluso la liturgia romana actual, conmemoran en el día de la Epifanía el bautismo de Juan.

102. M. E. L., CCII. Papiro del siglo VI. Himno acróstico sobre hoja volante, con seis estrofas de cuatro líneas seguidas de un estribillo. Colección de John Rylands, Manchester. En el papiro falta la primera estrofa.

103. P. O., 18, 434. *Ostrakon* escrito por los dos lados y por la misma mano. Debió ser un cántico entonado durante la celebración eucarística.

104. M. E. L., CCXXXI. *Ostrakon*, museo de El Cairo, núm. 8156.

105. M. E. L., CCXXXV. *Ostrakon* conservado en el Egipto Explor. Fund., 101. Aquí son todavía constantes las alusiones bíblicas.

106. P. O., 18, 445-448. Papiro de la colección del archiduque Regnier, Viena, núms. 19896 y 19898. El texto está mutilado. Hay numerosas repeticiones, que hemos suprimido. No es fácil la comprensión del texto; nos hemos visto obligados, tras diversos intentos, a conjeturar una interpretación aceptable.

107. Papiro que se encuentra en una biblioteca de Manchester. El texto ha sido conservado casi literalmente en las liturgias orientales y en el rito ambrosiano. Dom Mercier (*L'antienne mariale la plus ancienne, Muséon.* t. LII, 1939, 229-233) hace remontar este texto al siglo III, no habiendo recibido el asenso de la totalidad de los eruditos.

108. M. E. L., CCXXXVI. *Ostrakon* opistógrafo, descubierto por el Dr. Naville en las ruinas de un monasterio copto, Egypt. Explor. Fund., núm. 105. Fecha incierta. Crum cree situarlo en el siglo VI o VII. Brightman la interpreta como una forma antigua del Avemaría, que debía ser cantada antes del Evangelio, posiblemente en la fiesta de la Purificación. Las citas bíblicas son numerosas.

109. M. E. L., CCXVII-CCXVIII. *Ostrakon* comprado en 1896 en Luxor, hoy en la colección de la biblioteca de Estrasburgo, núm. 669. Reitzenstein sitúa la escritura en el siglo VI; Crum, en el VII. Fué descifrado por el Dr. O. Plasberg. Las homilías de los Padres orientales facilitan numerosos ejemplos de estas inagotables variaciones sobre un texto determinado. Aquí la salutación del ángel da el tema a desarrollar. El texto emplea la palabra θεοδοχος *theodokos*, y no θεοτόκος *theotokos*. Sería apresurado concluir, como alguien, que el autor era nestoriano. Cfr. también *Bulletin d'ancienne litterature et d'archéologie chrétienne*, 1912, 1-32.

Leclercq estudia largamente (M. E. L., CCXVI-CCXVIII) la génesis del Avemaría.

IV

110. Las aclamaciones eran conocidas en la Roma pagana: la multitud aplaudía con las manos y aclamaba con la voz. Las aclamaciones se hicieron más frecuentes con los emperadores y pasaron después a los usos litúrgicos; a los oficios y a las oraciones. D. A. L., 1, 2406.

Nos hemos contentado con escoger algunas aclamaciones en forma de oración, pudiendo encontrarse un

inventario más completo en M. E. L., 1, 109. Están agrupadas por temas esenciales, *ibid.*, CI-CXL.

Para "paz y reposo", véase M. E. L., 1, CI-CVI.

111. M. E. L., 1, CXVIII. Inscripciones griegas en su mayoría.

112. M. E. L., CI-CVI.

113. D. A. L., 1, 246.

114. D. A. L., 246-247.

115. M. E. L., 1, CIV y CXIX.

116. M. E. L., CIV, y M. E. L., 1, 68.

117. C. I. L., X, 1396-1400. Inscripción de Nola. Rossi la fecha en el siglo IV o V. Cada versículo es autónomo, núm. 3321.

118. C. I. G., X, IV, 9533. También 9122, 9130, 9116. En esta época, en que la teología escatológica estaba poco desarrollada todavía, el seno de Abraham aparecía como un lugar en el que provisionalmente las almas de los justos esperaban el Juicio universal. Se pensaba que sólo los mártires eran admitidos a la visión de Dios. Estas concepciones se encuentran tanto en las liturgias orientales y occidentales (*Constituciones apostólicas*, 8, 41) como en los epitafios que las transcriben fielmente. Véase D. A. L., 1, 1522-1542.

119. G. LEFEBVRE, *Recuell des inscriptions grecques chrétiennes d'Egypte*, 1907, núm. 49. Proviene de Alejandría, del año 409.

120. M. E. L., 1, 29, núm. 2871. Inscripción romana de fines del siglo III. Epitafio descriptivo, original del recibimiento en el cielo. El deficiente estado de la piedra ha obligado a reconstruir el fin de las líneas.

121. *Mélanges d'archéologie et d'épigraphie*, 1892, 582. Epitafio de 344, según A. Dumont, encontrado en El Cairo, y bastante estudiado. Gustavo Lefebvre lee, en lugar de padre Sinethé, apa Pasine. H. Leclercq (D. A. I., 1, 1531) ha confrontado el texto del

Gran Eucologio y el de una inscripción muy posterior. Véase infra, núm. 208, en el eucologio de Serapión de Thmuis, una oración por los muertos que se parece notablemente a esta inscripción. Parece, pues, bastante probable que nos encontremos frente a una fórmula litúrgica.

122. M. E. L., 1, 78-79, núm. 3424. Aringhi, que ha editado esta inscripción romana, no cree imposible que se trate del papa Eusebio, muerto en 310. Esto permitiría fechar la fórmula trinitaria.

123. D. A. L., 1, 1569. Inscripción copta.

124. D. A. L., 1, 1570. Inscripción encontrada en Tehneh (Egipto) por G. Lefebvre y P. Jouguet.

125. D. A. L., 1, 1541. Epitafio de Milán, curioso porque parece distinguir la permanencia provisional del paraíso definitivo.

126. D. A. L., 1, 2410. Inscripción de Antioquía. Leclercq hace observar que esta fórmula trinitaria es de las más frecuentes. *Ibid.* Parece que estas inscripciones son posteriores al siglo IV.

127. KAUFMANN, *Gebete auf Stein*, Munich, s. d., 45. La inscripción de Agape es considerada por De Rossi como una de las más antiguas de Roma, fines del siglo II.

128. DE ROSSI, *Bulletino di Archaeol. cristiana*, Roma, 1877, 31. Inscripción romana, al parecer del siglo III.

129. KAUFMANN, *Handbuch der christlichen Epigraphik*, Friburgo, 1917, 75. Inscripción posterior, posiblemente del siglo V.

130. D. A. L., 14, 1769. Epitafio egipcio del siglo V.

131. *Ibid.*, 1770.

132. D. A. L., 1, 3194-3198, con un facsímil de la piedra descubierta. El epitafio fué encontrado en Autun, en 1839. Los seis versos forman acróstico de la palabra *Ichtys*, Ιχθύς. Las letras griegas eran las ini-

ciales de los títulos de Cristo. Para Leclercq (D. A. L., 3198) es de fines del siglo II.

133. D. A. L., 1, 68-87. Texto, análisis y facsímil. Abercius es un obispo de Frigia, de principios del siglo III. El epitafio había sido conservado por la ciudad, pero en mal estado. En 1883 Ramsay encontró en Hierópolis dos fragmentos del epitafio incrustado en la albañilería de los baños públicos. Se conservan en el Museo del Vaticano.

134. KAUFMANN, *Handbuch*, 151. La inscripción de esta letanía fué encontrada en una necrópolis de Djebel Riha, entre Alepo y Alejandreta. La estructura de esta letanía con estribillo recuerda a la de los primeros himnos.

135. M. E. L., 1, 21, núm. 2850. Epitafio descubierto cerca de Nápoles.

136. *Ibid.*, 36, núm. 2920. Proviene de Roma.

137. D. A. L., IV, 2237-2238. Inscripción del siglo V conservada en el Museo de Letrán.

138. KAUFMANN, 412. Origen sirio, siglo V.

139. *Ibid.*

140. C. I. L., III, 2674. Proviene de Salona, Dalmacia.

141. C. I. L., VIII, 18.552. Descubierto por Poulle cerca de Djebel Nif-en Nser.

142. KAUFMANN, 162.

143. *Ibid.*, 411.

144. D. A. L., 1, 2405. Proviene de los alrededores de Antioquía, igual que los tres siguientes.

145. D. A. L., 1, 2411.

146. D. A. L., 1, 2412.

147. *Ibid.*, 2414.

148. *Ibid.*

149. C. I. L., XI, 4964. Del siglo V; encontrado en Spoleto.

150. C. I. L., VIII, 11.643. Encontrado en Ammaedara, en Tunicia.

151. E. LE BLANT, *Inscriptions chrétiennes de la Gaul*, París, 1856, núm. 208.

152. *Byzantinische Zeitschrift*, 1905. 31.

153. KAUFMANN, *Gebete auf Stein*, 72-73. Proviene de la iglesia de Muallak.

154. LE BLANT. *op. cit.*, I, 28, nota 4.

V

155. *Didaché*, 9 y 10. Ed. FUNK, 1901, 21-25.

La *Didaché* es tema de discusión entre los sabios, y dos puntos que nos interesan son particularmente debatidos: la fecha del libro y el objeto de las oraciones que citamos.

En cuanto la fecha, E. Amman la sitúa entre 90 y 120: Connoly, después del montanismo; Telfer, hacia el 180, y Altaner (*Patrologie*, 1950, 38), en el que se encuentra detallada bibliografía, con anterioridad al 150, basándose en alusiones a la organización de la Iglesia y el estilo de las oraciones, en todo caso, según dice, anteriores al montanismo.

Las dos oraciones citadas están muy controvertidas. Connoly pretende que se trata de oraciones para el ágape; Dibelius las atribuye a judíos griegos; Peterson ve en ellas un himno a Cristo. Con Altaner parece más verosímil ver en ellas las más antiguas oraciones eucarísticas. *Patrologie*, 39.

156. HIPÓLITO DE ROMA, *La tradición apostólica*, texto latino, introducción y notas de Dom B. BOTTE, París, 1946, Col. *Sources chrétiennes*.

En 1910 E. Schwartz y en 1916 Dom Connoly, en forma definitiva, probaron que la *Constitución de la Iglesia egipcia* no era otra cosa que la *Tradición apostólica* de Hipólito de Roma, cuyo título había sido leído sobre el zócalo de la estatua descubierta en 1551 en el cementerio de Agro Verano. La *Tradición apostólica*, escrita en Roma hacia 215, es base de la ma-

yoría de los libros litúrgicos, los *Cánones de Hipólito*, el *Testamento de Nuestro Señor*, las *Constituciones apostólicas* y, sobre todo, el *Epítome del L. VIII*.

El libro no se ha conservado más que en copto, en etíope, en árabe y en una ínfima parte en latín. El autor escribía en griego, la lengua corriente en esta época, incluso en Roma.

Para el bautismo, *Trad. ap.*, 21-22. Ed. BOTTE, 49-53.

157. *Trad. ap.*, 4, BOTTE, 30-33. Parece que la anáfora original no conocía el Sanctus. Cfr. *L'Anaphore chaldéenne des Apôtres*, en *Orientalia christiana periodica*.

158. *Trad. ap.*, 7; BOTTE, 35-37. El capítulo no está adverado más que por el texto etíope de la *Constitución de la Iglesia egipcia* y su autenticidad está en discusión. Botte se muestra menos categórico sobre este punto: este capítulo tiene ciertos paralelos, dice, en las *Constituciones apostólicas*, 8, 13.

159. *Trad. ap.*, 3; BOTTE, 27-30. La consagración episcopal tiene lugar al principio de la Misa.

160. *Ibid.*, 8; BOTTE, 37-38.

161. *Ibid.*, 9; BOTTE, 39-40. De los capítulos que Hipólito dedica a las sagradas órdenes sólo una frase ha entrado en el Pontifical Romano. Explica Hipólito por qué le impone al diácono, sólo el obispo las manos, sin los sacerdotes: *Quia non in sacerdotium sed in ministerium consecratur*. Suprimiendo la palabra *episcopi*, el texto del Pontifical se ha hecho casi ininteligible. BOTTE, 10.

162. *Trad. ap.*, 5; BOTTE, 33-34. Véase para el estudio de esta bendición CHAVASSE, *L'onction des infirmes dans l'Eglise latine*, *Revue des sciences religeiuses*, 20, 1940, 65-75.

163. *Ibid.*, 6; BOTTE, 34-35.

164. *Ibid.*, 28; BOTTE, 63-64.

165. *Ibid.*, 26; BOTTE, 57-61. Capítulo discutido.

Se encuentra en la versión etíope de la *Constitución de la Iglesia egipcia* y tiene numerosos lugares paralelos en el *Testamento de Nuestro Señor* y en los *Cánones de Hipólito*. Véase BOTTE, 60, nota 1, que se inclina por la autenticidad. M. Chirat (*L'assemblée chrétienne à l'âge apostolique*, París, 1949, 263, nota 1) reputa interpolado el capítulo.

166. *Trad. ap.*, 26; BOTTE, 61-62.

167. Cfr. BOTTE, cit. supra, núm. 157.

168. *Constituciones apostólicas*, 8, 12, ed. FUNK, 496. Esta edición permanece clásica y corrige la de Cotellier, impresa por MIGNE, P. G., 1, 555-1156.

Las *Constituciones apostólicas* tienen mala prensa. Su autor era, sin duda, arriano, a juzgar del manuscrito del Vaticano, griego 1506. El apolinarista compositor de las falsas cartas de San Ignacio utilizará las *Constituciones*, que serán condenadas en el concilio *in Trullo*, en 692. No convendría, sin embargo, lanzar el descrédito sobre toda la obra ni minimizar la importancia de la "misa clementina", que, según Leclercq (D. A. L., 3, 2753), considerada en su marco y en algunas fórmulas indudablemente antiguas, parece remontar al siglo III. Podemos, por otra parte, comprobarlo por la descripción paralela de la *V Catequesis mistagógica* de San Cirilo de Jerusalén y por las homilías de San Juan Crisóstomo.

169. *Const. ap.*, 2, 35-38. FUNK, 508-510.

El análisis de esta anáfora permite comprobar que se ha ampliado el relato de la cena y que aparecen nuevos detalles, desconocidos en la *Tradición apostólica*, y que volveremos a encontrar en la *Liturgia de Santiago*. La epiclesis pide al Espíritu Santo la transformación de las oblatas, cosa completamente nueva. La reunión de los cristianos está menos subrayada; en resumen, la *Tradición apostólica* testimoniaba una mayor densidad doctrinal.

170. *Const. ap.*, 8, 12, 40-51. FUNK, 510-514.

171. *Const. ap.*, 8, 13; FUNK, 516. San Cirilo de Jerusalén atestigua la existencia de esta fórmula, pero no da más que su comienzo: *un solo santo, un solo Señor, un solo Jesucristo. V Cat. mistag.*, 19; P. G., 33, 1124.

172. *Const. ap.*, 8, 15; FUNK, 518.

173. *Ibid.*, FUNK, 522.

174. *Const. ap.*, 7, 33. FUNK, 424-426.

175. *Ibid.*, 7, 34. FUNK, 426-428.

176. *Ibid.*, 7, 36. FUNK, 432-436.

177. *Ibid.*, 7, 46. FUNK, 452.

178. *Ibid.*, 7, 48. FUNK, 456-458.

179. El *Eucologio de Serapión* fué editado por primera vez por Wobbermin, a quien corresponde el honor del descubrimiento, en los *Texte und Untersuchungen* de GEBHARDT y HARNACK, nueva serie, t. II, 1898. Funk, que había editado ya las *Constituciones apostólicas*, publicó en un segundo tomo los *Testimonia et Scripturae propinquae*, entre los que figura el *Eucologio*. A esta última edición es a la que remitimos al lector. Apareció en Paderborn, en 1905.

Se inserta aquí la traducción completa del texto. Se sigue el orden de Funk (*Didascalia* y *Const. apost.*, II, Paderborn, 1905), que ordenó lógicamente la disposición primitiva, un poco desordenada. Entre paréntesis, remitimos a la numeración original.

La primera oración del domingo es difícil de situar entre las liturgias conocidas, a decir de Brigthman. La doxología es en casi todos sitios la misma. Tenemos, bien la fórmula más reciente: *Por el Hijo único, en el Espíritu Santo, por el...*; bien la más antigua: *Por Él, en el Espíritu Santo te sea...* A partir del siglo IV los católicos preferirán: *Por Él, a Ti y al Espíritu Santo...* La fórmula: *La gloria y el poder* es grata a los egipcios. La encontramos diez veces en la *liturgia de San Marcos*, mientras que la de Santiago no la emplea más que una sola vez.

Primera oración del domingo, 1 (19), FUNK, 158.

180. 2 (20), FUNK, 160. En los jacobitas y los abisinios se encuentra una oración después del Evangelio, BRIGTHMAN, *Liturgies eastern and western*, 1, 57-60.

181. 3 (21), FUNK, 160. Véase *Const. ap.*, 8, 6.

182. 4 (28), FUNK, 162. Véase *ibid.*

183. 5 (27), FUNK, 162. La oración por el pueblo, o la oración letánica, debía formar parte de la liturgia oriental. Los primeros antecedentes los encontramos en la oración de San Clemente de Roma y en las cartas de San Cipriano. Vid. también *Const. ap.*, 8, 10; *La liturgia de San Marcos*, Brigthman, *Liturgies*, 1, 119; *La liturgie de saint Jacques*, ed. Mercier, P. O., 26, 171.

184. 6 (29), FUNK, 164. Textos paralelos: *Constitución apostólica*, 8, 11, y liturgia de los nestorianos, Brigthman, *op. cit.*, 1, 267, Liturgia de los armenios, *ibid.*, 429.

185. 7 (22), FUNK, 164.

186. 8 (30), FUNK, 166.

187. 9 (23), FUNK, 166. Véase *Lit. de San Marcos*, BRIGTHMAN, 1, 126.

188. 10 (24), FUNK, 168. Véase 2.ª *Carta* (apócrifa) *de Clemente*, 14, 2.

189. 11 (25), FUNK, 168.

190. 12 (26), FUNK, 170. Esta oración induce a creer que para las demás oraciones, incluso las bendiciones, se mantenían de pie.

191. 13 (51), FUNK, 172-176. Dom Capelle (*La anaphore de Serapion*, en *Museon*, 49, 1-4, 425-443) acaba de someter a estrecho análisis a la plegaria de oblación de Serapión: éste, con la libertad que existía todavía en esta época, se aparta de la fórmula que debía estar comúnmente en uso en la liturgia egipcia. No es ya el Espíritu, sino el Verbo, el llamado a transformar las oblatas (más tarde las aguas del bautismo). Serapión era amigo y discípulo de San Ata-

nasio y traduce la doctrina que éste expresa en sus *Cartas a Serapión*. Es preciso, pues, evitar exagerar las conclusiones teológicas a deducir de esta anáfora, como lo hizo Lietzmann en *Messe und Herrenmahl*.

192. 14 (2), FUNK, 176-178. Volvemos a encontrar la plegaria para la fracción del pan en las liturgias de los jacobitas sirios, coptos y etíopes, bien aislada como aquí, bien como introducción, o unida al Padrenuestro. Véase BRIGTHMAN, *Liturgies*, 1, 97, 181, 243.

193. 15 (3), FUNK, 178. A primera vista pudiera concluirse que la comunión de los clérigos estaba separada de la de los fieles. Pero podría ser también, como ha señalado Brigthman, que en este momento el celebrante diera simplemente a los clérigos las partes que éstos debían distribuir al pueblo.

194. 16 (4), FUNK, 178. Volvemos a encontrar una oración paralela en la *Liturgia de San Marcos*, BRIGTHMAN, cit. 1, 141.

195. 17 (5), FUNK, 178. Véase ya la *Trad. ap.*, 5, supra, núm. 162.

196. 18 (6), FUNK, 180. *Const. ap.*, 8, 15.

197. 19 (7), FUNK, 180-182. Para la celebración del bautismo es interesante remitirse a la *Trad. ap.*, 19-22, supra, núm. 156.

198. 20 (8), FUNK, 182.

199. 21 (9), FUNK, 182.

200. 22 (15), FUNK, 184. Cfr. *Trad. ap.*, 21, supra, 156. Es preciso distinguir cuidadosamente esta unción de exorcismo que precede al bautismo de la que le sigue.

201. 23 (10), FUNK, 184-185. Después de esta oración debe situarse el bautismo propiamente dicho.

202. 24 (11), FUNK. Brigthman ha hecho notar el parentesco de este exto con Dídimo, *De Trinitate*, 2, 12; P. G., 39, 673.

203. 25 (16), FUNK, 186-188. No tenemos aquí, como en la *Trad. ap.*, 21 y 22, una doble unción pos-

bautismal. La unción o crisma parece acompañada por la imposición de la mano. Se trata así de la confirmación, unida todavía al bautismo, que conserva aquí, por una especie de contracción, las dos "materias" del sacramento. En efecto, en Oriente se da en origen el Espíritu Santo por medio de la imposición de manos conforme a los *Hechos*, 8, 17, Ireneo testimonia el mismo uso, *Adv. Haereses*, 1, 21, 3-5.

Igualmente en el siglo III, según una carta de Firmiliano, obispo de Cesarea (Asia Menor) a Cipriano (entre las cartas de Cipriano 75 8, BAYARD, 294). Este rito permanece aún entre los caldeos, los coptos, los etíopes. En Egipto, según nuestro texto, en 350 coexisten los dos ritos. Debe lamentarse de una vez por todos que los teólogos no hayan analizado suficientemente los sacramentarios y los eucologios para formular el testimonio de la Tradición.

204. 26 (12), FUNK, 188. Comparar *Trad. ap.*, 9. No se dice si el obispo impone la mano o las manos. Como para los sacerdotes, se dice "la mano". Parece que para el diácono y el sacerdote el obispo impone la mano.

205. 27 (13), FUNK, 188-190. Véase *Trad. ap.*, 8.

206. 28 (14), FUNK, 190. Cfr. *Trad. ap.*, 3, en que la oración posee una mayor densidad doctrinal.

207. 29 (17), FUNK, 190-191. Tenemos una nueva oración para bendecir el aceite (cfr. 17); si bien el título se refiere también al agua y al pan, la oración se refiere casi exclusivamente al aceite, que debe ser el óleo de los enfermos. El sacramento de la extremaunción no alivia solamente al enfermo, sino que también remite el pecado. Véase CHAVASSE, cit. supra, núm. 162.

208. 30 (18), FUNK, 192-194. Se encuentra una oración semejante en la liturgia de los jacobitas coptos, BRIGTHMAN, cit., 1, 170.

VI

209. N. BORGIA, *Frammenti eucaristici antichissimi*. Grottaferrata, 1932. Tomamos de esta edición la casi totalidad de los cantos durante la comunión. Borgia los fecha en los siglos III o IV, en el momento en que no se utilizaban todavía los salmos, como se hará más tarde durante la distribución eucarística. A finales del siglo IV, en efecto, se cantaba en Jerusalén, durante la comunión, el salmo 33: *Benedicam Dominum in omni tempore*, en el cual las palabras *gustate et videte quia suavis est Dominus* se aplicaban a la Eucaristía. *V Catequesis mistagógica*, 20, P. G., 33, 1124.

210. N. BORGIA, cit., 37-40. Este fragmento eucarístico ha pasado a los *Hechos* (apócrifos) *de Tomás*, de la primera mitad del siglo III, lo que garantiza la antigüedad de este himno. Véase *Acta Apostolorum Apocrypha*, ed. BONNET, II, 268. Himno citado por LIETZMANN, *op. cit.*, 247.

211. Otra versión del mismo himno del núm. 210. *Supplementum Codicis Apocryphi: Acta Thomae*, ed. BONNET, Leipzig, 1883, 124.

212. Papiro de Viena, de la colección del archiduque Raniero, núm. 19931. Tomado de DEL GRANDE, *Liturgiae preces, Hymni Christianorum e papyris collecti*, Nápoles, 1928, 29; BORGIA, cit., 51-52, que concede gran atención e importancia a este texto, cree que pudo servir de fórmula ritual durante la distribución de la preciosa sangre.

213. BORGIA, cit., 59.

214. DMITRIEWSKI, *Typica*, Kiew, 1901, 174, según un Codex del siglo X u XI; BORGIA, 55-56. El día de Pascua, al cantarlo, se intercala el estribillo: *Recibis el cuerpo de Cristo*.

215. BORGIA, 63, según el *Codex Mess. Graec.*, 161, fol. 12.

216. *Testamento de nuestro Señor Jesucristo*, 1, 35. Ed. RAHMANI, 1899, 84-86. Esta obra apócrifa en dos libros, compuesta en griego, no nos es conocida más que en las versiones siríaca, copta, etiope y árabe. Tal como se presenta, el *Testamento* es del siglo V, pero parece haber utilizado fuentes más antiguas. La *Proclamatio diaconi* que citamos ofrece una bella muestra de letanía diaconal que pudiera haber pertenecido a la liturgia eucarística antigua.

217. *Oriens christianus*, 1941, 60-65. Esta oración siríaca presenta las características de las oraciones más antiguas por la sobriedad de los títulos dados a la Virgen María.

218. *Ibid.*, 65-67. El editor de estas dos oraciones siríacas no se pronuncia sobre la fecha de su composición. Sería temerario por nuestra parte no imitarle.

219. BORGIA, 46, 50.

220. PITRA, *Hymnographie de l'Eglise grecque*, Roma, 1867, 37.

221. *Byzantinische Zeitschrift*, 1929-30, 349-350. Se puede situar la composición de este canto, sin presunción, antes del Seudo-Dionisio, que distribuyó en nueve los coros de ángeles; aquí son todavía siete.

222. Muchos historiadores han querido ver en la recensión que las *Constituciones apostólicas* dan del *Gloria* su forma primera: así JUNGMANN, *Die Stellung Christ im liturgischen Gebet*, 144. El P. LEBRETON, *Recherches de science religeuse*, 1923, 322-329, ha defendido ya la redacción del *Codex Alexandrinus* como de inspiración más antigua. DOM CAPELLE, *Revue d'Histoire ecclésiastique*, 44, 1949, 439-457, acaba de demostrar, por una ceñida crítica del texto, la transformación del texto original del *Gloria*, por obra del autor de las *Constituciones apostólicas*. Debe, pues, estimarse la versión del *Alexandrinus*, en su conjunto, como la más antigua, sin poder garantizar, sin embargo, la antigüedad de todos su elementos.

223. *Anthologia graeca carminum christianorum*, ed. W. CHRIST y M. PARANIKAS, Leipzig, 1871, 40. Véase SMOTHERS, *Recherches de science religieuse*, 1929, 266-284 (DOELGER, *Antike und Christentum*, 5, 11-26).

224. BUNSEN, *Analecta ante-nicaena*, III, *Reliquae liturgicae*, 1854, 88.

225. *Ibid.* Tenemos aquí un fragmento del Tedeum.

226. PITRA, *Hymnographie de l'Eglise grecque*, 36-37.

227. *Constituciones apostólicas*, 7, 49. FUNK, 458.

228. SEUDO-ATANASIO, *De la virginidad*, 12, P. G., 28, 266 y 269. Debe señalarse la influencia de la *Didaché*.

229. En JUAN CRISÓSTOMO, *Com. de Mateo*, homilía 55, P. G., 57-58, 545, que da la plegaria como acción de gracias de los monjes.

230. En E. VON DER GOLTZ, *Tischgebete und Abendmahlgebete in der altchristlichen und in der grieschischen Kirche*, en *Texte und Untersuchungen*, 21, 1906, 44. Debemos a este autor nuestra documentación esencial.

231. *Ibid.*, 44.

232. J. GOAR, *Euchologion* sive *Rituale graecorum*, 716. En GOLTZ, cit., 42-43.

233. GOAR, 716.

234. *Ibid.* Se notará la gran semejanza de esta oración con la de las *Constituciones apostólicas*, supra, número 227.

235. GOAR, 655. Comparar el texto más complicado de las *Constituciones apostólicas*, 8, 40: FUNK, 848-850.

236. *Euchologium sinaiticum*, ed. FRECK, P. O., 24, 671. Este eucologio es una recopilación de plegarias de la liturgia eslavona que contiene textos de la más alta antigüedad. Debe su nombre al monasterio de Santa Catalina en monte Sinaí, donde fué descubierto en 1880. Véase GOAR, 865.

237. *Testamento de Nuestro Señor Jesucristo*, 1, 43. Ed. RAHMANI, 100-104.

238. *Ibid.*

239. *Euch. sinaiticum*, P. O., 24, 671.

240. *Didascalia apostolorum*, 7. Ed. H. CONNOLY, Oxford, 1929, 72-74. La oración lleva el nombre de Manasés por una alusión al II libro de las *Crónicas*, 33, 11 y sigs. Es de origen judío, pero fué redactada en griego en el original. Pasa en el siglo III a la *Didascalia* y estuvo en uso en el culto cristiano.

241. P. L., 4, 905-906. Se encuentran estas dos oraciones entre las obras del obispo de Cartago, con el que se acaba por confundir al mago convertido Cipriano de Antioquía. Migne ha dado la versión latina de estas oraciones. PER LUNDBERG (*La tipología bautismal en la antigua Iglesia*, Upsala, 1942) ha contradicho la aserción de MICHEL (*Gebet und Bild in frühchristlicher Zeit*, Leipzig, 1902, 2-22), que pretendía encontrar en ellas oraciones de exorcismos. *Las oraciones latinas*, escribe Lundberg, *han sido en su origen oraciones catecuménicas, que, a su vez, han originado oraciones de exorcismos*, 63. Existe una versión griega y oriental bastante diferente de estas mismas oraciones, con cierto carácter de magia, pero parecen provenir de la liturgia bautismal. PER LUNDBERG, 59.

242. P. L., 4, 905-910.

TERCERA PARTE.

243. El extracto citado llega por medio del monje Schenouté, *Muséon*, 42, 271-272. Schenouté no hace más que utilizar un Tratado sobre la virginidad de Atanasio, del que Lefort ha publicado un fragmento

copto y la tradución, *Muséon*, 42, 260-264. El texto nos lo ha comunicado M. Chirat.

244. Discurso, 45, 30; P. G., 36, 664.

245. Discurso, 7. 24; P. G., 35, 788. Cesáreo es venerado por la Iglesia, que celebra su fiesta el 25 de febrero. Nonna, madre de Gregorio y de Cesáreo, se vistió, en la traslación de los restos de sus hijos, con trajes de fiesta.

246. *Poemas dogmáticos*, P. G., 37, 507-508. Aunque esta obra se encuentre entre los poemas de Gregorio Nacianceno, puede dudarse si este último es el autor de esta obra maestra. Véase J. PLAGNIEUX, *Saint Grégoire de Nazianze Théologien*, París, 1952, que consagra a este poema una larga nota crítica, páginas 332-334.

247. *Ibid.*, P. G., 37, 311-314. Véase también *Byzantinische Zeitschrift*, 1941, 195-196.

248. *Ibid.*, P. G., 37, 517-518.

249. *Poemas sobre sí mismo*, P. G., 37, 1279-1280.

250. *Ibid.*, 1280.

251. *Ibid.*, 1283-1284.

252. *Ibid.*, 1305-1306.

253. *Ibid.*, 1406. Fecha de composición: 383.

254. *Ibid.*, 1408.

255. *Ibid.*, 1422-1423.

256. *Ibid.*, 1425-1426. Escrito después de 383.

257. *Ibid.*, 1423.

258. *Vida de Santa Macrina*. P. G., 46, 984-985.

259. *Sermón sobre el bautismo de Jesús* o para la fiesta de las luces, P. G., 46, 600.

260. *Las Herejías*, 3, *exposición de la fe*, P. G., 42, 776-777. Hemos descubierto este texto, igual que el siguiente, gracias al libro de RAHNER, *Mater Ecclesia*, Einsiedeln, 1944.

261. *19 Homilía sobre el salmo*, 5, P. G., 40, 433.

262. *Ibid.*, 436.

263. *Himnos*, 5; P. G., 66, 1608-1609. Los himnos de Sinesio han sido traducidos al francés por Mario Meunier, París, ed. du Bateau ivre.

264. *Homilías div.*, 4; P. G., 77, 992-993. *Homilía de Efeso*. El más célebre elogio mariano de la antigüedad cristiana. El texto nos ha sido amablemente comunicado por el P. Camelot, O. P.

II

265. *Sermón 3, para Semana Santa*, ed. LAMY, 1, 390 y 426. En DE LA TAILLE, *Mysterium fidei*, 58 y 261.

266. *Himno 18*, para la Ascensión, inserto en el Breviario siríaco. LAMY, 4, 748-750.

267. *Proverbios*, 130. En *Ausgewälte Schriften des hl. Ephräm von syrien*, en *Bibliothek der Kirchenväter*, Kösel, Kempten, 1876, 3, 494. Esta versión es antigua, pero hecha por un maestro, Zingerle, a juicio de Bickell.

268. *Sermón sobre el temor de Dios y el último día*, 12, Zingerle, 1, 165-166.

269. *Sermón sobre los sufrimientos del Salvador*, 9, *ibid.*, 1, 269-270.

270. Esta oración, atribuída a Macario el egipcio, ha sido traducida sobre la versión siríaca por F. NAU, en *Revue de l'Orient chrétien*, 1907, 322-323. Hemos retocado esta versión, demasiado literal.

271. P. G., 34, 345-448. Migne no ha hecho más que imprimir los textos descubiertos por Floss en las bibliotecas del Vaticano, de Viena y de Berlín. Ninguna indicación permite afirmar que esta oración sea de Macario.

272. Súplica a Dios compuesta para la fiesta de Todos los Santos, el año 396, con ocasión de la plaga de langosta y de otras calamidades, muy especialmente de la guerra de los hunos. Cod. add. Mus. Brit. 14591, 72-77. Editado y traducido por primera vez

por G. Bickell, *Ausgewälte Gedichte des syrischen Kirchenväter*, Kempten, 1872, 24-26. Este canto es interesante desde el punto de vista de su composición poética. La poesía siríaca se divide en dos géneros: el uno (Memré), especie de epopeya didáctica o narrativa, es para ser recitado; el otro (Madrasché), especie de himno, se compone de estrofas cantadas por un solista y separadas por invariables, confiadas a un coro. El texto citado aquí es un memré, pero la súplica comenzaba con un madrasché.

273. *Ausgewälte Schriften des syrichen Kirchenväter*, Kempten, 1874, versión de Bickell, 262-263.

274. *Ibíd.*, 264-266. Los manuscritos, dice Bickell, atribuyen expresamente esta oración a Rabulas.

275. *Para la consagración de la nueva Iglesia*, construída en Quenneschrin, ciudad de la montaña, cerca de Alepo. En Bickell, *Gedichte*, cit., 77-82. El texto original está cortado por disgresiones; damos los pasajes más característicos.

276. *Ibíd.*, 107. Bickell, para traducir esta oración, ha utilizado varios manuscritos.

277. Según el Cod. Mus. Brit. 14591, 33-36. Cod. Vat., 117, 323. En Bickell, *ibíd.*, 164-170. El mismo Isaac nos cuenta el origen de este nocturno. Una noche, cuando el autor se levantaba con algunos monjes para el oficio, escuchó y escucharon una ruidosa música, mezclada con cantos, que les llegaba de la ciudad (Antioquía), aprestándose los músicos a entonar el salmo 92.

Hemos podido utilizar, en última revisión, la nueva traducción de los salmos del P. Tournay, Bible de Jerusalén, 1950. Este Isaac de Antioquía no debe confundirse (como lo hace Cayre, *Précis de Patrologie*, 1, 375) con Isaac de Edesa, el cual fué monofisita y verosímilmente el autor de un poema sobre el loro de 2.137 versos. Véase Altaner, *Patrologie*, 1950, 303.

278. En *Revue de l'Orient chrétien*, 1907, 321-322, traducción del siríaco de Nau. Hemos retocado esta traducción.

279. Bickell, Gedichte, cit., 246. Un poco más arriba el mismo autor escribe: *De haber existido en el alma de María una sola mancha, una sola falta, el Señor hubiera escogido para sí otra madre sin mancha*, 235. Lo que recuerda el texto de Efrén: *En verdad, Tú y tu madre sois perfectamente bellos por todas partes; pues en Ti, Señor, no hay tacha ni existe mancha en tu madre*. *Carmina Nisibena*, 27, 44. Bickell, 122.

III

280. *De la Trinidad*, 1, 37 y 38; P. L., 10, 48-49. Es asombroso que San Hilario sea tan poco estudiado... y traducido. Verdad es que la versión no es fácil.

281. *Ibid.*, 6, 19 y 21; P. L., 10, 171-173.

282. *Ibid.*, 12, 52, 53, 57; P. L., 10, 466-472.

283. *De la penitencia*, 2, 8, 67 y 73; P. L., 16, 513-515. Volvemos a encontrar los acentos de Orígenes, en el que Ambrosio se inspiró mucho.

284. *Comentario de Lucas*, 2, 87-88; P. L., 15, 1585. Los libros 1 y 2 dependen de Orígenes.

285. *Oración fúnebre de Valentiniano*, 80; P. L., 16, 1384. Valentiniano II fué asesinado a la edad de veinte años, el 15 de mayo de 392, por maquinaciones de su tutor Arbogasto. Ambrosio lamentó dolorosamente esta muerte, tanto más cuanto que el joven emperador no había recibido todavía el bautismo. Su oración fúnebre es titulada, bien *Consolatio de obitu Valentiniani*, a imitación de Séneca, Plutarco y Cicerón, bien *Epitula de consolatione*.

286. *Oración fúnebre del emperador Teodosio*, 36; P. L., 16, 1397. Teodosio había conquistado el trono por la victoria de Aquilea, 6 de septiembre de 394. Murió de enfermedad en 395.

287. *Himnos*, P. L., 16, 1409. Este himno se canta los domingos ordinarios a Laudes.

288. *Ibíd.*, 1409-1410. Aparte de estos dos himnos, de autenticidad indudable, otros dos, *Iam surgit hora tertia* y *Intende qui regis Israel*, son de San Ambrosio.

289. *Cathemerinon*, P. L., 59, 775-780.

290. *Ibíd.*, 907-909.

291. *Abecedarius*, P. L., 19, 763, 767.

292. *Ibíd.* Aparte de estos dos himnos, la Iglesia toma de Sedulio—privilegio único—el texto del introito de la misa común de la Virgen, *Salve sancta parens*.

293. *Carm.*, 19, 718-730; P. L., 61, 550. Debemos este texto a la amabilidad y al libro de M. P. FABRE, *Saint Paulin de Nole et l'amitié chrétienne*, París, 1949, 102-103.

293*a*. P. L., 61, 333. La inscripción alude a la construcción de un pórtico nuevo que reunía dos iglesias separadas por un baptisterio construído por Sulpicio Severo.

294. Himno provenzal o mozárabe, comprobado por primera vez en 534 por San Cesáreo de Arlés. *Regula ad virgines*, 66. Ed. MORIN, 2, 120. Amablemente comunicado por el P. Gy, O. P., profesor de Saulchoir.

295. *Epigrammata*, P. L., 13, 402-403. Citamos la edición crítica de M. Ihm, Leipzig, 1895. Lleva en ella el núm. 40.

296. En I. SCHUSTER, *Liber sacramentorum*. La inscripción se encuentra sobre el arquitrabe del baptisterio de Letrán. Dölger, que la estudia *(Antike und Christentum)*, afirma que la inscripción es del Papa León el Grande.

297. SCHUSTER. Esta inscripción estaba situada en el *Consignatorium*, probablemente en el baptisterio del Vaticano, donde se encontraba la cátedra de madera de que San Pedro hacía uso.

298. Para el estudio del origen del *Te Deum*, A.-E. BURN, *The Hymn Te Deum and its Authors*, 1926; J. JUNGMANN, *Zeitschrift für katholische Theologie*, 1937, 105-107; A. BAUMSTARK, *Oriens christianus*, 1937, 1-26; FROST, *The Journal of Theological Studies*, 1933, 250-257; 1938, 388-391; 1940, 195-198.

IV

299. Observación general para la liturgia de Santiago.

Esta liturgia debió elaborarse en Jerusalén, por el siglo IV. Sus rasgos esenciales se encuentran en las *catequesis* de San Cirilo de Jerusalén, o al menos en San Juan, si éste es el autor. Desde el siglo V y después de Efeso, gana diversos elementos y se va subrayando la maternidad divina de la Virgen.

Fué redactada en griego, pero no tardó en ser traducida al siríaco. Uno y otro texto fueron el punto de partida de nuevas versiones.

Los más antiguos manuscritos griegos y siríacos se remontan a los siglos VII y IX: el Vaticanus graecus 2282 y el Br. Mus. 256. La edición *princeps* apareció en Morel, París, 1560.

Dom B. Mercier acaba de dar una edición crítica del texto griego con traducción latina, en P. O., 26, 2, a la que nos remitimos. Véase también RUCKER, *Die syriche Jacobosanaphora*, Munster, 1923.

Preparación para la misa, P. O., 26, 162.

300. P. O., 26, 170.

301. P. O., 182-184. Se observará el momento del beso de la paz en los orientales antes de la gran oración eucarística. Esta práctica se apoya sobre el texto de *Mateo*, 5, 23-24, en que el Señor pide a sus discípulos se reconcilien antes de ofrecer sus sacrificios.

302. P. O., 186-190. Esta oración letánica se dice por el diácono, mientras que la tercera, *Memento de vivos*, la pronuncia el celebrante, al fin de la anáfora.

303. P. O., 198-200.

304. P. O., 206-212.

305. P. O., 234-236.

306. El texto actual de la *liturgia de San Basilio* nos consta desde comienzos del siglo VI, en una carta dirigida por los monjes de Escitia a los obispos africanos exilados en Cerdeña, apareciendo como usada universalmente en Oriente, P. L., 65, 449.

Dom Engberding ha hecho una edición crítica de la primera parte de la anáfora que utilizamos, en *Das eucharistische Hochgebet der Basileiosliturgie*, Munster, 1931. Para lo demás es preciso referirse, bien a la obra célebre de RENAUDOT: *Liturgiarum orientalium collectio*, París, 1716, 1, 1-25, o bien a BRIGTHMAN, citada anteriormente.

Véase también J. MOREAU, *Les anaphores des liturgieis de Saint Jean Chrysostome et de Saint Basile*, 1927.

307. Texto en RENAUDOT, cit., 2, 242-253, y BRIGTHMAN, 321 y sigs. El texto siríaco con traducción latina en *Anaphorae syriacae*, Roma, 1940, 1, 2, 158-200, ed. por H. CODRINGTON. Véase también ENGBERDING, *Die syrische Anaphora der zwölf Apostel*, en *Oriens christianus*, 1937, 213-247.

La llamada anáfora de San Juan Crisóstomo ciertamente no es de éste y no se le atribuye sino desde el siglo XII. El *codex de Baberini* no le atribuye más que dos oraciones. Parece de fines del siglo IV.

308. Edición crítica del texto siríaco y de la versión latina por A. RAES, en *Anaphorae syriacae*, 1940, 1, 2, 212-226. Raes utiliza como texto base el *Codex BR. Museum* 286, del siglo x.

309. *An early Euchologium, The Der-Balizeh papyrus enlarged and reedited*, por C. H. ROBERTS y B. CAPELLE, Lovaina, 1949. Esta reedición, considerablemente renovada por el descubrimiento de nuevos fragmentos del papiro, pone las cosas en su punto y descarta conclusiones demasiado apresuradas, hechas tras el primer descubrimiento del papiro.

310. *Fragmentos sobre papiros de la anáfora de San Marcos:* publicados por ANDRIEU y COLLOMP en *Revue des sciences religieuses*, 8, 1928, 500.

311. *De los sacramentos*, 4, 29; P. L., 16, 443-446. Acaba de editarse un texto crítico traducido y anotado por BOTTE de este libro de San Ambrosio, en la colección Sources chrétiennes, París, 1950.

V

312. *Revue bénédictine*, B. CAPELLE, *Le Kyrie de la messe et le pape Gélase*, 1934, 136-138.

313. *Sacramentario leonino*, P. L., 55, 146-147. Los hermanos Bianchini dieron la primera edición, publicando el manuscrito de Verona.

314. *Ibíd.*, 147. El sacramentario tiene nueve textos diferentes con oraciones y prefacia sólo para la fiesta de Navidad. Desgraciadamente, los tres primeros meses del año han desaparecido, lo que nos priva de la liturgia pascual. Unicamente existe el texto desde abril a diciembre.

315. *Ibíd.*, 149. Otro prefacio para la misma fiesta.

316. *Ibíd.*, 37.

317. *Ibíd.*, 42. El paralelismo de la torre de Babel y de Pentecostés se repite a menudo en la liturgia latina.

318. *Ibíd.*, 48. Es difícil escoger entre los numerosos prefacios para los santos Juan y Pablo.

El que se encuentra actualmente en el misal romano para los apóstoles se encontraba primitivamente en el *leonino* para los dos príncipes, Pedro y Pablo.

319. *Ibíd.*, 86.

320. *Ibid.*, 72. Este prefacio, de porte más bien moral, conserva la misma densidad doctrinal que los otros. El reciente estudio de M. Chavasse sobre el Sacramentario leonino le atribuye al papa Virgilio. En *Ephémérides liturgicae*, LXIV, 1950, 187-192.

321. *Ibid.*, 112. Prefacio para los Cuatro tiempos de otoño en el momento de las cosechas. El mismo autor que el prefacio precedente.

322. P. L., 74, 1061. El *Sacramentario gelasiano* no ha sido conservado más que en el manuscrito *Reginensis* 316, de la reina Cristina de Suecia. Según la escritura, es del siglo VIII. Fué editado por primera vez por el cardenal *Thomasius*. Su título completo es: *In nomine Dni Jesu Christi Salvatoris, incipit Liber sacramentorum Romanae ecclesiae.* Los tres libros comprenden las misas de las fiestas y del tiempo, las misas de los santos y el común de la misa.

El texto del manuscrito fué ejecutado en Francia, posiblemente en París. El fondo es romano, con adiciones y retoques galicanos.

323. P. L., 74, 1112-1113. También el prefacio pascual del actual misal romano procede del *Sacramentario gelasiano, ibid.*, 1113.

324. A. PAREDI, *I Prefazi ambrosiani*, Milán, 1937, estudio y edición. 130.

325. PAREDI, 136-137.

326. *Ibid.*, 138-139.

327. *Ibid.*, 139.

328. *Ibid.*, 148-149. Volvemos a encontrar la lectura de tres episodios a los que se hace aquí alusión, en nuestras profecías de Sábado Santo: *Génesis*, 22; *Exodo*, 12; Isaías, 54.

329. *Ibid.*, 152.

330. PAREDI, 201. Este prefacio debe fecharse a mediados del siglo V, sin duda después de la invasión de los hunos, que destruyeron la catedral de Milán en 452.

El prefacio debió ser compuesto con ocasión de la nueva consagración, en la que predicó Máximo de Turín. P. L., 57, 467-472. Parece inspirarse en San Ambrosio, *Comentario a San Lucas*, 2, 86-88; P. L., 15, 1584-1585.

CUARTA PARTE.

Nota bibliográfica sobre los tratados antiguos de la oración.

El comentario más antiguo del Padrenuestro es de Tertuliano, *De la oración*, P. L., 1, 1149-1196.

Cipriano se inspira en el libro de Tertuliano en su tratado *De la oración dominical*, P. L., 4, 519-544. Damos *in extenso* el comentario propiamente dicho.

Orígenes escribe *De la oración*, en que trata de la oración en general, y después comenta el Padrenuestro, P. G., 11, 416-561.

Cirilo de Jerusalén (o su sucesor Juan) parafrasea el *Pater* en la V Catequesis mistagógica, 11. P. G., 33, 1117-1124.

Gregorio de Nisa, en cinco homilías, comenta el Padre nuestro, 44, 1120-1193. Paráfrasis semejante en San Ambrosio, *De los sacramentos*, 5, 20-29; P. L., 16, 451-454.

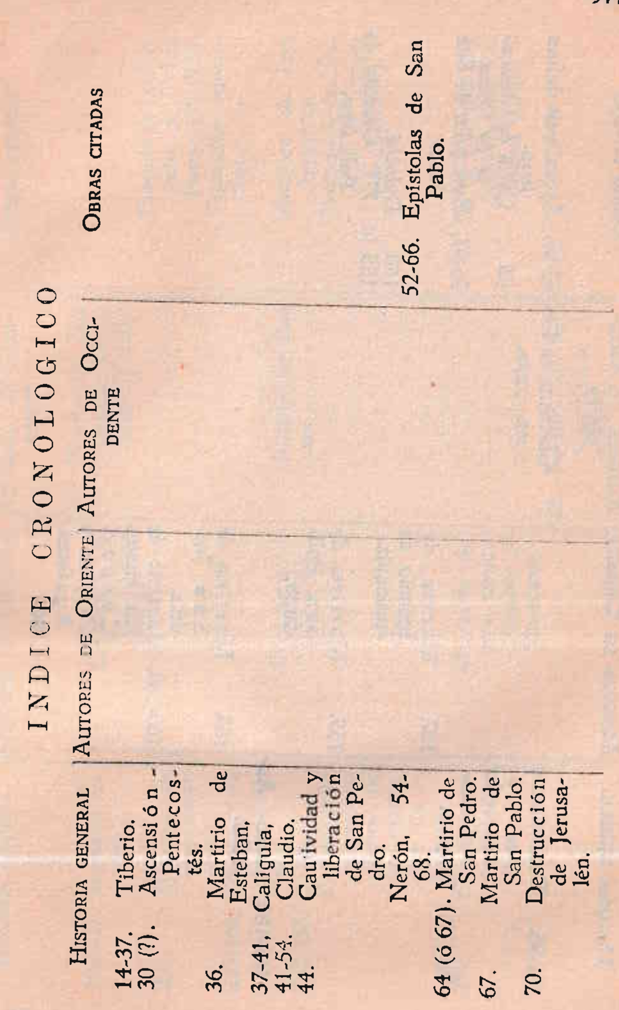
Teodoro de Mopsueste dió una explicación del *Pater* en sus *Homilías catequéticas* que el P. Tonneau ha editado con traducción francesa.

Pedro Crisólogo consagró cinco sermones a comentar el *Pater*, P. L., 52, 665-678.

Además los comentadores de Mateo y de Lucas han explicado, a su vez, la oración dominical.

331. *Tradición apostólica*, 35. Ed. BOTTE, 68-69. Este capítulo es duplicado del capítulo 31. Aparte de la *Didaché*, son éstas las indicaciones más antiguas sobre la práctica de la oración primitiva.

332. *Tradición apostólica,* 35; BOTTE, 69-73.
333. *Ibíd.,* 36; BOTTE, 73-75.
334. ORÍGENES, *De la oración,* 8; P. G., 11, 4. Daremos un ejemplo de la manera de comentar de Orígenes. De todos los comentadores, Orígenes es el que exprime más de cerca el texto en una exégesis rigurosa. El griego del tratado *De la oración,* de éste, es especialmente difícil y laborioso. Bardy ha dado una traducción muy literal en la *La bibliotheque patristique de spiritualité,* París, 1932. La hemos utilizado, pero aportándonos una versión más accesible.
335. *Ibíd.,* 10; P. G., 11, 445.
336. *Ibíd.*
337. *Ibíd.,* 11; P. G., 448-449.
338. *Ibíd.,* 11; P. G., 449-452.
339. *Ibíd.,* 12; P. G., 452-453.
340. *Ibíd.,* 14; P. G., 460
341. *Ibíd.,* 31; P. G., 549-552.
342. *Ibíd.,* 31; P. G., 552-553.
343. *Ibíd.,* 22; P. G., 481-485.
344-363. CIPRIANO, *De la oración,* 8; P. L.. 4, 523-544. Como los capítulos del tratado de Cipriano se suceden, para evitar una enumeración fastidiosa indicamos el capítulo después del título, entre paréntesis, en el texto mismo.
364. *V Catequesis mistagógica,* 11-18; P. G., 33, 1117-1124. W.-J. Swaans *(A propos des "catéchèses mystagogiques" atribuées a saint Cyrille de Jerusalem)* pretende que el autor de las Catequesis no sea Cirilo, sino su sucesor, Juan de Jerusalén. *Muséon,* 55, 1942, 1-43. Pero el P. Peeters estima que esta conclusión de Swaans no es decisiva *(Analecta Bollandiana,* 61, 1943, 270-271).



INDICE CRONOLOGICO

HISTORIA GENERAL	AUTORES DE ORIENTE	AUTORES DE OCCIDENTE	OBRAS CITADAS
14-37. Tiberio.			
30 (?). Ascensión - Pentecostés.			
36. Martirio de Esteban.			
37-41. Calígula,			
41-54. Claudio.			
44. Cautividad y liberación de San Pedro.			
54-68. Nerón.			52-66. Epístolas de San Pablo.
64 (ó 67). Martirio de San Pedro.			
67. Martirio de San Pablo.			
70. Destrucción de Jerusalén.			

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
81-96. Domiciano y persecución de los cristianos.		Clemente de Roma, papa.	92-96. Apocalipsis de San Juan.
			96. Carta de Clemente de Roma.
98-117. Trajano.			96-98. Evangelio de San Juan.
	107. Muerte de Ignacio de Antioquía.		150. *Didaché.*
	155. Martirio de San Policarpo.		155 (ó 177). Oración de Policarpo.
161-180. Marco Aurelio.	163. Martirio de San Justino.		
	160-180. Martirio de los santos Carpoc, Papylos y Agathoniké.		

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
193-211. Septimio Severo.	Clemente de Alejandría (150-211).	202. Muerte de San Ireneo. Tertuliano († 220).	
202. Principio de la persecución.			*Tratado de la Oración*, de Tertuliano (198-200). *Tradición apostólica.*
235-240. Dislocación del Imperio.			
250-253. Decio. Persecución sistemática general de los cristianos en el Imperio.	Origenes (185-255).	Hipólito de Roma.	*Anáfora de los Apóstoles.* *Tratado de la Oración*, de Origenes (233-240).
250. Edicto de persecución.	Martirio de los santos Luciano y Marciano.		***De la Oración del Seigneur*, de Cipriano (250).**
		258. Martirio de San Cipriano de Carth.	

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
284-305. Diocleciano. 293-305. Violenta persecución.	Martirio de San Theodato, San Bonifacio y San Felipe de Tracia.	Martirio de los santos Rogaciano y Donaciano, San Euplo, San Ireneo de Sirmium, San Geyec y San Félix. Martirios de Abitina, Sta. Afra.	
	Metodio de Olimpia, († 311).		*Banquete de las diez vírgenes,* por Metodio.
313. Edicto de Milán. La herejía de Arrio se desarrolla. 323. Constantino, emperador único.			

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
San Pacomio funda un monasterio.			
325. El Concilio de Nicea condena el arrianismo.	Serapio de Thmuis († 362).		
339-376. Sapor II de Persia persigue a los cristianos.	Atanasio (293-373). Martirio de Simeón Sabbæ.	Hilario de Poitiers (315-367).	
	Efrem (306-373).		*De la Trinidad,* de San Hilario (356-359). *Constituciones apostólicas.*
	Basilio el Grande (330-379).		
	Cirilo de Jerusalén († 386).		*Eucologio,* de Serapión.

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
351-361. Grandes luchas arrianas. Constancio emperador.	Gregorio Nacianceno (329-390).	Ambrosio de Milán (339-397). Jerónimo (347-410). Prudencio (348-410).	Liturgia de Santiago. *De los Sacramentos*, de Ambrosio. Liturgia de San Basilio. Liturgia de San Juan Crisóstomo.
	Gregorio de Nisa († 394).		
366-384. Dámaso, papa.	Macario el Grande († 390).		
346-395, Teodosio. emperador.			
381. Concilio de Constantinopla.			
390. El emperador Teodosio hace penitencia.			
392. Muerte de Valentiniano II.	Epifanio de S. († 403).		

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
395. Muerte de Teodosio.	Juan Crisóstomo (354-407). Teodoro de Mopsueste († 428). Cirillona (siglo IV). Asterio de Amatea († 410). Sinesio de Cirene (370-413).		
406-409, Los vándalos invaden la Galia.	Rabulas († 430).		
410. Alarico se apodera de Roma.	Cirilo de Alejandría († 444).	Sedulio. Paulino de Nola (353-431).	
430. Concilio de Efeso.		430. Muerte de San Agustín.	

Historia general	Autores de Oriente	Autores de Occidente	Obras citadas
431. Los vándalos son dueños de Africa.		Crisólogo († 450).	Prefacios ambrosianos. Sacramentario leonino.
440-461. León el Grande.			
451. Concilio de Calcedonia contra el monofisismo.	Balaï. Isaac de Antioquía. Schenouté († 466).		
492-496. Gelasio, papa.			Sacramentario gelasiano.
498. Bautismo de Clovis.			

INDICE ALFABETICO DE TERMINOS TECNICOS

Acción de gracias, dar gracias a Dios, es reconocer las perfecciones y las grandezas de su bondad.

La acción de gracias por excelencia es la misa, es el mismo sentido de la palabra griega *Eucaristía*, empleada, desde los orígenes del cristianismo, para designar el sacrificio del altar.

Agape, comida vespertina de los cristianos, en señal de caridad y unión. En un principio esta comida precedía a la celebración eucarística.

Aleluya, fórmula hebrea que significa "Alabad al Señor". Grito de alegría, de incitación al combate, al trabajo.

Canto de victoria y, por tanto, canto pascual, dominical y celeste por excelencia.

Alianza, pacto de fidelidad que Dios ha sellado con el pueblo judío. Con Cristo adquiere pleno significado. La eucaristía es el sacramento de la Alianza cristiana.

Amén, raíz de la palabra que significa verdad: Sí, es verdad, de acuerdo. ¡Así sea! Una afirmación, una aceptación: ¡Sí, con toda mi alma!

Anáfora, palabra griega que significa ofrenda. La parte central de la misa, que se remonta en lo esencial, a los primeros siglos cristianos.
La palabra "anáfora", utilizada por las liturgias orientales, corresponde al canon de la misa latina.

Anamnesis. De una palabra griega que significa acordarse. La conmemoración, en la misa, de los grandes misterios y de las fases esenciales de la vida de Cristo del relato de la institución; habitualmente comienza: Recordando...

Apócrifos, libros que no son acogidos por la Iglesia en el canon o colección de libros inspirados. Un cierto número de estos libros pretenden ser de Cristo o de los Apóstoles.

Arrianismo, herejía que negaba la perfecta igualdad del Verbo con el Padre. Los arrianos, con distintos matices, rehusaban conceder al Verbo la plenitud de la divinidad.

Bendición, bendecir a Dios, es reconocer, en la adoración y la acción de gracias, las perfecciones de Dios y sus beneficios gratuitos.
Bendecir a alguno es transmitirle los bienes perfectos de Dios. Pueden bendecir aquellos que participan de la paternidad de Dios (sacerdotes, padres).

Canon, de una palabra griega que significa regla: la parte esencial e invariable de la misa latina que consagra el pan y el vino.
También se emplea para la colección de libros inspirados de la Biblia.

Catecúmeno, candidato al bautismo cristiano.

Comunión, unión de los cristianos con Dios por Cristo (y el Espíritu Santo) y entre ellos.
La Eucaristía es su sacramento.

Confesar, reconocer, proclamar la fe, se dice sobre todo de los mártires.
Se emplea también de aquel que reconoce y confiesa su debilidad, su pecado.
El fiel confiesa sus pecados.

Consignatario, lugar donde el obispo hacía la consignación o la unción después del bautismo. El consignatario se encontraba cerca del baptisterio.

Copto, nombre dado por los árabes a los habitantes de Egipto y que sirve para designar los indígenas no helenizados y, por extensión, su lengua y después su rito.

Culto, el retorno de toda la creación a Dios, que se simboliza por la ofrenda de los dones de la tierra, realizado plenamente por la ofrenda del Calvario, donde el Cordero de Dios se ofreció a su Padre en nombre de la creación.

Choregio, palabra griega que designa al ciudadano rico que equipaba e instruía a sus expensas al coro de danza para las fiestas dramáticas.
Podría traducirse, aplicado a Cristo: Aquel que hace el gasto de nuestras gracias.

Dedicación, consagración solemne de una iglesia, que se hace con ceremonias semejantes a las del bautismo cristiano.

Doxología, de una palabra griega que significa "gloria", es una fórmula litúrgica que expresa la gloria, el honor, la alabanza que Dios merece.

Entre los cristianos la doxología se dirige o a Dios, o, de una manera más explícita, a las tres personas de la Trinidad.

La fórmula corta más empleada es el *Gloria Patri* (Gloria sea dada al Padre); la fórmula más larga es el *Gloria* de la misa.

Economía, entre los teólogos orientales significa el designio de Dios, en el lugar de los hombres, que se revela sobre todo por Cristo Jesús.

Epiclesis, de una palabra griega que significa invocación. Oración durante la anáfora, dirigido habitualmente al Espíritu Santo para que opere la transformación de las oblatas en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Epigrafía, ciencia que tiene por objeto el estudio de las inscripciones.

Eucaristía, la palabra griega significa acción de gracias, reconocimiento de los beneficios de Dios.

La misa es la *eucaristía* por excelencia; en ella adoramos, bendecimos y damos gracias a Dios con Cristo, por Cristo y en Cristo.

Exodo, término griego que significa salida; fué dado este nombre en la Biblia al libro que cuenta la salida de los judíos del país de Egipto.

Fiel, aquel cuyo corazón está fijo en Dios por el compromiso de su fe.

Gloria es no solamente la forma, sino su fundamento: la grandeza, la riqueza, la naturaleza de alguno.

Dar gloria a Dios (doxología) es reconocer su grandeza divina.

Himno, poema religioso. Cuando está dividido en estrofas es un término específicamente cristiano.

Hosanna, aclamación del pueblo judío que equivale a nuestros vivas.

Infierno. Unas veces el lugar de castigo de los réprobos; otras, el lugar donde los muertos, justos y pecadores, llevan una vida disminuída.

Israel, el nombre dado por Dios a Jacob, pasó al pueblo elegido, nacido de él por la carne (judíos) y luego a la Iglesia, su pueblo según el Espíritu.

Jerusalén, capital de Palestina, fundada por David. Es anticipación y figura de la Iglesia y de la ciudad celeste.

Justicia, la justicia de Dios es, ante todo, su fidelidad a su promesa y luego su equidad en los juicios.

La justicia del hombre: la disposición que le hace agradable a Dios.

Liturgia, es la oración social de la Iglesia, que expresa como pueblo de Dios su culto al Altísimo en forma comunitaria.

Es, antes que nada, el sacrificio eucarístico (sobre todo hablando de los orientales); luego los sacramentos, y, finalmente, el oficio divino o las horas de la salmodia.

Mesías, palabra hebrea que corresponde a Cristo: el que es consagrado por unción para ser sacerdote o rey.

Misterio, lo que está oculto a los ojos y a la razón del hombre: Dios y sus designios.

Así es que Dios tiene que revelar (literalmente des-velar) sus proyectos para que el hombre los conozca. Fué lo que hizo principalmente por medio de Cristo (ver las Epístolas de San Pablo).

La misa es llamada "los divinos misterios".

Nestorianismo, herejía de aquellos que distinguían en Cristo dos personas.

Oración, sinónimo de plegaria.

En la misa latina existen tres clases de oración:

La primera, después del *Gloria*, llamada Colecta.

La segunda, antes del prefacio, llamada Secreta.

La tercera, después de la comunión, llamada Poscomunión.

Ortodoxo, lo que es conforme a la verdadera fe. Por extensión, el que profesa la verdadera fe de la Iglesia.

Ostracon, fragmento de alfarería sobre el cual los menos ricos, sobre todo en Egipto, podían escribir.

Papiro, planta cuya corteza servía para la confección de manuscritos, sobre todo entre los antiguos egipcios.

Prefacio, entre los latinos, es la introducción a la gran oración consagratoria. Comienza por un diálogo entre el celebrante y el pueblo, y se acaba con el *Sanctus*.

Sabaoth, palabra hebrea que significa la multitud organizada como un ejército.

Sacramentario, colección litúrgica que contiene el texto de las diversas misas del año; y también, a veces, los ritos de los otros sacramentos.

Satán, palabra hebrea que significa el Adversario. Esta apelación es aplicada al demonio.

Siglo, la palabra "siglo", equivalente del *eón* griego, del *olam* hebreo, puede tener un sentido espacial y temporal.

Designa tanto un tiempo delimitado con precisión (el principio de este siglo) como una duración ilimitada e incalculable. El valor de la palabra es más rico que el de la española.

Dios es el rey de los siglos, es decir, que mide el transcurso infinito de los tiempos.

Sinagoga, lugar donde se celebra la asamblea religiosa de los judíos el día de sábado. Cada localidad tenía una, mientras el Templo era único para todo el pueblo de Israel.

Sión, sinónimo de Jerusalén, montaña que David conquistó y de la que hizo su capital.

Tabernáculo significa "tienda" y designaba la tienda portátil que servía de santuario a los israelitas cuando estaban en camino. Contenía el arca de la Alianza.

Lugar de residencia del Señor en la eucaristía.

Trisagio, canto de la Iglesia oriental que consiste en una triple invocación a Dios, santo, fuerte, inmortal, que la Iglesia latina utiliza en el oficio de Viernes Santo.

Aplicado a veces al *Sanctus* que continúa el prefacio.

INDICE DE ORACIONES USUALES

El siguiente índice se inserta para facilitar la utilización del libro.

Pero el mejor será el que cada uno se haga para sí mismo.

JORNADA CRISTIANA

MISA Y SANTISIMO SACRAMENTO

Todos los textos citados pueden servir para la devoción al Santísimo Sacramento.

FIESTAS Y ESTACIONES

CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

DEVOCIONES

INTENCIONES DIVERSAS

INDICE ANALITICO *

* Las cifras en negritas se refieren a las oraciones más importantes.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

INDICE GENERAL

Págs.

III. LA ORACION DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

IV. PRIMEROS TRATADOS SOBRE LA ORACION

NOTAS E INDICES

Nihil obstat: D. Martín Arroyo.
Madrid, 3 de octubre de 1956. Imprímase: † José María, Obispo auxiliar y Vicario general

Este libro se terminó de imprimir en Sucesores de Rivadeneyra, S. A., el día 3 de diciembre de 1956